

MARC DE CIVRIEUX

Watunna

UN CICLO DE CREACIÓN
EN EL ORINOCO



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANOS

Watunna
UN CICLO DE CREACIÓN
EN EL ORINOCO

MARC DE CIVRIEUX

Watunna
UN CICLO DE CREACIÓN
EN EL ORINOCO



1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1970

3ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Watunna. Un ciclo de creación en el Orinoco.

© Marc de Civrieux

EDICIÓN Y DISEÑO

Ennio Tucci

DIBUJOS

Dawaschurwa (Manuel Velásquez) y

Kabitana de Mciwadi Anehidi en el río *Kunukunuma*.

MAPAS

Henriette Arreaza y Ennio Tucci

FOTOGRAFÍAS

Bárbara Brandli

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2925000689

ISBN 978-980-01-2540-3

Agradecimientos

*A Dawaschuwa, Manuel Velásquez, Kabitana
de Mawadi Anehidi en el río Kunukunuma.*

A mis amigos David Alizo y Federico Cortés Moreau.

A Edgardo González Niño,
conocido explorador del Alto Orinoco.

Presentación

En 1970 fue publicada la primera versión de *Watunna, Mitología Makiritare*. Hoy presentamos *Watunna, un ciclo de creación en el Orinoco*, una versión corregida y aumentada como resultado de repetidos contactos con los *so'to* en el Alto Orinoco también conocidos como maquiritares, y de ordenar nuestros apuntes de campo.

Watunna es la canción del origen, el conjunto de normas éticas y rituales que conforma una tradición oral. En el presente libro tratamos de fijar esa tradición oral por medio de la escritura.

El pasaje de lo oral a lo escrito no deja de ser un acto delicado y resulta menos simple de lo que parece a primera vista. Si bastara grabar una versión de un mito para luego transcribirla literalmente no habría problema, pero una investigación mitográfica profunda no puede contentarse con ese método fácil y superficial. La experiencia nos muestra que la literatura oral fluctúa constantemente en sus versiones, variantes temáticas y estilísticas. De versión a versión cambia la forma de sus alusiones, infinitamente variables y más o menos precisas, al trasfondo mítico inamovible. Ese trasfondo es la tradición oral de un pueblo, eso es el *Watunna* para los *so'to*. Todos la conocen, narradores como oyentes están iniciados en ella.

Los *so'to* gustan de referirse constantemente a sus tradiciones, no se cansan de aludirlas para enseñarles a los jóvenes y mantenerse en contacto permanente con lo antiguo y sagrado rememorando, no dejando que nada caiga en el olvido.

INTRODUCCIÓN

LA GENTE

Los llamados *Makiritare* viven, desde antes de la Conquista española, en la banda derecha o septentrional del Alto Orinoco, una región de montañas y selvas vírgenes que, hasta ahora, ha quedado apenas explorada. Es atravesada por cinco grandes afluentes del Orinoco: Kunukunuma, Iguapo, Padamo, Alto Ventuari y Alto Caura.

El nombre *Makiritare* es de origen *arawak*, se ha convertido tradicionalmente y sin interrupción, en el lenguaje popular venezolano del Territorio Amazonas y es utilizado todavía por los negociantes criollos que mantienen trato con dichos indios. Por consiguiente, el apodo «*Makiritare*» no es un autogentilicio, sino el nombre que los Conquistadores hispanos utilizaron para denominar a estos indígenas desde 1759, año de los primeros contactos. Esos hispanos tenían por guías e intérpretes, autóctonos de filiación lingüística *arawak*, que desde hacía mucho tiempo trataban y comerciaban con aquella tribu a la cual llamaban *makiritare* y bajo este nombre hablaron de ella a los primeros destacamentos españoles de penetración. Esos guías e intérpretes eran indios *winavi* (puinabi) y *yurumanavi* del río Atabapo; indios *baniva* del río *Guainía* y Río Negro e indios *baré* del Caño *Casiquiare*

En 1912, un etnólogo y explorador alemán, Theodor Koch Grumberg, visitó a los grupos *makiritare* que vivían en las cabeceras de los ríos Caura (*Merevari*) y Ventuari. Dicho explorador utilizó, para designarlos, el nombre de *Mayonkong* que les dan sus vecinos orientales: los *arekuna* y *taulipang*. Él llegó a las tierras *makiritare* desde las sabanas del cerro Roraima y las cabeceras del río Uraricoera; es evidente que él tuvo las primeras noticias de los *makiritare* bajo el nombre de *mayonkong* de boca de informantes *arekuna* y *taulipang*; los brasileños del río Uraricoera también utilizan ese mismo nombre de *maionkong*.

Koch Grumberg anotó la subdivisión de dicha tribu *mayonkong* en cuatro subgrupos locales autodenominados: *ihuruhana* (Gente de las Cabeceras), distribuidos en las fuentes del Caura, Ventuari y Padamo; *Dekúhana* (oriundos del Cerro *Dekúhana*, cuna primordial de la tribu), *Yekúhana*, variante fonética del nombre anterior, y *Kunuhana* (Habitantes del río Kunu o Kunukunuma). Nos parece evidente que los *dekúhana* y *yekúhana* eran originalmente uno solo. Luego, al aumentar la población, se separaron en bandas autónomas, bajo jefes y organizaciones comunales distintas y con ligeras particularidades dialectales de origen fonético. El Cerro *Dekúhana* es considerado, en los mitos de origen, la cuna de todos los *makiritare*, está situado en *Ihuruña*, la región de las cabeceras de los tres grandes ríos ya mencionados. Los grupos *dekúhana*, *yekúhana* y *kunuhana*, han emigrado del mismo sitio mítico d origen común que sólo los *ihuruhana* o cabecereños habitan todavía en la actualidad. Los cuatro grupos mencionados quedan hoy estrechamente vinculados entre sí por una misma tradición oral: el *Watunna*, cimiento sagrado de su unidad política y comercial. Los cuatro grupos hablan una sola lengua, la de los *so'to* (la gente). Por esta razón, su auténtico autogentilicio es *so'to*.

Algunos investigadores modernos han sustituido el nombre *Makiritare* por el de *Dekuana* o *Yekuana* para designar a toda la

etnia. Esta solución no nos convence ya que consideramos que la palabra *so'to* (la gente) es el autogentilicio verdadero, mientras que *dekuana* o *yekuana* no son más que nombres de los subgrupos que integran la tribu.

El *Watunna* es el compendio tradicional de las pauta religiosas y sociales de los hombres verdaderos: los *so'to*; las sagradas acciones de palabras de los Héroes, en los tiempos primordiales. Los cuatro grupos locales hablan, con ligeras diferencias fonéticas o dialectales, la lengua de los *so'to*, la misma que hablaban y enseñaron esos Héroes primordiales del *Watunna*.

So'to significa literalmente gente, hombre, persona humana, número veinte. El uso de esa palabra es restringido a los hombres que hablan la verdadera lengua, unidos estrechamente por un origen mítico.

So'to enlaza el número veinte con la idea de persona: veinte es el número de dedos de las manos y de los pies; sirve de base natural al sistema indígena de contabilidad y es la cifra simbólica del ser humano.

So'to nos recuerda, inevitablemente, el autogentilicio *sho'to* (los españoles lo escribían *choto* o *goto*). Era utilizado en el tiempo de la conquista por diversos grupos lingüísticos locales, los cuales fueron, poco a poco, asimilados y convertidos en criollos. Ellos vivían en las costas y montañas norte-central y oriental de Venezuela así como en la gran extensión de los llanos del Orinoco. Los grupos locales se diferenciaban entre sí por una serie de nombres: *Cumanagoto*, *Chaima* o *Chaimagoto*, *Piritu*, *Chacopata*, *Core*, *Tagare*, *Waikerí*, *Coaca*, *Paria* o *Pariagoto*. Todos esos grupos, con un autogentilicio común, muy parecido al de los *makiritare* de hoy, representaban, en nuestra opinión, hordas locales de un mismo tronco caribano desde una época anterior a la conquista hispana. El sufijo *goto* que se observa en los nombres *Cumanagoto*, *Pariagoto*, *Chaimagoto* significaba «gente, morador,

residente» y también «sitio poblado». Era, obviamente, una variante de *sho'to* o *so'to*.

El autogentilicio *so'to* tiene, para los *makiritare*, un significado esencialmente lingüístico. El concepto indígena de tribu, no era racial. La tribu adoptaba y asimilaba, con frecuencia, miembros extraños en su seno, particularmente mujeres y niños. Esos niños, al crecer, aprendían la lengua *so'to*, y, por consiguiente, se convertían en *so'to*. No hay racismo posible en estas condiciones. *So'to*, el miembro de la tribu, el verdadero hombre, se reconoce por su modo de hablar, no por el aspecto de su cuerpo físico. La mitología de los *so'to* nos da innumerables ejemplos de seres no humanos (animales, espíritus invisibles, shamanes, demonios de todas clases) que, para engañar a los hombres, cambian mágicamente sus formas y adoptan la del *so'to*. Cada especie de seres (animales, espíritus, etc.) tiene la facultad de alterar su forma, pero se identifica por su propio lenguaje. Las tribus, aparentemente humanas, las que hablan lenguas ininteligibles para el *so'to* pertenecen, en realidad, a categorías prácticamente no humanas. Muchos seres enemigos adoptan, a veces, un aspecto ficticio, pero su lenguaje bárbaro descubre su naturaleza secreta. Esos seres son los enemigos del hombre verdadero, y pueden ser cogidos como animales. Es notable la influencia del factor lingüístico en la instintiva desconfianza del *so'to* hacia toda tribu extranjera, en el sistema de sus alianzas comerciales y de sus encuentros bélicos. No hay duda de que la afinidad lingüística es un factor que influyó poderosamente en sus excelentes relaciones tradicionales con los diversos grupos caribanos orientales tales como: los *arekuna*, *taulipang* y *makushi* que moran en las sabanas del cerro Roraima, la cuenca del río Uraricoera y las zonas adyacentes, cuya lengua es muy afín con la de los *so'to*. Estos grupos locales son miembros de una gran tribu de autogentilicio *pemong* que los *so'to* llaman *e'ti*. Los *pemong*, por su parte, llaman *mayonkong* a los *so'to*. Sus respectivas lenguas permiten la comunicación cultural entre

ambos, el canje comercial y las alianzas. Así lo explican las tradiciones orales de ambas partes. Los *pemong* son considerados casi *so'to* por los *so'to* y recíprocamente.

La palabra *pemong*: hombre verdadero; número veinte; el que habla la lengua *pemong*, tiene significados equivalentes a los de *so'to*. Los conceptos de tribu propia y de tribu extraña son idénticos en ambas parcialidades. En la medida en que la diferencia lingüística entre una y otra tribu se hace más pronunciada, las comunicaciones mutuas se hacen más problemáticas. Una tribu cuya lengua es ininteligible, extraña al «hombre verdadero», es considerada peligrosa. Un caso típico del concepto de enemigo entre los *so'to*, en tiempos de la Conquista, consta explícitamente en *Watunna*. Se trata de los *kariña* (con sus variantes *kari'na*, *kali'na*, *kali'ña*, *kali'nye*). Para los *kariña*, también el autogentilicio significa hombre verdadero, el que habla la lengua *kariña*. A pesar de representar, probablemente, el tronco original del cual se han separado, a través del tiempo, los numerosos ramales de tribus y dialectos caribanos, el verdadero *kariña* tenía —y tiene todavía— una lengua difícil de entender para las tribus caribanas. A pesar del nexa morfológico evidente, la fonética *kariña* difiere notablemente de la de los *so'to* y *pemong*. Eso constituye una barrera importante para la comunicación. Los misioneros españoles de la conquista lo notaron entre los caribanos *shoto* o *choto* del noreste de Venezuela y los *kariña*. Afirmaban que dichas lenguas eran completamente distintas entre sí Y que los caribanos no entendían a los «Caribes» (*kariña*).

Los *kariña* eran belicosos, orgullosos de su propia tribu y se consideraban como los únicos hombres verdaderos porque eran numerosos, poderosos y casi invencibles en la guerra. No hacían diferencias entre los grupos caribanos, los *arawakanos* y los demás grupos lingüísticos independientes. Todos los extranjeros eran, según ellos, bárbaros, ininteligibles, animales peligrosos que podían ser acosados y destruidos.

Las incursiones *kariña* en los territorios vecinos eran auténticas expediciones de cacería. Los *kariña* practicaban la antropofagia ritual, y comían, por razones mágicas, la carne de sus víctimas, a las cuales no consideraban humanas, a pesar de sus apariencias corporales. Esos ritos les comunicaban el poder oculto del alma de sus enemigos vencidos que ingerían como un alimento espiritual poderoso.

En los tiempos de la Conquista, los *so'to* eran los vecinos inmediatos de los *kariña* y compartían con ellos el dominio sobre el río *Merevari* (Alto Caura). La frontera entre ambas tribus era la Catarata de *Pará*, donde la navegación fluvial queda interrumpida. Los *kariña* incursionaban aguas arriba, allanaban las aldeas *so'to* del *Merevari*, *Kamara*, *kuni* y *Erebato*, se llevaban prisioneros y los entregaban, como esclavos, a sus aliados, los colonos holandeses del río Esequibo. Así conseguían, en canje, armas de fuego, utensilios de hierro y otras mercancías europeas. En el año 1775 los españoles lograron desalojarlos del río Orinoco y del Bajo Caura. Los *kariña* invadieron entonces tierras *makiritare* en las cabeceras del Caura y, desde allí, se fugaron al río Uraricoera y a la sierra de *Kanuku* donde traficaban unos mercaderes y mineros holandeses del Esequibo. Estos les brindaron protección contra los españoles.

Los *so'to* daban el nombre de *Matiuhana* a sus enemigos, los *kariña*. Les temían mucho y los acusaban de magia negra. En algunos episodios del *Watunna* consta que los *matiuhana* tenían el poder de transformarse en jaguares para comerse a los *so'to*. Leyendas parecidas están muy difundidas en otras tribus víctimas de los *kariña* y reflejan una realidad respecto a la antropofagia mágico-ritual.

Según filosofía de los *so'to*, las tribus de filiación lingüística no caribana, están, como les parece demostrarlo sus «gruñidos sin sentido», más cerca de los animales que de los hombres. Un caso típico es el de los *yanoama* (o *yanomami*) sus vecinos, que

ellos llaman *shidishana* (o *shirishana*). Esta tribu tomó el relevo de los *kariña* como enemiga número uno de los *so'to*. Los *so'to* pretenden que no son gente, sino animales del monte y los tratan como tales.

Si una tribu de lengua «bárbara» quiere escapar al maltrato, e incluso conseguir canje de mercancías o alianza militar con los *so'to*, se le puede dar oportunidad. Para aprovecharla, los mercaderes emisarios deben aprender la lengua de los *so'to* y hacerse entender para merecer el trato de la gente. Eso fue históricamente el caso con aquellas tribus arawakanas del río Atabapo, del caño *Casiquiare* y del río Negro, las cuales sirvieron de intérpretes entre los primeros conquistadores españoles y los *so'to*.

EL WATUNNA

La tradición mítica de los *so'to* se refiere a los hechos de la «Gente Antigua», de los Antepasados celestes: constituye por tanto, la expresión perfecta de la ley tribal, la pauta de la conducta y la filosofía legadas a la Tierra por los Sabios Primordiales.

La tradición se transmite en las fiestas mágico-religiosas llamadas *Wanwanno* que se celebran de generación en generación desde el principio de los tiempos. Esos rituales inauguran los nuevos terrenos de cultivo o la nueva casa comunal, e incluyen danzas, cantos, libaciones y desatan gran entusiasmo colectivo que culmina en frenesí.

La Fiesta del Conuco Nuevo o *Adabe Ademi hidi*, se caracteriza, desde el principio, por una gran agitación en el *Fhata* o poblado. Las mujeres se afanan en los rallo, en las prensas de yuca, frente, a las fogatas hogareñas, en la preparación del *casabe* y viandas. Una gran curiara, adornada con dibujos rituales, sirve de batea para fermentar la bebida *iarake*, cuya abundancia determina el grado de alegría y la duración de la fiesta, de 3 a 5 días

con sus noches. Mientras avanza el proceso, se condimenta el licor sagrado con unos puñados de hojas silvestres que aumentan su poder embriagante. Por un camino de la selva que conduce del nuevo conuco a la Casa, la procesión avanza soplando, a plenos pulmones, unas trompetas cuyo mugido profundo e inquietante identifica a los hombres con los espíritus de la selva. Se supone que los Entes Sobrenaturales llegan con los hombres a la Casa para compartir el *Wanwanno*. Los caminantes desembocan en el *Nododo*, círculo desmontado que rodea la Casa Comunal, llegan cargados con palmas *wanai*, tallos de bambú *shimade*, plumas de pájaros, semillas sonajeras, y todo lo depositan en uno de los talleres techados, en el borde del *Nododo*. Con esos materiales, empiezan a fabricar faldas y coronas ceremoniales que llevarán durante el *Wanwanno*, así como otros talismanes y señales festivos: collares, varas de las que cuelgan pájaros multicolores, aretes, brazaletes. Luego se dedican a pintarse el cuerpo con motivos de significados mágicos y mitológicos. Empiezan a tomar *iara-ke* y cobran entusiasmo. Un grupo de adolescentes, invitados a participar, por primera vez, en la fiesta, se reúne con los hombres para colaborar en los preparativos. Algunos hombres inician las luchas tradicionales, llevan en sus espaldas un gran triángulo hecho de madera, del cual cuelga un pez temblador que les comunica fuerza y valor. El temblador, según el *Watunna*, es Dueño del Lago Celeste *Akúena*, Guardián de la Electricidad, del Rayo y la bravura varonil.

Terminados los preparativos, un adulto encabeza una procesión de los muchachos que, por primera vez, van a bailar y a cantar. Es el maestro del *Wanwanna*, lleva en la mano la insignia de su rango, el *wasaba* o bastón del ritmo en el cual cuelgan dos pezuñas de venado, a modo de sonajeros.

En el centro de la pista de baile se enciende la fogata, cerca de ella se sienta el Maestro del Canto, quien generalmente no es otro que el *kahitana* o jefe de la comunidad local. Los

debutantes inician la danza alrededor del centro y forman un círculo, con la mano izquierda sobre el hombro del compañero, mientras con la otra mano sostienen un *wanna*, el clarinete de bambú, con sus sonidos monótonos y lúgubres.

Habiendo llegado a la pubertad, los adolescentes, aceptados en el círculo festivo, son iniciados. Escuchan la voz magistral del Dueño de los Cantos, el anciano más sabio de la Casa que comunica la Ley a los hombres. Sólo los ancianos conocen a fondo el secreto de los *Ademi*, cuyo significado han descubierto, poco a poco, en el curso de su vida, gracias a las reiteradas participaciones en los *Wanwanna*, han establecido contacto con los *sadashe* y han adquirido sus enseñanzas, sabiduría y poderes, gracias a la inteligencia del *Watunna*. Por eso la gente llama al hombre viejo *watunnei*, experto en la tradición. Los *watunnei* gozan de una posición privilegiada y del respeto unánime de los jóvenes, quienes no se atreven a sentarse junto a ellos para comer. Los ancianos también cantan *Ademi* durante los Ritos de Pasaje relacionados con el Ciclo de Vida individual, ejercen su poder contra los espíritus malignos durante el exorcismo o purificación del recién nacido.

Un hombre joven no puede comprender los *Ademi*, cuyo significado secreto no se imparte por explicaciones. Los que lo conocen afirman que la lengua de los *sadashe* no puede ser traducida a la de los hombres ordinarios. Es la lengua secreta. Tiene muchos significados, porque lo Universal se adapta a todos los niveles de alcance mental, según la capacidad de captación e interpretación de cada quien. Cada quien toma de ella lo que le es propio, lo que ha podido o sabido escuchar. Cada quien capta del canto o cuento, lo que le permite su identificación en el momento de la experiencia.

El *Adahe Ademi hidi*, complejo ritual de los grandes mitos tribales ha de ser comprendido tal como suena y se oye. Se trata de comunicación intuitiva que aumenta en función de un

cambio mental progresivo. Si el postulante se somete a las experiencias rigurosas de la iniciación, logrará, con toda seguridad, la captación inmediata.

Las técnicas de los *so'to* para despertar la inteligencia de la lengua cantada y de los mitos, son sencillas y bien conocidas por ellos. Se rigen por unas normas invariables que los espíritus ancestrales han enseñado a *Wahnatu*, el primer *so'to* de la tierra. La técnica iniciática tiene por objeto exclusivo, una ruptura del estado mental ordinario para lograr la comunicación directa, no racional, con el mundo sobrenatural. La mente que aspira a la inteligencia, debe convertirse en una fuerza libre y espontánea. Por eso, las enseñanzas no pueden ser comunicadas en lengua vulgar, ni existe profesor alguno de «lengua celeste». El postulante no puede aprender esta lengua como se aprende la de otra tribu terrestre, debe arreglárselas por sus propios esfuerzos, afinando su acuidad auditiva.

Los métodos tradicionales de iniciación del varón, se aplican en debilitar y agotar, hasta el extremo, la resistencia instintiva del cuerpo físico y la conciencia ordinaria, para obtener el contacto con el mundo de los *sadashe*. Se requiere del candidato un riguroso ayuno preliminar durante un período de aislamiento y silencio en algún lugar apartado. Este período iniciático de retiro y ayuno, marca el fin de la infancia irresponsable durante la cual estuvo viviendo con las mujeres. Ahora es sometido por los hombres adultos a pruebas de valor y resistencia al dolor. Las pruebas incluyen el suplicio de picaduras venenosas de hormigas, cuyo efecto mágico consiste en impartirle coraje, fuerza y habilidad en sus futuros deberes masculinos como cazador, guerrero, talador de árboles, preparador de conucos, constructor de casas, viajero. Poco antes de la reclusión ritual, el adolescente ha recibido la enseñanza práctica en sus nuevos deberes sociales, acompañando a sus mayores en las faenas y correrías por la selva, y cooperando en todas las tareas varoniles. Si en el transcurso de este período de

instrucción práctica, el debutante ha dado pruebas satisfactorias de disciplina, obediencia, espíritu comunitario no competitivo, aptitud física y valor, es separado bruscamente de su madre, de su abuela y de las demás mujeres de la tribu, y es sometido al período de encierro y ayuno, que lo prepara a ingresar espiritualmente en el círculo cooperativo de su sexo.

Luego, sin transición, el joven es arrojado al espacio ritual del tumultuoso *Wanwanno* para su primera experiencia de participación en los secretos mágico-religiosos; ahora un desvelo implacable de varios días con sus respectivas noches, bajo la poderosa influencia hipnótica del alcohol, del baile, de la música, de los cantos, cuya monotonía posee un gran poder destructivo sobre la mente ordinaria. El aspirante tiene la ineludible obligación de someterse a la acción del *iarake*, debe emborracharse, embriagarse. Cuando se desploma, el Maestro de Baile se alegra, gritando la palabra «*Neumatí*» (¡Ha muerto!). Lo que significa que el candidato ha ingresado en otra esfera de conciencia parecida a la muerte.

De ninguna manera el discípulo puede dejarse vencer por el sueño, sus compañeros lo levantan, lo obligan a permanecer activo y a vomitar para expulsar las impurezas o los espíritus malignos escondidos en su cuerpo. Debe avanzar con firmeza en un extraño sueño despierto, tomar más y más *iarake*, y vomitar, para poder ingerir más. Debe seguir bailando, oyendo, cantando los *Ademi*, no perder el contacto con el desenfrenado mundo que lo rodea. Así es como aprende a no dejarse vencer por la muerte: penetra en el trance colectivo de los que bailan, cantan, escuchan, contestan: se abandona conscientemente al ritmo monótono de las voces, de los instrumentos de música, de los sonidos. Se integra, cada vez más, al círculo telepático de los *so'to* en comunión ritual, bajo la dirección del Maestro.

El Maestro canta de manera de dificultar lo más posible la correcta captación de las palabras: quiere agudizar, al máximo,

la atención de los jóvenes. Canta en voz baja, casi inarticulada, como absorto en sí mismo. Para atrapar esos sonidos, los aspirantes reducen al máximo el ruido de sus pasos, el sonido de sus instrumentos, se acercan al Maestro, espían en sus labios el susurro fugaz entre los leves movimientos de su boca. Así logran agarrarlo, repetirlo, como el cazador repite el canto del ave que acecha para atraparla. Abren los ojos, los oídos, retienen su aliento, acechan la palabra, escudriñan el pensamiento del Maestro; la concentración mental es extrema, la repetición infalible, aunque los sonidos sean ininterpretables.

Los *Ademi*, cantos sagrados recitados durante el *wanwanno*, mediante una lengua cantada, extraña, distinta a la lengua ordinaria, que pertenece a la lengua de los *sadashe*, espíritus primordiales y maestros ancestrales de la tribu: fueron cantados por ellos en el principio de los *so'to*, sus palabras no pueden ser alteradas por los hombres que vinieron después de aquellos.

La semántica extraña de los *Ademi*, además de las palabras arcaicas, contiene palabras tomadas de tribus vecinas más o menos deformadas fonéticamente, a lo cual se agregan complicadas terminaciones.

Existen también estribillos sin significación precisa, lenguaradas aparentemente inarticuladas, silbidos, onomatopeyas, los cuales imitan los sonidos de las aguas, de la selva o el lenguaje de los animales.

Cuando un aspirante comienza a comprender esa lengua, puede captar su esencia fonética, entender su música, y su mensaje, y no necesita prestar atención a un significado preciso.

Uno de los cantos rituales dice: «Un perro de agua acechaba un pez y se quedaba callado mientras el pez hablaba: el perro de agua lo oyó. Desde una piedra del raudal lo flechó en el agua. Así cuenta el pescador así se pesca. Así hablan los que saben».

Otro canto dice: «Un muchacho estaba cazando, se perdió en el monte, se quedó quieto; luego escuchó la voz de su madre,

allá en su casa, muy lejos. Llegó el báquiro y le mostró el camino de su casa».

Los muchachos suelen repetir misteriosas estrofas cuando ya comienzan a entender el sentido de sus palabras. Así avanza su enseñanza. A medida que van comprendiendo, ya no repiten, comienzan a darle réplicas al Maestro para demostrarle su entendimiento. Improvisan respuestas y comentarios a los enigmas, se atreven a iniciar un diálogo alegórico en sintonía con el Maestro. Este se complace: enseguida les contesta. El canto secreto no tarda en convertirse en un juego vocal, polifónico, espontáneo, de resonancias. Se ha iniciado así la comprensión telepática de aquella lengua. Los que todavía no entienden, caen en la incoherencia.

En la última noche del *Wanwanno*, al cabo de varios días de embriaguez colectiva, la música ritual cesa de pronto. Ahora, el Maestro del Canto se yergue junto a la fogata, indica que el *Wanwanno* está llegando a su fin con el canto solemne: el *Adabe Ademi hidi*, referido a los mitos principales de creación del *Watunna*. Los bailarines siguen el ritmo sin acompañamiento de los instrumentos: clarinetes, tambores, maracas acercándose y alejándose alternativamente del sitio donde el Maestro de Baile se encuentra cerca de la fogata, con el mayor silencio, escucha como los demás participantes, oyendo con gran veneración, sin distraer la atención, el texto inalterable, exacto del *Watunna*. Los *Ademi* más importantes se prolongan sin interrupción durante todo lo que queda de la noche. Al amanecer, en un murmullo ininteligible, los participantes, unos autómatas movidos por una fuerza invisible, han despertado un poder que no es de ellos, que no tiene límites y los ayuda. Al final se despojan de sus atuendos y los arrojan al fuego. Eso significa que se despiden de los espíritus y se disponen a volver al mundo de la Tierra: de los despojos consumidos por el fuego, brotan entonces las últimas llamaradas. El Maestro del Canto sigue susurrando casi imperceptible, hasta que la fogata se convierte en brasas. Los bailarines entonces se acercan, sus pies

descalzos entran en las brasas que pisotean y siguen cantando sin sufrir quemaduras. Esa es la última prueba de su iniciación: acaban de demostrar la autenticidad de su trance, la perfecta captación del poder mágico que les han concedido los *sadashe*. Como *Iureke* y *Shikiémona*, los Gemelos míticos, han logrado hacerse dueños del fuego, hombres verdaderos, discípulos de *Wahnatu*, el primer *so'to*. Minutos después, se abandonan, desplomándose en el suelo. Finalmente, tienen derecho a caer vencidos por el agotamiento de sus pruebas sobrehumanas.

Los *Ademi* que se oyen en los *Wanwanno* difieren de los que canta la gente fuera del recinto sagrado. Las transposiciones populares de dichos *Ademi* se ven afectadas por interpretaciones subjetivas, alteraciones o variantes que les impone el humor, el grado de conocimiento y la memoria de cada intérprete. Por esas razones, difieren radicalmente de los textos orales sagrados, exactos, rígidos, cuya fidelidad verbal debe ser rigurosa. Los textos atribuidos a los *sadashe* antiguos, se respetan escrupulosamente para que puedan cumplir su papel y su eficacia de oración; no pueden ser alterados por caprichos, ni tampoco cantados fuera del círculo ritual. La expresión de los mitos también queda inalterable dentro del círculo hermético del *Wanwanno*, pero fuera de él, se vuelve libre y puede adquirir diferentes formas. No existe impedimento alguno para que los *Ademi*, cuando se convierten en cuentos populares, salgan libremente del círculo sagrado y sigan cumpliendo, para los profanos, su papel de divulgación ética. Lo que sale de adentro puede volver a su sitio, al círculo, sin ningún perjuicio. Cada quien, incluso las mujeres y los niños, queda libre de oír y de relatar a su manera. Así existen versiones populares que reflejan los aspectos anecdóticos de los *Ademi*, aun cuando la lengua vulgar no permite preservar exactamente la esencia simbólica de los mismos. La lengua secreta, por el contrario, posee la facultad de multiplicar una serie de juegos de palabras de fonéticas sugestivas, razón por la cual se debe estar

consciente de que el *Watunna* esotérico no representa más que un reflejo popular del *Watunna* mágico y ritual: este sólo puede ser oído por los iniciados, o sea los hombres adultos de la tribu.

Existen *Ademi* que no suelen cantarse en el *Wanwanno* como por ejemplo «El viaje maravilloso de *Medatia*». Este es un cuento mágico, muy secreto, no es un *Ademi* corriente, él representa la síntesis de todos los *Ademi* en la esfera privada de los *Huhai* y sus discípulos. No debemos olvidar que los Guardianes del *Watunna*, los *Watunnei*, se hallan jerárquicamente por debajo de los *Huhai*. Estos últimos ya no pertenecen al género humano, sino que son auténticos espíritus ancestrales, con apariencia de hombres, para poder seguir conviviendo con los hombres, en la Casa Comunal, suministrándoles la verdadera medicina del Cielo, cuyo símbolo concreto en la Tierra es la planta mágica *kaahi*.

Cuando han comprendido perfectamente todo el *Watunna*, los ancianos *Watunnei* más atrevidos, rejuvenecen y salen del mundo de los hombres para entrar al Cielo de las Estrellas: ahí vuelven a encontrar a *Medatia*, el *Huhai* por excelencia, el cual, como el propio *Wanadi*, es inmortal.

El *Huhai* no interviene en los rituales colectivos de los hombres, sería un error considerarlo el sacerdote del grupo local y, de ese modo, confundir el shamanismo con la religión de la tribu. El sacerdote es un hombre corriente, jefe o *kahitana* de la Casa, Dueño de los Cantos, pero no es un espíritu porque los espíritus son trascendentes.

El *Watunna* es una enseñanza secreta, en su esencia, reservada al círculo de los hombres que se someten a pruebas en el recinto Sagrado del *Wanwanno*. El *Watunna* popular constituye una parte de la recreación diaria de hombres, mujeres y niños de la tribu, sin distinción de sexo ni edad. Son los temas favoritos de conversación durante los frecuentes momentos de descanso que esa gente disfruta, son los relatos de cacería, aventuras de viajes o sueños, como los cuentos tradicionales y adivinanzas.

Difícilmente puede pasarse un día sin oír algún cuento abreviado, o un fragmento aislado de un cuento, por lo menos, a modo de alusión con una circunstancia determinada del momento presente. El *Watunna* se utiliza para ilustrar los sucesos de la vida. En cada instante se oyen pronunciar los nombres de algunos Héroes míticos y aludir a algunas de sus aventuras. Las palabras y los hechos de los ancestros, se aplican naturalmente a las circunstancias más diversas de la vida diaria. La parte humorística del *Watunna* es particularmente eficiente porque se utiliza la risa para difundir enseñanzas profundas.

Entre risas, la gente no pierde contacto con las pautas morales de los arquetipos. Se entiende que la tristeza no guarda relación con la seriedad, mientras que la alegría anda siempre junto a la verdad. Si un *so'to* dice a otro «te pareces al jaguar que entre-gó sus ojos a *Iureke* para que los lavara», su interlocutor se ríe, y al mismo tiempo se pone a meditar en la insinuación del caso.

Las mujeres *so'to* son especialistas en ciertas tradiciones relacionadas con sus funciones: la horticultura y el mantenimiento del hogar. Encabezan ellas varios rituales propios de su sexo, pero no forman parte del *Wanwanno*. En dicha ceremonia, ellas se limitan a preparar y a distribuir la bebida y la comida, sin participar activamente en los rituales. Ellas cantan al margen del *Wanwanno*, durante la Siembra de la Yuca, los *Ademi* secretos de la fecundidad y de la vegetación terrestre; las ancianas cantan los *Ademi* durante la iniciación de pubertad de las doncellas.

MITOLOGÍA Y RELIGIÓN EN EL WATUNNA

En la historia de los orígenes y de la creación cósmica que encontramos en el *Watunna* afloran con frecuencia posiciones espirituales universales. Se trata de motivos arquetípicos, de pautas ejemplares y de símbolos que se insertan coherente y

lógicamente en el marco de la historia de las religiones. Se observan numerosas similitudes significativas entre la tradición aquí estudiada y las tradiciones de muchos pueblos distantes de nosotros en el espacio y en el tiempo.

La cosmogonía y la escatología del *Watunna* tienen, como muchas otras tradiciones, algo importante que enseñamos sobre fenomenología religiosa en general y los procesos arcaicos fundamentales de la mente humana. Se destacan en ellas creencias en la inmortalidad, en la reencarnación y en el nahualismo dentro del esquema típicamente shamanista de sus prácticas mágicas. El nahualismo es una noción mágico-religiosa bien conocida en mesoamerindia; en cuanto a la conciencia de la reencarnación, no creemos que haya sido todavía descubierta en otra tribu amerindia, por lo que merece la mayor atención.

Las proyecciones arquetípicas del inconsciente colectivo dan a las religiones que ha creado el hombre en el curso de su larga historia síquica, una notable unidad de estructuras. Esos arquetipos universales proyectan y reflejan, en definitiva, una sola y misma realidad: la estructura mental del hombre de todos los tiempos y en todas las latitudes.

Dentro de esta perspectiva no provinciana, «ecuménica, pudiéramos decir, redescubrimos en nuestra propia casa el tesoro de una auténtica tradición mítico-religiosa».

El *Watunna* es un documento autóctono, olvidado, que es una parte de nosotros; es tan rico y complejo como cualquier otro que quisiéramos buscar en la tradición de un pueblo lejano en el tiempo o en el espacio, sentimentalmente adornado del prestigio de la consagración clásica.

Según la tradición de los *so'to*, existe en la raíz del universo un poder personal, supremo, esotérico, inaccesible, inactivo de por sí, que no se manifiesta directamente en la creación porque la trasciende. Ese poder personalizado se conoce como «el otro *wanadi*». Se manifiesta en los dos aspectos: celeste y terrestre

de la creación por medio de sus *damodede*. Ellos descienden a la Tierra y actúan como personajes del mundo visible, ellos son los creadores de los *so'to*. Esos *damodede*, una vez concluido su tiempo, el Ciclo de Creación en la Tierra, se retiran para vivir eternamente en *Kahuña*, el mundo invisible donde no existe la muerte. A cada uno de ellos le corresponde ahora gobernar una región celeste, de modo que existen tres regiones en el Cielo en relación con tres ciclos o tres mundos sucesivos de la historia cósmica. El «otro *Wanadi*», no manifestado y trascendente, inunda todo el Cielo de su luz, pero no a la Tierra, y no es visible. Sus *damodede*, los *Wanadi* históricos, lo sustituyen y representan en las tres grandes moradas celestes; actúan allí como intermediarios entre aquel «otro» *Wanadi* y los *Kabuhana*, seres poderosos e inmortales que viven en *Kahuña*.

El «otro *Wanadi*», trasciende tanto el Cielo como la Tierra, puesto que ambos no son más que las dos partes complementarias de la creación material o universo no manifestado.

En el mito cosmogónico de *Wanadi* asoma un tema que es motivo fundamental de angustia para el hombre arcaico: el carácter transitorio, efímero, destructible de todas las cosas creadas y el presentimiento del fin de nuestro mundo.

Los tres *Wanadi* históricos: *Seruhe Ianadi*, *Nadei'umadi* y *Attawanadi*, representan los avatares sucesivos o manifestaciones de una divinidad invisible, inactiva, inasequible, «el otro *Wanadi*». Los *Wanadi* encarnados vivieron en la Tierra para actuar y crear los hombres; ellos son los instrumentos de la suprema voluntad creadora del Cielo en este mundo. Como tales han luchado contra fuerzas tenebrosas y enemigas que, en la Tierra, se oponen a sus designios.

La actuación de los tres *Wanadi* corresponde a tres Ciclos, a tres mundos: los dos primeros han terminado en catástrofes. El fin violento de Cada Ciclo fue seguido por una nueva creación o

renovación. Cada Ciclo ha tenido su instructor celeste, su propio *Wanadi*.

El Tercer Ciclo de Creación es nuestro mundo actual; obra del tercer *Wanadi* de la Tierra llamado *Attawanadi*. Al principio de nuestro Ciclo llegó a la Tierra ese *damodede* de *Wanadi* con nueva figura y nuevo nombre, pero su ser espiritual siempre es idéntico al del «otro *Wanadi*», Cuando termine el presente Ciclo, habrá un nuevo desastre. Comenzará entonces un cuarto mundo, verdaderamente bueno. Volverá un cuarto *damodede*, nahual o avatar, de *Wanadi*. Se trata de un mesianismo profético dentro del esquema cosmogónico cíclico del eterno retorno. Eso recuerda, por una parte, la cosmogonía mesianica de los toltecomaya, con sus *Soles* o Edades Sucesivas y las reencarnaciones de *Quetzalcóatl*, *Kukulkán*, y por otra parte, del esquema hinduista de los avatares de Vishnu y la Ciclología de los Yugas.

En la tradición *so'to*, creaciones y destrucciones cósmicas corresponden a períodos o a mundos sucesivos ligados a los *damodede* de *Wanadi*. El mundo es destruido y recreado como consecuencia de la eterna lucha cósmica librada entre *Wanadi* y *Odosha*, el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas, para asegurarse el gobierno del mundo. En la evolución cíclica retorna eternamente, para actuar y luchar, el *damodede* divino.

La catástrofe cósmica que destruirá la Tierra actual con la presente humanidad, es inevitable. Se prevé que el «Cielo falso» o malo, es decir, el Cielo visible, caerá con su Sol, su Luna y sus Estrellas. Morirán los hombres malos porque morirá *Odosha*, el Dueño de este mundo, principio del mal. Esa catástrofe no será el fin de la vida ni del Cielo verdadero, sino tan solo del mundo ilusorio en que vivimos, con este Ciclo falso, engañoso que nosotros vemos, pero no es más que un estorbo, pues nos impide ver la realidad del mundo auténtico e imperecedero.

El fin de este ciclo es anhelado como una liberación de *Odosha* porque se trata del fin del mundo profano, el de la

maldad y de la muerte, como principio de un nuevo contacto con *Kabuña*, el mundo sagrado, pero oculto que conocía el hombre primordial. El fin de este mundo, de acuerdo con la iniciación mítico-mágica *so'to*, no debe ser motivo de angustia pues, con la muerte individual, permitirá a cada hombre el acceso a una condición nueva en aquel *Kabuña*, ahora inaccesible, donde no existe muerte ni maldad ni oscuridad ni guerra.

El nuevo ciclo, que seguirá a la destrucción del actual, será la regeneración en *Kabuña* conforme a la condición original del hombre cuando el universo era universal, es decir, no dividido y enteramente visible. El hombre primordial, omnisapiente, todopoderoso, se mantiene actualmente en reserva, escondido en *Huehanna*, la matriz cósmica, como un embrión; aguarda su hora o sea, la señal del Nuevo Cielo para nacer en ese paraíso terrenal futuro de la profecía mítica.

El tema de la muerte, supremo motivo de la angustia humana, constituye el núcleo inicial del misterio en toda religión arcaica. La muerte es una crisis, un paso entre un modo de ser visible, terrestre, y otro invisible, celeste.

El mito de *Kumariawa* en el *Watunna* plantea la angustia existencial del hombre ante la muerte individual, y la resuelve afirmando que la muerte no destruye al hombre. La experiencia de la muerte de *Kumariawa* adquiere valor de misterio esotérico, esa muerte no es definitiva sino una crisis necesaria para alcanzar otro modo de existencia, para renacer en *Kabuña*, el mundo donde no existe la muerte, mediante la inmersión simbólica en *Akúena*, el lago celeste de la eternidad.

La figura alegórica, su muerte en la Tierra y su resurrección en *Akúena*, son motivos que integran el mito iniciático. El sacrificio de *Kumariawa* por voluntad de *Wanadi* es el prototipo de la muerte y de la reencarnación rituales. Con dicho sacrificio *Wanadi* da una pauta, una señal, una enseñanza que destruye el miedo arcaico frente a la oscuridad y la nada; convierte la muerte

en una simple etapa necesaria para la resurrección en el mítico lago, el acceso al mundo de *Kabuña* donde la muerte no existe. El fin de la vida en la tierra no es más que un aspecto engañoso de una realidad oculta, el nacimiento en el *Akúena*. Muerte y nacimiento son correlativos y complementarios en el proceso iniciático; la muerte no significa destrucción sino la liberación del mundo falso, dominio de *Odosha* para ingresar al mundo de *Wanadi*.

En el esquema cosmogónico, no existe el equivalente de aquel «Tercer Mundo» cristiano que es el infierno. El infierno indígena es nuestro propio mundo, esta tierra en que vivimos en estrecho contacto con *Odosha*, el mundo del perpetuo movimiento, de la agitación, de los cambios, de las guerras, del trabajo, de la competencia, de las enfermedades y de la muerte. Lo llaman «mundo del engaño»: todo lo que hay en él, incluso la muerte, no son más que falsedades ilusorias. Esa percepción intuitiva, falsa y decepcionante, no deja de presentar una analogía estrecha con la bien conocida filosofía vedantina de «Maya», la ilusión cósmica.

Al principio del mito de *Wanadi* nos tropezamos con claras alusiones a una época primordial, feliz, paradisiaca de creación. El estudio histórico comparativo de las religiones prueba la difusión que tiene, entre las diversas culturas arcaicas y «primitivas», la idea de un hombre originalmente paradisiaco. Ese hombre ha degenerado luego, a raíz de una ruptura del equilibrio cósmico, de una caída. Por lo tanto no es extraño encontrar dicha idea-fuerza de la mente universal, también en la tradición del *Watunna*. Los *so'to* fueron creados en una Tierra que no se diferenciaba del Cielo. Había un solo mundo: *Kabuña* en el cual no había muerte, enfermedad, hambre, maldad, guerra ni trabajo. No había oscuridad, barreras de ninguna clase ni separación—como las hay ahora—entre la parte visible del universo o nuestra Tierra y la otra parte invisible o el Cielo. Aquel mundo unitario

del principio alude al estado privilegiado y la sabiduría todopoderosa del hombre original.

La idea gnóstica de «caída», o sea, de separación entre Cielo y Tierra, está expresada en *Watunna* estrechamente vinculada a *Odosha*, el enemigo de *Wanadi* y con la sexualidad humana. La ruptura del equilibrio cósmico original, la pérdida del paraíso primordial, se encuentra simbolizada por el episodio de *Iaraku*, el mono que desató la noche. Al transgredir un tabú, el mono provoca la catástrofe, la muerte de *Kumariawa* y da la señal del nuevo reino de la muerte, el fin de la luz.

En aquella selva de símbolos del *Watunna*, los animales desempeñan un papel importantísimo. Sin embargo no se trata de los animales que ahora conocemos. El mito nos pone continuamente en presencia de personajes extraños, indefinidos, difíciles de comprender a cabalidad a causa de su naturaleza mágica, huidiza, cambiadiza, a la vez humana y animal, sin ser la una ni la otra, sino una combinación paradójica de las dos. En realidad, esa raza mágico-mítica del principio estaba integrada por seres más sabios y más poderosos que los seres humanos y los animales de la actualidad.

Parece haber ocurrido después del tiempo mítico, una ruptura de aquellos seres originándose dos razas nuevas, una exclusivamente humana y la otra exclusivamente animal. Ambas sobreviven ahora, separadas, considerablemente degeneradas.

Los héroes míticos del *Watunna* nos presentan notables poderes mágicos asociados con esa naturaleza ambigua que participa de lo humano y de lo animal, los cuales coexistían en el héroe y hoy perdidos por el hombre postmítico.

El hombre profano de la actualidad ha «caído», se ha separado del mundo paradisiaco primordial, sagrado y poderoso, ha perdido el contacto con su antigua animalidad mágica, como si la disociación actual entre lo humano y lo animal fuese una de las causas y uno de los efectos más importantes de la

degeneración que ha habido en la sabiduría del hombre. Esa afirmación aparentemente absurda de la tradición *so'to* puede recibir una interpretación a la luz de la sicología de las profundidades. La disociación entre ambas naturalezas, humana y animal, corresponde simbólicamente a la disociación de lo consciente y lo inconsciente, de la razón y de la intuición instintiva. El nahualismo shamánico del *Watunna* donde el jaguar desempeña un papel preponderante y el tonalismo, la relación coesencial entre un hombre y un animal, son otros aspectos del afán de reintegración.

SAGA Y ETNOHISTORIA

Para los pueblos sin historia que vivían su interminable Edad de Piedra desde hacía milenios, en las selvas vírgenes del Alto Orinoco, el contacto con los Conquistadores fue un acontecimiento extraordinario. El recuerdo de ese impacto en la siquis de las tribus se aprecia en el *Watunna*, la tradición oral de los *so'to*. Propiamente hablando, éstos escaparon a la conquista luego de rechazar al invasor extranjero. La tentativa española para subyugarlos, desembocó en un fracaso. Esta tentativa, tardía y efímera, se realizó en la segunda mitad del siglo XVIII, en las postrimerías de la época colonial y ni siquiera duró dos décadas. El recuerdo de aquel agitado período, no ha sido borrado de la saga tradicional de los *so'to*.

Hasta el año 1744, ningún español había intentado penetrar en el Alto Orinoco; unas murallas infranqueables de agua, los raudales del gran río, guardaban la entrada de ese sagrado santuario. Las Cataratas de Atures y Maipures eran unos obstáculos insalvables para la navegación. En el citado año, un explorador hispano se atrevió en lo desconocido, contornó las Cataratas y siguió su camino Orinoco arriba. Se llamaba Manuel Román, era

el Superior de las Misiones Jesuitas del río Orinoco, y le tocó vivir una aventura extraordinaria. El mismo apenas podía creer en ella. En esa tierra desconocida se tropezó con unos mercaderes europeos que muy tranquilos: ya navegaban por el Orinoco, sin tener la menor idea de dónde estaban. Afirmaban ser sujetos de la Corona de Portugal: decían que exploraban los dominios de su Rey en las Indias, y porfiaban que navegaban en algún afluente del río Amazonas, puesto que habían llegado allí, por agua, desde ese gran río. No creían en la contradicción del misionero español cuando éste les dijo que surcaban aguas del río Orinoco.

Román siguió a los extraviados lusitanos en su viaje de regreso. Navegó con ellos hasta el Amazonas y así comprobó la existencia de su comunicación con el Orinoco. Luego volvió, contó su odisea a los españoles, pero nadie le creyó. La Corona de España se inquietó, sin embargo, ante la noticia de las incursiones portuguesas hacia las cabeceras del Orinoco. Para comprobar la verdad y tomar medidas de defensa, el Rey despachó a las Indias una Comisión de Fronteras, a cargo de un marqués, José Solano, con la orden de comprobar o desvirtuar la misteriosa comunicación fluvial por el Caño *Casiquiare* y de explorar todas las tierras incógnitas del Alto Orinoco y del Río Negro.

En el año 1756, el marqués José Solano y sus oficiales cruzaron las Cataratas de Atures y Maipures, e instalaron su Cuartel General en un sitio que llamaron «San Fernando de Atabapo» donde vivían los indios *Puinabi*. Las operaciones locales de descubrimiento duraron seis años, hasta 1761. La saga de los *so'to*, el *Watunna*, conserva todavía el recuerdo de *Marakubaña* o San Fernando de Atabapo, donde *Iaranavi*, ese descubridor europeo, tuvo sus aposentos.

En el *Watunna*, la figura del conquistador se disocia en dos imágenes contradictorias, una luminosa, la otra sombría, encarnadas en dos personajes antagónicos: *Iaranavi* y *Fañuru*. *Iaranavi*, el hombre blanco, corresponde a la Leyenda Dorada del

Descubrimiento. El *Watunna* lo identifica con la Garza Blanca, ave hermosa, símbolo de luz. Dice que *Iaranavi* era bueno, rico, sabio, poderoso, generoso. Era el Dueño del Hierro, Dueño de *Aracuzá*, un arma invencible contra toda clase de enemigos y que el *Watunna* identifica con el poder celeste del trueno y del relámpago. Como los *so'to*, ese asombroso *Iaranavi* era una criatura de *Wanadi*, padre celeste de todo Bien. *Fañuru*, alteración fonética de la palabra «español», protagoniza, por el contrario, la Leyenda Negra de la Conquista. Era malvado, antropófago, allanaba tierras ajenas, despojaba y esclavizaba a los indios. No satisfecho con atropellar a los *so'to*, hostigaba al propio *Wanadi*, el padre celeste y lo obligó finalmente a abandonar su morada en esta tierra. El recuerdo del español –*Faruñu*– quedó grabado en la memoria de los *so'to* como un sinónimo de demonio. Todavía los ritos de exorcismo shamánico conjuran al Espíritu de *Fañuru* para alejar los maleficios de los enfermos, de las casas nuevas.

El período de 1759 a 1767 se puede señalar como la «Epoca de *Iaranavi*». Luego vino, según nos cuenta el *Watunna*, otro período, el de *Fañuru*, históricamente de 1767 a 1776. En este segundo tiempo, el idilio primordial se deterioró rápidamente. *Iaranavi* fue sustituido por aquel demonio. Estalló contra él la rebelión de los *so'to*, abanderada por un poderoso *Huhai* que libró a los indios de la maldita raza.

En el año 1759, *Iaranavi* aparece en la tierra de los *so'to* bajo el aspecto del Sargento Francisco Fernández de Bobadilla y de un destacamento de soldados enviados por el marqués Solano desde el pueblo de *Marakuhaña*. Exploran los ríos *Iguapo*, *Kunukunuma* y *Padamo*, situados frente a la estratégica bifurcación Orinoco-*Casiquiare*. Los *Iaranavi* provocan admiración en la aldea del jefe *so'to* *Warapa*, situada al este del Cerro Duida, entre el *Iguapo* y el Bajo *Padamo*. Poco después, los *Iaranavi* visitan la aldea de otro jefe, *Warema*, en el Alto

Padamo, más allá de la boca del *Kuntinama* y en la orilla del Caño *Kuitamoni*. Para llegar allí, los desconocidos habían remontado el Padamo hasta el raudal *Cuare* y el curso de dos afluentes, los caños *Machakuri* y *Marwanami*. Fue una expedición atrevida, a través de tierras montañosas. Agasajados en casa de los *so'to*, los *Iaranavi* les prometieron protección contra las tribus enemigas. Canjearon mercancías contra los productos de la tierra, prometieron volver.

Al principio de 1760, volvieron los *Iaranavi*; su jefe, esta vez, era el alférez Apolinar Díaz de la Fuente, otro oficial de *Marakuhaña*. Dijo a *Warema* y a su gente que venía a defenderlos contra las incursiones Y depredaciones de los *Caribes* que allanaban sus tierras Y llevaban sus hombres prisioneros, para venderlos lejos, como esclavos. También los defenderían contra los portugueses, que se infiltraban desde el Amazonas por la bifurcación del *Casiquiare*, en las tierras del Rey de España. Como precio de su alianza y protección, el jefe hispano pedía fidelidad al jefe de los *so'to* como vasallos de su Majestad Católica Y exigía la conversión de su gente al cristianismo. Como señal, *Warema* cambiaría el nombre de su aldea y la pondría bajo la advocación de Santa Gertrudis. Los hispanos tenían la orden de construir un fuerte en la bifurcación del *Casiquiare* para proteger a los *so'to*, se llamaría Buenaguardia. Estos invitaron a sus nuevos aliados a mudarse para la ribera del Orinoco, cerca del fuerte cristiano, para beneficiarse de la protección y del canje permanente de mercancías europeas.

Don Apolinar informó también a *Warema* su intención de aprovechar el cacao silvestre de Alto Padamo. *Warema* contestó que había mucho cacao por las montañas y que lo mostraría a los *Iaranavi*. *So'to* y españoles fueron juntos a explorar esas tierras. Los hombres de *Warema* recogieron sesenta canastos de cacao y don Apolinar les dio en cambio, hierros, telas y otras mercancías. La alianza quedó sellada con una gran fiesta. Los *Iaranavi*

se marcharon, don Apolinar mandó a construir, con troncos y planchas de árboles, el fortín de Buenaguardia; luego exploró las tierras vecinas y encontró, en la ribera del Orinoco, al pie del Cerro *Duida*, una sabana propicia para fundar el nuevo pueblo donde pensaba reunir la gente de *Warema* y de *Warapa*. La sabana estaba cerca de Buenaguardia y de la boca del río *Iguapo*, donde *Warema* tenía un puesto de curiaras, desde el cual controlaba el comercio del Alto Orinoco. Don Apolinar dio al sitio de su predilección el nombre de Esmeralda. Había hallado allí vetas y criaderos de cristales de roca, transparentes y hermosos. Los *so'to* llamábanles *wiriki* y sus *Huhai* los colocan en las *marakas* para darles su mágico poder. El *Iaranavi* creía que esos cristales eran esmeraldas y que sus filones también tenían oro.

Don Apolinar quería que los indios exploraran los filones Y convertir a Esmeralda en un Dorado para afianzar la Conquista. Los *Iaranavi* codiciaban el oro, mientras los *so'to* soñaban con el hierro de los *Iaranavi*. El Dorado de Esmeralda, sería, en la imaginación de don Apolinar, una mina de oro y piedras preciosas. Para *Warema* y *Warapa*, *Meraraña*, nombre con que el *Watunna* designa el sitio de Esmeralda, sería el Dorado de los indios, el pueblo donde se podría conseguir, a voluntad, el hierro de *Iaranavi*. El canje de hierro por oro era un mutuo motivo de alianza entre *so'to* e hispanos, el espejismo de su fugaz amistad. Ellos buscaban el Cielo, pero lo buscaban en la Tierra.

Don Apolinar tenía, por encargo de Solano, la orden de descubrir las misteriosas fuentes del Orinoco; creía que *Manoa*, la Ciudad de Oro, estaba escondida en la orilla de un fabuloso Lago Parima, situado en las cabeceras de los ríos Orinoco y Uraricoera. Un mercader y navegante *so'to* del Padamo, llamado *Iuna*, se prestó a la fantasía de los hispanos y los acompañó aguas arriba, pero les advirtió que no podrían llegar a las fuentes del Orinoco a causa de los muchos raudales y de la hostilidad de los indios *shirishana* (Yanoama), sus enemigos.

Don Apolinar llegó con *Iuna* al Raudal de los Guaharibos y se vanaglorió luego de haber descubierto las fuentes del gran río, sin haber llegado allí realmente. Poco después, los hispanos mandaron unos soldados emisarios a las casas de *Warema* y de *Warapa* para convocarlos a *Meraraña*; con sus gentes debían levantar allí el próspero pueblo.

En noviembre de 1760, los *so'to* acudieron con entusiasmo a *Meraraña* y comenzaron a trabajar para sus aliados. La alegría se tornaría, poco después, en una cruel desilusión. El pueblo de *Meraraña* quedó inconcluso, don Apolinar y su gente tuvieron que abandonar la búsqueda del nuevo Dorado, los *so'to* tuvieron que retornar a sus aldeas, el fuerte de Buenaguardia y el cuartel general de *Marakuhaña*, en el río Atabapo, fueron abandonados: en el año 1761, el marqués José Solano había terminado su misión exploratoria. El Rey le ordenaba reagrupar sus hombres y concentrar todos sus esfuerzos en la zona estratégica del Bajo Orinoco para construir allí una villa poderosa, capaz de proteger a toda la Guayana española y controlar el tráfico de los enemigos *Kariñas* y de sus aliados holandeses. Don Apolinar fue llamado a España para recibir nuevas instrucciones. Al pie del Duida, en Esmeralda, se despidió de sus amigos *Warema* y *Warapa*.

En 1764, año trascendental en la historia de la Guayana española, fue construida esa ciudad, que los *so'to* llaman todavía *Ankosturaña* (Angostura, antiguo nombre de la actual Ciudad Bolívar); *Warema*, jefe de los *so'to* del Alto Padamo, pudo conocer el flamante baluarte hispano, sus lujosas casas, su estratégica plaza fuerte. Bobadilla, que había sido despachado una vez más al Alto Padamo, para reanudar los contactos invitó a *Warema* a visitar a *Ankosturaña*. *Warema* pudo contemplar, con sus propios ojos, el Dorado soñado por los *so'to*, la Ciudad del Hierro, donde vio montones de *aracuzas*. *Ankosturaña*, según creía, era la cuna de las riquezas del Cielo que el gran padre *Wanadi* había concedido a los *Iaranavi*. *Warema* contempló las riquezas en

aquel agosto de 1764; presencié las febriles actividades de los carpinteros y albañiles; observé la construcción de un centenar de casas, con techos de tejas rojas y ventanas de hierro; admiré las vacas, los caballos: fue recibido por el gobernador de la villa, Don Sabás Moreno de Mendoza, junto con otros indios principales del Orinoco, Atabapo, *Casiquiare* y Río Negro. Eran los Caciques de los *guaipuinabi*, *amusana* y *uramanavi*, amigos de los españoles. El *so'to* traía consigo, como tributo y fidelidad al rey de España, una carga de cacao silvestre del Padamo. Quedó colmado con los honores, atenciones y obsequios debidos a un jefe. Cuando volvió a su casa, traía su curiara repleta con tesoros de *Ankosturaña*. Los *so'to* acudieron de todas las aldeas de los ríos *Padamo*, *Kimtinama*, *Ventilan*, *Erebato* y *Kunukunuma* para oír sus relatos. No se cansaban de escucharlo. Así nació la saga *Ankosturaña*, el paraíso terrenal, que todavía escuchan las nuevas generaciones de *so'to*.

En 1765 y 1766, *Ankosturaña* estaba ya floreciente. El nuevo gobernador de la Guayana, Manuel Centurión, hombre de voluntad férrea y dinamismo, decidió continuar la conquista del territorio, expulsar del río Orinoco a los *Kariña*, apoyados por los holandeses, y reanudar la búsqueda de *Manoa* y del Lago Parima, hacia las fuentes de dicho río. José Solano, desde Caracas, la capital de Venezuela, apoyaba las empresas de su amigo Centurión. En cuanto a don Apolinar, se puso a la orden de Centurión para poblar, con los *so'to*, el abandonado sitio Esmeralda. Los *so'to* ayudarían a explorar allí los supuestos criaderos de piedras preciosas y de oro. Esmeralda sería puesto de avanzada ideal para controlar al corso *Kariña*-holandés y descubrir a *Manoa*.

Los Misioneros capuchinos andaluces querían también integrarse a una gran aventura en la Guayana, pero Centurión no quería concederles participación. Los frailes, sin embargo, habían obtenido de Solano el control de las futuras misiones del

Alto Orinoco y del Río Negro. En 1765, cuatro de ellos salieron de Cabruta, en el Orinoco Medio; su Prefecto, Jerez de los Caballeros, quería evangelizar a los *so'to*. Dejó a sus compañeros el encargo de iniciar las misiones de Río Negro y exploró el *Padamo* para «reducir» a los indios. *Warema* y su gente se negaron y el misionero tuvo que retirarse.

En el año 1767, don Apolinar Díaz de la Fuente visitó a *Warema* con una fuerza militar para fundar, con su gente, la villa Esmeralda. Los *so'to* se negaron. Los soldados se llevaron unos grupos a Esmeralda contra su voluntad y los obligaron a construir una docena de chozas. Este atropello provocó la indignación de los *so'to* y marcó el fin de la Época de *Iaranavi*, el comienzo de la de *Fañuru*. En agosto llegó Fr. Jerez de los Caballeros y comenzó a evangelizarlos a la fuerza. Así comenzó la Misión de *Meraraña*, tantas veces citada en el *Watunna*. Allí los *so'to* supieron, por primera vez, quienes eran los *Fadre*, los misioneros y se originó la leyenda que presenta a los religiosos como unos demonios al servicio de *Fañuru*. La conversión forzada en *Meraraña* y el salvacionismo intolerante de los cristianos, pisotearon la tradición religiosa de los *so'to*, prohibió sus ritos y el culto tradicional a *Wanadi*.

En *Meraraña* los indios confinados estaban obligados a convivir con la tribu de los *guaipuinabi*, secuestrados y deportados también en esa sabana plagada de mosquitos.

La prédica de Fr. Jerez no duró más de tres meses y medio. A pesar de su efímera duración dejó un recuerdo indeleble en la tradición oral. Jerez fue, sin duda, intransigente en su celo religioso. Habló de la crucifixión de Cristo, se empeñó en destruir a *Wanadi*, según él, el falso dios de los *so'to*, para imponer la religión de la Iglesia Católica. El *Watunna* recuerda con amargura esa evangelización. Afirma curiosamente que los *Fadre* (misioneros) se llevaron a *Wanadi* a Caracas, la ciudad de los *Fañuru*, para crucificarlo. Los misioneros trataron de persuadir

a los *so'to* que lo habían matado de verdad: por eso ahora los *so'to* tenían que adorar a Cristo. Pero eso no era cierto: *Wanadi*, a causa de sus grandes poderes mágicos no podía ser vencido y logró escapar de la persecución de esos demonios: por culpa de ellos fue obligado a despedirse de la Tierra (*Wanadi Nistama*), abandonó a los *so'to* a su triste destino y los dejó solos, frente a aquellos *Fadre* y *Fañuru*. La despedida de *Wanadi* es el más triste episodio de todo el *Watunna*.

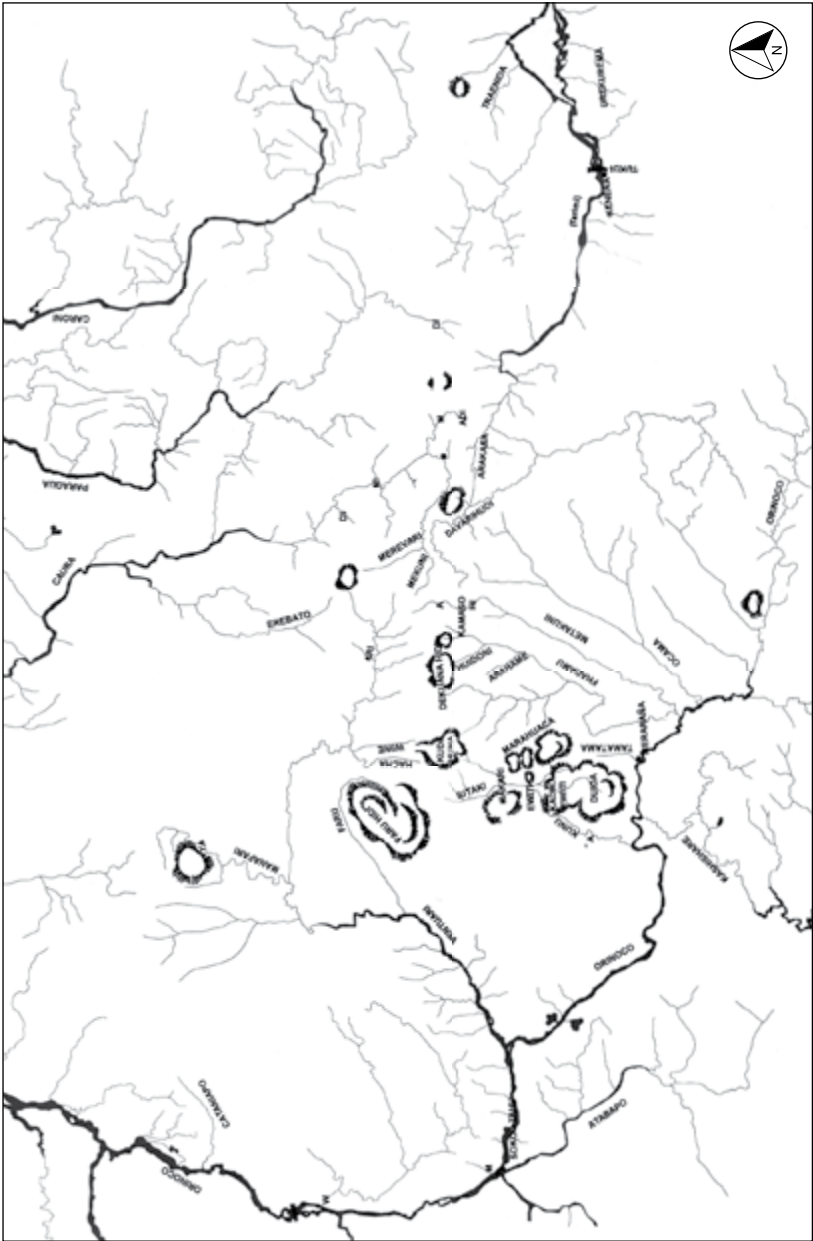
El *Watunna* afirma que, poco antes de la «Despedida de *Wanadi*», los *Fañuru* de *Karakaña* o Caracas, invadieron la Provincia del Orinoco y se apoderaron de la ciudad de *Ankosturaña* donde vivía *Iaranavi*, amigo de los *so'to*. Luego, aquellos demonios armados siguieron su avance por el río Caura y penetraron en las tierras de los *so'to*. Esta última campaña tuvo lugar en 1775, cuando los soldados españoles enviados desde Angostura por el gobernador Centurión, y encabezados por un capitán Barreto y un alférez Santos de la Fuente, invadieron los ríos *Erebato*, *Votamo* y *Padame*, pretendían establecer una ruta comercial permanente entre Angostura y Esmeralda. En esta oportunidad atropellaron a los *so'to* y construyeron diecinueve plazas fuertes a lo largo de esa ruta. La leyenda cuenta que un shamán *so'to*, *Mahaiwadi*, dotado de grandes poderes mágicos, encabezó la resistencia y rechazó a los invasores. Este personaje corresponde, probablemente, a una realidad. Existen diversos casos comprobados, durante la época de la conquista, en que los shamanes indígenas desempeñaron el liderazgo en la guerra contra los españoles.

Lo que en el *Watunna* no corresponde a la realidad histórica, es la supuesta toma de Angostura por los españoles de Caracas en aquella misma época. Este acontecimiento tuvo lugar en 1817, o sea, cuarenta y dos años después de la victoria de *Mahaiwadi* sobre los *Faruñu* y corresponde a una célebre ofensiva de Simón Bolívar durante la Guerra de

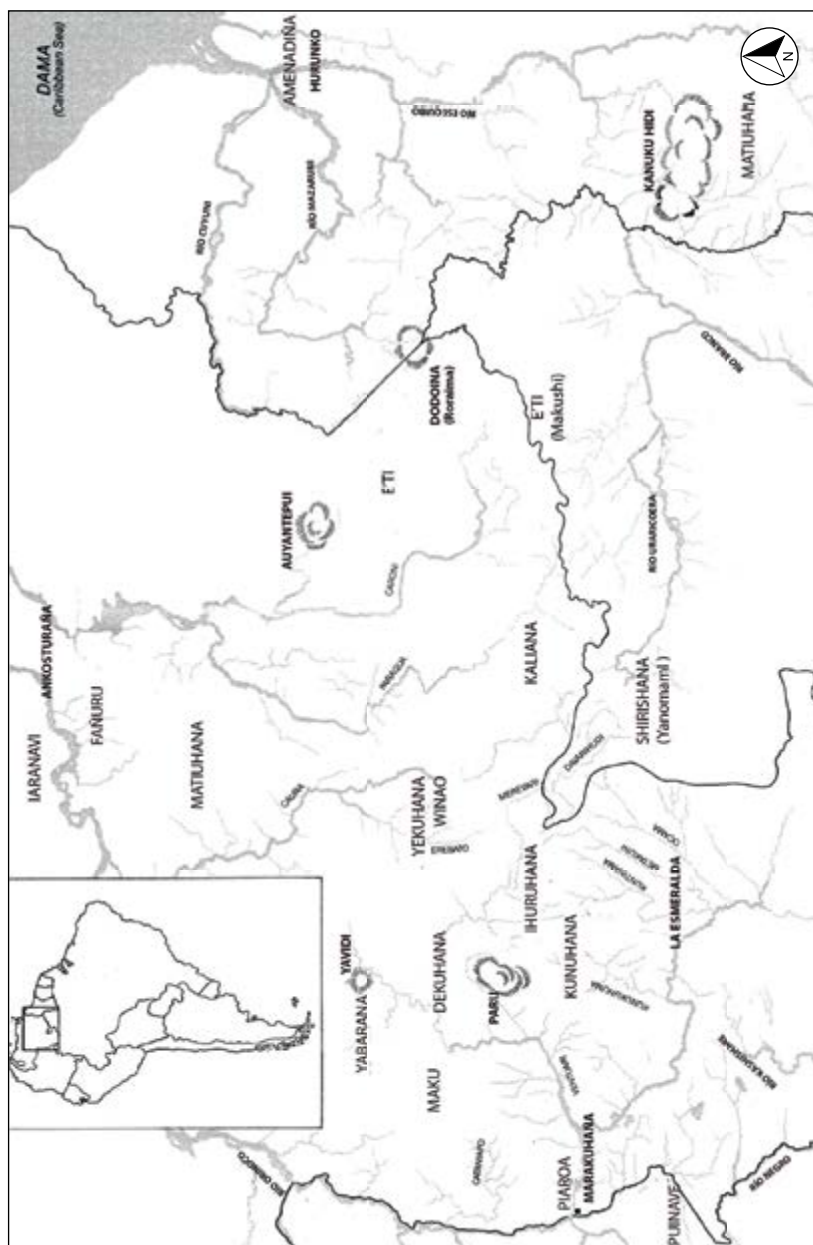
Independencia de Venezuela. En cuanto a la fabulosa versión de la derrota de *Iaranavi* en Angostura por los *Fañuru* de Caracas, en 1775, sólo encontramos una explicación posible de su origen. Como se ha dicho, los contactos de los *so'to* con los hispanos de Angostura habían sido armoniosos en los primeros años de la fundación de esa ciudad, española del Orinoco. A raíz de la evangelización forzada de los *so'to* por el Fr. Jerez, en Esmeralda, la situación había cambiado. El misionero tenía malas relaciones con Centurión, jefe anticlerical de Angostura, pero su incursión entre los *so'to* había recibido la aceptación de Solano, jefe supremo de los hispanos quien residía entonces en Caracas. No es imposible que el fraile haya manifestado a los *so'to* que su misión dependía exclusivamente de Caracas y no de Angostura. Esa afirmación pudiera haber sido el origen de la interpretación indígena de que los misioneros o *Fadre* eran amigos de los *Fañuru* de Caracas, y estos últimos, enemigos de *Iaranavi*, el hombre de Angostura.

A raíz de la victoria de *Mahaiwadi* sobre los invasores hispanos, los *so'to* se sintieron inquietos ante la posibilidad de represalias en sus tierras. El relato mítico del éxodo de una parte de la gente de *Ihuruña* hacia el oriente, bajo el mando de una dinastía de jefes *so'to*, los *waitie*, parece corresponder a esta época. Grupos *so'to* emigraron hacia el río Uraricoera y el Cerro Roraima, donde vivían y viven todavía, los *e'ti*, indios *makushi* y *taulipang*. Los emigrados observaron el comercio de esa gente con los *Kariña* y los colonos holandeses del río Esequibo. Privados de toda comunicación con Angostura y las codiciadas mercaderías españolas, descubrieron el camino de la Guayana holandesa y establecieron amistad con la lejana *Amenadiña*, la capital comercial de aquellos ricos extranjeros que la leyenda describe como «gente de *Wanadi*», es decir, gente amiga de los *so'to*, como lo había sido *Iaranavi*.

Debe ser notado, para terminar, que la epopeya de *Mahaiwadi*, el libertador de los *so'to*, tuvo efectos permanentes puesto que los españoles no intentaron de nuevo su conquista ni ejercieron represalias contra ellos.



Mapa mitológico de *Watunna*.

Distribución de los *so'to* y sus vecinos.

WANADI

SERUHE LANADI

Había *kahuña* (el Cielo). Los *Kahuhana* vivían allí, como ahora. Son hombres buenos y sabios. Así eran también en el principio. No se morían; no había enfermedad, maldad ni guerra. El mundo entero era el Cielo. Nadie trabajaba ni buscaba comida; la comida estaba siempre preparada, lista.

No había animales, demonios, nubes ni vientos. Había luz. En lo más alto del Cielo estaba *Wanadi*, como ahora. Daba su luz a la gente *Kahuhana*, alumbraba todo, hasta en lo más bajo, la Tierra. Por el poder de esa luz, la gente siempre estaba alegre, tenía vida, no podía morir. No había separación entre el Cielo y la Tierra; no había, como ahora, la puerta del Cielo. No había noche como ahora. *Wanadi* es como un sol sin atardecer. Siempre era de día; la Tierra era como una parte del Cielo.

Los *Kahuhana* tenían en *Kahuña* muchas casas o pueblos y todos estaban alumbrados. En la Tierra no vivía nadie; no había nada ni nadie aquí, sino tierra nada más.

Wanadi dijo: —Quiero gente allá abajo—. Envío su mensajero, un *damodede*. Nació aquí para hacer casas y gente buena, como en el Cielo. El *damodede* era espíritu de *Wanadi*. Él fue el primer *Wanadi* de la Tierra, hecho por el otro *Wanadi* que vive en *Kahuña*. Aquel otro *Wanadi* nunca bajó a la tierra; el que vino aquí era el espíritu del otro.

Vinieron aquí, después, otros dos *damodede*, otras formas de espíritu de *Wanadi*.

El primer *Wanadi* de aquí se llamaba *Senihe Ianadi*, el Inteligente. Cuando llegó, trajo sabiduría, el tabaco, la *maraka* y los *wiriki*. Fumaba, cantaba. Fumando, cantando, hizo la gente, la gente antigua. Eso fue mucho antes de nosotros, los hombres de ahora.

Cuando nació aquel espíritu, cortó su ombligo y enterró la placenta, él no sabía. Ahora, los gusanos de la tierra se metieron en la placenta; se la comieron. Se pudrió la placenta; pudriéndose, nació un hombre, una criatura humana, fea y mala, cubierta de pelos como un animal. Era *Odosha*. Tiene varios nombres; también lo llaman *Kahú*, *Kahushawa*. Este hombre era muy malo, tenía envidia de *Wanadi*, quería ser dueño de *Nono*. No dejó en paz a *Seruhe Ianadi*. No quería que naciera su gente en la Tierra. Ahora, es el dueño de *Nono*; a causa de él, sufrimos aquí, tenemos hambre, enfermedades y guerras. Él es el ancestro de todos los *Odoshankomo*. Ahora, a causa de él, morimos.

Cuando se pudrió la placenta del antiguo *Wanadi*, *Odosha* salió de tierra con una lanza. Dijo: —Esta tierra es mía. Ahora habrá guerra. Botaré de aquí a *Wanadi*.

Engañó a los hombres que acababan de nacer; les enseñó a matar. Había un hombre que pescaba, tenía muchos pescados. *Odosha* dijo a los otros: —Si lo matáis, tendréis mucho pescado.

Lo mataron: *Odosha* se alegró. Los hombres fueron cambiados en animales, como castigo.

Seruhe Ianadi ya no podía hacer nada en la Tierra, a causa de *Odosha*. Se volvió a *Kahuña*. Aquella gente antigua se quedó con *Odosha*, como animales. No quedó gente de *Wanadi* en la Tierra. Así terminaron los primeros hombres.

El nacimiento de *Odosha* en la Tierra antigua, es una señal para nosotros, los hombres de ahora. Cuando nace un niño, no debemos enterrar la placenta: se pudre, le caen gusanos, un

nuevo *Odosha* nace otra vez, como al principio, para hacerle daño al niño, matarlo. Así sucedió cuando *Odosha* peleó contra *Wanadi* para hacerse dueño de la Tierra. Nosotros guardamos la placenta, cuando nace el niño, en un nido de comejenes. Allí está bien guardada: no le entran gusanos. Ahora sí, se puede enterrar el nido de comejenes.

Esa es la historia de la gente antigua. Eso es todo.

NADEI'UMADI

Más tarde, el otro *Wanadi* que nunca sale de Jahuña, pensó: —Quiero saber qué sucede en la Tierra. Quiero que viva allí gente buena.

Ahora, mandó un segundo *Wanadi*, un *damodede* llamado *Nadei'umadi*. Cuando llegó, pensó: —Ahora la gente se va a morir, porque *Odosha* está aquí. A causa de *Odosha* se enferman, mueren. Ahora he llegado. Luego los hombres volverán a nacer. Por mi poder, vivirán. La muerte no es verdad; es engaño de *Odosha*. Los hombres vivirán.

El nuevo *Wanadi* quiso dar una señal, una muestra de su poder. Lo hizo para que nosotros sepamos que la muerte no es verdad. Se sentó, puso sus codos en las rodillas, su cabeza en las manos. Se quedó quieto, pensando, soñando, soñando. Soñó que nacía una mujer, era su madre, se llamaba *Kumariawa*. Así fue. Aquel hombre poderoso pensaba, fumaba, tranquilo, soplaba humo de *Kawai*, soñaba con la madre *Kumariawa*. Así nació ella. El mismo hizo su madre. Así cuentan. Le dio vida soñando, con humo de su tabaco, con el canto de su *maraka*, cantando nada más.

Ahora *Kumariawa* se puso de pie. Ahora *Wanadi* pensó: —Vas a morir. Así soñó *Wanadi*: mató a su madre. Ella nació derecha, grande como mujer, no nació como niña. Luego murió,

cuando él soñó la muerte, tocando *maraka*, cantando. No fue *Odosha* quien la mató sino él mismo. Tenía mucho poder cuando pensaba. Cuando pensó: Vida, entonces nació *Kumariawa*; luego, cuando pensó: Muerte, ella murió. *Wanadi* lo hizo como señal de su poder, de su sabiduría; sabía que eso no era verdad. La muerte era engaño.

El nuevo *Wanadi* tenía *Huehanna*. La trajo de *Kabuña* para hacer hombres. Él quería gente nueva para la Tierra, que naciera bastante gente. Era como una gran bola, grande, hueca, con concha gruesa, dura, como de piedra. Se llamaba *Huehanna*. Adentro de *Huehanna*, se oían ruidos, palabras, cantos, risas, gritos. Mucha gente hablaba allí adentro. Se oía nada más, no se veía. Allí estaba toda la gente de *Wanadi*, no nacida todavía. El los trajo del Cielo a la Tierra; ellos estaban alegres; por eso cantaban, armaban griterío, antes de nacer. *Wanadi* quería que se abriera *Huehanna* en la Tierra y que saliera aquí su gente buena, sabia. Morirán —pensó—, porque *Odosha* está aquí. Él no quiere que ellos vivan, no quiere que haya gente buena. Los va a enfermar, a matar, cuando salgan. Luego yo les daré vida, otra vez nacerán, no morirán.

Wanadi mató a *Kumariawa* como un ejemplo. Lo hizo para hacerla nueva otra vez. Quería mostrar su poder a *Odosha*. Él era el dueño de la vida; sus hombres no pueden morir. —Ha muerto— pensó, cuando murió su madre. —Luego otra vez nueva, otra vez vivirá. Así mismo van a nacer mis hombres de *Huehanna*; luego morirán, a causa de *Odosha*; luego vivirán, por mi poder.

Cuando mató a *Kumariawa* él salió a cazar: —Me voy —dijo, cuando salió. Llamó a *Kudewa* y le pidió ayuda para enterrar a la mujer. Fue el primer entierro. En la tierra sepultaron a *Kumariawa*. —Me voy —dijo a *Kudewa*— voy a cazar. Luego volveré. Cuida la sepultura. *Kumariawa* va a retoñar de esta tierra. Cuando salga, será la señal; los hombres saldrán de

Huehanna, vivirán. Cuida el cuerpo de mi madre: que *Odosha* no se le acerque. Ahora, *Wanadi* llamó a *Iarákaru*, su sobrino: —Vigila a *Huehanna* —le dijo cuando salió.

Wanadi olvidó su *chákara*; allí guardaba su poder, su tabaco, sus cigarrillos. En la *chákara* guardaba también la noche. En aquel tiempo, no conocían la noche. Sólo luz había en la Tierra, como en el Cielo. Todo era un solo mundo, *kabuña* y llegaba aquí el día. Cuando *Wanadi* se fatigaba y abría la *chákara*, metía allí la cabeza y se dormía. Allí estaba el sueño escondido, la noche. Allí dormía. Cuando despertaba, cerraba otra vez la *chákara*, aprisionaba la noche adentro.

Wanadi había dicho a *Iarákaru*: —No toques nunca la *chákara*. Es mi poder. ¡Cuidado! ¡No abras! Si lo haces, saldrá la noche.

Cuando *Wanadi* se fue, *Kudewa* quedó como el guardián de *Kumariawa*. *Kudewa* miraba la tierra para avisar cuando se moviera, cuando el cuerpo se levantara. —Llámame enseguida, grita y volveré— le dijo *Wanadi*, cuando se fue.

Cuando la tierra se movió, *Wanadi* estaba lejos. *Kudewa* vio salir la mano, el brazo de *Kumariawa*; la tierra se abrió. Se convirtió en loro y gritó, gritó, para avisar. Cuando *Wanadi* lo oyó, se vino corriendo, corriendo, a ver cómo brotaba su nueva madre, cómo reventaba *Huehanna*. Cuando corría, vino la noche. Toooodo quedó oscuro, de golpe. Tooooda la Tierra se apagó, de golpe, y *Wanadi* corrió en la noche. —Han abierto la *chákara* —pensó— *Iarákaru* lo ha hecho. Así era, *Iarákaru* tenía curiosidad. Alguien le dijo: —¡Abra!—. Era *Odosha*. Él no lo veía; lo oía, como en un sueño, nada más. —Abra —dijo *Odosha*— vas a conocer el secreto—. *Iarákaru* estaba como soñando. Primero no se atrevía. Luego lo hizo. —¿Qué secreto hay, escondido en la *chákara* de *Wanadi*? —pensaba—. Quiero ver. Quiero fumar, ser poderoso como *Wanadi*, conocer la noche—. Abrió ahora la *chákara* para

mirar. Enseguida brotó la noche, se escondió *Kahuña*, se apagó la luz en *Nono*.

Así vino lo oscuro en nuestro mundo, por culpa de *Iarákaru*. Antes no existía. Así dicen. Yo no lo he visto.

Cuando brotó, él se quedó como ciego. Ya no podía ver Cielo ni Tierra. Se asustó, como en la tiniebla, no como hombre, sino como mono blanco. Así quedó. Cambiado por castigo. Él es el abuelo de todos los *Iarákaru*, el primero que soltó la noche, antiguamente. Él era sobrino de *Wanadi* y fue castigado. Así cuenta.

Cuando *Wanadi* fue a cazar, *Odosha* pensó: —Aquel hombre tiene poder. Quiere hacer gente suya en la Tierra. Cree que la tierra es suya. Cree que él es el dueño de todo, que va a nacer su gente, que siempre va a haber luz. En la Tierra dejó el cuerpo de aquella mujer. Así piensa él: —Ha muerto, vivirá otra vez, *Huehanna* se abrirá—. Dejó vigilantes para avisarle cuando venga la señal. Yo no quiero. La Tierra es mía, no de él. No voy a dejar salir *Kumariawa* de su cadáver, ni los hombres de *Huehanna*.

Entonces *Odosha* se escondió, habló con *Iarákaru* como en sueño, dijo: —¡Abra la *chákara*!

Cuando quedó abierta, se alegró: —¡Anocheció ahora, la noche es mía! Nadie vivirá. Soy yo, dueño de la Tierra.

Tenía él su propia gente. Ellos podían ver, moverse, hacer muchas cosas en la oscuridad. La gente de *Wanadi* no podía hacer nada, ni ver nada. Sólo tenían miedo. Por eso *Odosha* se alegró.

Odosha envió a *Ududi*, un enano velludo, para mirar la sepultura. *Ududi* le dijo: —¡Viene saliendo!—. *Odosha* oyó, lo supo, orinó en una *totuma*, se la dio a *Makako*, lo mandó a la tumba de la mujer. *Makako* parecía un lagartijo. Corría con la *totuma* llena de orina. *Kumariawa* abría la tierra, se levantaba otra vez. El lagartijo botó la *totuma*, bañó con orina a la mujer. La orina de *Odosha* era hirviente como candela, como veneno. Quemó el

cuerpo. La carne se tostó, los huesos cayeron, el loro dejó de gritar, la tierra se cerró. —Está hecho— dijo *Makako* cuando volvió a *Odosha*.

Cuando llegó *Wanadi*, halló noche, cenizas, huesos, carbón, el mono huido, el loro mudo, la *chákara* abierta. —Ya no puedo nada— pensó *Wanadi*— no hay carne, cuerpo, no volverá la vida. No hay luz, la Tierra ya no es mía. Ahora los hombres morirán.

Ahora buscaba *Huehanna*. Ahí estaba todavía. Dentro hablaban, gritaban los hombres no nacidos, asustados. No habían nacido, no habían muerto: estaban nada más, como al principio. No podían nacer. Cuando quemó a la mujer, *Odosha* vino con *Makako* para abrir *Huehanna*, romperla a palos, matar a la gente que de allí saldría. La encontraron, le cayeron a palos, y nada: no pudieron hacer nada. *Huehanna* era dura, con concha gruesa, como piedra. No pudieron romperla. Se marcharon nada más.

Wanadi recogió *Huehanna*. Cuando la recogió oyó adentro las voces de su gente, se puso triste: —Tienen ahora que esperar—pensó—, los voy a esconder—. Se fue a la montaña *Waruma hidi*. En esa montaña escondió a *Huehanna*, con toda la gente por nacer.

Allí está esperando, tranquila, desde el principio del mundo; allí se quedará hasta que se acabe. Cuando brotó la noche, *Wanadi* ocultó *Huehanna*. Aquella, su gente buena, no ha nacido, no se ha muerto. Allá en *Waruma hidi*, aguarda el fin de este mundo, la muerte de *Odosha*. *Odosha* es el dueño de nuestro mundo, pero no es eterno. Morirá cuando la maldad se acabe. Entonces volverá *Wanadi* otra vez a la montaña *Waruma hidi*, la luz de *Kahuña* alumbrará, veremos a *Kahuña* desde aquí, como al principio. *Wanadi* buscará entonces *Huehanna*, nacerá la gente buena, inteligente, que no pudo nacer al principio; les tocará su tiempo a los hombres de *Wanadi*. En el sitio llamado *Warumana* esperan. Así lo llamamos. Yo no lo he visto.

Wanadi dejó la Tierra en tinieblas. Se marchó, volvió a *Kabuña*, se llevó en un guayare la calavera, los huesos de *Kumariawa*. *Odosha* con su gente se quedó. En el lago *Akuena* que está en *Kabuña*, *Wanadi* botó los huesos de su madre. La mujer resucitó, nueva otra vez. Allá en *Kabuña* vive todavía.

Así dicen. Yo no la he visto.

ATTAWANADI

Cuando vino aquel hombre, no había luz. Los hombres antiguos vivían con miedo, se escondían como animales, no podían moverse, nada veían. Necesitaban buscar su comida, su agua; no podían así, vivían con miseria, hambre, junto con *Odosha*. *Odosha* les daba miedo, los enfermaba, los mataba. El otro *Wanadi* sopló sobre un *Wiriki*; así nació *Attawanadi*.

Aquel hombre era un nuevo *Wanadi*; fue el tercer *Damodede* del otro *Wanadi* que brilla en el más alto *Kabuña*. Fue enviado para mirar lo qué sucedía en *Nono*, hacer gente otra vez, gente buena, sabia, de *Wanadi*. Hizo *Shi* —el sol—, *Nuna* —la luna—, y *Shidishe* —las estrellas—; parecían gente y alumbraban el nuevo Cielo de esta Tierra. El verdadero *Kabuña* ya no se veía. La luz de arriba, la luz del otro *Wanadi*, no llegaba más a causa de *Odosha*. Por eso el nuevo *Wanadi* hizo este sol de nosotros para que nos alumbrara, durante el día. Cuando llegó el nuevo *Wanadi*, amaneció otra vez. Los hombres antiguos se alegraron; salieron uno por uno de sus cuevas para mirar a *Shi*, el Sol nuevo, el Día de nuevo; entonces entendieron que *Wanadi* había vuelto. Ahora la Tierra tiene su propio Sol. Se veía de nuevo un cielo, encima de la Tierra. Ya no se veía como al principio, *Kabuña* —el Cielo verdadero— ni los *Kabuhana* —los habitantes de *Kabuña*—. Ahora la Tierra tiene su cielo propio: —Está hecho

1



2



1. Así vino lo oscuro en nuestro mundo, por culpa de *Iarakaru* cuando abrió la *chakara*. *Odosha* orinó en una *totuma*, se la dio a *Makako*, el lagartijo para quemar el cuerpo *Kumariawa*.

2. Ahora los hombres morirán. Aquí se ven los muertos pidiendo paso al guardián de la puerta del cielo.

—dijo aquel hombre. *Nono* tiene ahora su sol, su luna, su luz. Entonces se alegraron los hombres antiguos.

Acudió la gente antigua ante el nuevo *Wanadi*. Se quejaron a causa de *Odosha*; —Hay hambre —dijeron— miseria, enfermedades, muerte. Parecían animales, tenían forma de animales; cuando lo querían, tomaban otra vez formas humanas. No tenían nada. Ni casabe, ni agua, ni ropa, ni casa, ni flechas, ni arcos, ni chinchorros. Nada, sino miseria y miedo, como los animales.

Wanadi reconoció a *Iarákaru*, el mono blanco. Ahora estaba flaco, se quejaba. —Tienes la culpa— dijo *Wanadi*. —Por tu culpa vino la miseria; por castigo estás flaco; así quedarás, así también tus hijos, tus nietos.

Aquel hombre pensó: —Haré de nuevo una tierra buena. Todo lo haré otra vez, como al principio. —Me voy —dijo— luego volveré. Ahora, fue a *Kahuña*, a casa de *Iamankave*, dueña de la comida, guardiana del *mañoco*. Pidió comida para la Tierra. *Iamankave* dijo: —Bueno—. Envió a la Tierra un mensajero con mucho casabe para la gente. Ahora comieron. Se alegraron cuando llegó el hombre del Cielo con el casabe.

Cuando llegó *Odosha*, se enfureció. —Ya ha vuelto *Wanadi* —pensó— otra vez quiere ser el dueño de la Tierra.

Había dos jóvenes, varón y hembra. Cuando *Wanadi* se fue a *Kahuña* a buscar comida, *Odosha* se acercó a ellos por engaño, bajo la forma de *Wanadi*. —Yo soy *Wanadi* —dijo— ahora os enseñaré a fornicar— y les enseñó. Por eso fornicaron. Antes, no sabían, no fornicaban los hombres antiguos. Cuando lo hicieron, se enfermaron, se enfermaron, recibieron su castigo. El *Kahuhana* con el casabe no volvió más. Otra vez se quedaron sin comida, muchos murieron.

Cuando volvió *Wanadi*, dijo: —Bueno, ¿qué haré? Aquella gente del principio se echó a perder. Ahora solo oyen a *Odosha*, no quieren seguir siendo gente de *Wanadi*. Haré gente nueva, buena de verdad.

Construyó su casa en *Wana hidi*, un cerro del río *Kuntinama*. Fue la primera casa. Aquel espíritu la hizo para sí mismo, como señal para los hombres, luego hizo otra, otra, otra, para la gente. Enseñó a los hombres a hacer sus casas, no más como animales, sino como la gente. Hizo muchas casas, hizo pueblos. Por eso lo llaman *Attawanadi*.

Cuando *Wanadi* hizo su casa en *Wana hidi*, *Odosha* llegó, miró e hizo otra casa igual, frente a aquella. —Bueno —dijo *Wanadi*— tengo que hacer todo rápido, antes de que *Odosha* lo eche a perder.

Wanadi puso gente nueva consigo en *Wana hidi*. Eran doce hombres llamados *Wanadi sottoi*. Eran muy fuertes, sabios. *Odosha* en su casa tenía también mucha gente, suya, los *Odoshán Komo*. Eran malos, querían destruir a *Wanadi*.

Wanadi se sentó, callado, tranquilo, sin comer, sin hacer nada. Apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en las manos. Sólo pensaba, soñaba. Empezó a soñar, soñando, soñando. Así hacía todo. —Yo sueño así —decía—. Estoy soñando: Hay mucha comida.

La comida no vino. *Odosha* estaba frente a él; no quería; se puso a soñar mal; contestaba mal a *Wanadi*.

—He soñado: Tenemos casabe —dijo *Wanadi*, soñando.

—Este es mi sueño: Mucha hambre —contestaba *Odosha*. Contestaba mal.

—Soñé así: Maté cinco venados —dijo *Wanadi*, soñando.

El otro contestaba: —No. Antes de ti, soñé. Soñé: no hay comida. Mucha gente muriendo—. Contestó mal.

—Estoy soñando. Hay conuco; hay mucha yuca. Tumbo yuca, hay mucha cosecha —dijo *Wanadi*.

—Así soñé antes —contestó *Odosha*—: Mucha gente enferma; se va a morir.

Wanadi no pudo hacer nada a causa de *Odosha*. Se puso bravo. —Nos vamos de aquí —dijo a la gente—. Aquí no se puede estar con *Odosha*. Viviremos aparte. —Bueno —dijeron. Se marcharon.

Se fueron a *Truma achaka*. Allí vivía *Wade*, en una cueva. —Estamos huyendo de *Odosha* —le dijeron— por eso venimos. —Bueno —dijo *Wade*— aquí pueden quedarse.

Se quedaron. *Wade* era bueno. Fue el Abuelo de las Perezas; cuando él quería, tomaba forma de perezza. Cuando dejó la Tierra, dejó su forma aquí, para las perezas de ahora.

Wanadi hizo una casa para *Wade* en *Truma achaka* y dejó allí su gente. Salió para hacer otras casas, para hacer otra gente por la Tierra. —Me voy —dijo— luego volveré.

Se llevó su cerbatana para cazar en el camino. Cuando caminaba, encontró un tigre. Corrió, hizo una troja; el tigre venía atrás, lo quería comer. Ahora, mató al tigre con su cerbatana. Ahora, el tigre se levantó otra vez. Era brujo. No podía morir. *Wanadi* se fue. Luego, soñó que mataba pájaros. Mató pájaros de verdad; los trajo a casa de *Wade*.

—He vuelto —dijo— os traigo comida—. Se alegraron, comieron los pájaros.

—En mi camino salió un tigre —dijo *Wanadi*—. Quería comerme; lo maté con cerbatana, él se fugó.

—¿No será un engaño de *Odosha*? ¿No será *Odosha* como un tigre, aquél que encontraste? —dijo *Wade*—. Cuando vayas a salir, no salgas como *Wanadi*.

—Bueno —dijo *Wanadi*. Salió de nuevo con su cerbatana como un cazador, sucio, viejo, no como *Wanadi*.

Ahora encontró a *Odosha*, como *Odosha* de verdad. *Odosha* lo miró; no supo quién era. —¿No has visto a *Wanadi* —preguntó. —¿Quién es *Wanadi*? —contestó. —No lo conozco. —Aquel que vivía en *Wana hidi* —dijo *Odosha*—, se fugó. Lo ando buscando. ¿No lo has visto? —¿Quién es *Wanadi*? —contestó *Wanadi*. Así engañó a *Odosha*. *Odosha* se fue a otra parte, buscando, buscando. No volvió más.

1



2



1. Haré de nuevo una tierra buena. Todo lo haré otra vez, como al principio.

2. Enseñó a los hombres a hacer sus casas, no más como animales, sino como gente. Hizo muchas casas, hizo pueblos.



Cuando *Wanadi* hizo su casa en *Wana hidí*, *Odosha* llegó, miró e hizo otra casa igual frente a aquélla.

Wanadi volvió a su casa, en *Truma achaka*, soñó con otros pájaros, llegó con otros pájaros. Su gente estuvo alegre cuando llegó. Comieron otra vez los doce hombres.

—En mi camino salió *Odosha* —dijo *Wanadi*. Él me preguntó por *Wanadi*. «No lo conozco», contesté. Ahora está lejos, buscando, buscando.

—Bueno —dijo *Wade*—. Está bien. Ahora no salgas más como *Wanadi*.

Wanadi se cambió y salió de nuevo. Parecía un cazador viejo, sucio. Fue caminando lejos, fumando, tocando *maraka*, haciendo casas, gente nueva.

Odosha andaba perdido, engañado; llegó un día a casa de *Wade* y preguntó. —No, no está; no lo conocemos —le dijeron. Se marchó, buscando otra vez; no sabía dónde buscar; no pudo encontrar a *Wanadi*.

Ahora, *Attawanadi* hizo muchas cosas buenas y buenas gentes.

Se alegró con su gente.

Eso es todo.

KAWESHAYA

Wanadi vivía en casa de *Wade*. Salió a pescar de madrugada en el río *Kunukunuma*, llegó al raudal *Tukudi*, y lanzó al agua su guaral *Kurahua* y su anzuelo. Pescó una criatura que vivía en el agua. Bajo el agua, tenía forma de pez, fuera del agua, era como mujer bonita. *Wanadi* no la veía como pez, sino como mujer. —Me gusta —pensó— me voy a casar—; luego, la soltó.

—No pediste permiso —dijo la mujer— no se puede pescar aquí sin mi permiso.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Dónde está tu casa?

—*Kaweshawa* es mi nombre. Mi padre es dueño de los peces. Vivo dentro del río, en el raudal *Kasuruña*; es un pueblo profundo, el de mi padre.

Wanadi trata de agarrarla; se desliza entre sus manos, se esconde en el agua; más lejos sale otra vez.

Wanadi se ríe, la persigue; ella escapa. Él se cansa, se sienta en cuclillas. *Kaweshawa* sigue jugando; se esconde en el río como pez, sale como mujer, se esconde otra vez.

—Sal del río —dice *Wanadi*— acompáñame a casa.

Kaweshawa dice: —Sal de la tierra; sígueme a casa de mi padre.

Pero *Wanadi* no quiere.

—¡Te agarraré! —Dice y lanza al río su anzuelo. *Kaweshawa* se acerca, muerde, se engancha. *Wanadi* da un jalón. *Kaweshawa* se zafa. *Wanadi* disparado va a rodar a las piedras. —Tengo un mejor anzuelo —piensa. Coge un bonito collar y lo lanza. Ella mira el collar y lo agarra. Ella mira el collar, lo agarra, lo jala. El aguanta en la orilla, se cuadra y afincan sus pies, deja impresas sus huellas en la roca. No se han borrado; todavía se ven a la orilla de *Tukudi*. La mujer jala y jala y el hombre suelta el collar. Ella se lo pone al cuello, riendo a carcajadas.

—Bueno, ganaste —dice *Wanadi*— ahora te pescaré.

Ella se divierte. Vuelve a la orilla, muestra su collar, saca el cuerpo del agua. *Wanadi* tiende un *amoahocho*. La mujer mete el dedo y jala el *amoahocho*; *Wanadi* lo suelta, cae, va a rodar a las piedras. *Kaweshawa* suelta la risa.

—Dame otra vez el *amoahocho* a ver si me agarras.

—Probaremos otra vez. Ahora no caeré—. Aquel hombre se acerca, se cuadra y apoya sus espaldas contra la roca. La mujer mete el dedo en la trampa *amoahocho* y jala con todas sus fuerzas. *Wanadi* tiene buen respaldo, no suelta. *Kaweshawa* jala y jala hacia el río, *Wanadi* jala hacia la tierra, a ver cuál ganará. Gana *Kaweshawa* y *Wanadi* cae al agua.

—¡Vamos a casa de mi padre! —dice *Kaweshawa*.

Dicen que *Wanadi* jugó así con *Kaweshawa* para darnos una señal; así jugamos con las mujeres, durante las fiestas y borracheras tratamos de atraparlas con el *amoahocho*. Todos miran al que gana. Si ganamos, nos llevamos a la mujer.

Cuando cayó *Wanadi* en el río *Kunukanuma*, se armó alboroto y se hizo un remolino de brazos y piernas. *Wanadi* y *Kaweshawa* luchaban en el agua y la corriente se los llevó.

—Suéltame —dijo *Wanadi*— no soy pez, aquí no puedo respirar—. Miró otra vez a *Kaweshawa*, la vio como pez, porque estaba dentro de río.

—No temas nada, ahora verás mi pueblo con los ojos de los peces. Escupió unas hierbas sobre *Wanadi*; él dejó de ver el agua como la ve la gente y pudo respirar. En el fondo del río, vio a los pueblos de peces y de *Marwadi* con sus casas y conucos.

—Ahora puedes seguirme. Vamos a casa de mi padre. Eres mi marido. Por eso te escupí—. *Kaweshawa* lo jalaba, se lo llevaba preso. *Wanadi* no quería vivir bajo el agua.

Fueron arrastrados aguas abajo, dándose golpes; tres días, bajaron. *Wanadi* quería volver a la tierra, llevar la mujer a su casa. Cuando llegaron al caudal *Kasuruña*, estaban cansados. *Wanadi* jaló a *Kaweshawa* por el cabello a una laja de la ribera. Ahí se

quedaron, se curaron. Cada uno se curó, mirando al otro con malos ojos. Cuando supieron que se quería casar, llegó gente para darle consejos a *Wanadi*. Su sobrino, *Iarákaru*, el mono blanco, llegó y dijo:

—No vayas a acostarte con esa mujer; la conozco. Cría peces caribe, los esconde en su vagina. Defienden su virginidad; mordieron al rabipelado; cuando quiso acostarse con la mujer, quedó castrado. Traté también; también me cortaron.

Wanadi no le hizo caso. Ahora se acercaron *Eshéu*, el zorro guache, y *Odoma*, la lapa: —Si quieres casarte con esa mujer —dijeron a *Wanadi*— te ayudaremos. Mataremos los guardianes de su vagina.

—Bueno —dijo *Wanadi*— esperaré y vosotros despejaréis mi camino.

Wanadi entregó *Kaweshawa* a sus amigos y se fue a dormir solo.

Eshéu consiguió con la garza blanca, *Abisha*, una aguja de hierro, la metió en su pene y se fue con *Kaweshawa*. Los caribes lo mordieron, se destrozaron los dientes. *Eshéu* desfloró a la mujer; luego *Odoma* hizo lo mismo se burló de *Kaweshawa*, no fueron castrados. Avisaron a *Wanadi*.

—Ya no hay peligro, hemos abierto tu camino, nada malo ha sucedido. Ahora, tú también puedes probar. Y le entregaron la aguja de hierro.

—Ese hierro no me gusta —pensó *Wanadi*— probaré otra cosa; mataré los caribes con *ayadi*, el barbasco, y saldrán de su madriguera.

Buscó un bejuco *ayadi*, lo machacó contra una laja, brotó un zumo blanco. *Wanadi* agarró *Kaweshawa* por los cabellos, metió el barbasco en su vagina. Así fue la primera pesca con barbasco, la que llaman *Tdenke*.

Adormecidos, salieron los caribes a flotar. Los cogieron tranquilamente con redes que llaman *huabi*. Llenaron muchas espuelas, comieron tres días. Los caribes eran sabrosos.

Wanadi estaba contento:

—Está hecho. Ya estás curada. Ya eres buena. Serás mi mujer.

Se fue con ella dentro del río, en el raudal *Kasuruña*, a casa del suegro, el dueño de los peces.

—Aquí traigo tu yerno —dijo la mujer.

—Bueno —dijo su padre.

—Llegué —dijo *Wanadi*—. Eres mi suegro. Voy a trabajar para ti, voy a pagarte, voy a pagar mi mujer. Nos mudaremos a la tierra; cuando yo termine la casa nueva, llamaremos mucha gente a bailar, a cantar.

—Eres bueno —dijo el dueño de los peces.

—Soy *Wanadi*. Cuando esté lista la casa, entonces me acostaré con tu hija, luego me quedaré cazando, pescando, buscando comida para vosotros. Cuando mi mujer tenga hijos, haré otra casa nueva; me mudaré con mi mujer, con mi hijo.

—Bueno —dijo el suegro— eres hombre bueno.

Wanadi durmió en la casa, no tocó a *Kawesha*. Salió cuando madrugaba y comenzó la casa nueva del suegro, en la montaña llamada *Kushamakari*.

La construyó grande y bonita, como señal, para mostrar lo que los hombres debemos hacer. *Wanadi* se mudó después, con sus suegros, su mujer; empezó a servir, a trabajar: cazaba, pescaba. Allí bailaron, hicieron gran fiesta, cuando quedó hecha.

Wanadi hizo, callado, otra casa en otra montaña que también llaman *Kushamakari*, detrás del Duida, frente al *Maráhuaka*. Nadie sabía; él nada más. Él no decía nada; se iba nada más; nadie sabía dónde iba. Él decía: —Me voy a cazar—. Era engaño; iba a construir en el otro *Kushamakari*. Ellos creían que iba a cazar; así decían: —¿Qué hace él, tanto tiempo fuera? —decían.

Mucho después, cuando se despidió de esta Tierra, entonces habló; supieron que él había hecho otro *Kushamakai*. Estaba bien escondido en las montañas. Supieron también para qué servía la otra casa. Ahora los suegros sólo decían: *Wanadi* se fue a cazar. Engañados. Por la tarde desaparecía; por la mañana, levantaba el *Kushamakari* que la gente veía. Es el único *Kushamakari*, pensaba la gente; el otro, no lo veían.

El otro *Kushamakari* está escondido en las cabeceras de los ríos *Kawai* e *Iamo*, frente al *Maráhuaka*. Es muy difícil llegar allá. Muchos raudales para las curiaras, muchos *Marwadi* viven allí, guardan el camino. Hay que orar mucho, no comer carne, no tocar mujer, para llegar allá. Un gran murciélago vigila la cueva, vigilando, vigilando. Sólo viven allí seres inmortales, poderosos, buenos: el dueño de las cerbatanas, el abuelo de las dantas, otros, otros. No llega jamás gente de *Odosha*, no llegan hombres malos. Se los comen los *Marwadi* y el murciélago, cuando llegan.

Cuando madrugó, *Wanadi* dijo:

—Voy a buscar comida, voy a matar paujies.

Cuando volvió, llamó a su novia: —Maté dos paujies. Allá los dejé en el camino. Sal a buscarlos.

—Bueno— dijo *Kaweshawa*, y salió a buscar los paujies.

Era una señal. Cuando volvemos de cacería, dejamos la presa en el camino, no la metemos en casa. Las mujeres salen a buscarla.

Cuando llegó al camino, *Kaweshawa* miró. No vio ningún pauj, vio a un hombre vivo.

—Me llamo *Kurunkumo* —le dijo— soy el pauj, no puedo morir. *Wanadi* cree que me mató. Así parecía. Era engaño.

Entonces *Kurunkumo* agarró a *Kaweshawa* —Me gustas —dijo— eres bonita. Te llevaré a mi casa. Por aquí hay árboles de peramán. Haz una bella mujer negra.

Wanadi fue a buscar maní. Modeló la mujer negra, sopló tabaco, cantó, soñó: «Se mueve», le dio vida, se la llevó.

Al amanecer, la mujer negra saltó del chinchorro, cogió una espuerta, se fue a buscar yuca, no volvió más. *Wanadi* fue a buscarla, pero no halló rastro.

—Perdí otra vez mi mujer.

—Se derritió al sol, en el camino —dijo *Mottodona*— ¿Ves esa mancha negra en el camino?

Wanadi estaba sentado sobre su banco de *Huhai* con forma de tigre, pensando, pensando, pensando. Estaba triste; tenía su corona de plumas, su *maraka*, su cigarro y su petaca pintada con varias ranitas. Sobre la petaca, él puso la *maraka*. Ahora soñó con una de las ranas pintadas en la petaca: «Rana, rana, mujer, eres viva, eres mujer», así cantaba, fumando. Así nació una mujer; *Wanadi*, *Hiñamohühü* nació como mujer de *Wanadi*; era la misma rana pintada en la petaca. Cuando nació, empezó a buscar polvos de colores, aceites para pintarse. Se pintaba, se pintaba. Nada más; no hacía nada más. *Wanadi* la miraba, esperaba a ver qué haría. Seguía pintándose. Ahora él pensó: «No sirve». Le dijo: —Vete a otra parte—, la mujer se fue a otra parte sin hablar, pintándose.

Luego él hizo otra: una mujer-pájaro. Cuando nació, esta mujer empezó a reírse. Cuando llegaba gente, abrazaba la gente, se reía; nada más. «No sirve» pensó *Wanadi*. La despidió.

—No hay más mujer para mí que la primera Sólo ella sirve: ¿Dónde está? Para qué buscar otras mujeres: volveré a buscar la mía—. Dijo eso para dejarnos una señal, un ejemplo, para que no busquemos nuevas mujeres, cuando tengamos una.

Cuando pensaba, llegó *Mottodona*, el cigarrón. —Wwww— así cantaba, volaba, daba vueltas. —No me molestes —dijo *Wanadi*, y lo empujó, volvió otra vez a molestarlo; lo empujó. —Wwww, no me empujes. Vine nada más para avisar. ¿Quieres saber dónde está *Karweshawa*? —Luego le dijo: —Tu mujer está en casa de su nuevo marido. Se llama *Kurunkumo*.

Luego se fue el cigarrón.



Wanadi pescó una criatura que vivía en el agua. Los animales ayudaron a desflorar *Kawesliawa*.

Wanadi se fue corriendo a casa de *Wade*: —Mi mujer está en la casa de *Kurunkumo*, así me dijo el cigarrón. ¿Ahora qué haré?

Wade dijo: —Puedes ir a buscarla. Como *Wanadi*, no puedes ir. Como engaño, sí puedes.

Wade sabía mucho; era muy viejo; era piache. Tenía la forma de una pereza. Sus dientes, su pelo, su cabeza, eran como de pereza.

—Sabes mucho —le dijo *Wanadi*— ¿Cómo será el engaño?

—Te voy a prestar mi cabeza, mis dientes, mi pelo —dijo el viejo.

—Vamos a cambiar.

Cambiaron. Ahora *Wanadi* se veía como un viejito, como *Wade* y *Wade* como *Wanadi*.

—No vayas ahora a comer cogollos, cuida mis dientes —le dijo—. Yo mientras tanto comeré cogollos. Luego me devolverás mis dientes.

Se fue como pereza allá, a casa de *Kurunkumo*, en el cerro *Fabui ewiti*. Cuando caminaba, llegó una vieja llamada *Wahiataka*, cazando animales.

—Llegué —le dijo—. ¿Eres *Wade*?

—Soy *Wade* —le dijo *Wanadi*—. ¿A qué viniste?

—Pescando y cazando —le dijo la vieja—. Vengo de casa de *Kurunkumo*, mi cuñado.

—¿Por qué no vino *Kurunkumo*? —preguntó *Wanadi*.

—Su mujer *Kuweshawa* acaba de parir. Vamos a celebrar dentro de cinco días. Vamos a bailar. Por eso vine cinco días, buscando comida —dijo la vieja. Ella todavía no había matado ningún animal. —Tú eres *Wade* —dijo— eres sabio, eres *Huhai*. Ayúdame.

—Bueno —dijo *Wanadi*— vamos como socios; después vamos allá a bailar, a comer. Ahora, pesquemos.

Echó barbasco en el agua, cantó, soñó con pescado. Consiguieron mucho. Hizo barbacoa; asó pescado. Comieron, comieron.

—Está bueno —dijo—. Ahora vamos a cazar.

Cazaron dantas, venados. Comieron un poco y guardaron para llevarse. Luego cazaron lapas, pájaros. El otro día, también. El otro día, también.

—Ahora vamos —dijo *Wanadi*— tenemos bastante. Ya están los cinco días. Vamos a bailar.

Ahora se fueron los dos, se llevaron los animales. Cerca de la casa la vieja dijo:

—Espérame en el camino, voy primero.

—Bueno —dijo la pereza. Se quedó.

Wahiataka se fue adelante; llegó a la casa. —¿Qué pasó? —le preguntaron. —Traigo mucha comida, mucha cacería para celebrar —dijo—. Encontré a *Wade* en mi camino. Él consiguió mucho pescado, muchos animales. Quiere venir a bailar.

—¿Dónde está? —preguntó *Kurunkumo*.

—Allí afuera, cerquita, él me espera.

—¡Cuidado! ¿No será *Wanadi* que te engañó?

—No es *Wanadi*, es *Wade*. Yo vi sus pelos, sus dientes, su cabeza.

—¿Seguro? ¿No será engaño? —preguntaron otra vez.

—Era *Wade*, él es amigo de los *Suamo*: yo vi sus dientes.

—Bueno —dijo *Kurunkumo*— voy a buscarlo.

El hombre buscó un palo. Cuando halló el palo, lo agarró; se lo llevó. Ahora fue a buscar a *Wade* pensando: —Si nos está engañando, lo castigo». Él pensaba en *Wanadi*. Cuando llegó, *Wanadi* estaba esperando. *Kurunkumo* se quedó mirando, mirando. Vio que tenía ojos chiquitos, medio cerrados y mucho pelo en los ojos y pocos dientes y cabeza dormida, echada de un lado, como las perezas.

Kurunkumo soltó el palo. Habló con el viejo: —Eres *Wade* de verdad. No eres *Wanadi*. No eres embuste. —Así es —contestó el otro— vine a bailar con vosotros. Traigo mucha comida. —Te llevaré —dijo el paúj. Se lo llevó, le dio comida.

Mientras comía, *Wanadi* miró a *Kaweshawa*. Allí estaba su-
cia, vieja, desarreglada, gastada. Tenía varios hijos de *Kurunkumo*. Estaba recién parida. Qué fea se ha puesto, pensó *Wanadi*, parece otra mujer.

Al anoecer, empezaron a bailar. Dijeron al viejo cara-de-pereza: —Dicen que tú sabes mucho. Tú eres *Wade*. ¿Sabes cantar? —Yo sé cantar— contestó el viejo. —Bueno, te pondremos a cantar—. Comenzó a cantar. Cantó bonito, bonito; todo el mundo escuchaba. Sabía mucho, de verdad. Así cantando, amaneció. Oyendo, bailando, bebiendo, todo el mundo amaneció.

Cuando amanecieron, *Kurunkumo* estaba borracho: —Este viejo *Wade* está muy feo —dijo— tiene mucha melena. Vamos a cortarla.

Ahora llamó a su mujer: —Ven con las tijeras—. *Kaweshawa* llegó con las tijeras. Los otros seguían bailando, bebiendo. Se

fueron aparte, el viejo y la mujer. Ella empezó a cortar. Cuando cortaba, la mujer metió la mano en la melena de la pereza. Tocó una lengua larga, escondida allí dentro: —¿Qué es eso? Se parece a la lengua de *Wanadi*. Así era la, lengua de *Wanadi*, mi antiguo marido. Él tiene la lengua atravesada, por su cabeza. ¿No eres *Wanadi*?

Los otros bailaban, borrachos; no escuchaban. El hombre dijo: —Sí, soy *Wanadi*. Por engaño vine a buscarte. Esta lengua nada más es mía. El pelo y los dientes son de *Wade*. Él me prestó su cabeza. Cuando lo oyó, la mujer empezó a llorar: eres mi marido; eres *Wanadi*. Quiero volver contigo. Aquí soy desgraciada. Estoy sufriendo, cansada, enferma. Tengo muchos niños, mucho trabajo. Este *Kurunkumo* me trata mal. Llévame a casa otra vez.

Llorando, llorando, habló la mujer del paují *Kurunkumo*.

Wanadi dijo: —Antes eras bonita, por eso yo te quería. Ahora eres fea, desgastada, como una vieja. Eres mi mujer, por eso vine a buscarte. Bueno, vamos; te llevo, luego te curaré.

Los otros bailaban, bebían, comían nada más: no escuchaban. La mujer dejó de llorar. Ahora estaba alegre; movía la mano sobre la lengua de *Wanadi*, su marido, bajo la melena de *Wade*. El hombre cerraba sus ojos chiquitos. Estaba alegre. —Bueno, nos vamos —dijo—. Antes, vamos a comer.

Se cambió en cucaracha. A ella la cambió en otra cucaracha. Así, como espíritus, se fueron las dos al montón de carne. Comieron, comieron. Toda la gente estaba borracha, bailando, bebiendo, comiendo. Un hombre vio dos cucarachas comiendo, las botó con la mano. Treparon al poste maestro en el centro de la casa. Treparon. Cuando llegaron arriba, como dos espíritus, *Wanadi* se puso como pájaro carpintero, ella como rana.

Wanadi tonoro se llama el pájaro de *Wanadi*, el carpintero. Fue espíritu de *Wanadi*. Ese espíritu dejó su forma ahora, sus descendientes.

—Nos vamos —gritó a la gente—. Yo soy *Wanadi*, ella es *Kaweshawa*.

Dejaron de bailar. *Kurunkumo* se puso muy bravo. Entendía el engaño de *Wade*. Gritó: —¡Allá van! Agarrad pronto vuestras flechas, vuestros arcos. ¡Vamos a matarlos!

El carpintero agarró con su pico a la rana por una pierna. Ahora, alzó el vuelo desde el techo de la casa. Cuando voló, volaba pesado, a causa de la rana. Por eso voló subiendo, bajando, subiendo, bajando, subiendo, bajando, cuando voló.

Así mismo vuelan ahora sus nietos, los pájaros *Wanadi*. Se ven desde lejos. Como recuerdo del principio, ellos vuelan así. Así se cuenta.

Los persiguieron; muchos se caían porque estaban borrachos; no podían dispararles. El pájaro y la rana llegaron a un árbol *fjiguao*. Cuando llegó, el pájaro *Wanadi* se agarró del tronco. Ellos llegaron gritando, gritando. Botaban flechas nada más. Entonces uno quemó el palo, le prendió candela. La candela quemó la cola del pájaro. Así quedó, desde entonces. Alzó vuelo otra vez, con la rana en el pico, subiendo, bajando, subiendo. Volando llegó a otro palo, llegó al *fendare*. Con su pico, dio golpes en el tronco; brotó la leche de *fendare*, goma de chicle. El pájaro *Wanadi* la descubrió; fue el primero. Dijo: —Ese es el remedio. Con leche de *fendare* te voy a bañar, a limpiar, a curar.

No tuvo tiempo: Aquellos llegaron. Alzó vuelo otra vez hasta otro palo llamado *marima*. Sacó leche del palo de *marima*. Dijo otra vez: —Este es el remedio: Te voy a curar—. Sólo como señal lo dijo. No tuvo tiempo. Aquellos llegaron para matarlo.

Ahora voló muy lejos con la rana, su mujer, colgando de su pico, bajando, subiendo. Llegaron a un árbol aaaaalto, aaaaalto, llamado *Faru hidi*. Llegaba al cielo. Todavía existe; nosotros lo vemos ahora como una montaña, el cerro Parú; los *Huhai* sí lo ven como es de verdad, como un árbol.

Cuando llegaron allí, el pájaro trepó por el palo; se cambiaron en hombre y en mujer, como eran de verdad. —Llegamos

—dijo *Wanadi*— aquí no pueden llegar ellos. Este árbol es alto. Estamos en el cielo. Descansemos ahora.

Descansaron.

Cuando miraron hacia abajo, no veían ya la tierra. Sólo veían el *Akuena*, agua azul nada más. Estaban muy alto arriba del lago *Akuena*. Alegres, alegres.

Ahora *Wanadi* miró a su mujer y se puso triste. No estaba curada. Lucía fea, vieja enferma «así no sirve», pensó, «la mataré, después la haré nueva».

La mató. Cuando la mató, construyó una barbacoa, hizo candela, asó a la mujer, cuando la asó, la mujer se arrugó y se retorció sobre la barbacoa. Se puso negra, sus ojos se entornaron. Se veía muy fea. La ató con bejuco *mamure*, como, presa de carcería; ahora, con el bejuco la colgó en la rama más alta del árbol *Faru hidi*, encima del lago *Akuena*.

—Bueno —dijo— ahora la resucitaré.

Volvió a la tierra a casa de *Wade*; fue a devolverle su pelo, su cabeza, sus dientes: tomó otra vez su propia cabeza. Agradeció a *Wade* por su ayuda. Como pago, construyó en *Truma Aohaka* una nueva casa. Era muy grande. Era la mejor casa de la tierra, según dicen. *Wade* fue un hombre muy sabio, buen amigo de *Wanadi*. Por eso le hizo aquella casa.

Luego llamó a *Kadiio* para que subiera al árbol y tocara el bejuco del cual colgaba *Karwesharwa*.

Wanadi lo mandó a que cortara aquel bejuco *mamure*, para soltar a *Karwesharwa*, para que cayera en el lago *Akuena*. Allí debía brotar de sus huesos, con carnes nuevas, joven otra vez, bonita, nueva: como al principio.

Ahora, *Kadiio* trepó por el árbol *Faru*. Se veía como un hombre cuando subió, tenía dientes buenos. Con los dientes, él debía cortar el bejuco. Cuando llegó arriba en el Cielo, miró. Cuando miró, vio a *Karwesharwa* atada, doblada, torcida, haciendo muecas. Estaba fea, daba risa de verdad. *Kadiio* soltó la carcajada:

1



2



1. *Wade* sabía mucho. Sus clientes, su pelo, su cabeza eran como de pereza: —Te voy a prestar mi cabeza, mis dientes, mi pelo —dijo.

2. Llegó una vieja llamada *Wahiataka*, cazando animales.

Kaweshawa llegó con las tijeras, metió la mano en la melena de la pereza.

—Esa es la mujer de *Wanadi* —dijo. Se reía, se reía, no acababa de reírse. Se le cayeron los dientes de tanto reírse, sólo dos guardó en la boca. Seguía riendo, no pudo cortar nada; no hizo nada. Bajó otra vez, riéndose, y se cambió en ardilla.

Las ardillas de hoy tomaron más tarde su forma, por eso tienen sólo dos dientes en la boca.

—No eres bueno, no has cumplido. Así, sin dientes te quedarás —le dijo *Wanadi*.

Ahora llamó al oso melero. Se veía como un hombre, tenía todos sus dientes, al principio. Cuando llegó, miró: —Qué fea está esa mujer, qué risa me da —dijo. Se reía, se reía, como el otro. Se le cayeron todos los dientes. No pudo cortar. Por eso sus descendientes, los osos meleros de ahora, no tienen dientes. Así contaban los viejos. Así contamos.

Cuando bajó, seguía riendo.

—No has hecho nada —dijo *Wanadi*—. Sin dientes te quedarás. No obedeces. No eres bueno.

Llamó a otro. Ahora *Wanadi* llamó a *Kasuwaraha*, el lagartijo tuqueque. Se veía entonces como hombre. Con ligereza trepó a lo más alto del palo, vio a *Kaweshawa* colgando del bejuco, no se río, cortó.

Kaweshawa cayó como un bulto de huesos y piel quemada, cayó en el *Akuena*. Cuando cayó, se partió un brazo, se rompió en dos pedazos. Ahora nueva y bonita, brotó de las aguas. No nació una, sino dos. Dos *Kaweshawa* nacieron del *Akuena*, una de cada uno de los dos pedazos de la vieja *Kaweshawa*. Del brazo roto nació una mujer igual a la otra, pero más chiquita. *Kasuwaraha* volvió a la tierra con las dos mujeres.

—Tú sí eres bueno —dijo *Wanadi*—. Tus descendientes, los tuqueques, correrán con ligereza en los palos, como tú hiciste. Estarán a salvo de sus enemigos. No los podrán agarrar.

Wanadi miró a las dos *Kaweshawa*. —Bueno —dijo— bonitas son, como al principio, como si nada hubiera pasado.



Ahora voló muy lejos con la rana, su mujer, colgando del pico, bajando, subiendo. Luego llamó a la ardilla para que subiera al árbol y cortara el bejuco del cual colgaba *Kaueebawa*.

Ahora, dio su recompensa a *Kasuwaraha*. Le regaló la *Kaweshawa* chiquita. Él se quedó con la otra. Así el tuqueque se convirtió en cuñado, en compañero fiel de *Wanadi*. Adonde iba *Wanadi*, allí seguía el tuqueque, ayudándole, avisándole cuando había peligro, cuando venían los enemigos. Así cuenta.

Ahora *Wanadi* pensó «Puedo casarme».

Terminó la Casa Nueva, en la montaña *Kushamakari*. Fue a buscar sus suegros en la vieja casa del raudal *Kasuruña*, debajo del agua.

Se alegraron cuando les dijo: —Venid ahora. Ya está lista la Casa Nueva. Vamos a vivir juntos en el *Kushamakari*. Hoy, yo me caso.

Bueno. Eso es todo.

IUREKE

NUNA

Aquel hombre, *Attawanadi*, halló muy poca gente en la Tierra; cuando llegó, aquella gente estaba bajo *Odosha*.

Dijo a *Nuna*, La Luna: —Voy a hacer gente. Vuelvo al Cielo a pedir una *Huehanna*.

—Bueno —dijo *Nuna*—. Yo también quiero gente.

—De acuerdo —contestó— cuando tenga esa *Huehanna*, te daré gente para ti.

—Bueno —dijo. Ahora pensó: «¿Cuánta gente me va a dar? Me iré yo mismo a buscar *Huehanna*».

Era *Huhai*: subió a *Kahuña*, en lo más alto, hasta la puerta del *Wanadi* de allá. Nunca se abre; nadie pasa dentro de la casa, nadie ve a *Wanadi*. Sólo puede hablarse en la puerta con los guardianes.

Nuna llegó engañando: —Soy *Wanadi*, el de la Tierra —dijo—. Vengo por *Huehanna*. Voy hacer gente allá.

Los guardianes avisaron a *Wanadi*: —Ha llegado *Attawanadi*. Quiere *Huehanna*.

Ahora *Nuna* bajó, contento. Él quería gente, como *Wanadi*, solo para comérsela; tenía hambre, era malo. Pensaba como el jaguar: —No hay comida; bueno, voy a comer gente.

Así comenzó su maldad.

Ahora llegó *Attarwanadi*: —Quiero hacer gente en la Tierra, quiero, *Huehanna*.

Los guardianes dijeron: —¿Otra vez? Ya te dimos.

—Yo no sé nada —contestó no tengo nada.

—Te la dimos —le dijeron, y no se la dieron.

Bajó otra vez a la Tierra, pensando: «Los han engañado. Han robado *Huehanna*.

Cuando *Nuna* llegó a casa, pensó: «Voy a comer». La hermana de ese hombre vivía en la misma casa. Era doncella, bonita: *Frímene* se llamaba.

—¿De dónde vienes? ¿Qué traes?

—De *Kahuña* —dijo—. Eso es *Huehanna*.

—Qué bella es, parece un huevo de gallineta— dijo la muchacha.

Huehanna tenía zumbido, como una colmena. Adentro había gente que cantaba, bailaba. Se oían voces.

«¡La quiero!» pensó la muchacha. «Tiene mucha gente que no ha nacido». Sabía que *Nuna* la había robado.

No puede ser que se los coma. Los voy a salvar, los voy a guardar para mí. No quiero devolverlos a *Wanadi*. Voy a criarlos, a empollarlos. Seré su madre», así pensó la muchacha cuando vio *Huehanna*. No dijo nada, pensó nada más.

Ahora *Nuna* dijo: —Me voy por allá. Guarda *Huehanna* en casa. Vigílala. *Wanadi* puede llegar a buscarla. Si viene, dile: «Yo no sé nada; no he visto nada».

—Bueno —dijo la hermana.

Cuando el hombre salió, la muchacha escondió *Huehanna* en su vagina, pensando: «Está hecho. Dentro de mi vientre los llevo a todos. Van a nacer. Voy a ser madre». Acariciaba su vientre, contenta, contenta. Escuchaba bailes, gritos, risas de los hombres chiquitos de *Wanadi*. Iban a poblar la Tierra.

Cuando el hombre volvió, buscó *Huehanna*. No estaba. Se puso bravo, bravo.

1



2



1. *Attawanadi* halló muy poca gente en la tierra. Dijo a la Luna: —Voy a hacer gente. Vuelvo al cielo a pedir una *Huehanna*.

2. Las manos tocaban, tocaban, buscaban. La muchacha apretaba las piernas, para defender a sus hijos. Aquella muchacha pensó: —Ya no puedo vivir en *Nunaña*—. Fue a la casa, recogió sus cosas y se fugó.

—¿Vino *Wanadi*? ¿Se la llevó?

—No he visto nada —dijo—. Yo no sé nada.

Así se le había dicho que dijera.

—No vigilaste —contestó *Nuna*— no sirves.

La apaleó. Ahora *Nuna* miró el vientre de su hermana. Era redondo, como preñado. Miró, miró, supo lo que era; no dijo nada.

La muchacha le dio la espalda; no quería que mirara, que oyera: —Me voy —dijo.

—Tengo sueño, voy al chinchorro.

Se fue; vino la noche. Ahora estaba sola, escuchaba su vientre. Escuchaba, escuchaba: voces, tambores, cantos, botutos. Eran sus hijos. Se durmió.

Ahora despertó, abrió los ojos, no vio nada. No había sol. Todo oscuro, tranquilo. Oyó el ruido, bajo, bajito. Parecía como pasos; se acercaban. No veía, oía nada más, tenía miedo: «¿Quién será?», pensó. Los pasos venían, venían, despacio, despacio, al chinchorro.

Cuando llegaron, un bulto como un cuerpo, cayó en el chinchorro, era un hombre. Aquella doncella tenía miedo. No dijo nada. Nada se oía. Las manos se movieron, se posaron aquí, allá, como abejas sobre el cuerpo de la doncella. Tocaban, tocaban, buscaban. Bajo, bajito, se oyó otra vez el zumbido de *Huehanna*. La muchacha apretaba las piernas, para defender a sus hijos. Las manos trataban de apartarlas. Nada. No pudieron.

No había madrugado cuando aquel hombre saltó del chinchorro. Se alejó. No dijo nada. Aquel ruido otra vez, como pasos, despacio, despacio. Amaneció. Ahora saltó la doncella.

«¿Qué pasó», pensó. «¿Fue sueño? ¿Quién era? ¿*Odosha*? ¿*Wanadi*?, ¿buscando sus hijos? ¿*Nuna*, hambriento? Ahora sabré».

Fue a buscar aceite de *caruto*, lo puso en una *totuma*.

Ahora, nuestras mujeres pintan con *caruto* el interior de sus *totumas*, en recuerdo de aquella.

Cuando llegó la noche, la muchacha se pintó; con *caruto*, pintó su cara, sus piernas, todo su cuerpo. Negra se puso con *caruto*. Ahora fue al chinchorro; durmió.

Cuando despertó, oyó los pasos en la noche. Despacio venían, otra vez. Cayó el hombre. Se posaron las manos, tocaron, buscaron, buscaron. Agarraron las piernas de la muchacha. Querían forzar la guarida, quería *Huehanna*. La muchacha apretaba las piernas. La gente se alborotó, allí adentro de *Huehanna*. Una mano llegó, tocó *Huehanna*, trató de cogerla. La doncella resistió, sangró, sangró.

Por eso sangran nuestras mujeres, a cada paso de *Nuna*, como recuerdo.

Cuando madrugó, la muchacha saltó del chinchorro. Estaba sola otra vez. «Ahora voy a saber», pensó; salió a buscar.

En su camino, encontró a su hermano, escondido en un pajonal, acuclillado, detrás de una trampa.

—¿Qué haces?— preguntó.

—No hagas ruido— contestó. —Estoy cazando. Tengo hambre. Por allí viene gente.

Él estaba cazando gente como si fuesen animales.

Cuando habló, mostró la cara: estaba manchado con *caruto*, el cuerpo también. Sus manos estaban negras de *caruto*:

«Él fue», pensó la muchacha, «lo descubrí».

No dijo nada, se fue nada más.

Aquella muchacha pensó: «Ya no puedo vivir en *Nunaña*, Casa de la Luna».

Ahora fue a la casa, recogió sus cosas y se fugó.

Ahora *Nuna* quedó con la cara manchada. Cuando en plenilunio miramos la Luna, vemos todavía aquellas manchas en su cara. Son el recuerdo del principio. Yo las he visto. Puedes mirarlas.

Así cuentan los viejos. Eso es todo.

HUI'IO

Aquella mujer huía por el monte, sus hijos en el vientre; en los brazos, sus totumas, sus guapas, su sebucán. Corría. Corriendo se le cayó una *totuma*. Cuando cayó, se convirtió en pato güiriri: cayó otra: se cambió en pájaro *Kahiurwai*. Así nacieron. La mujer siguió corriendo y llegó al río *Uriñaku*, Orinoco. La mujer no podía pasarlo.

—Bueno —dijo. —No puedo pasar. El agua va a ser mi camino.

Entró en el camino de agua. Nadando, nadando, huía de la Casa de su hermano.

Dijo: «Soy dueña del Agua, Madre de los Ríos». Ahora se cambió en *Hui'io*, la Gran Culebra, dueña del Agua, grandísima; siguió debajo del agua, escondida, nadie la veía. Ahora, en el fondo de un raudal hizo su casa

El *Uriñaku* acababa de nacer. Todos los ríos brotaban. *Marahuaka* estaba recién tumbado. Entonces nació *Hui'io*, se adueñó del Agua Nueva que corría por todas partes.

Wanadi estaba bravo: habían robado su *Huehanna*. Buscaba. Preguntaba a la gente, preguntaba: nadie sabía.

Fue a la casa de *Nuna*, le preguntó por *Huehanna*. —No sé nada —dijo *Nuna*. —Mi hermana sabe. La tiene en su vientre, escondida. Por eso se fugó de mi casa cuando amaneció —así dijo *Nuna* a *Wanadi* por venganza. Lo dijo, pensando: «Así será castigada».

Wanadi se fue en busca de la muchacha, la llamó por todas partes: no contestó. Preguntó a la gente: —No la hemos visto —decían. Cada quien salía por su lado, buscando, llamando. Nada. Ahora se cansaron. No encontraron. Regresaron.

Wanadi tenía su hermano. *Mudo* era el nombre del hermano. Se cambiaba en pájaro nocturno cuando quería.

—Eres el novio de ella —dijo *Wanadi*— si tú la llamas, saldrá: la agarraremos.

—Ella es bonita, yo feo, con mi bocota ancha, mis ojitos chiquitos. No me quiere; no va a salir si la llamo.

—Vamos a tratar —dijo *Wanadi*— no quiero perder *Huehanna*. Ayúdame.

—Bueno, hermano —contestó *Mudo*. Llamó a su amigo *Hobottu*, la Pavita. Ayúdame —dijo—. Vamos a llamarla.

Se cambiaron los dos en aves nocturnas. Toda la noche, llamaron, chillaron. Llegó aquella. Cuando amaneció, salió del agua, se alzó sobre el río, altísima diciendo: —Llegué—. No era aquella muchacha la que llegó, sino la Gran Serpiente *Hui'io*.

—¿Quién eres? —preguntó *Mudo*—. No te conozco, no te he llamado —y entornaba los ojos para mirarla.

—Seguro que llamaste —contestó—. Soy ella, tu novia. Por eso salí. Reconocí tu reclamo.

Cuando salió, oyeron la música de *Huehanna*. Se oían aquellos hijos de *Wanadi*; cantaban y bailaban, metidos ahora en la serpiente madre de aguas. Esperaban a que llegara su tiempo para nacer.

Mudo dijo a la Gran Serpiente: —*Wanadi* quiere que le devuelvas *Huehanna*.

—No puedo —contestó— adentro tengo a mis hijos.

—No son tuyos, son de *Wanadi*.

No quiso devolverlos.

Ahora *Mudo* y *Hobottu* llamaron a la gente, gritando por todas partes. Llegaron muchísimos. Fabricaron arcos, flechas, lanzas, *Mudo* y *Hobottu* les daban órdenes a todos.

—Vamos a perseguirla para matarla— dijeron.

Ahora empezó la primera cacería, cuando persiguieron a *Hui'io* a lo largo de los ríos. Desde lejos veían a *Huasudi*, el Arco Iris, la corona de plumas de la culebra. Estaba desplegada en el

aire, secando sus plumas a la luz del Sol. —Por allá va —gritaban los cazadores; miraban el Arco Iris.

Ahora estaban cerca. Hablaron con *Dede*, el Murciélago Pescador:

—Nosotros vamos a disparar nuestras flechas —le dijeron—. Vamos a matar la Serpiente para que suelte *Huehanna*. Quédate aquí quieto, vigilando nada más; cuando caiga ¡*Huehanna*, agárrala, que no caiga al agua.

—Bueno —dijo *Dede*— aquí me quedo esperando.

Los cazadores fueron a flechar la Gran Serpiente: eran muchísimos los que dispararon, al mismo tiempo; sus flechas volaron; ahora *Hui'io* parecía un puercoespín con todas las flechas clavadas en el cuerpo. Se desplomó, aflojó *Huehanna*. *Huehanna* salió disparada en el aire. *Dede* vigilaba, listo con la atarraya, para atajarla, para que *Huehanna* no cayera.

—Agárrala —le gritaron— no dejes que se pierda.

Ficha, Pájaro Vaco, llegó rápido volando hacia *Dede*. Tenía una cola larga. Con su cola, empujó a *Dede*, tomó la atarraya.

—Quítate —dijo— déjame atajar. Tienes los ojos chiquitos. No puedes ver.

Ficha era pretencioso, desobediente; nadie le dio orden. Lo hizo a su antojo. Por eso vino la desgracia.

Cuando agarró la atarraya, llegaba *Huehanna*. Trató de atraparla; no tuvo tiempo. *Huehanna* pasó de largo, cayó al agua.

—Por tu culpa desapareció; la perdimos —gritaron, todos.

Dentro del agua, había una gran peña. *Huehanna* se estrelló sobre ella. Los hombres no nacidos se desparramaron. No se ahogaron, se cambiaron en huevas de peces, nada más. Cuando se abrieron las huevas, muchos peces nacieron. Fueron los primeros. También nacieron babas, caimanes, culebras de agua, todos los animales que viven ahora en ríos y lagunas. *Hui'io* fue madre de todos ellos. La mataron, se desplomó en la ribera. Allí murió, cubierta de flechas.



Desde lejos veían el Arco Iris, la corona de plumas de la culebra desplegada en el aire, secando sus plumas a la luz del sol. Fueron a flechar la Gran Serpiente. Ahora *Hui'io* parecía un puercoespín con todas las flechas clavadas en el cuerpo. *Huehanna* salió disparada en el aire.

No murió de verdad. Tenía mucho poder. Dejó aquí su forma, su cuerpo. El Arco Iris es su recuerdo. Ahora vive en lo más alto del Cielo, en el Lago *Akúena*. Ahora es dueña del *Akúena*, de la vida eterna, de la juventud eterna.

Su cuerpo quedó en la Tierra, como una Gran Serpiente; se lo comieron. Primero vino un jaguar llamado *Manuwa*. Dio el primer mordisco, la boca llena de sangre.

—¡*Taduiche*. ¡*Taduihena*! ¡No he comido! Tengo hambre —gritaron los otros, cuando vieron la sangre.

Todavía no habían probado la carne. Habían tumbado *Marahuaka*; sólo comían yuca, frutas. Ahora empezó la cacería. Aquel día comieron carne. Uno, otro, otro, todos llegaron, hasta el más pequeño, empujándose, para probar bocado.

—¡*Taduiche*! ¡*Taduihena*! —gritamos ahora los cazadores; recordamos siempre la muerte de *Hui'io*, la primera cacería.

Cuando murió *Hui'io*, los ríos se salieron de su madre, inundaron toda la Tierra, todos los pueblos. La gente escapó corriendo a las grietas, a las cuevas de las montañas. Cuando bajó otra vez el Agua Grande, pensaron: —Volveremos ahora. Ya no hay peligro.

Volvieron entonces y se comieron la Gran Serpiente, madre de las aguas.

Mudoo, *Hohottu*, las aves nocturnas, fueron los jefes de aquella gente, en el principio. Se hartaron de comida y se fueron, uno, otro, otro. El río, manchado de sangre, estaba lleno de peces. Los hombres de *Wanadi* no nacieron, en peces fueron cambiados.

Anocheció. Sólo quedó el jaguar *Manuwa* con su mujer. La mujer miraba la sangre en la laja de la orilla. Encontró dos huevas de peces en lo seco; habían caído sobre la laja, no se habían abierto.

—Esos dos se salvaron —dijo la mujer de *Manuwa*— los cuidaré. Los voy a empollar. Seré su madre.

—Bueno —dijo *Manuwa*— así tendremos gente, tendremos carne en la casa.

La mujer de *Manuwa* se llamaba *Kawao*. Ella salvó dos: dos hombres nacieron luego, eran hijos de *Hui'io*, hermanos de los peces.

Así dicen, así cuentan los viejos. Eso es todo.

KAWAO

Antiguamente, los hombres no conocían el fuego. Comían su comida cruda.

Una mujer era dueña del fuego. Lo escondía en su barriga, no lo mostraba a nadie, ni siquiera a su marido. La mujer se llamaba *Kawao*: se cambiaba en rana cuando quería. *Manuwa* era el nombre de su marido; cuando salía a cazar, se cambiaba en jaguar, comía carne de gente.

Kawao conocía el secreto: cocinaba sabroso, como ahora nuestras mujeres. Tostaba yuca, mañoco, casabe, sancochaba frutas, asaba carnes; cuando lo hacía, se escondía. Esperaba que *Manuwa* saliera de cacería. Cuando estaba sola, abría la boca, sacaba fuego de su vientre, de prisa escupía el fuego debajo de la comida; luego sacaba la lengua, se tragaba aquel fuego otra vez. Ahora llegaba el marido: su comida estaba lista.

Cuando llegaba, preguntaba:

—¿Cómo hiciste?

Él no sabía.

—Con el calor del sol —contestaba la mujer—. Pongo la comida al sol. Así nada más.

—Bueno —decía aquel jaguar—. Era ingenuo, se dejaba engañar por la mujer.

El día que mataron a *Hui'io*, madre del agua, la rana *Kawao* encontró las dos huevas de peces. Estaban abandonadas en la ribera:

—Llévatelas —le dijo su marido. —Bueno —contestó ella, y se las llevó a casa.

Ella quería empollarlas para tener hijos. Él también quería hijos para comérselos.

Cuando llegó a casa, ella metió las huevas cerca del fogón. Había un fogón secreto; allí soplaba ella su fuego. Con el calor de aquel fuego, se abrieron las huevas. No fueron peces los que nacieron, fueron muchachos. El mayor se llamaba *Shikiémona*, el menor: *Iureke*.

Fueron dos hombres poderosos. Cuando nacieron, rápido crecieron. Enseguida caminaron, hablaron y comieron. Ya no eran niños. Eran hermanos de los peces, pero se veían como gente. Salieron de *Huehanna*, junto con los peces. *Kawao* los halló, los adoptó.

—Soy vuestra madre —les decía. No les contó la historia como era, la de su madre, la de la muerte de su madre.

Eran turbulentos, impertinentes. Corrían, gritaban, jugaban, se peleaban, armaban griterío; hacían preguntas y preguntas; molestaban; cambiaban sus formas cada rato. Para divertirse, engañaban a la gente.

Ahora como muchachos, ahora como peces, luego como grillos, luego como cucarachas. Se burlaban de la mujer *Kawao*; no obedecían. Parecían cuatrocientos muchachos metidos en la casa, y sólo había dos.

Les gustaba andar dentro del río.

—Eso no está bien —dijo *Manuwa*—, Los peces van a hablar, les van a decir la verdad.

Kawao dijo: —Bueno. Voy a prohibirles que se bañen.

Cuando volvieron les dijo: —No quiero que vayan al agua.

—Bueno, madre, —dijeron— no volveremos.

Ahora pidieron su comida. *Kawao* los mandó fuera a jugar.

—Quiero estar sola para cocinar.

—Bueno —dijeron— nos vamos —pero se quedaron.

Luego dijeron: —Dinos cómo haces.

—Con el calor del sol —contestó.

—No puede ser —dijeron— con el calor del sol, no puedes. Dinos ahora la verdad.

La mujer se puso brava, los echó de casa: —Ahora los voy a castigar, no les daré comida.

Entraron por otra puerta: —Danos casabe —decían—. Dinos cómo lo haces.

Kawao les echó a palos.

Cuando salieron, saltaron al agua, diciendo: —Bueno, no volveremos. Bueno, no volveremos.

Entre los peces se metieron, nadando como peces. Llegaron a una Casa Grande en el fondo del río. Llamaron: nada. Nadie contestó.

—Esta casa está vacía —dijeron.

Ahora entraron.

—Casa bonita —dijo el mayor.

—Me parece que la conozco —contestó el otro.

Hallaron dos chinchorros; se acostaron a dormir. Durmiendo soñaron. Vieron a *Hui'io* en sueño.

La Gran Serpiente decía: —Esta es mi casa, vuestra casa. Soy vuestra madre. Vuestro padre es *Wanadi*. Los han engañado. Aquella casa no es de vosotros. *Kawao* no es vuestra madre; *Manuwa* no es vuestro padre. Ellos me han matado, me han comido. Ahora vivo en *Kahuña*.

Sólo en sueños os hablo. Tengan cuidado con *Manuwa*, se los quiere comer. Antes tenéis que matarlo.

Así soñaron los dos muchachos gemelos cuando se durmieron en el lecho del río, casa de *Hui'io*, su madre.

Cuando despertaron, hallaron una *totuma* con aceite de *caruto*. La cogieron; soñaron otra vez.

—Esta era mi *totuma*, mi *shimi* de *caruto* para pintarme. Si la botáis, los ríos saldrán de madre, mucha agua cubrirá la Tierra, ahogaráis la gente. Muchísima fue la gente que vino a matarme. De todas partes llegaron, hasta el más pequeño. Todos me comieron.

Despertaron otra vez aquellos muchachos: —Bueno —dijeron. Un día vengaremos a nuestra madre. Inundaremos tooooda la Tierra. Vamos a ahogar tooooda la gente. Volveremos acá a buscar la *totuma*.

Ahora la dejaron tranquila, escondida. Salieron nadando, diciendo:

—Vamos a casa del jaguar y de la rana. No son nuestros padres. Nos engañaron. Vamos a castigarlos por la muerte de nuestra madre.

En su camino hallaron una laja. Allí salieron, descansaron como muchachos otra vez. Sobre la laja había un árbol; colgaba bonita una rama; de la rama colgaban bonitos los nidos de los conotos. Muchos conotos entraban, salían.

Ahora los muchachos miraban un nido. En la puerta del nido, el padre de los conotos asomaba su cabeza.

—Llegamos —dijo *Iureke*—. ¿Vives aquí, sobre el río? Dinos cómo mataron a *Hui'io*, la madre de los peces.

El conoto contestó: —*Tiwa, tiwa*. Así cantaba. Así cantan también los conotos de ahora. Puedes oírlos.

—¿Qué dice? —preguntó *Iureke*.

—*Tiwa, tiwa* —cantó otra vez.

—No entiendo la lengua de los conotos —dijo *Iureke*.

Shikiémona dijo: —Yo sí entiendo. Él dice «*Tiwa, tiwa*», flechando, flechando.

Así supieron los muchachos cómo su madre había muerto.

Cuando volvieron a casa de *Manuwa*, no entraron. Pegaron sus orejas contra la puerta, desde afuera, para oír nada más.

—Se han zambullido en el río —decía *Kawao*—. No obedecen, sólo fastidian, solo hacen preguntas.

—Ahora son grandes. Si descubren la verdad, nos van a matar. Si vuelven, tú vas a matarlos. Con tijeras cortarás sus cabezas —dijo *Manuwa*.

—¿Cómo puedo hacerlo? Yo los crié; ahora son mis hijos —contestó *Kawao*.

—Ahora voy a buscar *Medikiu*, sal vegetal, ceniza de palo, para salarlos. Vas a preparar un caldo. Lo vas a cocinar sabroso. Ten lista esa comida. Voy a buscar *Medikiu*, luego volveré, tendré hambre, dijo jaguar. Salió a buscar la ceniza para salar el caldo de carne de muchachos.

—Bueno— dijo *Kawao*.

Ahora los muchachos entraron por otra puerta.

—Llegamos —dijeron—. Hemos nadado, ahora tenemos hambre. ¿Dónde está nuestra comida?

—No hay comida —contestó la rana.

—Tenemos hambre —dijeron—. Danos casabe. Dinos cómo cocinas.

—Nada. No obedecéis —contestó la rana—; les dio una paliza y los echó.

—Bueno, nos vamos —dijeron.

Los muchachos salieron; ahora se pusieron de acuerdo.

—¿Cómo haremos? —dijo uno.

—Descubriremos el secreto —dijo el otro. Robaremos aquello; no queremos ser cocidos en aquel caldo.

—Bueno —dijo *Iureke*—, Vamos a volver a pedir nuestra comida. Ella nos echará. Me voy a esconder en la casa. Tú saldrás, armarás alboroto afuera. Ella va a creer que estamos jugando. Yo estaré mirando, escondido adentro, en el techo. Así vamos a saber.

Entraron, pidieron casabe; *Kawao* los echó.

Shikiémona salió solo, *Iureke* se escondió en el techo. Quería descubrir el secreto de *Kawao*. Cogió uno de sus ojos, se lo pegó en la nuca para ver atrás. *Kawao* oyó el alboroto que afuera armaba *Shikiémona*. Parecía dos muchachos jugando. Era uno nada más.

«Bueno. Salieron», pensó *Kawao*, «ahora están peleando; voy a hacer casabe; me apuraré antes de que vuelvan a molestar».

Ahora, miró el *budare*; allí estaba el reflejo de *Iureke*. Entornó los ojos hacia el techo: allí estaba *Iureke*.

—¿Qué haces trepando en los horcones? ¡No has salido a jugar con tu hermano! ¡Sal, quiero estar sola, ahora voy a cocinar!

—No puedo —dijo *Iureke*, perdí un ojo, no veo bien, no puedo caminar. No voy a mirarte, me voy a voltear hacia el techo.

—Voltéate pues, dijo la mujer —no vayas a mirarme— le dijo.

—Bueno— contestó.

El muchacho se volteó.

—No veo nada —dijo— cocina ahora; tenemos hambre. El veía todo por el ojo de su nuca; así la engañó. Ella abrió la boca, sopló fuego debajo del *budare*. Brilló muchísimo debajo del *budare*. El ojo de atrás de *Iureke* quedó encandilado; no vio nada más.

Ahora *Shikiémona* se acercó a la puerta.

—Ahora quiero entrar —dijo.

La comida estaba lista. *Kawao* sacó la lengua de prisa, recogió el fuego, se lo tragó, lo escondió en su barriga.

—Entra —le dijo ahora a *Shikiémona*. —Vuélvete— le dijo a *Iureke*.

El muchacho se quitó el ojo encandilado de la nuca; se lo colocó otra vez en la frente. Cuando volvió a su lugar, vio bien. Vio el mañoco tostado, listo para comer.

—¿Cómo hiciste esta comida? —preguntaron ahora los muchachos—. Danos un poquito para probar.

Kawao les cayó a palos. Quería comer sola, tranquila. Luego comió sin darles nada. *Shikiémona* habló bajito con su hermano.

—¿Qué pasó? —le preguntó.

—Descubrí aquello —contestó *Iureke*. Brilla, brilla como el sol. Es bonito, bonito.

—Vamos a robar —dijeron—. Vamos a quitarle aquello.

Ahora se acercó la mujer con las tijeras.

—Tenéis pelo largo, muchachos, acercaos, voy a cortarlo.

—Bueno, madre —contestaron y se acercaron, tranquilos.

Ahora no hablaban, estaban mansitos.

La rana no quería cortar cabellos, quería cortar cabezas, nada más.

Empezó cortando cabellos; primero le dio lástima; su mano temblaba.

Después pensó: «Mi marido dio la orden; volverá, tendrá hambre. Pedirá su caldo de carne».

Abrió las tijeras en el cuello de *Shikiémona*. *Iureke* saltó, arrancó las tijeras, cayó sobre la rana.

Ahora los dos le daban puntapiés, tijerazos, le apretaban el vientre, le abrían la boca.

—¡Vomita! ¡Saca aquello de tu barriga! —gritaban los dos.

Empezó *Kawao* a toser, a escupir, se atragantó, se ahogó. Ahora el fuego se enredó en su garganta, se estancó, no pudo salir. Los muchachos apretaban y nada.

¡Escúpel! ¡Vomítalo! —gritaban, dándole patadas y tijerazos.

Tosía, no podía escupir. La bola de fuego llegaba a su garganta, se hinchaba, se deshinchaba, no quería salir.

¡Escúpel! ¡Vomítalo! —gritaban.

Shikiémona rajó la boca de la rana. El fuego brotó, quemó la rana en la espalda, rodó al suelo, *Iureke* brincó, lo agarró.

—¡Escupiste! —gritaban. —¡Vomitaste! —gritaban.

Por eso las ranas de ahora, que son nietas de *Kawao* tienen espaldas arrugadas y bocas anchas. Tienen una bola en la garganta: se hincha, se deshinch.

Por la rajadura de su boca colgaba la cabeza de *Kawao*. Ellos jalaron un poco: se desprendió la cabeza. Así murió aquella rana.

—«Con tijeras cortarás sus cabezas». Como dijo *Manuwa*, hicimos —dijeron los muchachos, y soltaron la carcajada.

—«A preparar el caldo, a cocinar sabroso; ten lista esa comida». Como dijo *Manuwa* ahora vamos a hacer —dijeron, y carcajada.

Trozaron la rana. Soplaron el fuego debajo de la olla. Cogieron la cabeza, en el fondo la pusieron, y por encima, los otros trozos; ahora, mucho ají.

Ahora cantó la olla; en el caldo nacieron burbujas, cuando los muchachos cocinaron.

Cuando llegó *Manuwa*, oyeron pasos en el camino. Saltaron de prisa, escondieron el fuego. Buscaban adonde:

—¿Aquí? ¿Allí? No, allá. Aquí no sirve.

Había dos palos detrás de la casa. *Wishu* es el nombre de uno; *Kumnuatte*, el nombre del otro palo.

Lo escondieron. *Iureke* escondió una mitad en *Wishu*. *Shikiémona* la otra mitad, en *Kumnuatte*. Siempre lo recordamos, cuando queremos fuego nuevo. Tomando *Wishu*, *Kumnuatte*, frotamos uno contra otro, llamando, llamando: enseguida el fuego brota, brilla. Esos dos muchachos guardaron aquello para nosotros, escondieron el fuego en dos palos, al principio. Por eso ahora, la gente come sabroso.

Eso es todo.

1



2



1. La rana metió las huevas en el fogón secreto; allí soplaba ella su fuego. Llegaron a una casa grande en el fondo del río. Sobre la laja había un árbol: colgaban bonitos los nidos de los conotos.

2. La rana no quería cortar cabellos, quería cortar cabezas, *Iureke* saltó, arrancó las tijeras, cayó sobre la rana —¡Escúpelo! ¡Vomítalo! —gritaba.

MANUWA

—Huelo caldo sabroso —dijo *Manuwa*.

Cuando llegó a la casa, traía *medikiu*. Aquel jaguar se cambió en gente, porque estaba en su casa. En grillos se cambiaron ahora los muchachos *Iureke* y *Shikiémona*; en el fogón se escondieron; cantaron duro, como grillos.

La olla cantaba; *Manuwa* husmeaba: «Está listo», pensó. Echó en la olla una mano de sal *medikiu*. Ahora pensó: «Tengo hambre».

Llamó a su mujer. Llamó, buscó, llamó otra vez: nada. «Ha salido» pensó. «Bueno. Voy a comer esos muchachos».

Agarró un trozo, otro, otro. Comió «sabroso», pensaba. «Sabrosos los dos muchachos».

Salieron ellos del fogón: ahora parecían dos cucarachas. Corrieron, treparon a las piernas de aquel hombre. Cada uno a una pierna.

El hombre soltó malas palabras, dando palmadas a sus piernas. Echó las cucarachas. Ahora cayeron, enseguida se treparon por su espalda, se metieron en sus orejas. Cada uno en una oreja. Sacudió sus orejas, gritó malas palabras, botó las cucarachas. Volvieron, le taparon los ojos. En cada ojo una cucaracha. El resopló. Se fueron a las narices. Estornudó. Se cayeron. Quiso pisarlas. En grillos se cambiaron, saltaron, saltaron. En el fogón se escondieron.

«Bueno», pensó aquel hombre. «Estoy tranquilo, seguiré comiendo».

Casi no quedaba comida. Sacó el último trozo. Era la cabeza de su mujer.

Pegó un grito cuando vio la cabeza, un grito de jaguar. Tooooda la casa tembló. Bravísimo se puso, cuando descubrió el engaño de los muchachos.

Ahora siente cosquillas, sacude las piernas, caen las cucarachas.

Quiere pisarlas; se escapan, trepan al poste de la casa, se esconden en el techo.

Ahora aquel hombre se sienta en cuclillas, entorna los ojos hacia el techo. Esperando. «Ya bajarán», piensa. No volvieron.

«Luego bajarán», pensó. Fue a buscar un bastón, volvió a sentarse vigilando, al pie del poste. Miraba nada más. Mirando, mirando, le dio sueño. Cuando se durmió, bajaron las cucarachas calladitas. Parecían dos muchachos ahora. Robaron al hombre su bastón. Escaparon.

Cuando dormía, el hombre soñó: «Ellos mataron a mi mujer, ahora me roban mi bastón, ahora andan por el monte. Voy a buscarlos».

Despertó, salió corriendo. Como jaguar fue a cazarlos.

No estaban lejos; los encontró enseguida, encaramados en un *cucurito*. El *cucurito* estaba cargado. El jaguar entornó los ojos para mirar. Allá arriba estaban los dos muchachos, comían frutas; se reían.

—Llegaste —dijeron, cuando lo vieron.

—Llegué —contestó—. ¿Qué hacéis arriba?

—Comiendo, nada más. Sabrosa comida. ¿Quieres?

—Quiero. Voy a comer también —contestó.

—Bueno —contestaron—. Allá va tu comida.

Cortaron el racimo para el jaguar.

—Abra la boca le dijeron.

Cayó el racimo. Le aplastó la cabeza.

El jaguar no comió. Quedó tendido, patas abiertas.

Los muchachos bajaron; riéndose, escaparon rápido.

Manuwa no estaba muerto. Sacó de su cuerpo un nuevo jaguar; así corrió otra vez, tras los muchachos. Aquel *Manuwa* tenía poder, no podían matarlo esos muchachos.

Ahora los encontró otra vez, encaramados otra vez. Se sentó al pie del palo.

—Bueno —dijo *Manuwa*—, la voy a comer.

—Así es —contestó el otro—. Vamos a comerla.

—Yo voy a comer —dijo Jaguar, dio una patada a *Waiamo*, lo envió a rodar patas arriba. *Waiamo* movió las patas: nada. No podía enderezarse.

—Voltéame —dijo. Estoy al revés. Ahora me das otra patada.

—Primero voy a comer —dijo jaguar— después te pondré derecho.

Dio un mordisco a la danta.

Waiamo pensó: «¿Cómo haré?».

—Sabrosa la danta —dijo *Manawa*; siguió comiendo.

Waiamo pensaba, pensaba, callado, patas arriba. Luego habló:

—Con ají yo comería —dijo.

—¿Qué dices?

—Lástima comer así. Con ají se come sabroso. Carne sin ají no sirve.

Cállate, no tengo ají —dijo *Manuwa*; siguió comiendo.

—Bonito conuco de ají tengo yo —dijo el otro.

—¿De verdad? ¿Dónde está?

—Por allá —contestó, moviendo las patas.

—Vete a buscarlo —dijo Jaguar, siguió comiendo.

—No puedo, estoy al revés.

Manuwa no comió más.

—Danta sin ají no sirve —dijo ahora.

Ahora dio su patada a *Waiamo*; ahora lo puso derecho.

—Vete a buscar ese ají. ¡Corriendo!

—No sé correr —contestó— los morrocoyes no sabemos.

Se quedó callado; luego dijo:

—¿Sabes asar?

—No —contestó *Manuwa*.

Bueno. Ahora contaremos cómo el jaguar perdió los ojos. Era ingenuo. Siempre los muchachos lo engañaban.

El los buscaba; ellos corrían por otros caminos. Así pasó una luna, otra, otra.

En *Sokoat'ahu* estaban ahora aquellos muchachos, sentados. Es una isleta del *Uriñaku*, cerca de Atabapo. Jugaban allí con sus ojos, sentados uno frente al otro. Se tiraban los ojos.

—Agárralo —decía uno, tiraba un ojo al otro.

—Agárralo —contestaba el hermano, tiraba un ojo a su hermano.

Manuwa llegó nadando. Cuando llegó, se alegró: «¡Aquí están!», pensó. «De esta isla no se me van a escapar».

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Dándoles aire a nuestros ojos —dijeron—. Jugamos nada más.

—¿Por qué los van tirando? —preguntó.

—Para ver bueno —dijeron— cogen aire bueno, se ponen buenos.

Iureke se sacó uno de la frente, lo tiró a *Shikiémóna*, atrapó el ojo de su hermano, se lo puso. Ahora, el otro ojo. *Shikiémóna* hacía lo mismo. Dos ojos volaban, dos ojos se guardaban en las frentes. Así cambiaban los ojos aquellos muchachos.

—Bueno —dijo Jaguar—. Quiero hacerlo. Quiero ver bueno.

—Ahora están secos —dijeron—. Están limpios. Cuando despertamos, estaban cubiertos de sueños.

—Yo soñé anoche —dijo *Manuwa*— voy a lavar los ojos.

—Pues claro —dijeron— vamos a hacerlo enseguida. Sácalos de prisa.

Se sacó los dos ojos, los entregó a los muchachos.

—¿Ya está listo? —preguntó—. Quiero mis ojos.

—Están sucios de veras —dijeron—, ¡Sueños por montones! ¡Ten paciencia!

Bueno, yo sé. Este es el camino del ají; hizo la barbacoa, preparó la salsa de ají, llenó la *totuma*, la echó a la cara del Jaguar, le quemo los ojos con el ají. Ahora *Waiamo* escondió la carne en una cueva; ahora se escondió con la carne en esa cueva.

—¿Dónde estás? —gritó *Manuwa*.

—Aquí en la cueva —contestó.

—¿Dónde estás? —gritó *Manuwa*— no te veo, no veo nada.

—Aquí en la cueva.

Manuwa se puso bravísimo. Metió la pata en la cueva. Nada. Era estrecha. No agarró.

Como su pata era gruesa, no entraba en esa cueva. *Manuwa* cogió ahora un bejuco y lo metió. Nada. El bejuco era corto. Cogió otro; nada; otro, nada. Ahora fue y cortó un bejuco larguísimo. Metiéndolo. Metiéndolo.

—Ahora sí te sacaré de la cueva.

«¿Qué haré ahora?», pensó *Waiamo*. Luego pensó: «Bueno, lo voy a enrollar».

Manuwa iba metiendo, él enrollando. La cueva se tragó todo aquel bejuco.

Manuwa pensó: «Bueno, no puedo. Esa cueva es muy profunda».

Se olvidó de la carne; se fue a buscar a los muchachos.

Cuando se fue, *Waiamo* salió, traía el bejuco enrollado. Se reía, se reía. Riéndose, se puso como un muchacho; llamó a su hermano.

Cuando llamó *Iureke*, llegó *Shikiémona*.

—¿Qué pasó? —preguntó.

Le contó todo, y carcajadas.

Ahora cogieron un camino. *Manuwa* andaba por otro.

Así cuentan los viejos.

—¡Ya basta! —dijo *Manuwa*—. ¡Devolvedme los ojos!

Los muchachos se reían, tirándose los ojos.

—¡Atájalo! ¡Te lo devuelvo! —se reían.

—Tened piedad —dijo Jaguar.

—Bueno —dijeron— ahora los ponemos a secar en la laja; están brillantes, bonitos, limpios de veras, vas a ver lejos para cazar.

Llegó *Wadákane*, Cangrejo.

—Empuja un poco esos ojos —le dijeron los muchachos— así rodarán, se están secando sólo por un lado.

Wadákane empujó los ojos. Rodaron.

—¡Hlok! —dijeron los ojos cuando cayeron al agua.

—¡Han caído! —gritó Jaguar, con ganas de llorar. No podía, no tenía ojos. Alargó la pata, garras afuera, trató de atajarlos. Golpeó a *Wadákane*, le partió la frente.

Ahora los cangrejos tienen la cara rajada. Puedes mirarlos.

—Vamos a pescarlos —dijeron los muchachos, saltaron al agua, como dos peces. No volvieron.

Manuwa se quedó solo en *Sokoa'tahu*, no podía llorar, decía malas palabras.

Llegó Akudi, el Picure.

—Llegué —dijo.

—¿Quién eres? —contestó— no te veo, no veo nada.

—Soy *Akudi*. Aquí estoy. ¿No me quieres comer?

—¿Cómo te voy a comer? Quiero que me ayudes. Dos *Odoshánkomo* han botado mis ojos. Por engaño, lo hicieron; en el río se han caído.

Akudi miró a *Manuwa*, contento, contento. No le quería. Jaguar no hacía nada más que perseguirle a él, a sus hijos, cuando tenía hambre y ojos buenos.

Akudi se reía. No tenía miedo.

Se volteó diciendo: —Aquí tienes tus ojos —le tiró un peo muy maloliente en las narices. Se marchó.

Manuwa quedó solo, pensando.

Llegó un ave de carroña, el zamuro llamado *Kurumo*, estaba flaco, no tenía comida.

—Llegué —dijo *Kurumo*.

—¿Quién eres? —contestó—. No te veo, no tengo ojos.

—Soy *Kurumo*. Vengo a ver qué te pasa. ¿Por qué no cazas? Tengo hambre. No encuentro carroñas.

Kurumo siempre comía los restos de las comidas de *Manuwa*. Jaguar comía y se iba; ahora Zamuro llegaba.

—Voy a buscarte unos ojos nuevos —dijo.

Fue y le trajo ojos muy buenos. Los empujó. No entraban en la frente de ese Jaguar. Eran muy grandes; por fin entraron.

Los jaguares de ahora, tienen ojos grandes, brillantes, son buenos cazadores. Así dicen los viejos.

Manuwa saltó al agua, nadó, contento. Mató un venado, lo comió, dejó sus huesos y la carroña. Así pagó sus ojos a *Kurumo*. Ahora encontró *Akudi*, lo mató. Le cobró así aquel peo hediondo.

«Bueno» pensó. «Ahora buscaré a esos muchachos».

Se columpiaban en un bejuco. El bejuco colgaba de una yagua alta. Se iban lejos, volvían, se iban lejos, volvían, guindados del bejuco.

—¿Qué es eso? —preguntó, cuando llegó con sus ojos nuevos. Venía para comérselos: primero que ría saber qué cosa era aquel juego .

—*Uauiañatoho* —contestaron—. Es un juego nada más.

—¿Por qué os columpiáis? —preguntó.

—Cogiendo salud. Cogiendo poder. Vamos lejos a buscar el viento bueno. Aquí lo traemos.

—Estoy muy cansado —dijo *Manuwa*—. Quiero viento, quiero poder.

—Bueno —dijeron—. Si quieres, te ayudamos.

Se descolgaron del bejuco; luego guindaron a *Manuwa*. Ahora lo empujaron. Se fue, volvió. Estaba contento.

—¡Aire nuevo! —le decían—. ¡Fuerzas nuevas estás cogiendo!

—¡Otra vez! —dijo *Manuwa*.

Lo empujaron más duro. Se fue allá arriba, luego volvió.



1. *Manuwa* se sentó de cuclillas, entornó los ojos hacia el techo. —Ya bajarán— pensó. No volvieron.

2. —¿Qué hacéis arriba?. —Comiendo sabrosa comida. ¿Quieres? —Quiero. Voy a comer también.

3. *Waiano* estaba cazando. Agarró una danta grandísima. La danta escapó. *Waiano* saltó, mordió su pene.

4. *Iureke* se sacó un ojo de la frente, lo tiró a *Sikiémona*, atrapó el ojo de su hermano, se lo puso.

—¡Estás volando! —le dijeron—. ¡Vuelves con viento de nubes!

—Bueno —dijo—. ¡Otra Vez!

—De acuerdo —dijeron—. Ahora te enviamos al *Akúena*. Volverás nuevecito, jovencito.

Lo empujaron durísimo, se fue disparado, colgando del bejuco. De prisa, treparon la yagua, cortaron arriba aquel bejuco. Se fue, se fue, no volvió más. Primero botaron sus ojos, ahora lo botaron a él.

Manuwa volaba. Volaba en las nubes.

La gente miraba, gritando: —Allá va un jaguar volando. Algún Piache. Sabio debe ser.

Manuwa pensó: «Soy Piache. Con cuerpo me voy. Pronto llegaré a *Kahuña*». Miraba la gente, los ríos, los árboles; eran chiquiticos; los miraba, se reía. Voló sobre *Kunukunuma*. *Antawai*, *Uriñaku*; vio muchos pueblos, otros, otros. Ahora ríos, pueblos desconocidos: «Eso es el fin de la Tierra», pensó. «Ahora entro a *Kahuña*».

Ahora creció la gente; crecieron los ríos; los árboles. Se le vinieron encima, lo aplastaron.

—¡Caigo! —gritó.

Caía. Se cayó allá lejos, al fin de la Tierra. Se rompió todos los huesos. Allá quedó curándose. Jamás encontró su camino, jamás volvió. Los muchachos no lo vieron más. Bueno. Eso es todo.

AHISHA

El hombre blanco estaba en su curiara, pescando en el *Manafari*. Estaba vestido con buenas telas. Camisa, pantalones. Tenía sombrero, zapatos también. Su anzuelo era bueno, de hierro. Aquel hombre parecía *Iaranavi*. En verdad se llamaba

Abisha. Él era la Garza Blanca; cuando quería, se cambiaba en *Iaranavi*, en hombre blanco.

Llegaron aquellos muchachos. Venían de Yaviña, Cerro Yavi. En *Yaviña* habían hecho casa.

—Vamos a pescar —dijo uno.

—Vamos —contestó el otro.

Llegaron a la orilla; vieron a *Abisha* en la curiara.

—Allí va *Iaranavi* —dijo uno.

—Tiene anzuelo muy bueno —dijo el otro.

—Se lo vamos a pedir —contestó.

Se acercaron a la curiara; había un montoncito de anzuelos en la curiara.

—Llegamos —dijeron.

—Bueno —contestó aquel—. No habléis duro. Estoy pescando.

—Tienes buenos anzuelos —dijeron, gritando—. Danos uno. Somos unos pescadores pobres.

Aquel hombre no quiso: —¡No hagáis bulla! —dijo otra vez—. ¡Estoy pescando!

—¿Qué es eso? —preguntaron ahora mostrando el anzuelo.

—Eso es hierro —dijo aquel *Iaranavi*.

—Eso es hierro —repitieron los dos.

Se fueron ahora, no hablaron más.

En la orilla del río se sentaron, pensando. En aquel tiempo, la gente no conocía el hierro.

—¿Cómo haremos? —preguntó el otro.

El primero se tiró al agua, se cambió en pez caribe. El otro se tiró también, se cambió en otro caribe.

Eran hermanos: *Iureke*, el más chiquito. *Shikiémona* el grande, así se llamaban.

Ahora dos caribes jugueteaban cerca del anzuelo. Vuelta y vuelta, mirando el anzuelo de aquel hombre. Ahora llega uno a morder, corta el guaral, se lleva el anzuelo.

«Aquel caribe cortó mi guaral», pensó *Ahisha*. «Bueno, perdí el anzuelo».

Cogió otro en la curiara, lo puso al guaral.

Ahora estaba pescando, tranquilo. Ellos volvieron; vuelta y vuelta.

—Voy a morder —dijo uno.

Era *Iureke*.

—A mí me toca —dijo *Shikiémoma*.

Se acercó a cortar, no mordió derecho, quedó enganchado.

—¡Te pesqué! —gritó el dueño del hierro, jalando de prisa su guaral. Agarró el pescado, lo tiró en una cesta.

—Allí tienes tu castigo —dijo.

Así quedó *Shikiémoma*. No podía respirar, se iba muriendo. Los peces se mueren fuera del agua.

«Bueno», pensó el otro. «¿Qué haré para salvarlo?».

Saltó fuera del agua, se fue volando. Ahora parecía *Sakasakari*, Martín Pescador. Voló bajito, bajito, dándole vueltas a la curiara. Rozó la cabeza del hombre. Pasó sobre la cesta del pescado. Ahora apuntó, cagó.

El hombre vestido se puso bravo: —Ese pájaro ensució mi pescado. Cogió el caribe, se acuclilló para lavarlo. En el agua *Shikiémoma* se puso bueno enseguida, se escapó.

Ahisha estaba bravo.

—Llegaste —dijo *Iureke*. Estaban los dos en el agua, otra vez, como caribes.

—Ten cuidado ahora; tú no sirves para cortar. Quédate quieto mientras corto.

Volvió aquel caribe, se robó otro anzuelo. *Ahisha* bravo. Volvió el caribe, otra vez, otra, muchas. Se acabó aquel montón de anzuelos en la curiara. *Ahisha* bravo.

—Bueno —dijeron.

Saltaron los dos en la curiara, como muchachos ahora; gritaban, se peleaban entre sí.



Lo empujaron durísimo. Se fue, se fue, no volvió más. *Manuwa* volaba. Volaba en las nubes.

—No hagáis bulla —gritó el hombre. Estaba bravísimo.

—Danos un anzuelo de hierro —le dijeron.

—No tengo —gritó— me robaron los caribes.

Luego dijo: —Me queda uno nada más. Tened, andad lejos, a pescar.

Ese anzuelo no era de hierro, era una espina, como engaño, nada más. Lo que quería aquel hombre era que los muchachos lo dejaran tranquilo. Parecía que habían nacido para fastidiar, nada más.

—Perfecto —dijeron ahora los muchachos— es bueno de veras este anzuelo. Seguro que vamos a pescar. Jamás hemos visto anzuelo tan bueno como éste. ¡Muy bueno! ¡Atraparemos peces por montones!

No acabaron de hablar, daban vueltas, rodeos con sus palabras; pronto armaron otro barullo, se pelearon, pegaron gritos. Discutían ahora quién de los dos iba a pescar. No se marcharon. Allí se quedaron a fastidiar a aquel hombre.

Ahora *Iureke* tiró su guaral al agua y cogió un montón de peces; pescó en un instante. El no usaba la espina sino un anzuelo bueno, robado.

Ahora *Shikiémoma* pescó también otro montón.

«Esos dos son *Huhai* sabios» pensó *Abisha*. Luego dijo: —Sois buenos pescadores; pesquemos juntos, los tres. Compartimos anzuelos y pescados.

—De acuerdo —contestaron, y levantaban pescados a toda prisa.

—Vamos a mi casa —dijo el hombre—, allá prepararemos la comida.

Hicieron un *catumare*, metieron allí los pescados, lo cargaron sobre las espaldas de *Iaranavi*.

Aquel *Iaranavi* vivía lejos, allá en *Ankosturaña*.

Se marcharon los muchachos adelante, el hombre atrás, con su carga: era pesada.

—Camina ahora tú adelante —dijeron, nosotros atrás a ver si no caen los pescados.

El hombre caminó adelante, los muchachos no hablaron más.

—¿Por qué no habláis? —preguntó el hombre sorprendido.

Nadie contestó. Se volteó para mirar: los muchachos ya no estaban. «Bueno» pensó. «Mejor así, guardaré los pescados para mí».

Ahora caminaba solo; su *catumare* era menos pesado. Echó a correr hasta la casa, descargó el *catumare*; estaba vacío. En el fondo, dos cucarachas comían el último pescado. Trató de matarlas. Ahora se cambiaron en dos muchachos. Eran *Iureke* y *Shikiémona*.

—Llegamos —le dijeron, luego desaparecieron.

«¿Dónde estarán ahora?» pensó aquel hombre. Ahora tenía miedo. Ahora su camisa, sus pantalones, se deshacían, se caían: se abrían huecos en ellos; parecían nasas de pesca. Ahora el hombre estaba desnudo.

Salieron volando dos polillas, dieron vueltas, desaparecieron. *Abisha* pegó un grito, no de hombre, sino de garza blanca. Tomó su forma de garza y se escapó, volando, volando.

Pasó una luna, otra, otra.

Abisha, la Garza Blanca, estaba tranquilo en su casa y miraba un tucusito. Se llamaba *Tukui*, bebía en las flores, nada más.

—¿Dónde consigues este hierro, estas telas que tienes? —preguntó aquel tucusito.

—Por allá lejos —dijo *Abisha*— a la orilla del mar, en un pueblo bonito. Se llama *Amenadiña*. Soy viajero, comerciante. Allá voy, compro. Luego vuelvo, vendo. Luego voy, compro, vuelvo, vendo, otra vez.

—Quiero ir contigo —le dijo—. Quiero mirar *Amenadiña*, comprar hierro, telas.

—Bueno —dijo el hombre—. Eso es lejos; eres chiquito. No sé a podrás.

—Quiero ir —dijo otra vez.

—Bueno, vamos —contestó.

Aquel hombre se cambió en Garza Blanca.

Volando se fueron los dos. La Garza Blanca adelante, mostraba el camino; el tucusito, atrás. Volaban despacio, a causa de la garza. El tucusito estaba impaciente. Dijo:

—Apúrate, no puedo volar despacio.

Después dijo: —Ahora sé el camino, voy a volar adelante.

Se fue rápido, la Garza no lo vio más.

Luego, la Garza tuvo hambre, se posó en una montaña muy alta del camino para comer. Esa montaña era *Maráhuaka*.

Abrió su *catumare*, sacó pescado, lo asó en barbacoa. Ahora comió. Cuando comía, llegó el tucusito.

—¡Volviste! —le dijo.

—Volví —contestó—. Aquello está lejos. Estoy cansado, enfermo, tengo fiebre, tengo mucha hambre, por eso volví.

—Aquí tienes tu comida —dijo mostrando la barbacoa.

Los tucusitos no comen pescado, beben en las flores, nada más. *Tukui* se moría de hambre. Miró la comida nada más; no comió. Sólo bebió un poco en una flor.

—¿Cómo haré —dijo—. Estoy muerto de fatiga. Sin comida no puedo volar.

—Siéntate en mis patas, así iremos —dijo la Garza Blanca—, yo volando, tú sentadito.

—Bueno —contestó— así podré.

Así fueron, despacio, camino de *Amenadiña*. El tucusito se durmió. La Garza voló despacio, como las garzas.

Cuando volaba, la Garza lo despertó, le dijo: —Cuidado, voy a soltar agua. Ahora te voy a bañar. Si quieres seguir, aguántate.

Ahora soltó su chorro, soltó muchísimo. Empapó el tucusito sentado atrás en su pierna.

Asimismo, las garzas de ahora, sueltan chorros muy grandes cuando mean. Puedes mirarlas.

Ahora andaba ligerita, siguió volando, volando. *Amenadiña* estaba lejos de verdad. El tucusito muerto de hambre, empapado, con fiebre.

No se movía nada, sentado en aquella pierna, no decía nada. Después, se durmió otra vez.

Cuando llegaron a *Amenadiña*, vieron aquel pueblo bonito, todas las cosas, la gente rica, las telas, el hierro. *Abisha* se cambió en gente, en *Iaranavi*, compró muchas cosas. *Tukui* miraba nada más. No podía moverse, estaba casi muerto.

—Bueno —dijo *Abisha*— eso es todo. Ahora volvemos.

Se cambió en garza otra vez, el tucusito se sentó otra vez, volvieron a *Ankosturaña*.

Cuando llegaron el tucusito dijo: —Bueno, ahora conozco *Amenadiña*, ahora vuelvo a mi casa.

Se fue volando a *Yaviña*, su casa. Ahí se cambió en muchacho, como era de verdad. Era *Iureke*. En la casa estaba su hermano *Shikiémona*. Ahí lo esperaba.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Me estoy muriendo —contestó.

—¿Fuiste con aquel *Iaranavi* a ver el hierro, las telas?

—Fui. Descubrí su secreto. Hay un bonito pueblo allá lejos, a la orilla del mar; se llama *Amenadiña*. Allí está el hierro, las telas. Allá vi todo.

Como tucusito fui, no me reconoció. No pude comer porque los tucusitos no comemos. No comí, por eso me enfermé.

—Bueno. Ahora sabemos. Allá volveremos los dos. Yo también quiero ver. Ahora vas a comer como gente, ya no eres un tucusito.

Le dio pescado. Comió bastante; cuando comió, se puso bueno.

Llegaron los dos a casa de *Abisha*. Uno llegó como *Shidishidi*, el Grillo, el otro como *Wiha*, la Chiripa.

—Llegamos —dijeron—. ¿Cuándo vuelves a *Amenadiña*?

—Bueno —dijo el hombre— en plenilunio me voy.

—Bueno —dijeron; se fueron saltando.

El hombre llenó su *catumare* con tortas de casabe para el viaje. Mucho casabe había para vender en *Amenadiña*.

Ahora llegó el plenilunio. Cargó su *catumare*. Allí estaban los dos, escondidos entre las tortas. Aquel hombre se cambió en garza, se fue volando.

Llegó la noche. Se posó en la cumbre de *Maráhuaka*, para comer y dormir. Cuando durmió, el Grillo y la Chiripa comieron casabe. Hacían mucho ruido comiendo en el *catumare*.

Llegó otra noche. Se posó en *Dodoima* para comer. Aquellos dos tenían mucha hambre, no esperaron a que él se durmiera. Comieron enseguida su casabe. El casabe sonaba, sonaba. «Le cayeron chiripas» pensó el hombre. Ahora tenía mucho sueño. «Miraré después» pensó. Se durmió. Aquellos dos comieron toda la noche.

Cuando madrugó, *Ahisha* despertó. Oyó su casabe sonando, sonando. Ahora abrió el *catumare*. Ellos brincaron. Los pisó, les cortó las cabezas, los botó lejos.

—Bueno —dijo— los maté; ahora me voy, y empaquetó su casabe.

El Grillo y la Chiripa salieron de sus cuerpos. Eran brujos. No podían morir. Salieron ahora como polillas y se metieron en la ropa de aquel hombre.

Cuando se cambió en garza para seguir viaje otra vez, ellos estaban en sus plumas. Así, llegaron juntos a *Amenadiña*. Él no sabía.

Ahisha compró muchas cosas en aquel pueblo de la orilla del mar. Vendió mucho casabe, compró escopetas, machetes, cuchillos, ropas, otras cosas, otras cosas.

Aquellos dos miraban, nada más, contentos, callados; no compraban nada. Ahora dijeron: —Ya tenemos bastante.

1



2



1. Volvió aquel caribe, se robó otro anzuelo. *Ahi'sha*, bravo. Volvió el caribe otra vez, otra vez, otra, muchas.

2. —Siéntate en mis patas, así iremos —dijo la garza blanca al tucusito: —Yo volando, tu sentadito. Así fueron, despacio, camino de *Amenadiña*.

Cuando la Garza se fue, se escondieron otra vez en sus plumas. Cuando llegó de vuelta, estaba muy cansada. Tomó su forma de *Iaranavi*, descargó su *catumare*, se acostó a dormir. Las polillas salieron volando de su camisa. Se cambiaron en muchos, se robaron el *catumare*, escaparon.

Cuando llegaron a *Yaviña*, llamaron a mucha gente: —Lo compramos en *Amenadiña* —dijeron— conocemos el camino.

Llegaron todos a ver las escopetas, el hierro, las telas. Se alegraron.

Ahora repartieron todo entre la gente; luego bailaron.

—Queremos ir también —dijeron todos.

—Bueno, ese es el camino. —Les dijeron el camino.

Antes la gente no sabía. Sólo *Iaranavi* conocía aquel camino. Él era dueño del hierro. Cuando nuestros abuelos querían escopetas, machetes, ropas, cuentas de vidrio, pedían a *Iaranavi*. Él les vendía todo. Ahora, ellos también supieron. Ellos también fueron a *Amenadiña*. Se olvidaron de *Iaranavi*, no volvieron a *Ankosturaña*.

La gente de ahora se acuerda; por eso conocemos el camino del hierro, de las telas. Aquellos dos muchachos lo descubrieron en el principio.

Es un camino largo, largo. *Amenadiña* está al fin de la tierra
Eso es todo.

LA MUJER DE IUREKE

Dos hermanos vivían juntos. Uno tenía mujer, el otro era soltero. Se llamaban *Iureke*, *Shikiémona*. *Shikiémona* era soltero.

Ahora el soltero, se enamoró de su cuñada.

«¿Cómo haré?» pensó. Su hermano lo vigilaba.

Se fue a cazar al monte, no volvió; luego envió un mensajero a su hermano.

—¿Qué pasó? —preguntó *Iureke* al mensajero.

—Me envía tu hermano; no puede caminar: dice que tiene niguas en los pies.

—¿Dónde está? —preguntó *Iureke*.

—Allá lejos, solo, en el monte.

—Bueno. Voy a mandar a mi mujer.

La mujer salió de prisa con una aguja, para sacar las niguas de aquellos pies.

—Llegué —dijo a su cuñado, cuando llegó. —¿Dónde están tus niguas?

No había niguas. *Shikiémona* saltaba, corría, alegre. Agarró a la mujer, se la llevó allá lejos, en el monte.

Ahora, cuando uno dice un embuste, le contestamos: «Eso se parece a las niguas de *Shikiémona*.».

Iureke pensaba: «¿Por qué no vuelven aquellos dos? Iré a ver qué pasa».

Cuando fue, los vio. Se puso bravo, apaleó a su hermano, se llevó a su mujer.

—Bueno —dijo *Shikiémona*— mi hermano me apaleó. No volveré a su casa. Ahora me voy lejos, solito.

Se fue caminando, caminando, hasta la orilla del mar, a aquel bonito pueblo, *Amenadiña*.

Allá quedó.

Pasó una luna, otra, otra.

Ahora *Iureke* se puso triste: —Mi hermano está bravo, se fue a vivir allá lejos.

Se sentó, los codos en la rodilla, la cabeza en las manos, pensando, pensando.

Después, dijo: —Bueno, haremos las paces. Voy a llamarlo. Voy a decirle que vuelva.

Iureke pensaba, callado, no comía nada. Después dijo: —Mi hermano va a volver. Tengo que buscar comida. Vamos a celebrar, cuando él vuelva. Ahora quiero comida.

Estaba sentado, pensando, soñando comida. En *Yaviña* no había nada, ni árboles, ni frutas, ni conucos. Ahora nació allá la comida, cuando *Iureke* la soñó. Ahora, *Yaviña* es buena tierra

Envió mensajeros. Caminaron, caminaron, así llegaron a *Amenadiña*.

—Tu hermano te llama —le dijeron a aquel muchacho—. Ya no está bravo. Quiere que vuelvas a *Yaviña*.

Shikiémona tenía miedo: «Será engaño» pensaba. —Bueno —les dijo— cuando venga el plenilunio, volveré—. Ahora se fueron los mensajeros.

Shikiémona llamó mucha gente. No quería volver solo, por miedo. Mucha gente armada, como soldados. El muchacho iba adelante.

Cuando venían, *Iureke* los vio. Iban subiendo despacio la montaña *Yavi hidi* para llegar a la casa *Yaviña*.

Iureke pensó: «¿A qué vienen esos hombres armados? ¡Eso no está bien! ¡Sólo quiero gente de paz, quiero a mi hermano!».

Cuando subían encontraron mucha comida, muchas frutas en su camino, *Iureke* pensó: «Ahora ají picante». Ahora comieron ají picante.

Se murieron todos aquellos que venían a pelear. *Shikiémona* comió comida buena. Llegó solo a la casa, con poca gente, gente de paz nada más.

Se alegraron mucho los hermanos cuando se reunieron. Ahora *Iureke* llamó a la gente de todas las casas de la Tierra para celebrar. Vinieron de todos lados, *Iureke* dijo: —Vamos a tener una grandísima fiesta. Se llama *Wanwanna*.

Como recuerdo, ahora celebramos todavía *Wanwanna*. Recordamos la reconciliación, la paz, cuando volvió *Shikiémona* a la casa

De todos los pueblos de la Tierra, llegan hombres, mujeres, niños. Los hombres traen cacería, las mujeres mañoco. Hay mucha comida. Los hombres juegan, luchan, las mujeres preparan *iarake*, casabe: los músicos salen con *wanna*, los clarinetes de bambú, los bailarines con faldas de moriche. Dura cinco días. Cantan aquel *Wanwanna*. En *Yaviña*, fue el principio, cuando *Iureke* perdonó a su hermano.

Así dicen. Así cuentan los viejos.

DAMA

Iureke dijo: —Bueno, están los hombres todos reunidos. No falta ninguno.

Shikiémona dijo: —Vamos a castigarlos. Cuando mataron a nuestra madre, todos también estaban reunidos. Todos comieron su carne.

—Bueno —dijo *Iureke*— ahora buscaremos el *shimi* de nuestra madre. Se fueron adentro del agua. En el fondo de los ríos; llegaron a la casa vacía de *Hui'io*, la Madre del Agua. Ahí estaba escondido el *shimi*, la *totuma* con aceite de *caruto*. Se la llevaron a la tierra, la botaron, los ríos se salieron de madre. Ahora, todo se inundó.

Sacaron fuego de los palos, quemaron las casas. Cuando llegó el agua, el fuego se apagó. En *Yaviña* estaba toda la gente reunida; todos estaban de fiesta, borrachos.

Ahora gritaron; gritando, escaparon. Los hombres buenos se escondieron debajo de los cerros, en las grietas de la Tierra. No eran muchos. Los otros se ahogaron, las casas se cayeron. Toda la Tierra fue cubierta. *Dama*, Mar, llamaron a aquella agua grande que llegó; no tenía costas.

Aquellos dos muchachos, primero corrieron; cuando llegaron a las cabeceras del *Antawari*, nadaban como peces. No se veía más que *Dama*. No quedaba nada en pie: casas, bosques, montañas. Sólo quedaron dos palmeras moriche, altíiiiisimas, derechitas, se levantaban, llegaron al Cielo. Treparon los dos muchachos hasta arriba, miraron al mar y descansaron.

Los dos moriches eran como hermanos, pegados uno del otro. Ahora los dos muchachos construyeron una troja altísima entre ambos. Ahí se juntaron, se sentaron. Ahora comían frutos de moriche, comiendo, comiendo, nada más, esperando a que la Tierra se secara.

Cuando comían, botaban los huesos de esas frutas allá abajo. Anocheció, madrugó otra vez, otra, otra. Después, el mar se fue lejos, volvió al horizonte, donde termina nuestra Tierra. Allá empieza el mar de ahora, allá se quedó, desde aquel tiempo.

—Vamos a bajar —dijeron los muchachos.

Bajaron.

Cuando bajaron, pisaron tierra blandita. Sus piernas se hundieron en un pantano. No había más nada: barro nada más.

Ahora los dos palos morochos de moriche se cambiaron en piedra muy alta. Se llama ahora *Ekuaí hidi*, montaña Moriche. Está allá como recuerdo, en las cabeceras del *Antawari*.

—Todos han muerto, todos han muerto —dijeron, cuando bajaron— no quedó nadie, les llegó su castigo por la muerte de nuestra madre.

Iureke dijo: —Bueno. Vamos a buscar sus huesos, sus calaveras. Primero las calaveras de *Wanadi*, *Mudo*, *Höhottu* porque ellos son los que mandaron a matar a nuestra madre.

Buscaron calaveras en los pantanos. Con un manare. El pantano se colaba a través del manare, en la malla quedaban calaveras y guijarros llamados *wiriki*.

Miraron la primera calavera: —Esta no es —dijeron. Miraron otra: —Esta no. Otra: —No. Otra: —No. Botaron muchas calaveras cuando buscaron. Escudriñaron la Tierra, colándola, no hallaron lo que buscaban.

En el manare salían muchos huesos, muchos guijarros *wiriki*. Esos muchachos buscaban calaveras, no miraban los *wiriki*, los botaban lejos.

—No sirven —decían, cuando los botaban.

No sabían. Esos *wiriki* eran los guijarros del poder, del saber. Contenían la sabiduría del Cielo. Cuando los botaban, los guijarros caían en la piedra, llamada *Madan'tahu*, se estrellaban. Muchos pedacitos rebotaban. Ahora llegaron dos hombres buenos a recogerlos. No habían muerto, se habían salvado de *Dama*. Ahora estaban tranquilos recogiendo *wiriki*. Esos hombres se llamaban Macu. *Fiaroa*. Recogieron, guardaron, no dejaron *wiriki* en la Tierra. Ahora los dos muchachos hallaron el último *wiriki* en su manare.

—No sirve —dijeron; lo botaron.

Cayó el último *wiriki* en la piedra *Madan'tahu*; estalló. *Maku* y *Fiaroa* llegaron a recoger. Hubo dos pedazos que rebotaron lejos; no pudieron cogerlos. Esos pedazos cayeron en las bocas de los dos muchachos. Los encontraron buenos, dulces.

—¡Sirven! —dijeron—. ¡Vamos a guardarlos!

Ya era tarde; ya no quedaban. No encontraron más. *Maku* y *Fiaroa* se quedaron con todos los *wiriki*. Ahora son los dueños.

Esos *wiriki* son los guijarros del *Tafuano honato*, la sabiduría de los *Hubai*. Por culpa de aquellos dos muchachos nos quedamos sin *Hubai* buenos, poderosos.

Los *Makukomo* y los *Piaroakomo* son dueños de sabiduría, *Piaches* poderosos. Nosotros no sabemos. No conocemos su secreto, sólo vamos a verlos para pedirles ayuda.

Así dicen los viejos.

Los muchachos no hallaron las calaveras que buscaban. Ahora oyeron: —Wooooooo, Woooooooooooo, Wooooooooooooo, y luego ouo, ouo, ouo.

Entornaron los ojos. En una peña estaba el pájaro *Mudo*, tranquilo, mirando. A su lado estaba *Höbottu*, mirando. Sanitos los dos. Eran poderosos, por eso se salvaron de morir en *Dama*.

En otro cerro oyeron: —Tuc, tuc, tuc. Vieron a *Tonoro Wanadi*, el pájaro *Wanadi*, golpeando madera, golpeando. Estaba tranquilo, como si nada.

—Bueno —dijeron aquellos muchachos; botaron su manare, no buscaron más calaveras.

Luego hallaron *To'sede*, el pájaro, parecía gente y cargaba escopeta.

A su lado estaba su mujer.

—¿Cómo se salvaron? —les preguntaron los muchachos.

—En una *totuma* —dijeron— nos metimos en la *totuma*.

—¿Qué hacen con escopeta?

—Cazando, nada más; cazando paujís.

Ahora oyeron el canto del paují. Después, otros cantos, otros, otros, los muchachos oían, no decían nada; luego le quitaron a *To'sede* su escopeta.

Así cuentan los viejos.

Murió muchísima gente a causa del *Dama*. Unos pocos se salvaron; esos eran los buenos. Se escondieron bajo los cerros, en totumas.

1



2



1. Los dos moriches eran como hermanos, pegados uno del otro. Los dos muchachos construyeron una troja altísima entre ambos. Allí se juntaron, se sentaron. Ahora comían frutas de moriche esperando a que la tierra se secara.

2. Buscaron las calaveras en los pantanos con un manare. En el manare salían muchos huesos, muchos guijarros *wiriki*.

Aquellos muchachos castigaron los malos, pero no pudieron matar a *Wanadi*, a *Mudo*, a *Höbottu*, como lo querían.

Ahora quedó muy poca gente sobre la Tierra. Los muchachos dijeron: —Está hecho. Nos vamos ahora—. Dejaron nuestra Tierra, volvieron al Cielo.

Wanadi pensó: «Bueno, quedó muy poca gente. Bueno, haré gente nueva».

Eso es todo.

KASÉ'NADU

DINOSHI

Al principio, la gente les tenía miedo al Rayo, al Trueno, a la Centella. No se sabía lo que era. Sólo se veía el relámpago de lejos, se escuchaba el trueno de lejos.

Había un hombre dueño del Rayo, del Trueno, de la Centella. Pasaba su tiempo cazando por las montañas. Cuando cazaba, aquel hombre se escondía; ahora el Rayo brotaba. Nadie lo había visto ni sabía cómo hacía. El no mataba los animales con flechas ni con lanzas, como los otros cazadores.

Aquel hombre tenía un conuco de yuca. No quería dejar a su hermana coger yuca del conuco: —Si vuelves a cogerla, te castigaré —le dijo.

La hermana volvió al conuco; aquel hombre se puso bravísimo.

Cuando amaneció, se fue de cacería por la montaña. Llevó a dos sobrinitos. Eran hijos de su hermana. Ahora llevó a los niños a las cabeceras del caño *Wiwe* en la montaña del *Antawari*. Cuando estuvieron lejos, aquel hombre soltó el Rayo, mató a los niños, los descuartizó como animales, abrió sus pechos, les arrancó los corazones.

Ahora puso los dos corazones en un *budare*: los exhibió en la horqueta de un árbol muy alto llamado *Kudi*

Ahora aquellos corazones se convirtieron en dos pichones de harpía. Enseguida crecieron. Ahora se pusieron grandísimos; tenían picos ganchudos, garras encorvadas, ojos ensangrentados. Miraron aquel hombre; aquél los miraba también a ellos, de re-
ojo; estaba muy asustado.

Cuando nacieron aquellas harpías, el árbol *Kudi* se convirtió en una montaña muy alta, llamada *Kudi huha*. Todavía se ve, como recuerdo, en las cabeceras del caño *Wiwe*. En esa montaña tenían su nido.

«Me van a agarrar, me van a comer», pensó aquel hombre. «Ahorita, los voy a matar.»

Hizo brotar el Rayo contra ellos: nada. El Rayo cayó de rebote. Tenían esas aves una coraza, como de hierro. El Rayo no hizo nada.

Ahora el hombre corrió, corrió, asustadísimo. No miró atrás. Así corriendo llegó a casa.

—¿Qué pasó? —dijo su mujer *Enneku* cuando él llegó.

—Hallé en la montaña dos pichones de harpía. Son grandísimos. Querían agarrarme —dijo aquel Dueño del Rayo, llamado *Kasé'nadu*.

—Bueno —dijo *Enneku*—. ¿Por qué no los trajiste? Quiero criarlos. Devuélvete a buscarlos.

Kasé'nadu no quiso, tenía miedo.

—Bueno —contestó— si quieres criarlos, irás tú misma a buscarlos.

Enneku se fue sola a la montaña *Kudi huha*. Cuando llegó, dos harpías grandísimas la miraron, se abalanzaron desde aquel nido, la agarraron, se la comieron. Se llamaban *Dinoshi*.

Ahora se fueron volando las dos sobre la Tierra, sobre los caminos, las casas, los conucos, buscando gente para agarrar, llevarse al nido y comer.

«Tiempo de *Dinoshi*, tiempo de miedo», así decían. Todos los hombres vivieron con miedo, a causa de aquellos pájaros. Se

escondieron en cuevas, en matorrales. Miraban de reajo. No se atrevían a salir.

Ahora, algunos hombres escondidos, hicieron arcos, flechas, lanzas.

—Vamos a salir —dijeron— a matarlos.

Dispararon sus flechas, sus lanzas: nada. Rebotaban sobre las corazas de hierro de los *Dinoshi*. Nadie pudo matarlos. Los *Dinoshi* agarraron muchos de ellos; comieron hombres, mujeres, niños.

Había un hombre sabio: *Kudene* se llamaba: se parecía una culebra de agua. Hizo un menjurje negro, espeso, llamado *curare* y lo cocinó en una paila. Fue el primer *curare*. Lo hizo para matar los *Dinoshi*.

Kudene lo entregó al Gallito Trompetero. El trompetero fue a *Kudihuba*, para mirar, escondido, a los *Dinoshi*.

Cuando fueron flechados, primero gritaron y alzaron vuelo, dando vueltas, vueltas; luego bajaron, dando vueltas, perdiendo plumas. Cuando caían las plumas, retoñaban, se convertían en *Kurata*.

Así nació la caña *Kurata*. El bambú de cerbatana. Con *Kurata* hacemos ahora nuestras cerbatanas.

Las primeras plumas cayeron en *Merewari*, después en *Antawari*. Por allí crecen silvestres, ahora, buenas cañas de cerbatana.

Los *Dinoshi* bajaron ahora, muriendo, cayendo sobre la montaña *Maráhuaka*. Dieron vueltas sobre *T'damadu*, *Tahashiho*, *Tonodo hidi*, las tres cumbres de la montaña.

Ahora cayeron sobre *Tahashiho*. Allí clavaron sus huesos. Allí crecen ahora las más grandes, las más derechas de las cañas de cerbatana.

En tierras de nosotros nada más, cayeron las plumas, los huesos de los *Dinoshi*. Por eso, sólo nosotros tenemos cerbatanas. Somos los dueños. Cuando otras gentes quieren cerbatanas,

vienen caminando, caminando, para pedimos *kurata* trayéndonos cosas. Cuando los *Dinoshi* murieron, conocieron el *curare* y la cerbatana. La cumbre de *Maráhuaka* llamada *Tahashiho* es la montaña de la cerbatana. Nadie, sino nosotros, conoce su camino. La montaña es de nosotros: tiene muchas cañas muy altas, derechitas.

En *Tahashiho* vivía *Kahuakadi* cuando cayeron los *Dinoshi*. Aquel hombre dijo:

—Bueno, las cañas son mías, ahora. Soy dueño de la cerbatana.

Ahora, cuando vamos a recoger, cuando llegamos a aquella cumbre de *Maráhuaka*, pedimos permiso a su dueño *Kahuakadi*, llegamos y le decimos: —Venimos a pedirte cerbatanas; no hemos comido, no hemos tocado a nuestras mujeres—. Cuando andamos por el camino de *Kurata*, tocamos carrizos. Cuando llegamos plantamos estacas en la Tierra, como prendas a *Wahuakadi*. Cantamos bajito, bajito, sin gritos, tranquilos, pidiendo sin que el dueño se ponga bravo. Nunca cortamos más de cuatro cañas juntas. Así no molestamos al dueño; así conseguimos *Kurata* para hacer cerbatanas.

Así fue al principio. Eso es todo.

WACHAMADI

Aquella mujer cogía yuca en el conuco de su hermano. El no quería, por eso pensó: «La voy a castigar».

Al principio no existían culebras en la Tierra. Entonces las culebras eran gente poderosa en el Cielo. *Ñomo* era dueña, madre de ellas. Era una mujer bonita, pero muy mala.

Kasé'nadu fue a casa de *Ñomo*, pidió guardianes para su conuco, para castigar a su hermana.

—Bueno —le dijo *Ñomo*, le dio cuatro de sus hijos, como vigilantes del conuco. Cuando llegaron a la Tierra, se convirtieron en culebras ponzoñosas. Se llamaban *Enneku*, la cuaima. *Sedēdetiu*, la cascabel, *Kōññoto*, la *mapanare* y *Tladema*, la coral. Fueron las primeras culebras ponzoñosas.

Ahora, en las cuatro esquinas del conuco de *Kasé'nadu*, se apostaron de guardias. Estaban escondidas en la maleza. Oían pasos, enderezaban sus cabezas, sacaban sus lenguas.

Ahora aquella muchacha llegó al conuco. Cuando llegó, saltaron juntos los cuatro guardianes para morderla, la llenaron de ponzoña, luego avisaron a *Kasé'nadu*.

Cuando llegó su hermano, la mujer dijo: —Tengo fiebre; como candela me quema por dentro. Ayúdame. Dame *iukuta*, tengo mucha sed.

Aquel hombre no quiso; no hizo nada. Lo que quería era que se muriera su hermana. Miraba a la mujer sin hacer nada. Estaba contento.

Ahora ella soñó. De su cuerpo salió su *akatu*. En sueños se fue a casa de *Ñomo*, la dueña de aquella ponzoña.

Ahora la mujer dijo, como en sueños: —Tengo sed, dame de beber.

Ahora *Ñomo* se acercó con una *totuma* en la mano. —Bebe esa *iukuta*, te hará bien.

La mujer tomó la *totuma*. No era *iukuta*, era un engaño.

Cuando bebió, olvidó su cuerpo vacío, allá en la Tierra. Se quedó soñando, soñando siempre, como *akato*, en casa de *Ñomo*. Allá está todavía prisionera, a causa del menjurje que le dio *Ñomo*, cuando le dijo: —Eso es *iukuta*. Jamás volvió su cuerpo. Así murió. Ahora, está como espíritu en la casa de las culebras, a causa de la ponzoña, a causa de la maldad de su hermano *Kasé'nadu*.

Como recuerdo de aquella muerte cuando algún hombre es mordido por culebra, le damos enseguida de beber mucha

iukuta. Así no va en sueño a pedir su bebida. No cae en engaño. Bebiendo mucho, apaga la ponzoña. No abandona su cuerpo.

Cuando murió aquella mujer, *Kasé'nadu* la descuartizó, dejó sus trozos en una troja.

«Luego volveré», pensaba. «Recogeré sus huesos, su calavera».

Cuando abrió su vientre, dos niños, no nacidos aún, brotaron, fueron a rodar a la maleza; ahí quedaron abandonados. Anocheció, amaneció, una, otra, otras veces; luego los huesos, la calavera, quedaron limpios. Ahora el hombre volvió a buscarlos. Se encontró con dos jóvenes, hijos de aquella mujer descuartizada. El mayor se llamaba *Wedame*, el más pequeño, *Wachamadi*.

Kasé'nadu tenía dos hijas doncellas.

—Venid a mi casa —dijo a los muchachos—, tengo dos hijas para vosotros.

Wachamadi dijo: —Bueno.

Wedame no dijo nada, no quiso ir a la casa de aquel hombre. Se quedó solo, en el monte. *Wachamadi* siguió a *Kasé'nadu* para conocer las doncellas.

Cuando madrugó, *Kasé'nadu* le dijo: —Bueno, voy a cazar. Antes de la noche volveré. Vas a hacer conuco nuevo, casa nueva; vas a tejer sebucanes.

Lo llevó a un monte muy grande, enmarañado; ahí había muchísimos árboles, muy altos, gruesos, muchos bejucos, espinales y matorrales: —Vas a desmontarlo, desbrozarlo todo. Luego quemarás todo. Será el Conuco Nuevo. Antes de la noche, lo tendrás listo.

Lo llevó a otro monte: —Aquí harás la Casa Nueva. Antes de la noche, la tendrás lista.

Ahora lo llevó a un claro. Allí había un montón grandísimo de cortezas: —Vas a tejer estas cortezas. Harás muchos sebucanes para la fiesta del Conuco Nuevo y de la Casa Nueva. Lo tendrás listo todo antes de la noche.

Wachamadi dijo: —Bueno.

Kasé'nadu se fue a cazar. Ahora, aquel muchacho pensó: «¿Cómo haré?».

Se sentó en una piedra, los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos. No comió, no habló, pensó, nada más. «¿Cómo haré?». Se quedó pensando, pensando.

Ahora el sol se levantó, subió; subiendo se puso derecho en el Cielo. El muchacho no se movía, seguía pensando.

Cuando pensaba, salió *Kuinadi* del moriche. Era un pájaro hermoso, anciano, sabio, dueño del moriche.

—¡Así harás! —dijo *Kuinadi*.

Ahora, aquel muchacho miró a *Kuinadi*, el pájaro sabio, se alegró. *Kuinadi* cogió una penca de moriche, la quemó, guardó las cenizas en una *totuma* con *iukuta*.

—¡Bebe! —le dijo, y le dio al muchacho aquel menjurje.

Bebió. Enseguida sintió el poder de las cenizas del moriche. Sintió fuerza como de cuatrocientos brazos en sus brazos. Cogió el hacha, cortó árboles, cortó, cortó. Parecía como si él no trabajara. No se cansaba. Cortaba nada más. Parecía como si el hacha cortaba sola.

No hemos olvidado aquella señal de *Kuinadi*. Cuando vamos a trabajar, siempre pedimos su poder, la ceniza del moriche para beber.

El hacha de *Wachamadi* derrumbó árboles grandes y pequeños, trozó bejucos, desbrozó espinales y malezas. El monte cayó, *Wachamadi* estaba alegre; no se cansaba.

Quemó, limpió el conuco, después dijo: —Está hecho.

Entonces fue al otro monte, lo tumbó todo e hizo la casa nueva. Ahora fue al claro para tejer las cortezas. Tejió aquel montón de cortezas, lo cambió en un montón de sebucanes.

El sol estaba alto en el Cielo.

Ahora el muchacho dijo: —Todo está hecho—. Se sentó al pie del moriche; ahora soñó. Como en sueño, oyó la voz de *Kuinadi*: —¿Por qué trabajas tanto para aquel hombre? Él no te

quiere. Es un hombre malo. Mató a tu madre, a tus hermanos. Ahora te va a matar.

«Bueno» soñó *Wachamadi* primero lo mataré. «Ahora vengaré a mi madre, a mis hermanos».

Ahora, oyó el Trueno, vio el Relámpago; se deslizaba como culebra de candela. Soñando, oyó la cacería de *Kasé'nadu*.

«Descubriré su secreto, quiero saberlo. ¿Cómo haré?», pensaba, sentado al pie del moriche.

Cuando pensaba, llegó *Tukui*, el pajarito chupafior.

—Yo sé el camino —dijo.

Era rápido, muy pequeño, entraba en todas partes, nadie lo veía.

Sabía el camino del Rayo, el camino de *Kasé'nadu*.

—Bueno —dijo aquel muchacho— ayúdame. Vete a mirar; descubre el secreto. Vuelve a avisarme.

Tukui dijo: —Bueno—. Se fue, miró, volvió, avisó.

—Descubrí —dijo—. Vi el Rayo.

—¿Cómo es? —preguntó *Wachamadi*.

—Un bastón explota. El Rayo brota Así caza aquel hombre. Fulmina todo lo que encuentra. *Aracusa*, así se llama su bastón.

—Bueno —dijo *Wachamadi*.— Ahora sé, lo voy a robar. Haré una *Aracusa* de engaño. Luego lo cambiaré.

Ahora dijo: —Vete a mirar. Haz un dibujo de *Aracusa*.

Tukui dijo: —Bueno—. Se fue.

«¿Cómo haré?», pensó; no sabía dibujar.

En su camino encontró a *Matuto*, la mariposa. *Matuto* se pasaba el tiempo pintando dibujos en sus alas. Cada día las pintaba con dibujos diferentes. Con su trompa, chupaba flores, cogía polvos, coloretos, aceites, luego pintaba sus alas.

—Ayúdame —le dijo *Tukui*— debo pintar. No sé hacerlo.

—Bueno —dijo *Matuto*. Se fue, vio *Aracusa*, lo pintó bonito en sus alas.

Tukui y *Matuto* volvieron con el mensaje. El muchacho lo vio en las alas de la mariposa. Ahora sabía. Cogió un bastón, lo labró, le dio forma de *Aracusa*. Cuando lo labró, hizo una *Aracusa*. Parecía igual al otro. No tenía poder, sólo forma, engaño, nada más.

—Está hecho —dijo el chupaflor. Pronto, llévate, vete, cámbialo por el bueno.

Cuando llegó *Tukui*, *Kasé'nadu* amarraba en sus *catumares* unas presas de báquiros. *Aracusa* no tenía vigilante; ahí estaba, recostada de un árbol. *Tukui* voló rápido; sin ruido, lo cambió. *Kasé'nadu* no vio nada, fue engañado.

Ahora quedó sin poder. *Wachamadi* lo robó, como castigo por su maldad. Así se acabó el miedo de la gente antigua.

Cuando anocheció, *Kasé'nadu* volvió; tenía escondida su *Aracusa* de engaño.

Cuando volvió, *Wachamadi* dormía bajo la palmera Ekuai. Le dio un puntapié.

—¿Acabaste la faena?— preguntó.

El muchacho despertó, bostezó, no contestó.

—¡Perezoso! —dijo aquel hombre.— ¿Está listo el conuco? ¿La casa? ¿Los sebucanes?

—Soñé —contestó—. Yo cortaba, talaba, construía la casa, tejía.

—¡Sueños! —gritó el otro— ¡Ahora vamos a mirar!— *Kasé'nadu* pensaba: «Bueno. No hizo nada. Ahora lo voy a matar».

Fueron al monte; ya no había monte. Ahí estaba el conuco nuevo.

Aquel hombre se admiró: «¿Cómo hizo?», pensó. «¿De dónde sacó tanto poder?», pensó nada más. No dijo nada.

Ahora fueron a mirar el otro monte; allí estaba la Casa Nueva: ¡estaba! Ahora los sebucanes: ¡estaban!

«Bueno», pensó *Kasé'nadu*. «Ese muchacho es brujo, su poder es peligroso. Lo voy a matar».

—Bueno —dijo al muchacho—. Cumpliste tu trabajo. Ahora eres mi yerno. Vamos a celebrar. Ahora llamaré la gente a bailar, cantar, comer, beber.

Enseguida llamó: —Venid mañana. Tengo conuco nuevo, tengo Casa Nueva.

Llegaron muchas mujeres de las casas vecinas a rallar yuca; llenaron una *kanawa* con *iarake*. También llegaron muchos hombres a trenzar faldas de palmas, coronas de bailarines; llegaron los músicos, con clarinetes de bambú: a los tres días, todo estuvo listo. Empezaron a cantar; las mujeres les traían *totumas* de *iarake*. La Casa Nueva era muy grande, muy bonita; tenía sus puntales, sus horcones; pobre y miserable se veía ahora la vieja casa de *Kasénadu*. Fue la señal del poder de *Wachamadi*, el dueño del Rayo. *Kasénadu* no sabía, pensaba: «Vamos a beber. Cuando aquel muchacho esté borracho, lo mataré».

—Veamos quién bebe más —dijo.

Wachamadi bebió una, otra, otra vez. Cada vez, salía de la casa, escupía; luego entraba otra vez a beber. Así engañó a *Kasénadu*. No se emborrachó.

Kasénadu pensaba: «Está borracho. Ahora es tiempo de matarlo». Fue a buscar a *Aracusa*, se escondió detrás de la puerta, apuntó a aquel muchacho. Un hombre lo vio. Gritó.

—Cuidado muchacho, te va a matar aquel viejo con un bastón.

Wachamadi no se movió. No tenía miedo; soltó una carcajada; luego, dijo: Aquel bastón es *Aracusa*, el arcabuz, el Rayo. Ahora conocéis el secreto, ahora veis aquel poder.

La casa estaba abarrotada de gente. *Kasénadu* trató de disparar: nada. *Aracusa* no tenía ni voz ni vida, centella ni trueno. Todos miraban aquel engaño, no veían ningún poder. No pasó nada. Aquel hombre estaba sorprendido, bravísimo. Apuntaba nada más, y aquel muchacho soltaba carcajadas. Ahora, la gente también. Perdieron el miedo. Uno soltó la carcajada, otro, otro,

todos. Ellos no querían al viejo dueño del Rayo, le tenían miedo, nada más; por eso, se alegraron.

Cuando se reían, llegó el Trueno, la Centella, como culebra de candela. Caminó al revés; no brotó de las manos de *Kasé'nadu*, allá cayó, dejó cenizas nada más. Ahora la gente miró aquel muchacho; él tenía su propia *Aracusa*, era bueno, tenía poder, soltó el Rayo, fulminó a *Kasé'nadu*.

Salieron gritando, asustadísimos, borrachos; se caían uno sobre otro.

La hija de aquel hombre lloraba, soplabla en las cenizas, diciendo:

—Muerto no, borracho; muerto no, borracho.

Ahora, de las cenizas salió *Kasé'nadu*, con cuerpo nuevo. El Rayo no podía matarlo; allí estaba otra vez. La muchacha lo sopló, se alegró.

—Bueno —dijo *Wachamadi*— esta casa ya no es la tuya, ahora es mía. El Rayo es mío, no tuyo.

Luego le dijo: —Voy a cazar. Vas a tumbar un conuco. Volveré antes de la noche. Lo llevó al monte y le mostró muchísimos árboles, altos y gruesos.

—No puedo solo —contestó *Kasé'nadu*— no tengo tanto poder. Si me ayudas, bueno.

Wachamadi dijo: —Bueno, te ayudaré.

Llamó a los conotos y a los báquiros para cortar los árboles.

—Sólo uno dejaréis de pie, aquel palo más alto, más grueso. *Kasé'nadu* lo cortará.

Los conotos y los báquiros cortaron los palos pequeños, no los tumbaron.

Wachamadi dijo: —Está hecho. Ahora aquel hombre tumbará su árbol grande: cuando caiga, también caerán los pequeños.

Esas fueron las señales que nos dejó *Wachamadi* para tumbar conucos.

Ahora *Kasé'nadu* golpeaba con hacha el árbol grande; el hacha rebotaba en madera dura. Nada: no podía cortar.

Wachamadi dijo: —Bueno, pasó el tiempo, ya todo está tumbado. Ahora, voy a quemar.

Nada estaba tumbado, aquel hombre seguía con los golpes. *Wachamadi* sabía. Quería matarlo, nada más, como señal, como castigo.

Pegó candela a la maleza; la candela cundió por todas partes, y *Kasé'nadu* en el medio.

Llegó el fuego, el humo. No pudo escapar. Murió aquel que, al principio, fue dueño del Trueno. A causa de él, los hombres tenían miedo. Supieron lo que es el Trueno, el Relámpago. Su nuevo dueño era justo.

Así cuentan los viejos. Así oí, yo no lo vi.

Eso es todo.

MOMÍÑARU

Había un joven que fue a vivir en la casa de un hombre viejo. Quería casarse con la hija del hombre viejo.

Aquel hombre se llamaba *Momíñaru*. *Adichawo* era el nombre de la muchacha; *Sahatuma* el nombre de su padre. Ese hombre era malo, comía carne de gente.

Cuando amaneció, dijo al muchacho: —Vete al río a buscar mi *toroha*, nasa de pesca. Ayer la dejé; anoche soñé: estaba llena.

—Bueno —dijo *Momíñaru*. Se fue.

Aquel hombre soñó: «Este muchacho llega al río, agarra la *toroha*, se cae en la *toroha*. Trata de salir, no puede, está preso».

Cuando soñó aquel hombre, el muchacho llegó al río y cayó en la *toroha*. El hombre estaba en su casa, acostado en su chinchorro, soñando nada más.

Ahora soñó: «Hay un jaguar. Camina hacia el río, descubre la *toroha*, piensa: “Bueno, aquí está mi comida”. Abre la *toroha*. Ya va a comerse al muchacho».

Cuando el hombre viejo soñaba en su chinchorro, un jaguar llegó al río, abrió la *toroha* para comerse aquel muchacho.

Ahora, el jaguar era el mismo *Sahatuma*, era el sueño de aquel hombre, *Sahatuma* tranquilo, escondido, durmiendo. El jaguar en el río, como espíritu, como sueño.

Cuando llegó, el muchacho tuvo miedo: pensó: «Este jaguar es un engaño, es *Sahatuma*, me va a comer». Trató de salirse de la trampa: no pudo. El jaguar abrió la *toroha* riéndose.

Ahora el muchacho se cambió en cangrejo, el jaguar lo agarró. El cangrejo lo mordió. El jaguar lo soltó. El cangrejo se escapó. El jaguar lo persiguió.

Ahora llegó *Sororo*, el Perrito de Agua; corrió tras el cangrejo, pensó: «Es mi comida». Se lo tragó, salió corriendo. Así fue que el jaguar quedó engañado.

Cuando aquel hombre viejo despertó en su chinchorro, el sueño se acabó, el jaguar desapareció.

Adichawo dijo a su padre: —El muchacho no ha vuelto del río. Vete a ver qué pasó.

Sahatuma dijo: —Ya no volverá. Así soñé: él se cayó en la *toroba*. No sabía pescar; aquel muchacho no servía. Cuando cayó, se ahogó.

Ahora, buscarás otro marido.

En la orilla del río, *Sororo* pensó: «Ya es tarde. Es tiempo de volver a mi cueva». Antes de meterse en la cueva, hizo sus necesidades. Así acostumbraba; jamás ensuciaba su cueva. Ahora salió aquel cangrejo, quedó libre. Era el muchacho *Momíñaru*, muy enfermo, asfixiado, casi que moría cuando salió del vientre del *Sororo*. Para no morir se fue al Cielo, a *Akúeñana*, se zambulló en el Lago *Akúena*, entonces brotó, nueveciiiito, sano otra vez, con cuerpo nuevo. Parecía otro muchacho cuando retoñó en el lago; era el mismo *Momíñaru*, con forma nueva.

Ahora pensó: «Volveré a la Tierra, voy a castigar a aquel hombre».

Sahatuma estaba encaramado en un árbol *madi*, recogiendo frutas en un *mapire*, con su hija. Llegó aquel muchacho al pie del árbol. Cuando llegó, pensó: «Está cayendo una fruta». Una fruta cayó, se salió del *mapire*, fue a rodar en el suelo. La muchacha, *Adichawo*, saltó del árbol, corrió tras la fruta. Ahora, vio aquel muchacho. No lo conoció. No sabía: él tenía nuevo cuerpo.

—Llegué —dijo.

—¿Quién eres? ¿A qué llegaste? —así contestó la muchacha.

—Me llamo *Kaichama* —dijo *Momíñaru*, de allá vengo, quiero casarme.

Adichawo lo miró: era fuerte, bien parecido. Pensó: «Este será mi nuevo marido, aquel murió en la *toroha*».

Llamó a su padre: —Ha llegado un muchacho, ha llegado un yerno.

—Bueno —dijo *Sabatuma*. Estaba encaramado en el árbol, comiendo frutas *madi*.

Ahora entró *Kaichama* en la casa, como engaño. En verdad era el mismo *Momíñaru*. Ellos no lo sabían.

Cuando madrugó, aquel hombre viejo dijo: —Tengo hambre. Ayer dejé una trampa en el camino de las lapas: anoche, soñé que muchas lapas habían caído en la trampa. Vete a buscarlas.

El muchacho se fue. En su camino, encontró el Pueblo de los Bachacos. Todo estaba cubierto de bachacos. Eran muchísimos, cubrían el suelo, cortaban hojas, cazaban animales pequeños y grandes; todo lo que hallaban a su paso se lo comían.

El muchacho estaba rodeado de ellos. Corrió al río, se zumbó en el agua, así se salvó.

Ahora volvió a la casa.

—Volví para avisarte —dijo el muchacho—. En mi camino he encontrado muchísimos báquiros.

—¿Dónde están? —preguntó *Sabatuma*—. Quiero ir a cazarlos.

—Por ahí está el camino —contestó el muchacho—. Vas a matar muchos báquiros.

Eso era engaño. No era el camino de los báquiros, sino de los bachacos.

Cuando *Sabatuma* llegó, no había más que bachacos. Le cayeron encima por montones, lo destrozaron, se llevaron los trocitos sobre sus cabezas. Así murió *Sabatuma* como castigo. En verdad no murió; él no podía morir, tenía mucho poder. Los bachacos se comieron el cuerpo de aquel hombre. Cuando lo

mataron cayó la sangre; una gota de sangre cayó, se convirtió en jaguar. Fue *Ma'ro*, el primer jaguar. La forma del jaguar nació, cuando *Sabatuma* murió. Eso fue el principio de los jaguares.

Eso es todo.

KUAMACHI

MA'RO

Contamos ahora la historia de *Kuamachi*, el Lucero de la Tarde. Al principio era un muchacho; vivía en la Tierra. Así cuentan los viejos.

Había un hombre viejo. Vivía con su mujer y su hija. La hija estaba embarazada.

De madrugada, salió la hija al conuco, sola, buscando frutas. En su camino le salió mucha gente con arcos y flechas. Cuando la vieron, flecharon, la descuartizaron, se la comieron. El jefe de ellos era *Ma'ro*, Jaguar. Con él estaban el Oso Hormiguero, el Pájaro *Sosowi*, el Mato de Agua. También había muchos otros hombres llamados *Shidishe*, Estrellas. Juntos mataron, se comieron a la mujer.

Cuando la destriparon, brotó un niño no nacido. *Kuamachi* se llamaba. El niño rodó, cayó al río.

Cuando cayó, se lo tragó la sardinita *Dihú'ku*. En el vientre de *Dihú'ku* creció el niño no nacido. Luego salió. Ahora *Ia'wa*, el Pavón, se lo tragó. En el vientre de *Ia'wa* siguió creciendo, luego salió. Ahora llegó *Namaru*, la Raya, se lo tragó. Allí creció, creció, esperando por nacer.

Ahora pensó: «Tengo hambre. No he comido. Voy a buscar comida, luego volveré».

Cuando salió, era pequeñito. Saltó a tierra, caminó por el monte, llegó a un conuco de ají dulce.

—Bueno —dijo— hallé mi comida.

Comió bastante; volvió al vientre de la Raya.

Ahora el dueño del conuco vino a buscar ají. Casi no había. «Alguien ha robado», pensó. «Voy a llamar un vigilante».

Llamó a *Kadau*, el Gavilán Chupacacao: —Vigila este conuco. Si viene uno a robar, avísame.

El día siguiente, aquel niño del río tuvo hambre. «Voy a salir» pensó. «Voy a volver al conuco».

Salió de la Raya, caminó. Caminando llegó al conuco, cogió ají, el Chupacacao cantó, el dueño del conuco llegó, pegó al niño, se lo llevó como ladrón.

Ese hombre se llamaba *Mahánama*. Era el abuelo de *Kuamachi*.

El niño dijo: —¿Por qué me pegaste? Soy pequeñito.

El viejo dijo: —¿Acaso no robaste mi ají?

—¿Acaso no eres mi abuelo? —preguntó el niño.

Mahánama no sabía, no conocía aquel niño. Ahora, se alegró mucho; supo quién era. —Puedes comer bastante —le dijo— este es tu conuco. Esta casa es tuya—. El niño comió, se hartó. Ahora se quedó en casa del abuelo, siguió creciendo, se convirtió en hombre.

El abuelo dijo: —Soy viejo. No puedo pelear. Harás justicia por tu madre.

—Vengaré su muerte —dijo el joven—. Voy a buscar los culpables.

En el camino, encontró una casa. Allí vivía *Waremo*, el Oso Hormiguero. Había matado a la madre de *Kuamachi*. Por eso el muchacho se detuvo ante su casa: se oía música, había fiesta. Mucha gente reunida bailaba, bebía.

—Llegué —dijo *Kuamachi*—. Ando cazando, mirando nada más.

—Llegaste. Bueno —dijo *Waremo*.



Cuando la destriparon, brotó un niño no nacido. *Kuamachi* se llamaba. El niño rodó, cayó al río. Ahora pensó: —Voy a buscar comida, luego volveré. Llegó a un conuco de ají dulce.



El abuelo dijo: —Soy viejo. No puedo pelear. Harás justicia por tu madre.
Vengaré su muerte, —dijo el joven—. Voy a buscar a los culpables.

—Dime: ¿cuando quieres matar gente, dónde golpeas?
—preguntó.

—¡Allí! —contestó *Waremo*; mostró su cuello, sus espaldas.

—Bueno —dijo aquel muchacho; pasó el dedo sobre el cuello, las espaldas de *Waremo*. El dedo tenía hollín. Así marcó al oso; así quedan marcados los osos hormigueros de ahora. *Waremo* miró con sospecha a aquel desconocido. «¿Por qué?», pensó «¿Por qué me marcó?».

Ahora dijo: —Hay otra manera de matar. Ven a la casa, verás.

Hizo entrar al muchacho. La casa estaba abarrotada. *Waremo* soltó un viento, cargado de almizcle. Un hedor fuerte llenó la casa. No se podía respirar. La gente se asfixiaba, se tambaleaba. Buscaban la salida, gritaban como locos. Así hacen los osos hormigueros todavía, cuando están bravos.

Waremo dijo, riéndose: —Ya ves. Así mato —y salió.

El muchacho logró escapar, lo persiguió con un palo, le dio duro en el cuello, en las espaldas. Lo golpeó sobre la marca, lo mató.

—Así se mata también —dijo.

Siguió por el camino de las estrellas.

Más lejos había un caño. En curiara venía *Iaruruko*, el Mato de Agua, empujaba su canaleta. Ese hombre era malo; había comido también a la madre del muchacho.

—¿A qué viniste? —preguntó.

—Cazando, mirando —dijo el muchacho.

—Bueno. Yo navegando, pescando.

—Dime: ¿cuando matas gente, cómo escondes el cuerpo?

Iaruruko lo miró con sospecha. —Mira: hago así —dijo, se zumbó en el caño, se cambió en Mato de Agua, desapareció.

El muchacho saltó tras él, buscando en el fondo del caño, removiendo piedras. No encontró el lagarto.

Al anoecer seguía buscando. Ahora llegó otra curiara. Había otro hombre en la curiara.

—¿Qué buscas debajo de esas piedras? —preguntó.

—Se me escapó *Iaruruko*, lo estoy buscando para matarlo.

—En el caño no puedes hallarlo —contestó el hombre, riéndose.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Yo soy *Iaruruko* —dijo aquel, se zumbó otra vez al agua, como un Mato de Agua, se escapó.

Ahora llegó la noche. El muchacho ya no veía. «Bueno —pensó— ese lagarto tiene poder. Otro día lo castigaré».

Se fue ahora, camino de *Ma'ro*, el Jaguar. Cuando se fue, el abuelo le dio una trampa y un manojo de palos.

En el camino salió una muchacha bonita: —Me gustas —dijo *Kuamachi*—. ¿Quién es tu padre? ¿Dónde está tu casa?

—Bueno —contestó la muchacha. —Mi padre es el Jaguar: *Ma'ro* lo llaman. Mi casa, aquella cueva detrás del monte.

—Vamos —dijo el muchacho. —Bueno —dijo la doncella.

Se fueron los dos.

Cuando llegaban. *Kuamachi* dijo: —Espérame, voy a mirar por allí, luego volveré—.

La doncella esperó en el camino. El muchacho escondió sus palos y su trampa en un matorral.

Ahora volvió: —Vamos —dijo. —Vamos —contestó ella.

Cuando llegaron, llamó a su padre.

—Llegué —dijo—. En mi camino encontré este joven. Te lo traigo de yerno.

—Bueno —dijo *Ma'ro*— trajiste mi comida.

—Tu comida, no —contestó— tu yerno.

—Bueno —dijo *Ma'ro*.

Ahora *Kuamachi* entró a su servicio.

Cuando madrugó. Jaguar dijo al muchacho: “Me voy a cazar, luego volveré.

El muchacho dijo: —He soñado. Estaba en una cueva. Había agua. En el agua vi mi reflejo. Así soñé.

—Bueno —contestó *Ma'ro*—. Este sueño es bueno. Buena señal. Vas a cazar lapas.

Kuamachi miró aquella trampa. No servía. Era un engaño. Demasiado grande para lapas, vieja, rota. No servía para nada.

Ahora *Ma'ro* habló con la muchacha, bajito; creía que *Kuamachi* no oía. *Kuamachi* escuchaba contra la pared, lo que decía.

—Has traído ese muchacho como comida —dijo—. Ahora voy a la otra cueva. Allá os espero para comerlo. Le dirás: «Vamos a cazar lapas. Voy a guiarte. Conozco las cuevas». Así lo llevarás a la otra cueva.

—No es tu comida —contestó la doncella—, es mi marido.

—Os espero en la otra cueva —dijo *Ma'ro*. Ahora se cambió en Jaguar, se fue. El muchacho ya sabía: había oído todo.

La doncella se acercó al chinchorro de *Kuamachi*; traía una *totuma* con aceite, pintura de onoto, pincel de pelo, para pintar.

—Vamos a cazar lapas —le dijo—. Ahora, voy a pintarte. Empezó a pintar su cara, su pecho, sus brazos, sus piernas, con dibujos buenos para lapas.

—Píntame bonito —dijo *Kuamachi*; se quedó quieto para que lo pintara.

Ahora la doncella pintaba y miraba el rostro: el pecho de aquel muchacho.

Qué lástima», pensaba. «Como marido sirve».

Pensó nada más, no dijo nada. Escondió la verdad. Tenía miedo de hablar. Ahora lloraba escondía lágrimas. Ahora, una lágrima cayó en el pecho de *Kuamachi*.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Sudor —contestó— estoy sudando.

Era mentira. Pensaba en la muerte del muchacho, por eso lloraba. No dijo la verdad. *Kuamachi* sabía que lloraba, que mentía. La miraba, nada más. No dijo nada.

—Está hecho —dijo ella. Estás pintado. Vamos a cazar. *Kuamachi* cargó con su trampa. La mujer guiaba.

—Por allí están los escondrijos —dijo.

—Bueno —contestó *Kuamachi*—. Espérame. Voy a mirar por allí, luego volveré.

Ella lo esperó en el camino. Él fue al matorral donde tenía escondida la otra trampa, los palos. Cambió la trampa mala por la buena. Cogió los palos. Botó el engaño.

Cuando cambió las trampas, pensó: «Voy a sorprender a Jaguar. Ahora lo voy a capturar».

Volvió al camino. Dijo: —Vamos. —Vamos —contestó la doncella.

Le enseñó ahora la madriguera de lapas. *Kuamachi* exploró la cueva. Nada, no había lapas. Era engaño. La mujer fingía, no conocía nada. *Kuamachi* no preguntó. Volvieron a caminar.

Ahora ella dijo: —Esta sí es la cueva; tiene dos bocas. En esta boca me quedo para espantar las lapas. En la otra boca pon la trampa, luego avísame, gritando: «Estoy listo, así dijo la mujer.

Kuamachi se fue con la trampa a la otra boca. La mujer esperaba la señal, la llamada del muchacho. El no llamó, se quedó callado.

—¿Estás listo? —gritó ella. El muchacho no contestaba.

—¿No oyes? —preguntó.

—Ahora sí —contestó—, ya está hecho.

—Bueno —contestó— ahora voy a espantar las lapas. Por aquella boca van a salir.

Ella metió una rama en el agujero, la movió: no había lapas. Era engaño, era una señal para Jaguar: él estaba en la cueva. Saltó en la trampa, se revolcó, rugió, bravísimo; no lograba zafarse: la trampa era buena. No pudo escaparse ni devorar a *Kuamachi* como él quería. Así quedó vencido por el muchacho.

Ahora llegó *Kuamachi* con los palos; el Jaguar lloró, suplicó, formo gran alboroto. La muchacha se metió con él en la trampa.

—¡No lo mates! —gritaba—. Ten piedad, es mi padre.

Kuamachi no escuchó. Cumplió la injusticia, mató al jaguar para vengar a su madre, y a la hija del jaguar por mentirosa; para dar señal de justicia lo hizo:

Ahora buscó la calavera de su madre. La casa del jaguar estaba llena de calaveras. Colgaban como trofeos por todas partes. *Kuamachi* miró una, otra, otra, muchas, todas; no podía reconocer la de su madre.

Se acercó un anciano.

—¿A qué vienes? —preguntó— esa casa es de nosotros, los jaguares.

Kuamachi no contestó, mató al anciano, siguió mirando las calaveras.

—¿Para qué viniste? —dijo otro—. ¿Acaso quieres llevarte una calavera?

Era un niño de jaguar, el que hablaba.

—Busco la de mi madre —contestó—. Soy *Kuamachi*; tu padre se ha comido a mi madre.

El niño dijo: —Conozco los nombres de las calaveras.

Ahora le entregó la calavera. *Kuamachi* se la llevó. Mucho se alegró *Mahánoma* cuando su nieto volvió, tocando la calavera como una trompeta.

—UUuuuuuuu —sonaba la calavera, cuando volvió el muchacho a casa de su abuelo.

WLAHA

En el principio, el Cielo de la noche estaba vacío, negro. Las estrellas eran hombres. Vivían en la Tierra; tenían su pueblo al pie del *Kushamakari*. Pueblo numeroso; sus ancianos sabían mucho. Un día salieron todos de cacería, guiados por un jaguar. Escucharon la voz de aquel jaguar; por eso mataron y se comieron una mujer. Como castigo fueron perseguidos; por eso huyeron al Cielo malo, al cielo de esta Tierra.

Ahora contamos la historia de las estrellas.

Al amanecer, *Kuamachi* siguió camino hacia *Shiricheña*, el pueblo de esos hombres llamados Estrellas.

Al llegar, se sentó en el borde del camino, pensando: «Son muchos y poderosos. ¿Cómo haré para matarlos?»

En un *mapire*, tenía frutas *dewaka*. «Bueno —pensó ahora— les voy a convidar a recoger *dewaka*», Caminó y entró a *Shiricheña*. *Wlaha* era el capitán del pueblo.

—Llegué —dijo el muchacho.

—¿Dónde está tu casa? ¿A qué vienes? —preguntó *Wlaha*.

—Vivo en casa de *Mahánoma*, mi abuelo. Tenemos una cosecha de frutas *dewaka*. Solo somos dos hombres. Vengo a pedir ayuda. Necesitamos hombres para cosechar, luego repartiremos.

—Pediré consejo —dijo *Wlaha*—. Espera mi respuesta.

Reunió a los ancianos: —Ha llegado un muchacho, nieto de *Mahánoma*. Dice que tiene una cosecha. Pide nuestra ayuda.

Se consultaron, hablando, hablando. Luego dijeron:

—Tenemos sospecha de *Mahánoma*. Matamos a su hija. Mejor nos quedamos acá.

Wlaha llamó a *Kuamachi*, le dijo: —No podemos.

—¡Lástima! —dijo aquel muchacho, comiendo *dewaka*—. Son sabrosas, hay muchísimas, podríamos recogerlas. —¿Quieres probar? —le dijo. Le ofreció un *dewaka*.



El jaguar lloró, suplicó, formó gran alboroto. La muchacha se metió con él en la trampa. Ahora buscó la calavera de su madre. Las calaveras colgaban como trofeos, por todas partes. Se la llevó; tocaba la calavera como una trompeta.

Wlaha probó la fruta: —Sabrosa de verdad —dijo—. Bueno. No queremos.

Kuamachi dijo: —Me voy. Aquí van otras para que tus hombres las prueben.

Wlaha dijo: —Bueno—. Tomó las frutas, llamó la gente. Ellos probaron: —Sabrosas de veras— dijo uno. —Me gustan de veras —dijo otro, otro, otro. Se consultaron de nuevo, hablando, hablando. *Kuamachi* esperaba, no se iba.

Cuando *Wlaha* volvió, el muchacho dijo: —Bueno, me voy—. Sólo decía así, pero no se iba.

—Espera —contestó—. ¿Dónde está vuestra cosecha?

—Por allá —dijo—. Hay muchos palos en el monte.

—Bueno —contestó—. Vamos con vosotros.

—Bueno, vamos.

Se fueron caminando por la montaña, trepando cerros, bajando.

Kuamachi dijo: — Esperad. Voy a buscar a mi abuelo. Él sabe el camino. Enseguida volveré.

Cuando volvió con el anciano, *Mahánoma*, los guió. Así llegaron.

Las Estrellas se encaramaron en los árboles. No esperaron órdenes para trepar. Ahora estaban comiendo.

—Bueno —dijo *Mahánoma*— voy a tejer *mapires* para la cosecha.

Cuando lo oyeron, aquéllos se rieron a carcajadas. Comían nada más, eran muchísimos; los otros eran dos, nada más. Por eso se olvidaron de ellos, no quisieron cosechar. Comían como Jaguar y Danta, como *Maráhuaka*.

«Bueno», pensó *Kuamachi*. La comida no me importa, solo es un engaño para matarlos».

—Voy a trepar, a recoger —dijo.

El abuelo dijo: —Me quedo abajo, a tejer los *mapires*.

Kuamachi trepó un palo, cogió una fruta, la botó. Cuando cayó la fruta, vino agua, creció, anegó la selva.

Kuamachi pensó: «Curiara». Hubo una curiara.

—Salta ahora, abuelo —le dijo a *Mahánoma*. *Mahánoma* saltó en la curiara, con sus *mapires*. No se veía tierra, sólo árboles y agua.

Ahora *Mahánoma* puso un montón de *mapires* en la curiara. Los botó al agua. Botó uno, se cambió en culebra de agua, otro: en caimán; otro: una baba; otro: un caribe; otro: una raya. La laguna se llenó de alimañas y de *marwari*. *Mahánoma* tejía, tejía, botaba sus *mapires*.

Aquellos hombres encaramados, viendo d engaño, se asustaron. *Wlaha* pensó: «¿Cómo haremos? Si bajamos las alimañas nos van a comer. No podemos escapar». Ahora tenía miedo.

Dijo el anciano: ¿Por qué botas los *mapires*? Estamos recogiendo; guardando, para llenar los *mapires*. Trabajamos como socios.

El abuelo, el nieto, soltaron la carcajada cuando oyeron aquel hombre. Por miedo hablaba, no tenía bondad. Ahora, él no se reía

Kuamachi vio un nido de comejenes en el árbol; le prendió candela. Ahora todo el bosque se llenó de humo. El muchacho saltó en la curiara, empujó canaleta, se fue con su abuelo.

—Vamos a buscar arco y flechas para matarlos.

Navegando fueron a buscarlos. Por todas partes había agua. Se oían muchos hombres tosiendo, en los árboles, a causa del humo.

Cuando aclaró el humo, los vieron a todos, agarrados de los palos, lloraban, pedían gracia, ya no comían.

Kuamachi, de pie en la curiara, apuntó su arco hacia *Wlaha*.

—¡No! —gritaba—. ¡Guarda esa flecha! Ahora vamos a trabajar.

Cuando el muchacho disparó la fecha, *Wlaha* se escondió en las ramas. *Kuamachi* disparó otra; un hombre cayó al agua, lo devoraron las alimañas. Otro. Otro. Disparaba, caían, caían. Las alimañas llegaban, buscaban su comida. Caimanes, culebras de agua, piernas, cabezas, todo flotaba junto.

Wlaha los llamaba, llegaban. Estaban mordidos, cortados, medio muertos de miedo, solo pensaban en irse lejos.

Wlaha estaba de pie en d árbol. Había sacado de su cuerpo siete *damodede*, siete *Wlaha*. Miraban el cielo oscurecido, empuñaban sus siete flechas, cada uno la suya. Ahora apuntaron al Cielo negro. Anohecía.

Los *Wlaha* dijeron: —Bueno. Llegáis. Os salváis. Estamos los vivos reunidos. Ahora las flechas son de nosotros. Vamos a dispararlas. Estamos enfermos. Vámonos lejos de esta charca de alimañas. Vámonos de esta Tierra.

—¡Vámonos! —contestaron.

—Ahora disparamos las flechas, los peldaños de la escalera. Vamos al Cielo. ¿Quién se atreve? ¿Quién sube primero? ¿Quién va a atar los peldaños?

Todos estaban callados.

Había un hombre frente a *Wlaha*; miraba las flechas, escuchaba nada más. Temblaba, no hacía más que pensar en la charca, en los caimanes; tenía miedo. No contestaba.

—¡Bueno tú! —dijo *Wlaha*, mirándolo. —Yo disparo la flecha, ¡tú vas tras ella, volando!

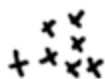
—Yo no —contestó—. No puedo, no puedo. Voy a caer.

—Tú vas a volar: voy a disparar —dijo *Wlaha*.

Lo cambió en pájaro.

El pájaro tembló, su voz temblaba: —¡*Watte!*, *Watte*. Voy a caer, —decía, entornando los ojos.

—¡Bueno! Eres cobarde, pájaro, tienes miedo. Quédate con las alimañas. *Watte*, así te llamarán ahora. Tu nombre será: «No puedo. Voy a caer». Tus nietos no cantarán más que eso,



Se fueron caminando por la montaña, subiendo cerros, bajando.

como tú. Dirán *Watte, Watte*, temblando siempre, escondiéndose. Nosotros sí vamos al Cielo. ¿Quién se atreve? ¿Quién va primero? ¿Quién va con flechas?

Colorada se veía la sangre de las Estrellas. Los *mawari* las comían de un bocado: las flechas parecían lluvia. Se oía: «W'lok» nada más: caía un cuerpo; luego: «d'lek», se trancaban las quijadas de los caimanes.

Kuamachi dijo a su abuelo: —Bueno, quiero otra flecha.

—Se agotaron —contestó.

Anohecía. Quedaban siete hombres en los árboles. Los demás habían caído a los caimanes. Otros nadaban heridos, gritaban, trataban de escapar.

Los siete hombres eran *Wlaha*. Aquel hombre se había quedado solo en los árboles. Ahora se cambió en siete. No quiso rendirse.

Ahora *Mahánoma* empujaba la curiara, a golpes de canaleta, dando vueltas a la laguna. *Kuamachi* miraba el agua, buscaba flechas. Nada. Solo flotaban pedazos de carne, alimañas.

—¿Mis flechas? ¿Dónde cayeron?

—Aquí están —gritó *Wlaha*, se reía en los árboles. *Kuamachi* miró a los siete *Wlaha*. Empuñaban siete flechas; ahora iban a disparar.

No habían caído las flechas. *Wlaha* las había recogido en los blancos; corría por todas partes, cuando disparaba el muchacho.

Ahora *Kuamachi* nada tenía. Siete hombres lo miraban empuñando flechas, riéndose.

Se escondió con su abuelo en el fondo de la curiara.

Wlaha llamó a sus hombres. Muchos estaban muertos, otros vivían, escondidos en el agua.

Del agua brotó primero un hombre que chorreaba sangre. Cargaba su pierna en los brazos; decía: —Me la cortaron, nada más. No la comieron. Aquí la traigo—. Se agarró de un palo,

trepó como pudo, poco apoco; así se salvó. Lo llamaron *Ihette*, Pierna.

Ahora escapaban las Estrellas de los *Mawari*, de los caimanes. Salió otro hombre. Otro, muchos; treparon, se reunieron en los árboles. No hablaban.

Había otro hombre, llamado *Abishama*. Era sabio.

—¿Puedes? —preguntó *Wlaha*.

—Voy —contestó *Abishama*.

—¿No vas a caer?

—Voy.

Lo cambió en pájaro. Era bonito, bonito, con plumas anaranjadas, livianito, veloz. Turpial lo llaman. *Abishama* lo llamaron.

Había otro hombre más.

—¿Puedes?

—Voy.

Lo cambió en rana. Era bonita, verdiazul. Tenía patas largas, cuerpo chiquito. Sus patas se estiraban como arco, su cuerpo saltaba como flecha. *Kutto* lo llamaron. Así se llaman ahora las ranas saltonas, sus descendientes.

Wlaha disparó, la flecha saltó, voló, el Turpial voló, la rana saltó.

Wlaha gritó: —¡Vuela! ¡Salta! ¡Atáaaaaajala! ¡Amáaaaaarrala!

El Turpial llevaba en el pico la punta del bejuco *Sahudiwa*. Bejuco —cadena lo llaman. Es un bejuco largo, largo, todo arrugado. La rana llevaba en la boca la taparita de peramán.

Los tres fueron juntos. *Abishama* atajó la flecha, la amarró con *sahudiwa*; *Kutto* la pegó con peramán.

Ahora colgó la flecha, tranquila, en suspenso. *Wlaha* disparó otra flecha lejos sobre aquella. Rápido voló *Abishama* allá arriba, rápido saltó *Kutto*, desplegó arriba aquel bejuco; ató la otra flecha; pegó con peramán.

Los siete *Wlaha* dispararon otra flecha, otra, otra; siete flechas.

Colgaban en el espacio, guindaban del gran bejuco siete peldaños. Era la escalera, el camino del Cielo. Lo hicieron aquel Turpial, aquella Rana: *Abishama*, *Kutto*. Subieron sin escalera. Caminaron sin camino, cuando lo hicieron.

Ellos llegaron los primeros. Enseguida se cambiaron, brillaron, fueron las dos estrellas del principio de la noche negra. Primerito *Abishama*, enseguida *Kutto*.

Anaranjado, brilla ahora el turpial llamado *Abishama*. Es el planeta Marte. Hizo la escalera en el espacio. Así cuentan.

Ahora saltó *Wlaha*; un peldaño, otro, otro; subió rápido y los llamó a todos: —Seguid —les dijo; le siguieron, él fue el guía de todos.

Llegó arriba como siete hombres, se cambiaron en estrellas, las Pléyades, los siete *damodede* siempre juntos. Ahora brillan arriba como señal de unión, paz, amistad. Cuando se esconden, en mayo, de un lado del Cielo, traen lluvias. Cuando salen otra vez, en julio, del otro lado, traen verano, la sequía.

Con *Wlaha* subió también su hijo, su compañero. *Wlaha nakomo* se llama. Se cambió en tres estrellas. También subió *Monetta*, Alacrán. Se cambió en muchas estrellas, la Osa. Subió luego *Ihiti*, Cinturón de Orión, sangrando despacio, despacio, llevando su pierna cortada. Subió *Amaduwakadi*, Estrella de la Mañana. Brilla muchísimo, de madrugada, nada más. Otros subieron: *Wadamidi*, *Wadedata*, La Pereza; *Wachedichato*, Quijada de Danta, otros, otros, muchos llegaron. *Kuamachi* los miró cuando huyeron por la escalera. Él pensó: «Voy a subir. Yo también quiero».

Quiso agarrar la punta del bejuco, *Ioroko* ya estaba allí; también quería subir, iba por delante pesado, cargaba un *catumare* lleno de veneno. *Kuamachi* pensó: «Él no puede subir. Es un demonio. Los demonios no van al Cielo».

Ahora le dijo: —Vas cargado. Yo voy liviano. Déjame pasar adelante.



Kuamachi, de pie en la curiara, apuntó su arco hacia *Wlaha*, disparó la flecha, disparó otra; un hombre cayó al agua, b devoraron las alimañas. Otro. Otro.

Ioroko dijo: —Bueno—. *Kuamachi* corrió adelante. Ahora pensó: «Soy el último. Después de mí no habrá paso». Ahora llamó a *Wadákame*, el Cangrejo, para cortar el gran bejuco, para que cayera *Ioroko* en la Tierra.

Llegó rápido Cangrejo, trató de cortar la escalera. No pudo. Aquel bejuco era muy fuerte. Cangrejo reventó sus pinzas. *Kuamachi* llamó a *Kahshe*, Pez Caribe. Llegó enseguida, cortó. Cuando cortó, ya estaban llegando arriba. *Ioroko* venía lejos, allá abajo, despacio, a causa de su carga. Se desplomó el bejuco, se cayeron las siete flechas, los siete peldaños, cayó *Ioroko* con su veneno, se hundió en la charca llena de alimañas.

Wadákame, *Kahshe*, *Kuamachi*, sí llegaron arriba. *Kuamachi* fue el último. Mandó a destruir la escalera. Más nadie pudo subir después.

Cuando llegó, trajo *Akuaniye*, la Hierba de Paz. Como prueba de olvido, como señal de paz, la ofreció a *Wlaha*. Así pudo entrar.

Wlaha dijo: —Bueno, se acabó la guerra. Olvidemos todo.

Ahora *Kuamachi* entró. *Wlaha* guardó aquella hierba *Akuaniye* como recuerdo. Ahora él es el dueño de la hierba. Por eso los siete *Wlaha* permanecen siempre, unidos de amistad, como uno solo; es el signo de la paz entre nosotros.

Nosotros también tenemos *Akuaniye* ahora. Hacemos las paces con los enemigos. Pedimos, concedemos perdón. Logramos tranquilidad. Fue un regalo de *Kuamachi*, cuando todas las estrellas olvidaron la guerra y se reunieron allá arriba, en el principio.

Ahora *Kuamachi* dijo: —Bueno, me voy. Viviré aparte, lejos de aquellos.

Buscó su sitio, allá abajo, en el horizonte. Allí tiene su casa. Solito. Tranquilo. Sale al atardecer nada más: camina un rato encima del horizonte, luego se esconde en su casa.

Por eso lo llaman *Véspero*, el Lucero de la Tarde.

Cuentan los viejos que las primeras estrellas creían haber llegado al Cielo; lo que buscaban era el Cielo, cuando huyeron. No pudieron. Habían matado, habían comido carne de gente; por eso, no las dejaron.

El Dueño de las Tijeras, guardián de la Puerta del Cielo, no dio paso. No vieron la luz de *Kabuña*.

Se quedaron acá, más abajo, de este lado de la Puerta. Hicieron sus casas en el País de la Noche, en la negrura; allí están ahora. Allí también vive *Nuna*, la Luna. Aquello no es el Cielo. Nosotros lo llamamos Cielo de Noche. Es un engaño. Un país oscuro. Asimismo es engaño el Cielo que vemos de día, donde caminan el Sol, la Lluvia, el Trueno, los Pájaros, las Nubes. Sólo podemos ver cosas de este mundo. El verdadero Cielo es invisible. Allá no hay luceros, sino *Wanadi* alumbrando solo. No hay oscuridad, noche ni día. Luz siempre, luz nada más. Las Estrellas, la Luna, el Sol no van a vivir siempre. Ellos van a caer cuando acabe esta Tierra; van a morir juntos con nosotros, con *Odosha*.

Entonces *Wanadi* volverá; se podrá ver el Cielo de verdad; su luz no se apaga.

Eso es todo.



Enseguida se cambiaron. Brillaron. Fueron las estrellas del principio en la noche negra. Anaranjado brilla ahora el turpial llamado *Abishama*. Es el planeta Marte. Hizo la escalera en el espacio.

MAKUSANI

Los viejos cuentan siempre la historia de un muchacho, cuando él fue a casa de la Luna, a casa del Sol. Bueno. Luna y Sol son dos hombres. *Nuna*, la Luna, es un hombre malo, comegente. *Shi*, el Sol, es un hombre bueno.

Aquel muchacho se llamaba *Makusani*. Salió de su casa a la montaña, cazando; llegó a un caño. Cuando llegó, vio una curiara. En la curiara, había una muchacha bonita. Quiso agarrarla. Ella se escapó corriendo. El corrió atrás. Ahora, la muchacha se cambió en rana. Saltó, *Makusani* corrió atrás.

Ahora la rana estaba lejos. El muchacho estaba cansado, fuera de los caminos, lejos de las casas. No sabía dónde estaba. Estaba solo. Se sentó, pensando: «¿Cómo haré? ¿Cómo voy a volver a casa?».

Ahora llegó otra muchacha; se llamaba *Huenno*, Gallineta de Agua.

—Llegué —dijo—. ¿Qué haces aquí, lejos de las casas?

—Estoy perdido —dijo—. Corrí tras una rana, se escapó. Ahora no sé volver a casa.

—Vamos a casa de mi padre —dijo la muchacha. Le gustaba mucho el muchacho.

Se fueron los dos, caminando. Aquella casa estaba muy lejos. En el camino, la muchacha dijo: —Estoy cansada, vamos a descansar.

Luego dijo: —Voy a dormir, no me despiertes, no me vayas a tocar.

Se durmió. El muchacho no podía dormir, quería tocarla. Se acercó, no hizo ruido, tocó. Ella despertó, se convirtió en Gallineta de Agua, se fue volando. Él no la vio más, se quedó solo, otra vez. Así fue castigado.

Ahora estaba pensando: «¿Cómo hallaré mi camino? ¿Cómo voy a volver a casa?»

Llegó otra curiara. En la curiara venía un hombre. *Nañudi*, el Perro de Agua. Así se llama.

—Estoy perdido —dijo el muchacho—. Quiero volver a casa.

—Embárcate —dijo *Nañudi*—. Voy río abajo; conozco los caminos de agua.

Se embarcó el muchacho.

—Tápate los ojos; no vayas a mirar mis caminos—.

Se tapó los ojos. Ahora estaba sentado en la curiara. *Nañudi* remaba, remaba, río abajo.

Ahora el muchacho quería mirar, conocer el secreto de *Nañudi*. Apartó los dedos, poco a poco, abrió los ojos, pensando: «Voy a mirar, *Nañudi* no está viendo».

Ahora miró. *Nañudi* lo vio, se convirtió en Perro de Agua, saltó al río, desapareció. El muchacho quedó solo otra vez, en la curiara; no sabía dónde estaba. Así quedó castigado.

Llegó la noche. *Makusani* se encaramó en un árbol para a dormir. Cuando estaba encaramado, llegó un pescador con una nasa y un *catumare* lleno de pescados. Era *Nuna*, el Hombre Luna.

Nuna vio en el agua, el reflejo del árbol y el reflejo de *Makusani* encaramado.

«Bueno», pensó. «Hay un muchacho que vive en el agua. Lo voy a pescar».

Metió su nasa, trató de agarrar el reflejo. Nada. No podía. *Makusani* lo miró desde arriba, riéndose sin hacer ruido.

Ahora quiso sorprender al pescador: escupió en el agua. *Nuna* entornó los ojos, lo descubrió.

—Bueno —dijo—. No vives en el río, vives en el árbol, como pájaro.

Ahora lo agarró, lo metió en su *catumare*, se lo llevó con los pescados.

Cuando llegó a *Nunaña*, la Casa de la Luna, su hija vio el muchacho.

—Bueno —dijo a su padre—. Me trajiste marido.

—No es tu marido —dijo *Nuna*—, como comida lo traje. Mañana lo asaré, como comida nada más.

Al amanecer, dijo al muchacho: —Voy a asar los pescados; vete a cortar leña.

Se fue con la hija de aquel hombre y cortó muchísima leña. La muchacha cargó la leña. Volvieron a casa.

—Bueno —dijo *Nuna*—. Es poco. Vuelve a cortar más. Quiero leña para mi comida.

Makusani se fue otra vez; ahora se llevó la otra hija de aquel hombre, la más pequeña.

El cortaba, la muchacha recogía la leña.

—¿Para qué tanta leña? —preguntó *Makusani*—. Es mucha para los pescados.

—Para pescados no; para ti —dijo la muchacha.

Makusani pensó: «Bueno. Ahora comprendo. Me voy a fugar».

Agarró un puñado de arena y lo lanzó en las piernas de la muchacha; gritando: —Cuidado. ¡Tropecé un avispero! ¡Se alborotaron las avispas!

La muchacha se asustó: gritó, se echó a correr, no miró atrás. Corriendo, corriendo, llegó a casa de su padre.

Ahora *Makusani* corrió por otro camino: no volvió a la casa de *Nuna*.

Cuando corría, vio una luz. «Allá está otra casa», pensó. Siguió corriendo hacia esa luz. Era brillantísima, la luz de *Shiña*, la Casa del Sol.

El Sol preguntó: ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—*Makusani* es mi nombre. Vengo de *Nunaña*. Me fugué. *Nuna* quiere comerme.

—Escóndete —contestó— ya viene por aquí aquel hombre, buscándote.

El muchacho se escondió en una tinaja. Ahora llegó *Nuna*, bravísimo.

—¿No has visto un muchacho? Lo ando buscando. Se escapó de casa.

—No sé nada. No he visto a nadie— contestó el Sol. —Sal de aquí. Solo buscas gente para comer.

Nuna no hizo caso, empezó a buscar por todas partes. *Shi* no dijo nada, sólo brilló, calentó, brilló, calentó. Había tanto calor que *Nuna* no buscó más, salió corriendo.

—Ahora puedes salir —dijo *Shi* al muchacho—; aquel no volverá, no le gusta la luz.

Cuando madrugó, el Sol dio al muchacho una cerbatana.

—Vete a cazar pájaros. No vayas a mirar por el hueco de la cerbatana.

Makusani salió a cazar con esa cerbatana. Se llevó la hija del Sol: caminaron juntos los dos.

Después pensó: «¿Por qué me dijo de no mirar por el hueco de la cerbatana? Tengo ganas de mirar».

Luego dijo a la muchacha: —¿Qué ve uno cuando mira por el hueco de la cerbatana?

—Ve la Tierra —dijo la muchacha— ve la gente, los pueblos, allá abajo.

—Bueno —dijo— quiero mirar. Quiero buscar ni camino, mi casa, ver a mi madre. Pobre mi madre, se quedó sola. Quiero volverla a ver.

Luego dijo: —¿Qué pasará si miro? —La muchacha dijo: —No va a pasar nada. Mi padre no está viendo. Podemos mirar.

Ahora los dos juntos miraron, vieron la Tierra, las casas, los caminos. Buscaban un camino, una casa.

—¡Ahí está! —dijo la muchacha—. ¡Ahora estoy viendo! ¿La ves?

—¡Sí! Hay una mujer rallando yuca en la puerta. Es mi madre. Quiero volver.

Ahora cayeron los dos, cayendo, cayendo, por el espacio, a la Tierra, a la casa de la madre del muchacho.

Cuando cayeron, la muchacha se convirtió en una serpiente tragavenado. «¿Qué dirá mi madre si descubre esta tragavenado?» pensó el muchacho. Escondió a su novia en una cesta, dentro de la casa.

Ahora se fue a buscar a su madre. Ella lo miró, no lo reconoció. Estaba cambiado. Tenía mucho tiempo fuera de su casa. Lo encontró bien parecido. Le echó unas piedritas, jugando, riéndose, corriendo, como hacen las mujeres cuando quieren coquetear.

—¿Qué haces? —le dijo—, ¿Acaso no eres mi madre? ¿Acaso no soy tu hijo?

Ahora sí lo reconoció; se alegró mucho cuando supo que había vuelto a la casa.

Cuando madrugó, el muchacho se fue a cazar: —Me voy —dijo— volveré. No vayas a mirar bajo esa cesta.

—Bueno —contestó la madre.

Cuando salió el muchacho, corrió a ver lo que había escondido bajo la cesta. Quería saber. Levantó la cesta; ahora salió la culebra tragavenado.

—¿Quién eres? ¿Qué haces escondida aquí en mi casa?

—Soy hija del Sol —dijo la culebra—. Soy novia de tu hijo.

—Eres una embustera, eres una culebra nada más —le contestó, la apaleó; la echó de la casa.

La culebra se fue por el monte, buscando a *Makusani*. Lo encontró: —Tu madre me echó de tu casa, me apaleó. No puedo vivir allá.

—Bueno —contestó—. Nos vamos los dos. Volvamos a casa de tu padre.

Volvieron a *Shiña*, la Casa del Sol. Allí se quedaron. Ahí están todavía.

Así cuentan.

Eso es todo.

MARAHUAKA

KUCHI

La gente antigua era pobre. No tenían comida. No había árbol en la Tierra. No tenían conuco. Comían tierra nada más. Mandaban a sus hijos a recogerla en *catumares*. Comían sólo tierra. No había agua.

En el principio, había sido diferente. *Iamankave*, dueña de la yuca, guardiana de la comida, vivía en lo más alto del Cielo; siempre mandaba a la Tierra un *damodede*, con los brazos llenos de casabe para ellos.

—¿De dónde vienes? —preguntaban. —De lejos —decía. Entregaba el casabe, se volvía por su camino. *Iaco*, la hormiga Veinticuatro, siempre bajaba del Cielo, les traía agua. —¿De dónde vienes? —preguntaban. No contestaba, entregaba el agua, se iba por su camino.

Después vino *Odosha*. Cuando vino echó a perder todo, trajo maldades, enfermedades. Ahora no volvió más aquel hombre del casabe, ni aquella hormiga del agua. Llegó acá el hambre, la sed. Un día, un hombre dijo: —Conozco el camino de la Hormiga. Voy a buscar agua otra vez.

Ese hombre se llamaba *Dariche*. Se cambió en un gran ven-cejo, alzó el vuelo, se puso chiquitico por las nubes, luego se fue, volvió, trajo el agua. Dicen que él entró a *Akuenaña*, en lo más alto del Cielo; robó agua al Lago *Akúena*

La llevó al *Kashishare*. Se formó allí un gran charco. Lo llaman Agua Vieja. No había agua en la Tierra. No existían todavía el Orinoco, el Ventuari, ningún río había.

Solo hubo ahora, aquella agua del *Kashishare*, lejos de nuestras casas. No corría, estaba tranquila, empozada. *Dariche* trajo el Agua Vieja. Para buscarla, los hombres antiguos caminaban, caminaban. Cuando llegaban, estaban fatigados, no hallaban más que un charco hediondo.

Otro hombre dijo luego: —Conozco el camino del casabe. Iré a buscarlo otra vez.

Se llamaba *Kuchi*. Ahora contamos la historia de ese hombre.

—Yo sé —decía. —Yo conozco el camino.

Él sabía, era sabio: —Soñé una vez. Fui al Cielo de *Iamankave* —así decía.

Ese hombre se cambió en *Kuchi*, después fue al Cielo. Dejó su forma en la Tierra para los cuchicuchi de ahora. Fue el primero, el abuelo de todos ellos. Ahora ese hombre fue al Cielo, trepando, trepando, se puso chiquito, no lo vieron más. Llegó a casa de *Iamankave* en lo más alto de *Kabuña*, en la Puerta vio la gran *Kanawa* llena de mañoco; en la huerta, cerca de la casa, vio el árbol altísimo de la comida, rodeado por un cerco. Era la huerta de *Iamankave*. Ahora se escondía, para que *Iamankave* no lo viera.

Salió de la casa un muchacho llamado *Wedama*, la golondrina azul. Era hijo de *Iamankave*, amigo de *Kuchi*.

Kuchi lo llamó:

—Vengo a buscar comida —dijo.

—Llegaste. Bueno. Vamos escondidos. Ven conmigo —contestó aquel muchacho.

Se cambió en golondrina, voló por sobre la cerca a las ramas altísimas. *Kuchi* se cambió en cuchicuchi, saltó por encima de la cerca, trepó a lo largo del tronco. Volaron, treparon, hasta las

1



2



1. En el principio *Iamánkave*, dueña de la yuca, mandaba a la tierra un *damodede* con los brazos llenos de casabe.

2. *Daricbe*, el Gran Vencejo, alzó el vuelo en lo más alto del cielo; robó agua al lago *Akú'ena*.

1



2



1. La golondrina se escondió. El cuchicuchi corrió, escondió bajo su uña un pedacito de aquel árbol. Siguió corriendo. No pudo escapar.

2. Esperó la noche, sacó la astilla de su uña y la plantó. Eso fue allá lejos, en *Dodoima*.

frutas. Había toda clase de frutas en el árbol. Era la Madre de Yuca. Cada rama se cambiaba, cargaba una comida diferente.

Cuando comieron, se alborotaron las avispas. Allí tenían su nido. Guardaban el árbol, se alborotaban, avisaban:

—Uno ha llegado; uno está robando la comida.

Ahora la Dueña de la Yuca sabía, venía corriendo a ver qué pasaba. Llegó. La golondrina se escondió. El cuchicuchi corrió. Cuando corría, escondió bajo su uña un pedacito de aquel árbol. Siguió corriendo. No pudo escapar. La Dueña de la Yuca lo agarró, lo desolló. Luego, lo colgó, sin piel, sobre la cerca.

«Voy a morir», pensó *Kuchi*. Tenía una hermana sabia, poderosa; vivía en el Cielo. Llamó, llamó, pidiéndole auxilio. La hermana llegó. Se llama *Iumakaʼwa*.

Cuando llegó, le dijo: —Robaste la comida. Por eso cuelgas aquí, desollado; tuviste tu castigo.

—Tenemos hambre en la Tierra. Por eso robé —contestó—. Ayúdame; sin piel, voy a morir.

Kuchi fue ayudado por su hermana, pidió perdón a la Dueña de la Yuca.

—Él tenía hambre —dijo—. Venía de la Tierra. Allá no hay comida. Es mi hermano, por eso vengo a suplicarte.

Primero, la Dueña dijo: —Ha robado la comida. Es justo su castigo—. Luego dijo: —Bueno, perdonaré —y devolvió la piel de *Kuchi* a *Iumakaʼwa*. Ella curó a su hermano, lo puso nuevo otra vez. Ahora él saltó, corrió, volvió a la Tierra. Tenía una astilla del árbol escondida bajo la uña.

Cuando volvió, se veía otra vez como un hombre. Se sentó en su banco de Piache, sin hablar, sin hacer nada, pensando nada más. Esperó la noche. Cuando anocheció, sacó la astilla de su uña y la plantó.

Eso fue allá lejos, en *Dodoima*. Durante la noche, retoñó la Yuca. No se veía. Cuando madrugó, se vio un árbol muy alto, con muchas ramas y frutas de todas clases. —Está hecho

—dijo *Kuchi*. Comió, se alegró cuando vino al amanecer. Eso fue el principio de nuestra comida: el árbol *Dodoima*, cuando los hombres tenían hambre.

Dodoima fue el primer árbol. Ahora se ve como una montaña muy alta. Allí crecen todavía muchas frutas silvestres; nadie los siembra; brotan como recuerdos.

Kamaso lo supo. Ese hombre vivía en *Kamaso Wochi*, la sabana de *Kamaso*. Dijo: —Bueno. Ahora *Kuchi* ha sembrado la comida en el *Dodoima*. Eso está demasiado lejos. Allá la gente puede comer ahora. Nosotros nada comemos, tierra nada más. Tenemos noticias nada más.

Kamaso envió mensajero al *Dodoima*. Era una mujer, se llamaba *Edeñawadi*. Caminó muchos días y llegó al Oriente; habló con *Kuchi*, pidió estaca de yuca para plantar acá. —Bueno —dijo *Kuchi*. Le dio la estaca.

Ahora *Edeñawadi* volvió al poniente. En su camino halló la noche. Llegó la noche en el sitio llamado *Uianti*, *Ayantepuy*. Cuando llegó, *Edeñawadi* se sentó, plantó la estaca. Ahora soñó con la yuca, la comida, las frutas diferentes. Cuando amaneció, había retoño, sólo un retoño pequeño, tres hojitas de yuca verde, nada más. No creció como árbol, no dio frutas diferentes. Aquella tierra no era buena.

Edeñawadi recogió su estaca, caminó otra vez, hacia poniente. Cuando llegó la noche, sembró la yuca otra vez, en *Kuntinama*: no retoñó; otra noche, en *Aráhame*: no retoñó. Ahora llegó a casa, a *Kamaso Wochi*. Entregó la estaca a *Kamaso*. Llegó mucha gente a ver. Gritaban, alegres: —Ahora llegó nuestra comida—. *Kamaso* sembró de noche, cantó, cantó. Cuando madrugó, había un retoño nada más, no había frutas. —Esta tierra no es buena —dijo. Se fueron todos tristes, como antes, buscando tierra para comer.

Había *Maduñawe*. También era mujer, vivía casa de *Wade*, en *Truma Achaka*; era familia de *Wade*.



Todas las frutas, palmeras, árboles, bejucos, todo lo verde que hay ahora en nuestra tierra, nació en una noche, cuando esa mujer plantó la yuca.

Wade se alegró cuando le llegaron las noticias: la yuca, *Kuchi*, *Dodoima*, *Kamaso*, *Edeñawadi*. Cuando le llegaron las noticias, llamó a la mujer llamada *Maduñawe*.

—Aquí tenemos tierra buena —dijo. —Vamos a pedir la estaca.

—Bueno —contestó *Maduñawe*. —Vamos a plantarla.

Cuando la mujer plantó la estaca en la tierra negra, era de noche. Todas las frutas, palmeras, árboles, bejucos, todo lo verde que hay ahora en nuestra Tierra, nació en una noche, cuando esa mujer plantó la yuca.

Cuando amaneció, el árbol era altíiiiiisimo. Lo llamaron *Marahuaka*. Las ramas, las hojas, las frutas de *Marahuaka* cubrían toda la Tierra. Parecía un techo. Cada rama retoñaba, retoñaba, fructificaba, se cambiaba en otra, otra, otra, con racimos diferentes. Era yuca nada más; brotaban allí todas las plantas, todas las frutas que ahora conocemos. Era un solo palo con muchas ramas. No acababa de retoñar; cada vez era diferente.

La gente acudió a mirar aquel *Marahuaka*. Cuando acudieron, tenían hambre, estaban enfermos, flacos. Ahora gritaban: —*Marahuaka*. ¡Ha llegado nuestra comida!

Algunos se reían, otros lloraban cuando brotó el árbol. No había otro, no había comida, gota de agua, ni nada en esta Tierra. Así cuentan los viejos. No lo he visto.

Primero estaban alegres, luego tristes. Sus vientres vacíos, abrían los brazos, la boca, los ojos. Miraban las frutas nada más. Allí estaban, en el Cielo: —¿Cómo haremos ahora? ¿Cómo cogerlas? —Así preguntó uno, otro, otro, con los brazos, la boca, los ojos abiertos. Estaban tristísimos, cuando miraban.

Ahora cayó pesado un racimo de cucurito.

—¡Uuuuuu! —gritaron. —¡Allí viene nuestra comida!

Se alegraron otra vez.

Cuando cayó el racimo, mató a uno. Cayó sobre la cabeza de un muchacho, hijo de *Wade*.

Ahora cayó un racimo pesado de pijiguao.

—¡Uuuuuuu! —gritaron—. ¡Nuestra comida!

Cuando cayó se aplastó sobre el hocico de *Odoma*, la lapa. Se fue gritando, gritando: tenía la cara aplastada. Las lapas de ahora quedaron así, con la cara chata. Esa fue la razón. Puedes mirarlas.

Otro racimo cayó, otro, otro, muchos; a los hombres, los aplastaban, los mataban. Corrían asustados, no sabían dónde: toda la Tierra estaba cubierta. Donde iban, caían frutas, aplastándolos. Así cuenta.

SEMENIA

Wanadi vivía todavía en la Tierra, casa de *Wade*. Lo rodearon, llorando, pidiendo ayuda.

Wanadi dijo: —Bueno. Ahora haré gente nueva, haré pájaros para ayudarlos. Tendrán alas para volar a las ramas; cogerán las frutas.

En aquel tiempo no había pájaros. Eso era al principio.

Wanadi clavó en la tierra unas hileras de palos y los miró. Se sentó enfrente, fumando; tocaba su *maraka*; cantaba, pensaba.

Así hizo su gente nueva para la cosecha, sus hombres nuevos llamados pájaros. Cuando querían se cambiaban en pájaros, volaban; después eran hombres, como nosotros.

Ahora, los pájaros hacían escaleras de bejucos. Algunos trepaban en ellas como hombres, trepaban por los bejucos. Otros volaban como pájaros hacia las ramas. Ahora, cogían las frutas. La gente antigua los miraba, en la Tierra. Tejían *catumares*. Los pájaros venían, traían las frutas. Pesaban mucho, se resbalaban, caían, mataban gente, como antes.

—Eso no sirve —dijo uno de los pájaros. Ahora vamos a sembrar, a cultivar la Tierra. Acabemos esta recolecta. Vamos a ayudar. Somos fuertes, nosotros los pájaros. Vamos a cortar el árbol, luego sembraremos en la Tierra.

Aquel era el jefe de los pájaros. Se llama *Semenia*. Era sabio; nos enseñó los cultivos. Se tumban los árboles, así se hacen conucos; así se siembra. La gente antigua no sabía. Sólo sabían recoger frutas silvestres, como los monos. Cuando llegó *Semenia* les enseñó a talar árboles para hacer conucos. Cuando cortaron el árbol *Marahuaka*, fertilizaron la Tierra. *Semenia* les enseñó a trabajar para conseguir su comida.

Había dos que no querían obedecer, no querían trabajar. Se llamaban *Ma'ro*, Jaguar y Wachedi, Danta. —¿Quién es aquél ahora que da órdenes? —preguntaban. —Todos obedecen, a nosotros no nos gusta obedecer ni trabajar por los demás. Tenemos hambre, buscamos comida, comemos. Eso es todo. Nada tenemos que ver con esa gente.

Ellos buscaban frutas caídas, comían, se hartaban; lo que sobraba iban a esconder. Pensaban: «Somos nosotros dos los más grandes en la Tierra Aquellos son chiquitos. *Semenia* es chiquito. ¿Cómo vamos a obedecer? ¿Cómo vamos a compartir?».

Escondían su comida en las cuevas, volvían para coger más, no miraban a los demás. Eran sus propios jefes, trabajaban solos. Como tenían mucha hambre, no querían compartir. No oían a *Semenia* cuando decía: —Trabajemos reunidos, luego celebremos; luego repartiremos las primicias.

Semenia fue nuestro jefe, antiguamente. Ellos decían: —¿Para qué ese jefe?

La gente los miraba *Semenia* los miraba: —Eso no está bien —dijo—. Esos dos esconden comida. No quieren vivir con nosotros. Se olvidan que existimos, se burlan de nosotros. Ahora tendrán su castigo.

Ahora los mandó a llamar. Al principio no querían. Luego, todos los rodearon, mirándolos. Tuvieron miedo, entonces llegaron ante *Semenia*.

—¿Estáis trabajando? —preguntó.

—Estamos trabajando —contestaron.

—Bueno. Así mandé. Todos trabajamos juntos. Ahora tenemos sed. Aquí no hay agua. Iréis al *Kashishari* a buscar agua para nosotros.

—Bueno —dijeron ellos; ahora tenían miedo. Ahora los otros los miraban.

Semenia les dio un cedazo para coger agua del *Kashishari*. Era engaño. No se puede coger agua con cedazo. Eran dos tontos. Se dejaron engañar.

—Bueno —dijeron. Se fueron caminando, caminando, lejos allá, camino del *Kashishari*, a coger agua con cedazo.

El pájaro *Semenia* quería que terminara el hambre, la miseria. Por eso vino con su gente nueva, con los pájaros. *Wanadi* lo hizo. La gente vieja vivía con hambre, miseria, a causa de *Odosha*, escuchaban a *Odosha*. Estaban desunidos, no conocían orden ni justicia. Eran egoístas. No tenían jefes. Cada quien buscaba su tierra para comer, sin ocuparse de nadie. Todo lo hacían sin mirar a los otros. Parecían animales.

Semenia se hizo jefe para enseñarnos. Nos dio las señales del trabajo, de la riqueza. Castigó los que no querían vivir como gente, como hermanos. Trajo la comida, lluvia, fecundidad, obediencia para todos. A cada quien dio su oficio. Ahora tenemos nuestra comida otra vez, nuestra alegría, a pesar de *Odosha*. *Semenia* fue el mensajero de *Wanadi*, el primer jefe de nosotros, en el principio.

Cuando se fueron Jaguar y Danta, *Semenia* dijo: —Ahora vamos a tumbar.

Se acercaron primero cuatro tucanes; al principio, se veían como hombres. Traían unas hachas buenas para tumbar *Marahuaka*. Golpearon el tronco; sus hachas rebotaban. El palo era grueso, la madera dura. El árbol no caía; no entraban las hachas. Se cambiaron ahora en pájaros, en tucanes, con unos picos muy grandes, muy fuertes.

Eran sus hachas ahora. Trataron de cortar el palo, a golpes de pico; nada, no pudieron. El Piapoco quebró el filo de su pico; así se quedaron los tucanes ahora, con picos como serruchos. Vino otro tucán, otro, otro, nada. Vinieron entonces los pájaros carpinteros. *Wanadi* como un Carpintero Real, vino al golpear. *Semenia* vino como Carpintero Mono. Vinieron también *Waraihai*, *Sumunuadi*. Le dieron al palo con sus picos. Cortaban de día, de noche, se cansaban, dormían, cuando amanecía, despertaban: el palo estaba intacto otra vez, como si nada.

—¿Cómo haremos? —preguntaban—. No podemos dormir, se tapa nuestro corte, perdemos nuestro tiempo. Nunca acabaremos.

Semenia dijo: —No vamos a cortar más como ahora, todos al mismo tiempo; ahora haremos turnos; uno corta; los otros duermen.

Así hicieron. Siempre había uno cortando, de día, de noche. No se cerró el corte. Iban cortando hondo, cortando siempre, cortando, el uno, el otro; también iban durmiendo, primero uno, ahora otro. No se cansaban. Golpe y golpe, golpe y golpe. Muchos días dieron golpes.

Ahora vino uno, ahora dio su último picotazo. Era *Wanadi*, estaba alegre. —Ya está hecho —gritó.

Estaba hecho de verdad. Lo había cortado por completo.

Todos entornaban los ojos; miraban con miedo: —¡Ahora va a caer! —¿De qué lado caerá? —¿De qué lado vamos a correr?

Marahuaka no cayó: quedó derecho, colgando del Cielo, tranquilo. Ahí estaba. No se movía.



Cayó el gran árbol *Marahuaka*, pareció que el cielo caía, pareció el fin de nuestra tierra. Llovía, llovía. Fue la primera lluvia. Nacieron caminos nuevos, los ríos, todos los ríos. Ahora la Gran Culebra *Hui'io* salió del río, brotó a la luz.

Con los ojos entornados, todos miraban. —¿Para qué tanto trabajo?—. Aquel árbol nunca caía. No entendían.

Llamaron a *Kadiio*, la Ardilla.

—Anda rápido arriba, a ver qué pasa.

Kadiio dijo: —Bueno—, se fue trepando, miró, volvió. Ahora dijo: —Se enredó en el Cielo. Se enredaron las ramas, parecen raíces, allá arriba; por eso cuelga: está pegado.

Semenia le dio una hacha: —Sube otra vez y corta.

Kadiio, cortó *Marahuaka*: lo cortó allá en el Cielo. Era un árbol al revés, con sus raíces arriba.

Ahora sí cayó el gran árbol *Marahuaka*. Toda la Tierra se movió. Ramas, frutas, palmas, semillas, todo cayó. Pareció que el Cielo caía, pareció el fin de nuestra Tierra.

Se escondieron en las cuevas; se quedaron acucillados, cerraban los ojos, tenían miedo.

Luego salieron. Cuando salieron llovía, llovía. Ellos no sabían qué era. Fue la primera lluvia. Mucha agua caía del Cielo en cascada, en raudales; chorreaba del Cielo, por las ramas cortadas del *Marahuaka*.

—Lluvia —dijo *Semenia*, ahora sembraremos.

El agua buscaba sus caminos por la Tierra. Ahora nacieron caminos nuevos, los ríos. Nació Orinoco, *Fadamo*, *Kunukunuma*, *Antawari*, *Merewari*, *Metakuni*, *Kuntinama*, otro, otro, otro, todos los ríos. Los llamaron el Agua Nueva; corrían como culebras sobre toda la Tierra.

La tierra se puso blandita, para ser sembrada. Ahora las mujeres recogían estacas, retoños, pimpollos, semillas. Bajo la lluvia recogían, para sembrar.

Cayeron ahora cuatro cascadas, en las alturas de *Marahuaka*, por sus farallones. *Motasha*, *Iamo*, *Namanama*, *Kuhuaka*, nacieron en la Tierra Verde, y se abrieron lindos caminos.

En *Kushamakari*, tres cascadas buscaron camino, llamados *Auakosho*, *Iukati* y *Matubúshi* corrían, arrastraban piedras, rebotaba su espuma. No se reconocía la Tierra del principio.

Ahora hubo retoño por todas partes, la Tierra se puso verde. Retoñó la selva. Retoñaron nuestros conucos; la selva llena de árboles, nuestros conucos llenos de yuca.

El tronco de *Marahuaka* se partió en tres pedazos. Los llamamos *Marahuaka huba*, *Marahuaka huih*, *Atta washiho*. Se cambiaron en piedras, cuando cayeron. Ahora son montañas, tres pedazos de montaña la más alta de la Tierra. Ahí están, corno recuerdos. Fue aquel día en que llegó nuestra comida.

Kadiio también cayó en un pico del *Duida*; ahora vive escondido; es el dueño de aquel pico que llaman *Kadiio ewiti*.

Alegre, alegre, estaba la gente, reunida toda en el conuco. La yuca crecía rápido; enseguida estuvo. Ahora los hombres descansaron. Así les dijo *Semenia*. Ahora trabajaron las mujeres, así hacernos todavía. No olvidamos la señal: los hombres de ahora tumban el conuco como tumbaron, al principio, *Marahuaka*; las mujeres siembran, cosechan, preparan.

Ahora venían, cargando *catumares* llenos de yuca. Después los hombres trabajaron otra vez; tenían cestas, manares, guapas, sebucanes; labraban rallos, *budares*, *kanaʼwa*, esos son sus trabajos. Las mujeres cosechan, traen, rallan, prensan, tuestan, hacen tortas. En las *kanaʼwas* preparan *iukuta*, nuestra bebida.

—Está bien —dijo *Semenia*. Luego dijo: —Vamos a bailar, vamos a cantar, comer, beber, recordar. Fue la primera Fiesta de la Comida: Conuco Nuevo, así la llaman, *Adabe Ademi Hidi*, ese es su nombre.

Ahora tocaron las bocinas de corteza *moni hebi*. Ahora cantó *Semenia*, cantaron *Wanadi* y *Wade*. Todo lo recordaron, no olvidaron nada: *Kuchi*, *Dodoima*, *Kamaso*, *Marahuaka*; cómo sembraron, cómo tumbaron. *Watunna*: así se llama el recuerdo de nuestro principio.

Como cantaron ellos, ahora cantamos.

Los *Aichuriaha*, los viejos de ahora, saben lo antiguo, enseñan cantando a los muchachos las señales que *Semenia* dio, el castigo de Jaguar, de Danta; las señales, las obediencias para trabajar y para que vuelva nuestra comida.

Siempre igual, ahora como antes. Así comemos una, otra vez, otra. Obedecemos, recordamos. Los viejos cantan bonito; repetimos nada más.

Ahora se despidió esa gente que vino al principio para ayudar nada más, esos hombres que *Wanadi* hizo para tumbar *Marahuaka*.

Mientras bailaban, bebían, se cambiaron en pájaros bonitos de todos colores, alzaron vuelo, llenaron el aire con plumas. Todo rojo, verde, amarillo, azul. Era bonito, bonito. Ahora la Madre de Agua, la Gran Culebra, *Hui'io*, salió del río, brotó a la luz.

—Quiero mi corona —dijo, buscando plumas, pájaros para su corona. *Hui'io* sacó en el aire su cuerpo grande; vinieron muchos pájaros. *Hui'io* se cubrió con plumas. Fue el Arco Iris; lo llaman *Huasudi*.

—Bueno, está hecho —dijeron los pájaros— nos vamos ahora.

Desaparecieron, se fueron al Cielo, dejaron en la Tierra sus formas nada más, para los pájaros de ahora. El Arco Iris no se vio más; se fue a vivir a *Akúena*, al lago de vida.

Como Carpintero Monto, *Semenia* se fue; se parecía al pájaro *Wanadi*, era familia de *Wanadi*. Ahora, es el Dueño de la Comida, de la yuca, en la Tierra.

Sólo quedó acá la gente antigua, borracha, bailando, recordando cuando se fueron los primeros pájaros. Así cuentan. Eso es todo.

MA'RO, WACHEDI

Miraron desde lejos con envidia. Estaban raros, tenían hambre. Veían la gente alegre, comiendo. Estaban en el monte, lejos, trepados en un árbol, mirando allá lejos.

Aquellos hombres alegres no les querían.

—Nos engañaron —dijo *Ma'ro*, Jaguar. —Perdimos nuestro tiempo. Cogíamos agua con aquel cedazo. Tratábamos de coger. Nada, el agua pasaba, pasaba, por aquel cedazo. Tratábamos nada más, el agua pasaba. Con engaño nos enviaron. Estábamos lejos, cayó *Marahuaka*. *Semenia* no quería que comiéramos, no quiere compartir con nosotros.

Wachedi, Danta, contestó: —Así es—, estaba triste, veía la Fiesta, el Arco Iris.

Cuando cayó *Marahuaka*, aquellos dos estaban a la orilla del Agua Vieja. Tenían miedo de volver sin agua.

Cuando cayó, cuando llovió, dijeron:

—¿Qué es eso? ¡Lo han tumbado! Nos han engañado. Corramos ahora, vamos a quedar sin comida.

No podían correr. Ahora, el camino era distinto: árboles, árboles y raíces, y matorrales, y espinales. Casi no avanzaban. Cuando fueron, no había nada en su camino; no veían más que árboles. Ahora hallaron un río, otro, otro: —¿Cómo pasaremos?— decían. Nadando pasaron, una vez, otra. Ahora oyeron la música, las bocinas de corteza, las risas, los cantos. Subieron al árbol, miraron.

—Bueno —dijo *Ma'ro*. ¡*Soto aihe'de, huasa!* ¡Comeremos gente, cuñado!

Se cambió en Jaguar, se fue allá y empezó a comer gente, como venganza. Fue al principio. Ahora los jaguares son malos, comen gente. Así empezaron, dicen.

Wachedi no oyó bien, oyó: ¡*Súhua dumina Konoko aihe'de huasa!* ¡Comeremos hierbas y raíces, cuñado!

—Así es —dijo.

Se cambió en Danta. Se fue allá, comió hierbas y raíces. Así comen las dantas de ahora. Fue al principio. Mejor para nosotros que no oyó bien. Así cuentan.

Ahora *Wachedi* se subió al *Marahuaka*, al pedazo más alto de la montaña: lo llamamos *Marahuaka huih*. Allá se quedó a vivir. Es el Abuelo, el dueño de las Dantas de ahora.

Ahora vamos allá a cazarlas; hay muchas, muy grandes. Sirven de comida a los hombres. Eso es su castigo.

Eso es todo.

WAHNATU

Ellos cantaron, bailaron y bebieron durante cinco días completos y sus noches. Estaban borrachos esos pájaros, esa gente antigua. Ahora su *Wanwana* de la «Caída del Árbol» terminó. Ellos empezaron a irse. *Semenia* abrió sus alas, se fue lejos, volando. Los demás pájaros lo siguieron; dejaron aquí sus formas y sus colores para los pájaros de la Tierra. Aquellos pájaros se fueron a vivir allá arriba, en el cielo. Ahora los llaman *Kahuhana*, la Gente del Cielo. *Kamaso* dejó aquí su forma para el pájaro *Kamaso*. *Hui'io*, la Culebra de Agua también se fue, dejó a *Wasudi*, al Arco Iris, como su signo aquí en la Tierra. *Wasudi* abarca toda la Tierra, de oriente a occidente. El agua que brotó del árbol *Marahuaka* vino de allí.

Cuando la gente antigua se fue, dejó restos de comida al pie del *Marahuaka*, en la tierra negra de *Wade*, los dejaron ahí creciendo silvestre. *Wade* también se fue. El dejó sólo su forma aquí abajo, en la tierra. Ahora las perezas la tienen. Los dueños de los otros animales también se fueron, sólo quedaron aquellos animales de hoy en día.

Ahora *Wanadi* pensó: «Bueno, no puedo dejar que esa comida se pierda. Esos animales son sólo signos, no saben cómo cuidar la comida. Yo tengo que hacer otra persona que se quede aquí en la Tierra para cuidar la comida».

Wanadi se fue al monte *Dekuhana*, encontró barro allí. Él lo amasijo, lo moldeó, le dio forma, lo secó al fuego, lo endureció.

Wanadi tocó su *maraka*, encendió su tabaco. El cantó, él sopló. Fue así como él hizo a *Wahnatu*, el primer hombre, el abuelo de los *so'to*, como un muñeco de barro, así lo hizo.

«Usted es un *so'to*» le dijo *Wanadi*. «Hará conucos para que no tenga hambre, cuidará lo que dejó la gente antigua».

Ahora del mismo barro *Wanadi* hizo a *Watashi*, la primera mujer. El la hizo para *Wahnatu*, para sembrarla en el conuco de *Wahnatu*. Luego hizo una casa para ellos dos.

Eso fue lo que pasó: el soto, *Wahnatu*, fue a *Wade*, al pie del monte *Maráhuaka*, él desbrozó el monte, él tuvo listo el conuco para plantar a *Watashi*. El regresó a su casa: «Ya corté todos los árboles, el conuco está listo para sembrar. Ahora haremos una fiesta, prepara el *iarake*, me voy, regreso pronto».

Wahnatu se levantó, se fue a la montaña para buscar una corteza *Momi hedi* y hacer un *siwo* con ella. El la hizo como la había hecho *Semenia* cuando llamó a todos los animales para empezar la «Fiesta de la Caída del Árbol». Después ellos cortaron el árbol *Marahuaka*. *Wahnatu* sopló el *siwo*: «Uuuuuuuu Uuuuuuuu, Uuuuuuuu». Era la misma voz de *Semenia* escondida en la bocina.

Ahora todos los *Kahubana*, los dueños de todos los pájaros y animales bajaron del Cielo. Ellos habían cortado el primer árbol. Ellos bajaron cantando, bailando. «¿Qué haces tú *Semenia* aquí en la Tierra?» le preguntaron ellos a *Wahnatu*. «¿Tú llamaste? ¡Aquí estamos! ¿Tú limpiaste el conuco de la gente? ¡Nosotros celebraremos contigo! Ahora tú serás el *Ademi*, el cantante maestro del *Wanwana*. Nosotros te mostraremos cómo hacer el *wasaba*. El *wasaba*, el palo de baile, mantiene el ritmo; tú lo golpeas contra la tierra y él llama a los espíritus de la comida que viven allá abajo».

Ellos fueron a la selva a buscar el árbol *Wasaba*. Ellos lo cortaron, colgaron de él dos cascotes de venado, sonaba como una *maraka*. Ellos agarraron el *wanna*, hicieron un *tekoje* de él: hicieron

tambores y *marakas* de baile, le mostraron a él cómo cortaban *shimade* para hacer los *dako dako*, las pequeñas flautas de bambú.

Ellos empezaron a tocar, a soplar, a cantar: «Esa es nuestra voz» dijeron ellos. «Esto es para que tú puedas aprender nuestras palabras, la canción exacta, la historia que nosotros hicimos cuando tumbamos el *Marahuaka*. Escucha, luego la repites. No la olvides. Más tarde, llamamos, cuando regreses a tu casa. Nosotros volveremos, bailaremos, te protegeremos las semillas que *Watashi* plantó en el conuco».

Cada pájaro *sada'she* dijo a *Wahnatu* algunas palabras suyas. Él ahora tenía plumas bellísimas: rojas, azules, verdes, amarillas. El Dueño de los Animales dijo: —Nosotros nos vestiremos para bailar». Ellos tomaron las plumas, las ensartaron en los lóbulos de las orejas. *Wahnatu* los miró, hizo lo mismo que ellos.

Luego ellos encontraron algodón para hacer cuerdas. Ellos se amarraron enormes plumas de paují y de guacamayos, hicieron *womo ansai*. Ellos se colgaron los *womo ansai* de sus espaldas. *Wahnatu* vio todo lo que ellos hacían, se hizo *womo ansai* y se lo colgó. Ahora el animal *sada'she* agarró palmas *wasai*, las cortó en tiras largas, las trenzó. Así fue como ellos hicieron el *wasai adi*, las faldas para el baile. Con *wasai* ellos hicieron el *wemue*, los tejieron grandes con plumas bellas, se los pusieron sobre sus cabezas. *Wahnatu* lo vio, hizo lo que ellos hicieron.

Ellos agarraron su *chá kara*, sacaron bellísimas semillas: metieron las perlas azules y blancas que canjearon a la orilla del *Dama*. Ellos hicieron brazaletes, ataron las plumas y los colgaron de sus brazos. «Estos son llamados *ahotte*» dijeron ellos a *Wahnatu*. Ellos le dieron las semillitas y las perlas para que hiciera su propio *ahotte*. Luego ellos encontraron árboles *Wichoy Tuñuño*, los cortaron, sacaron jugo, pintaron todo su cuerpo. Ellos hicieron pinturas para los Dueños de la Comida. *Wahnatu* los vio, los copió.

Ahora, el Dueño de los Báquiros le dijo a *Wahnatu*: «Yo soy el Dueño del Espíritu de la Montaña, el espíritu de la casa de los *so'to*. Aquí está mi señal, este es mi poder». Él le dio un collar bellissimo, hecho con dientes de báquiro. *Wahnatu* lo tomó, se lo colgó al cuello.

Los *Kahuhana* dijeron adiós a *Wahnatu*. «Nos vamos, regresaremos después. Ahora nos marchamos a casa. Cuando el *iarake* esté listo, llámanos con la bocina, esa es la voz de *Semenia* nuestro dueño. Nosotros nos vamos ahora, luego vendremos y bailaremos contigo».

Y así fue como *Wahnatu* recibió la enseñanza *Watunna*», la sabiduría de la gente antigua, cuando los encontró por primera vez allá arriba en la montaña.

Él estaba contento cuando llegó a su casa. Corrió en dirección del camino golpeando, a lo largo del sendero, su *wasaha* con los cascos de venado sobre el suelo, diciendo: «Shi... shi... shi...». Y las *marakas*, y las semillas: «uk... uk... uk... » Y sus collares respondiendo: «krik... krik... krik... » Y la falda de baile diciendo: «srop... srop... srop...»

Cuando llegó cerca de la casa, él sopló su bocina: «Uuuuuuuu, Uuuuuuuuuu, Uuuuuuuuuu». *Wetashi*, la mujer, llegó para encontrarlo con una calabaza llena de *iarake*. «Usted está muy bello» le dijo ella cuando miró todos los dibujos, las plumas, los collares, la falda, el sombrero, los brazaletes. Ella no lo reconocía. «¿Es usted *Semenia*?», preguntó ella. Luego pusieron las calabazas llenas de *iarake* en el suelo, dispersas. *Wahnatu* llamó a toda la gente antigua con la bocina: «Su *iarake* está aquí, esperándolos»; eso era lo que decía la bocina. *Wetashi* no lo entendió así, ella oyó tan sólo: «Uuuuu, Uuuuuuuuuuu».

Los Dueños de los Pájaros y de los animales empezaron a llegar. *Wahnatu* los vio, él bebió, se alegró con ellos. *Wetashi* no los vio. Primero ellos cantaron el *Adahe Ademi hidi*, el *Watunna* que cuenta la historia del *Marahuaka*, cuando el árbol fue tumbado

por la gente. *Wetashi* no podía oír nada. *Wahnatu* repitió el *Ademi*, ahora la mujer oyó: ella creyó que era *Semenia* el que cantaba. Ella pensó que *Wahnatu* estaba bailando solo. Ella no podía ver a los otros danzantes que habían venido acá abajo, a la tierra, para bailar con *Wahnatu*.

Aquello fue el primer *wanwano* para nosotros los *so'to*.

KAHIURU

Después de *Wahnatu*, nuestro primer abuelo, *Wanadi* empezó a hacer otras gentes, otras casas. El caminó por todas partes, él buscaba alrededor un buen lugar. Entonces, llegó a los Rápidos de *Maipures*, en el río Orinoko; eso era un sitio bueno. Ahí *Wanadi* hizo los *Fañuru*, los españoles, en toda la orilla. Él quería hacer también su casa, pero no tuvo tiempo. *Odosha*, su enemigo, llegó ahí.

Odosha perseguía a *Wanadi* sin descanso, quería matarlo, quería destruir todo lo que había hecho. *Wanadi* se cambiaba de un sitio a otro. *Odosha* lo seguía, mirando por todas partes, mirando. No podía encontrarlo. Siempre llegaba demasiado tarde, sólo encontraba sus huellas nada más; *Wanadi* ya se había ido.

¡Por fin! En *Maipures*, *Odosha* pudo encontrar a *Wanadi*, cuando él estaba haciendo la casa de los *Fañuru*. *Odosha* se echó a reír. Pensó: Por fin lo agarré». *Wanadi* lo miró, pensó: «¿*Odosha* aquí? Yo me voy. Más tarde volveré y haré la casa de los *Fañuru*».

Wanadi se fue río abajo hasta la boca del Atabapo: Allá hizo los *Winavi*, *Puinabes*. Hizo su casa, grande, bonita. Su nombre era *Marakuhaña*.

Odosha habló con los *Fañuru*, los hombres blancos; estaban tristes, no tenían casa. *Odosha* para engañarlos, les dijo: —*Wanadi* es malo, él os hizo pobres, os dejó sin casa. Ahora

hizo una casa bien bonita para otra gente, río abajo. Eso no está bien. Ustedes deben hacer la guerra contra ellos para tomar sus casas. Ustedes deben matar a *Wanadi*.

Cuando los *Fañuru* oyeron a *Odosha*, marcharon enseguida contra *Marakubaña*, pelearon a palos contra los *Winavi*, los mataron y se quedaron con el pueblo.

Los *Fañuru* buscaron a *Wanadi* para matarlo. Ahora *Wanadi* se fue Orinoko aguas abajo.

Así fue como empezó la guerra, la injusticia, el robo. Ahora vino la maldad: los *Fañuru* oyeron a *Odosha* y dejaron de ser gente de *Wanadi*. *Kahiuru* era el capitán de ellos: fue el primer soldado. *Odosha* lo mandó contra *Wanadi*.

Wanadi llegó a *Ankosturaña*, hizo allí casas grandes, buenas. Era un pueblo rico, bonito. Ahora *Wanadi* hizo otro hombre blanco, como *Fañuru*. Se llamaba *Iaranavi*. Con esa gente pobló *Ankosturaña*, por eso, esa gente se llamó *Ankosturañánkomo*.

Wanadi hizo a *Iaranavi* con mucha sabiduría, como *Fañuru*. Este se había echado a perder a causa de *Odosha*, ya no servía; por eso *Wanadi* hizo otro, nuevo; le dio riqueza, mercancías de toda clase, hierros, telas, vestidos, escopetas, machetes, todo. También le dio dinero. Le dijo: —Eres un mercader—, así le dijo a *Iaranavi*.

Él fue hombre rico, el comerciante de *Wanadi*, el amigo de la gente pobre. Siempre viajaba, canjeaba mercancías. Nuestros abuelos viajaban también a *Ankosturaña* para conseguir mercancías de *Iaranavi*.

Allá aprendieron a negociar, a canjear sus cosas contra aquellas buenas que no tenían. *Wanadi* dijo: —Bueno, está hecho. Ahora me voy lejos.

Se fue lejos, al Oriente, caminando, caminando; llegó al río *Aménadi*, siguió aguas abajo; llegó a la orilla de *Dama*. Cuando llegó, se sentó, se puso a pensar, a soñar. Ahora pensó: «Bueno, aquí se acaba la Tierra. Bueno otro pueblo, otro hombre blanco, muy bueno».

Ahora se fue lejos, hacia el poniente, caminando, caminando. Llegó a una montaña llamada *Karaka hidi*: allí hizo pueblo, grande, bueno, muchas casas *Karakaña*, así lo llaman.

Kahiuru, el capitán de los *Fañuru*, lo supo. Pensó: «Vamos a buscar a *Wanadi*. Vamos a quitarle aquel pueblo, *Karakaña*». Juntó su gente, sus soldados. Caminaron, caminaron: caminando llegaron.

—Llegamos —dijeron—. ¿De quién es este pueblo?

—¡Mío! —contestó *Wanadi*. —Eso no es tuyo —le dijeron. —Es de nosotros. Todo lo que hay en la Tierra es de nosotros—. Así dijeron los *Fañuru* a *Wanadi* cuando llegaron a *Karakaña* con *Kahiuru*. Solo tenían palos para pelear; aquellos soldados no tenían arcos, flechas, nada; eran muy pobres, desnudos, no tenían nada. Solo tenían odio y envidia, por lo que *Odosha* les había dicho. Querían robarse a *Karakaña*, como habían robado a *Marakuhaña*. Querían matar a *Wanadi*.

—Yo soy *Wanadi* —dijo—. Os he hecho a vosotros. Lo he hecho todo. Vosotros no pertenecéis a *Odosha*. Él es un embustero. Os ha engañado. No está bien lo que hacéis. No peleéis contra mí, no robéis la demás gente. Ahora os daré lo vuestro, vuestras casas y lo demás.

—Sal de aquí —contestó *Kahiuru*—, Nosotros no te queremos. No somos gente tuya. La Tierra no es tuya, es de nosotros. Dijo lo que *Odosha* le había dicho de decir.

Agarraron a *Wanadi*. *Kahiuru* lo ató a un palo con un bejuco *mamure*. Muchos soldados lo rodearon. Cuando lo ató, lo llevaron al monte, fuera del pueblo. Allá lo dejaron, para que se muriera.

Ahora volvieron a *Karakaña* para tomar las casas. Estaban vacías. Allí poblaron los *Fañuru*.

Junto a *Wanadi* dejaron como guardia a *Wamedí* para vigilar, para avisar. Cuando *Wanadi* muriera, debía gritar: ¡Murió! Así dijeron que gritara.

Wanadi no podía morir. Ellos no sabían. Él era sabio, poderoso. Pasó un día, otro, otro; no comía, no bebía, no se moría. El vigilante miraba: nada; esperaba: nada.

Ahora *Wanadi* soñó: «Libre, soy libre». Se zafó por el poder de su sueño. Dejó el bejuco colgado del palo. Se fue nada más. Tornó a casa de su suegro, a *Kushamakari*.

Al guardia, lo cambió en gallo. Fue el primer *Wamedi*, el Gallo. Cuando gritó, gritó como gallo.

—*Wanadi nistama* —gritó. Así cantan todavía los gallos; cantan así como recuerdo.

—¿Cómo se fue? —preguntaron los soldados cuando llegaron. No entendían.

—Llegué —dijo *Wanadi* cuando llegó a *Kushamakari*.

—¿Qué pasó? —le preguntaron. ¿Dónde estuviste?

—Por allá —dijo— haciendo casas, haciendo gente nada más.

No habló más. Le dieron de comer; se alegraron mucho, cuando volvió de *Karakaña*.

Cuando madrugó dijo: —Me voy.

Se fue a cazar, a pescar. Trajo comida a la casa. Comieron, se alegraron. Durmió en la casa, otra vez, con su mujer *Karwesharwa*.

Cuando madrugó, le dijo: —Me voy por allá.

Ahora se fue en curiara, Orinoko arriba, para hacer gentes nuevas y casas. Quería más gente, más gente, para vencer a *Odosha*, a *Kahiuru*, a los *Odoshankomo*, a los *Fañuru*.

Cuando dijo: —Me voy, *Odosha* escuchó. Escuchaba desde su casa. Pensó: —Bueno, *Kahiuru* no pudo matarlo en *Karakaña*; por eso ha vuelto. Ahora, lo voy a matar». Lo siguió Orinoko arriba.

Wanadi remaba aguas arriba. Soñaba con mucha gente, fumaba tabaco, cantaba, tocaba *maraka*. *Odosha* estaba siempre atrás, escondido, mirando todo lo que hacía. *Wanadi* cogió tierra roja; sopló humo de tabaco, hizo cantar los *wiriki* de su *maraka*. Ahora hizo *Shidishatia*, los indios Guaika-Yanomami. Esa gente

fue buena, al principio, cuando *Wanadi* les sopló vida. Les hizo casa grande a orillas del Orinoko. —Está hecho —dijo, después siguió aguas arriba.

Odosha llegó a la casa de *Shidishana* como engaño, con la cara de *Wanadi*: —Llegué —les dijo— soy *Wanadi*. Ahora seréis fuertes y sabios. Por allí, en *Wanaio hidi*, Cerro Guanayo, vive un *Huhai*. Su nombre es *Mamaku*. Tiene muchos poderes. Si os los coméis, seréis sabios y poderosos.

Así lo hizo *Shidishana*, el primero, el abuelo de los *Shidishana* de ahora. Lo engañó *Odosha*. Se fue con su gente, buscó a *Mamaku*, lo mató, se lo comió. *Mamaku* no era *Huhai* bueno, era brujo, hechicero malo. Cuando se lo comió, *Shidishana* se volvió loco. Conservó su forma humana, su forma nada más. Su espíritu se convirtió en animal. Como animal se movía, como animal pensaba. Perdió la inteligencia. Se escondió en el monte, desnudo; ya no sabía hacer nada, nada más que matar y robar a los verdaderos hombres. Así se quedaron sus descendientes. Andan sin guayuco, no hacen casas, no hacen nada, no tienen chinchorros, sebucanes, cestas, cerbatanas, curiaras. Por eso vienen a robarnos porque nada tienen que darnos en cambio de nuestras cosas. No cultivan, sólo comen carnes y frutas silvestres. No saben más que brincar, gritar, aullar como araguatos. Agarran todo lo que ven, apalean a los hombres, se llevan las mujeres.

Cuando comieron *Mamaku*, empezaron. Vinieron a robar y a matar nuestros abuelos. Los abuelos los persiguieron en el monte para castigarlos y quitarles las mujeres. Buscaron sus casas, sus aldeas; no las tenían. Como báquiros andaban en montes grandes y pequeños; cada noche dormían en los árboles. Con hojas de bijao se abrigaban, en tiras de bejucos dormían.

Los sorprendieron de noche, con las mujeres que habían robado. Los flecharon, despertaron, se levantaron. Se ampararon tras las mujeres y las empujaron ante ellos. Los viejos dejaron de flechados para no matar a sus mujeres. Los *Shidishana* escaparon

y se reunieron otra vez. Nuestros abuelos prendieron un nido de comejenes y lo arrojaron contra ellos. Todo el bosque se llenó de humo; los *Shidishana* lloraban, tosían: abandonaron las mujeres.

Wanadi pensó: «Bueno, *Shidishana* se ha perdido. *Odosha* está detrás de mí. Ya no hay nada que hacer». Volvió a *Kushamakari*. Cuando llegó, halló a *Kahiuru* y a su gente. De *Karakaña* venían a buscarlo. Lo agarraron, lo ataron, se lo llevaron preso a *Karakaña*.

No había allí más que soldados, soldados, policías. Tenían algo para matar llamado pólvora. Tenían montones; querían matar a *Wanadi*, pero él, sopló sobre la pólvora, formó una nube. Quedaron como ciegos; después no hubo más pólvora. Pensaron: «¿Qué hacemos? Aquel hombre es fuerte. ¿Cómo matarlo?».

Muchos trataron. Vino uno, otro, otro, otro a matarlo. No podían. Después llegaron juntos muchos soldados, lo rodearon. Cuando llegaron, *Wanadi* soñó con unos animales desconocidos. Primero con cochinos. En cada casa de *Karakaña* habían soldados escondidos. *Wanadi* fue a una casa, abrió la puerta, llamó. Salieron unos soldados. *Wanadi* pensó: «Vacas, ganado». En ganado los cambió. Fue a otra casa. Estaba llena de soldados. Abrió la puerta, soñó: «Caballos». No salieron soldados, sino caballos. Así en otra, otra, en todas las casas. Casi no quedó gente ni soldados. Sólo había rebaños, cochinos, vacas, caballos. Los *Fañuru* tuvieron luego muchos animales, descendientes de aquellos; los hizo *Wanadi* cuando aquella gente quiso matarlo en *Karakaña*.

Otros soldados se salvaron, se escondieron. No eran muchos. *Kahiuru* salió con ellos y lo agarraron por sorpresa. Ahora salieron otros hombres escondidos, llamados *Padre*, Misioneros.

—¿Quién eres? —le preguntaron—. ¿De dónde vienes?
¿Quién es tu padre?

—Soy *Wanadi* —contestó—. De *Kabuña* vengo. Mi padre es *Wanadi*.

A los *Fadre* no les gustó cómo contestaba: —¡Eres embustero! No eres *Wanadi*. Eres *Odosha* —le dijeron.

—Soy *Wanadi* —dijo otra vez. *Wanadi inēdi*, hijo de *Wanadi*. Soy *damodede*, (mensajero, espíritu, doble de *Wanadi*). Él me mandó aquí como jefe.

—¡Mientes! —le dijeron, por esa mentira te vamos a matar.

Ahora le pegaron con látigos de bejucos, preguntando: —¿De quién es este pueblo, estas casas? ¿De quién es la Tierra?

—Todo es mío —dijo *Wanadi*. Yo hice todo, hice a vosotros también.

—¡Embustero! Todo es de nosotros, nada es tuyo, por eso te vamos a castigar —y le pegaron otra vez.

Kabiuru dijo: —Bueno, con pólvora lo matamos. Ahora probemos otra vez.

Mandó a buscar un palo para colgarlo. Tenía forma como de una horqueta. *Kruza ake*, Palo de Cruz, así lo llamaban. Cuando trajeron *Kruza ake*, lo clavaron allí, con puntas de hierro. «Así no escapará» pensaron.

—Está hecho —dijeron—. Ahora lo dejamos en un camino hasta que muera.

—Bueno —dijo *Kabiuru*—. Ahora va a morir. *Kabiuru* también era fuerte, sabía mucho, él no quería a *Wanadi*. Llamó a *Wamedi*, el Gallo y lo mandó al monte a vigilar *Kruza ake*, a avisar cuando *Wanadi* muriera. *Wanadi* ha muerto» así cantarás —le dijo.

Se quedaron esperando el canto del Gallo en *Karakaña*.

Cuando madrugó, el gallo cantó, avisó: —¡*Wanadi nistama!* *Wanadi* se fue. Así cantó. No cantó la muerte, cantó: —Se fue —nada más.

Kabiuru, los *Fadre*, los soldados, vinieron a verlo que pasaba. Miraron *Kruza ake*: allí estaba colgado *Wanadi*. No se movía. Estaba muerto. Allí estaba.

—Aquí está —dijeron.

El Gallo seguía cantando; cantaba: —*Wanadi* se fue.

—No se ha ido —decían ellos, regañando al gallo. —Aquí está.

—*Wanadi* se fue —tres veces cantó así el gallo.

—Cállate —dijo *Kahiuru*— eres un embustero: no sirves para avisar.

Wanadi estaba como muerto. Era engaño: ya se había ido. Había sacado su *damodede* del cuerpo: se volvió a *Kushamakari*. El gallo sabía: los *Fadre*, los *Fañuru* no sabían. *Wanadi* sólo dejó colgado como una cáscara vacía, su cuerpo, nada más. Él había vuelto a *Kushamakari*. El gallo no cantó más. Lo castigaron a golpes, a palos.

Cuando *Wanadi* llegó, se alegraron sus suegros y *Karweshaua*. Llamaron a toda la gente. —*Wanadi* no ha muerto —gritaban. Mucha gente llegó de los pueblos para celebrar.

En *Karakaña*, los *Fañuru* no lo buscaron más. —Lo matamos —decían los *Fadre*—. No era *Wanadi*, era *Odosha*. Lo castigamos a golpes, a palos.

Guardaron *Kruza ake* como prueba, como señal. Eso es un recuerdo. Después hicieron muchas cruces para mostrar a la gente, diciendo:

—En este palo, ha muerto.

Ellos no sabían, no saben. Dicen que lo han matado. No es verdad; no pudieron. El los engañó para librarse de ellos.

ANKOSTURANA

Ankosturana era un pueblo grande, bonito. Allí vivía *Iaranavi*, gente de *Wanadi*, hombres buenos, ricos, alegres.

Un *Ankosturana* *ánkomo* soñó un día con *Odosha*. Cogió maldad. Cuando despertó quería pelear, tenía cólera, gritaba malas

palabras del sueño. Regañó a su hija, le habló mal. Eso fue la señal de la pérdida del hombre *Iaranavi*. Fue la primera cólera y trajo daño.

—Sinvergüenza, vagabunda —le dijo aquel hombre a su hija—. ¡Ojalá venga *Kahiuru* de *Karakaña*! ¡Ojalá te lleve a vivir con él!

En *Karakaña*, *Kahiuru* oyó soñando la cólera de aquel *Iaranavi*. Apareció en *Ankosturaña*, se llevó presa a la muchacha.

Karakaña casi no tenía gente, sólo muchos cochinos, caballos, vacas. Había pocos soldados, pocos Padre. No había mujeres. Casi todas las casas vacías. *Kahiuru* triste.

Cuando trajo la mujer, *Kahiuru* empezó a acostarse con la muchacha. Otra vez, otra. La muchacha *Iaranavi* parió muchos hijos. Eso fue el principio de los *Karakañánkomo*. Así *Karakaña* quedó poblada con gente nueva.

En *Karakaña* empezó a mezclarse la gente buena, *Iaranavi*, con la gente mala, *Fañuru*. Hijos mezclados nacieron. Fueron como *Fañuru*, como su padre *Kahiuru*, gente de *Odosha*, no de *Wanadi*. Unos pocos salieron buenos, como su madre.

Kahiuru dijo: —Bueno, ahora estamos fuertes, como al principio. Todos somos soldados. Somos pobres, no tenemos nada. *Iaranavi* es rico; tiene dinero, el hierro, las telas; tiene todo, él es hombre de *Wanadi*. *Wanadi* le dio todo. Nosotros nada tenemos. Vamos a *Ankosturaña*. Vamos a pelear. La Tierra es de nosotros, no es de ellos. Haremos justicia.

Llegaron frente a *Ankosturaña*, a la ribera del *Uriñaku*. El río estaba muy ancho, *Ankosturaña* estaba del otro lado, no podían pasar. Sólo gritaban, gritaban en la orilla al norte del río. No tenían curiaras. Entraron al agua nadando nada más: sólo tenían palos para pelear.

Cuando los de *Ankosturaña* los vieron en el río, pensaron: «Vinieron a pelear. Vamos a pelear». Les dispararon con *arakus*. Mataron a muchos. Cuando los mataban, los cuerpos caían

al río, uno, otro, otro, otro, muchos. Formaron como un puente. Ahora, de la orilla del norte, empezaron a caminar todos los *Fañuru* sobre el puente, todos pasaron. Así llegaron al otro lado, a *Ankosturaña*, caminando sobre los cuerpos. Cuando pasaron, los cuerpos se cambiaron en piedra. Todavía se ve en el *Uriñaku*, frente a *Ankosturaña*; la llaman «Piedra del Medio».

Muchos *Fañuru* murieron cuando llegaron. Con aracusas los mataban. Ellos no tenían más que palos, pero eran muchos, por eso ganaron. Mataron a los hombres, fornicaron con las mujeres, mezclaron la raza otra vez. Así se echó a perder *Iaranavi*, se acabó en *Ankosturaña* la gente buena.

Los de Karakaña cogieron dinero, casas, mercancías, todo: —Ahora somos ricos —decían.

Se acabó el comercio. Los *Fañuru* no tenían mercaderes, sólo tenían soldados.

Ahora nació allá gente nueva, muchos niños nuevos. Salieron malos, ladrones, embusteros, a causa de sus padres.

Se escondieron otros *Iaranavi* en el monte; así se salvaron. También unas mujeres escaparon: no querían acostarse con los *Fañuru*. Cerca de *Ankosturaña* queda todavía gente buena en los arrabales, en los pueblos. Ellos son descendientes de *Iaranavi*, ahora son pobres, como nosotros, buenos, como nosotros, amigos de nosotros.

Ahora, cuando de por allá llega gente a buscarnos, nos dicen: —Vamos a trabajar maderas, a trabajar gomas. Algunos no son embusteros, pagan bien, son buenos. Nosotros decimos: Ese es *Iaranavi*. Otros nos engañan, nos obligan a trabajar, luego no nos pagan, no nos tratan bien. Nosotros decimos: Este es raza de *Fañuru*.

Con los *Fañuru* llegó una gente llamada *Kurumankomo*. Eran sirvientes de aquellos. Su padre *Mekuru*, un hombre con la piel negra, era sirviente de *Kabiuru*. Ellos también eran buenos, pobres. Los *Fañuru* los hacían trabajar, no les daban dinero en

cambio. Muchos escaparon al monte y se mezclaron con los descendientes de *Iaranavi*. Así nacieron los *Murunmatto*. Tienen el color de nosotros, son amigos de nosotros.

MAHAIWADI

Cuando tomaron *Ankosturaña*, los *Fañuru* dijeron: —Bueno, ahora somos los dueños, somos ricos, tenemos arcabuces, machetes. Vamos a conquistar nuevas tierras, pueblos, a matar la gente de *Wanadi*.

Entraron al monte por el Orinoco, por el Caura, llegaron a nuestras tierras, robando casas, matando, comiéndose la gente. Comían carne humana. Venían para robar, matar, nada más.

Algunos fueron a *Marakubaña* (San Fernando de Atabapo); de allí habían salido sus padres. Otros llegaron a *Meraraña* (La Esmeralda), Pusieron allí soldados, cañones, pólvora; entraron al *Ventuari*, al *Cunucunuma*, a nuestros ríos. Hicieron presos a los hombres, a las mujeres. Hacían trabajar los hombres; no les pagaban. Forzaban a las mujeres. La gente antigua ya no podía vivir a causa de ellos.

Muchos fueron llevados presos en *Marakubaña*, en *Meraraña*, trabajaban, no comían. Muchos murieron.

En *Meraraña* llegó un *Fadre*. Allí trajo *Cruza ake*, lo mostraba a nuestros abuelos diciéndoles: —*Wanadi* ha muerto. En este palo murió. No era *Wanadi*, era *Odosha*, era embuste, por eso lo matamos. Ahora somos dueños de la Tierra. *Iaranavi* ya no existe: el dinero, los arcabuces, el hierro, las telas, son de nosotros.

Solo habló para engañar a nuestros abuelos, para que creyeran que *Wanadi* estaba muerto. Ellos sabían, no se dejaron engañar.

Vinieron los *Fañuru* con curiaras. Entraron en *Merevari*, *Antawari*, *Fadamu*, *Davarehudi*, buscando gente para matar, para comer.

Mahaiwadi dijo: —Bueno, esos hombres son muy malos, vamos a botarlos.

—¿Cómo haremos? —preguntaron—. Ellos son fuertes, saben mucho, nosotros no tenemos *arakusa*, hierro; sólo tenemos flechas y arcos.

Mahaiwadi vivía a orillas del *Aráhame*. Tenía mucha sabiduría, era piache. Sacó de su cuerpo su *damodede*. El piache no mostraba la cara, se escondía en el monte, tocaba *maraka*, cantaba, fumaba. En las bocas de los ríos *Aráhame*, *Kuntinama* y *Tamatama*, botó hojas de tabaco, cristales *wiriki*, llamó a los *mawadi*. Después, fue al *Kashishari* (*Casiquiare*), botó su *maraka* y se escondió en la selva; fumaba, cantaba, nada más.

Las curiaras de los *Fañuru* trambucaron y los *mawadi* se los comieron. Algunos abandonaron sus curiaras y se fugaron en el monte. *Mahaiwadi* se acostó en un chinchorro, dejó allí su cuerpo dormido, como engaño. Salió en nuevo cuerpo; parecía un jaguar. Envío el jaguar a la selva para comer los *Fañuru*. *Mahaiwadi* estaba soñando, durmiendo. Su jaguar corría tras los *Fañuru*. Se comió uno y otro y otro. *Mahaiwadi* seguía como muerto en su chinchorro.

Los *Fañuru* tenían mucho oro. Antes de morir, lo enterraron al pie de la montaña *Wanahidi*, donde se juntan los ríos *Kuntinama* y *Hudoni*. Cuando enterraban el oro, fueron cambiados en piedras grabadas. Todavía se pueden ver en *Wanahidi*. No se pueden tocar, contienen veneno.

El jaguar de *Mahaiwadi* corrió, avisó a la gente: —Los *Fañuru* están en mi barriga —gritaba—. Ahora podéis salir de las cuevas.

Mahaiwadi despierto, se cambió en pájaro, alzó vuelo, cantó: —Libre, libre, soy libre—. Así cantó.

Cuando murió *Mahaiwadi*, una estrella cruzó el cielo. Dicen que su *damodede* volvió al Cielo. La calavera y los huesos de *Mahaiwadi* se guardan como prueba, como recuerdo, en el *Aráhame*. Tienen poder, curan a los enfermos.

AMENADIÑA

Wanadi fue al confín de la Tierra, a la orilla del mar para saber de *Hurunko* y de su pueblo *Amenadiña*. *Hurunko* era sabio, bueno; *Odosho* no había llegado a su pueblo. *Kahiuru* tampoco.

Wanadi se sentó para pensar. Pensó: —Aquel hombre se ha salvado—. Luego pensó en *Ankosturaña*, en *Iaranavi*: —Aquel hombre ha perdido su pueblo. Haré una prueba para salvarlo».

Ahora llamó *Iaranavi*, soñando. Allá lejos, en *Ankosturaña*, *Iaranavi* soñó también, oyó. Cuando madrugó dijo: —Me voy. *Wanadi* está en la orilla del mar. Me llama. Así soñé.

Se fue caminando, caminando. Llegó a *Amenadiña*.

—Llegaste —dijo *Wanadi*—. Te llamé para que vayas al Cielo a visitar a mi madre. Vive en *Kabuña*; quiero noticias de ella.

Dio un caballo y dinero a *Iaranavi* para comprar comida al caballo durante el viaje.

—Está bien —dijo *Iaranavi*—. Se montó en el caballo; no fue al Cielo en busca de *Kumariawa*, se quedó escondido, no gastó su dinero. Esperó sentado, sin hacer nada; luego, volvió diciendo:

—Vi a tu madre *Kumariawa*.

—¿Cómo vive? —preguntó *Wanadi*.

—Bien —contestó *Iaranavi*—, vive contenta.

—¿Tiene comida? —preguntó *Wanadi*.

—Mucha comida.

—¿Qué come?

—Come mangos —contestó *Iaranavi*.

Wanadi se puso bravo.

—¡Embustero! —le dijo—. Embustero, así te llamarán en adelante. No existen mangos en *Kabuña*; jamás mi madre los ha visto. Te descubrí; no has cumplido el mandato. Guardaste el dinero, no compraste comida a tu caballo, ahora está flaco.

Iaranavi no contestó, volvió a *Ankosturaña*, nunca supo más de *Wanadi*; se olvidó de su nombre.

Hoy todavía a *Iaranavi* lo llaman «Embustero», como fue llamado antiguamente por *Wanadi* y sigue viviendo mezclado con los hijos de *Kabiuru*.

Ahora *Wanadi* llamó a *Hurunko*. Le dio el caballo, nada de dinero. Solo comida le dio para el viaje, en pos de noticias de *Kumariawa*.

Hurunko cumplió, llegó al Cielo, habló con *Kumariawa*.

Cuando volvió, *Wanadi* preguntó: —¿Cómo está mi madre?

—Pidió noticias tuyas.

—Bueno. ¿Tiene comida?

—Mucha comida. Yuca, jibao, pijiguao, cambures.

—Bueno —contestó *Wanadi*— eres bueno. Has cumplido. Has dicho la verdad. Cumplidor, así te llamarán ahora. Ahora te pagaré. No pagaré a *Iaranavi*: sólo castigo merece.

Wanadi se fue a su casa, en el Cielo, en el Norte. En el otro lado del mar. El consiguió *aracusas*, anzuelos, machetes, cuchillos, camisas. Se los trajo. El volvió con todo eso y se lo dio a *Hurunko*. Luego él comenzó a caminar otra vez. El hizo nuevas casas, hizo otras gentes: *Fiaroas*, *Yabarama*, *Warekena*, *Aniwa*, *Makushi*. Los hizo todos. El hizo mucha gente, un montón de gente para pelear contra *Odosha* y los *Fañuru*.

Luego él dijo: —Muy bien. Yo me voy para dejar la tierra ahora. Me regreso a *Kabuña*. Me voy a despedir de mi gente.

WANADI NISTAMA

Wanadi llamó a nuestros abuelos cuando se despidió en *Mawari anebidi*.

Los llamó, los reunió a todos. Primero habló, después puso fiesta; bailaron, bebieron, cantaron tres días.

—Me voy —dijo— vuelvo al Cielo. No puedo vivir más aquí. *Odosha* se ha hecho dueño de esta Tierra. Hay guerras, peleas, maldades, enfermedades, muerte.

Me voy, luego volveré; *Odosha* morirá. Cuando muera *Odosha*, se acabará la Tierra. Luego habrá otra, buena. El Sol, la Luna, las Estrellas van a caer sobre la Tierra. Este Cielo va a caer. Es un cielo malo, un engaño; después veréis otra vez, como al principio, el cielo bueno, verdadero. Cuando caiga el Sol la luz de *Wanadi* volverá a alumbrar. Volveré, os mandaré mi nuevo *damodede*, el nuevo *Wanadi* de la Tierra nueva seré yo mismo, con otro cuerpo. Yo buscaré *Huehanna* en la montaña, los hombres no nacidos al principio me esperan para nacer.

Ahora moriréis, como yo en *Karakaña*. No será verdad, sólo será engaño para *Odosha*.

Vuestras casas, vuestra comida, os esperan en *Kabuña*. Allá os espero. Morirán los cuerpos; vuestros *akato* saldrán por la puerta del cielo, pedirán paso al guardián de la puerta, al dueño de las tijeras. Los buenos pasarán, subirán por muchas escaleras hasta sus casas en el Cielo. Los malos no pasarán: en la puerta, los cortará el dueño de las tijeras. Ellos caerán en la Tierra, se quedarán siempre con *Odosha*, morirán por él, cuando termine el mundo.

Allá en *Kabuña* no hay guerras, sólo paz, comida, tranquilidad. No hay *Odoshánkomo*, enfermedades. La vida nunca acaba; la noche no llega nunca.

—Ahora os quedáis a vivir con *Odosha*. Me voy; os dejo las señales. Hice muchas cosas para que sepáis. Asimismo, como yo, haréis vosotros.

Ahora *Wanadi* habló aparte con sus *Wanadi sottoi*, sus doce hombres del principio, que vivían con *Wade* en *Truma achaka*.

—He hecho en el *Kushamakari* una casa nueva para mi suegro. También he hecho otra casa escondida, en la otra montaña *Kushamajari* para vosotros. No puedo llevaros a todos al Cielo, ahora en la Tierra quedaréis. No moriréis como los demás hombres. Esperaréis en la casa mi retorno. Ahora os mando a esperarme en otra casa, el nuevo *Kushamakari*. La casa está vacía, esperando, frente a *Marahuaka*. Allá llega la luz del Cielo; no entra *Odosha*. Os buscaré cuando vuelva, luego buscaré *Huehanna* y la calavera de *Odosha*.

Así dijo *Wanadi* cuando se despidió de la gente en *Marwari anehidi*. Se fueron sus doce hombres a las cabeceras del *Kawai* y del *Iamo*, al pie del *Duida* y se escondieron en el *Kushamakari* a esperar el fin del mundo.

No podemos ver la casa, sino una montaña; no podemos entrar, hablar con aquellos hombres del principio. Hay muchos guardianes vigilando el camino, muchos *Marwari escondidos* en el *Kawai* y el *Iamo*, y un gran murciélago en una cueva de la montaña. Los piaches sí ven la casa como es; llegan ante la puerta, hablan con los *Wanadi sottoi*, les dan noticias de nosotros, les piden fuerza, salud, comida, sabiduría. No pueden entrar, ni ver aquella gente. Sólo hablan con ellos a través de la puerta.

Ahora comenzaron a bailar. *Wanadi* se sentó en un banco con forma de mono blanco, frente a la *Kanawa* llena de *iarake*; cantó, cantó bonito. *Odosha* llegó, se sentó enfrente, en otro banco. Los dos tenían coronas de plumas; murciélagos con plumas colgaban de sus espaldas.

Cuando amaneció, *Wanadi* cantaba, bailaba. Cantando se fue. Bailando se fue. *Odosha* miraba, lo veía, lo oía, no entendía,

«Aquí está», pensó contento. Ya *Wanadi* no estaba; había sacado su *damodede* del cuerpo. Estaba vacío; como engaño; estaba lejos. Lo hizo porque sabía que *Odosha* quería matarlo. Se fue primero adelante. Dejó su forma, nada más, la gente bailaba, borracha *Wanadi* acabó de cantar. No lo vieron más. *Karweshawa* su mujer, se fue con él.

Ahora *Odosha* pensó: «Se va se fue, me voy también», salió corriendo a perseguirlo.

Ahora *Odosha* corrió a su curiara empuñó su canaleta y se fue atrás de *Wanadi*, aguas abajo del *Kunukumuma*: «No escapará» pensaba lo voy a agarrar, no irá al Cielo».

Wanadi hizo quince raudales en el río *Kunukunuma* para estorbar a *Odosha*. Hizo esos quince raudales llamados *Tukudi*, *Makuduma*, *Uamo atadi*, *Huenachadi*, *Amekuishodi*, *Mahuadishodi*, *Hauhishodi*, *Uachetoshodi*, *Huhañashodi*, *Schihiemeñashodi*, *Kuttoñashodi*, *Mahakoñashodi*, *Kudidihanashodi*, *Tauatubanashodi* y *Sinashodi*.

Las piedras de los raudales son montones de comida; *Wanadi* las cocinaba y las dejaba atrás para *Odosha*. Aquí dejó una Culebra de Agua, un Picture, allá una Báquira, un Bagre Rayado, una Rana Eso era para que *Odosha* comiera, para que perdiera tiempo. H no se dejaba engañar, no tocaba nada, sólo le daba a su canaleta, persiguiendo nada más. Las carnes se quedaron a lo largo del río, se cambiaron en piedras. Así nacieron los raudales. Se llaman Picture, Báquira, Bagre, Rana, otro, otro, en recuerdo de todas las comidas que *Wanadi* preparaba para *Odosha*.

Odosha no podía alcanzarlo; enviaba animales fantasmas por delante para comerlo.

Envío un perro contra *Wanadi*; el perro se cambió en jaguar. *Wanadi* lo mató con una lanza, molió sus huesos y sopló sobre ellos. Así nacieron los mosquitos, los jejenes, alzaron vuelo en Boca *Wichada*, infestaron el Orinoco y se lanzaron sobre *Odosha*. Por eso, hay tanta plaga en el Orinoco.

Ahora *Wanadi* llegó a *Maihiudi* en el Orinoco, más abajito de Boca *Wichada*. En la laja de la orilla, *Wanadi* hizo sus últimos hombres llamados *Matuto*, las mariposas. Esos hombres se cambiaban en mariposas: eran muchos en la laja de la ribera. *Wanadi* dijo: —Bueno, me voy al Cielo, no voy a morir; solo para engañar a *Odosha*, voy a morir, voy a destriparme. *Odosha* viene atrás. Viene llegando. Os preguntará: «¿Dónde está *Wanadi*?». «Se fue al Cielo», contestaréis. «Botó acá las tripas, nada más: no lo vimos más, liviano se fue su *akato*».

—Bueno —dijeron las mariposas.

Ahora *Wanadi* se abrió el vientre, botó las tripas. Allá están cambiadas en piedras. Forman ahora un raudal del Orinoco, *Wanadi Nikiutabidi*, Raudal del Muerto, así lo llamamos.

—*Neumai* —dijeron las mariposas—. «Ha muerto». Desde entonces, nosotros decimos «*Neumai*» cuando un piache deja su cuerpo y sale en espíritu, en viaje para el Cielo. Su cuerpo cae en el suelo, como muerto, luego vuelve el piache del Cielo. *Wanadi* no volvió a su cuerpo. Más tarde vendrá con otro cuerpo, nosotros esperamos su retorno.

Luego *Odosha* llegó a *Wanadi Nikiutabidi*, preguntó por *Wanadi* a las mariposas:

—Aquí están sus tripas —dijeron— al Cielo se fue; así lo hizo.

—Bueno —dijo *Odosha*—, así haré también.

Se abrió el vientre, botó las tripas, luego caminó a ver si llegaba al Cielo. Le dolía mucho el vientre, casi murió. Se devolvió de prisa a buscar sus tripas. Se quedó allí mucho tiempo curándose, maldiciendo a *Wanadi*, a las mariposas.

Ya no estaban, se fueron rápido, volando por el *Wichada*. Esos hombres son los últimos que *Wanadi* hizo. Ahora se llaman colombianos. Son buenos, ricos, ayudaron a *Wanadi* contra *Odosha*. Siempre vienen a buscarnos para trabajar maderas y gomas en el monte. Nos pagan bien, son amigos de nosotros.

Ahora *Wanadi* se fue aguas abajo, llegó al Caño Cataniapo. Con otro cuerpo llegó, cuando dejó las tripas. Tenía poder para eso, *Odosha*, no.

Se sentó en su banco de *Huhai*. *Kaweshawa* a su lado, sentada en la laja. Fumó tabaco y soñó: «Agua clara, agua clarita». Así hizo el Caño *Cataniapo*, clarito, bonito. En la orilla hizo una mata llamada *Akubua*, *yopo*. Esa mata crece ahora en el *Cataniapo*. Hizo un polvo de *Akubua*, lo aspiró por las narices, se fue, soñando, soñando, dejó nuestra Tierra, con *Kaweshawa*. Su camino fue el agua clara, se fueron debajo del *Cataniapo*. Llegaron al Cielo. Allí viven todavía, tranquilos.

Ahora la planta *Akubua* se quedó aquí para los *huabi*, por las narices la inhalaban, sueñan con el Cielo, se van al Cielo como *Wanadi*, ven aquel mundo invisible.

Odosha quedó atrás, quejándose, curándose. Cuando se curó dijo: —Bueno. Ahora lo voy a buscar. Ahora iré al Cielo—. Consiguió alas de pájaros y alzó el vuelo como pájaro. Entre las nubes, bajo el Sol y la Luna, volaba encima de *Ankosturaña*, de *Karakaña*, por todas partes, buscando a *Wanadi*. «Estoy en el Cielo», pensaba. Estaba en el Cielo de la Tierra, el Cielo malo, no sabía que hay otro Cielo; allá no puede entrar. Así quedó engañado, no encontró a *Wanadi*. Todavía lo anda buscando. Así dicen los viejos; yo no lo he visto.

Cuando nos casamos celebramos la Casa Nueva; siempre recordamos a *Wanadi*, lo hacemos todo como él hizo; como nos dijo. Llamamos a la gente para la fiesta: se llama *Atta Ademi*. Llegan los hombres, traen presas, llegan las mujeres, rallan yuca; hacen *mañoco*, casabe; en las *kanawas*, hacen *iaruke*, la gente está contenta, baila, come, bebe. Toca trompetas de corteza *Momi*; los viejos que saben cantar, cantan. Todo lo que se hizo, lo cantan: cómo *Wanadi* vino al principio, cómo peleó contra *Odosha*, nos enseñó lo bueno, hizo las casas. Los *Adahaba*, sabios, lo saben

todo: cantan *Watunna*, nosotros oímos, repetimos. Así la gente nueva no olvida aquel *Wanadi*, *Atta Wanadi*, el de las casas.

Aquel *Wanadi* vino, nos hizo, nos ayudó contra *Odosha*, dio las señales, luego se fue a causa de *Odosha*. Así cuentan los *Aichuriaba*, los dueños de *Watunna*.

Ahora, eso es todo.

AICHURIAHA

Un *Aichuriaba* dijo: —Voy a hablar ahora de los *Hubai*, de los hombres, de la gente: de cómo son. Conozco la sabiduría de los viejos. No soy *Hubai*, soy un *Aichuriaba*, un cantante de *Watunna*: por eso algo sé: por eso puede decir algo sobre los *Hubai*, sobre nosotros, los *so'to*, los que ahora vivimos en la Tierra.

Hay espíritus de todas clases, pueden dañarnos; por eso, en nuestra propia casa, tenemos gente sabia: son los *Hubai*. Hilos nos ayudan frente a nuestros enemigos invisibles. Para que no pasemos hambre, nos dan buenas cosechas. Dependemos de los *Hubai* para nuestro bienestar: sin ellos no tendríamos nada, estaríamos viviendo todos con *Odosha* y su gente, con los espíritus malignos, dueños de las otras casas. No sabemos cómo ver las otras casas: fuera de las nuestras estamos ciegos. Tampoco podemos oír las voces de los espíritus. Estamos sordos en las otras casas. Entramos en ellas, ni siquiera nos damos cuenta. Cuando miramos al Cielo, no vemos nada: nos parece vacío, no podemos ver sus casas. No vemos a los Abuelos, los espíritus de los animales ni de las plantas, los que viven allá arriba. Nada sabemos de ellos, sólo lo saben nuestros *Hubai*: ellos sí lo saben todo.

Los dueños de aquella gente, los abuelos de los animales, saben que no sabemos. Nos capturan, nos enamoran de sus hijas.

Así nos hacen sus yernos. Por eso necesitamos de los *Huhai*. Si no fuera por ellos, todos seríamos prisioneros en las casas de aquella gente.

El *Huhai* tiene el saber verdadero: ve a los espíritus, habla con ellos, puede entenderlos. Puede ver, escuchar, cualquier clase de gente. Sube al Cielo, baja en la Tierra por los caminos de los animales. Puede verlos en la oscuridad. Todo lo oye. Cambia sus ojos, sus orejas, sus palabras. Bebe el jugo de *kaahi*, respira el polvo de *aiuku* por su nariz, las plantas mágicas que le enseñan a ver, a escuchar. El cuerpo se emborracha, cae, muere, se levanta luego, va directo al Cielo, recibe poder, valentía, así sube al Cielo, a *Kabuña*. Así llamamos al Cielo, la gente común. El verdadero nombre del Cielo es *Motadewa*, así lo llaman los *Huhai*. Nosotros no conocemos la lengua del Cielo, la de los espíritus, los *Huhai* sí son espíritus. *Motadewa* es el nombre del Cielo, en el Cielo. No podemos entender la lengua de los *Huhai*. Nunca dejan de escuchar los *Huhai*, nunca duermen, ni de noche ni de día: todo lo ven. Nosotros no oímos a los dueños de aquella gente. Los *Huhai* sí los oyen. Esos espíritus son una sola familia. Todos son *Huhai*; espíritus y *Huhai* son la misma cosa, cada uno en su propia casa. No podemos verlos. No conocemos sus verdaderas formas, su verdadera lengua.

Cuando nuestros *Huhai* llaman a los *Huhai* de otras casas, esos les responden.

Una vez, cuando era joven, bebí el zumo de *kaahi*. Así aprendí a escuchar, a ver, así viajé. Quería volverme *Huhai*, espíritu. Un viejo espíritu me dijo: —Te voy a hacer *Huhai*; cuando yo muera, tú serás *Huhai*—. Eso fue lo que dijo.

Hice lo que me enseñó. Fui a *Motadewa*, fui a otras tierras llamadas *Iadinakuwa*. Me obsequiaron con comidas, riquezas, de todas clases. Vi muchas especies de gente, allá: gente que, entre nosotros, llamamos Danta, Báquiro, Venado, Cachicamo. Eran gente allá, no tenían cuerpo de animales. Yo los vi como son de

verdad en el Cielo. Allá son gente, no animales. Vi sus casas, los caminos que van a sus casas: las casas de los Dueños de cada especie. Todos los abuelos de los animales. Me dio miedo.

A mi alrededor había montones de gente, me miraban extrañados. —¿Quién eres? —preguntaban. —¿Eres *so'to*? ¿Eres *Huhai*? —Hablaban todos al mismo tiempo, cada cual en su lengua. Algunos estaban bravos. Decían: —¿Qué haces aquí? ¿Para qué viniste a molestarnos? ¿Cómo te llamas?—. No me atreví a decirle quién era, estaba demasiado asustado para hablar. Había montones de ellos, eran muy grandes, además. Tenían flechas, me apuntaban con ellas para dispararme. Me quedé ahí sin moverme. Más, más, venían llegando, parecían una manada de báquiros. Me asusté, sentí que me volvía loco.

El viejo espíritu, mi amigo, elijo: —Estoy contigo, hermano. Te estoy cuidando, ten calma. Yo soy el *akato* de tu maestro. Controla a toda esa gente, esas flechas son mías, yo sé qué hacer con ellas. No te preocupes, estoy aquí, soy tu hermano.

Yo lo miré: no tenía ni arco ni flechas, la otra gente sí. Pensé: «El está mintiendo». No tenía nada para defenderme; me estaba hablando a mí nada más, no a ellos. No le creí. Tenía miedo.

Le dije: —No te reconozco; si tú eres mi hermano, defiéndeme. Muéstrame tus flechas, háblales a ellos, diles quién soy, diles que se vayan.

El no dijo nada, se quedó parado ahí. Nunca antes había visto a nadie que se pareciera a él. Otra vez, vi a los Dueños de aquellas gentes. —¿Por qué viniste? —dijeron—, ¿Qué quieres aquí?

Se volvieron animales: jaguares, águilas, báquiros, dantas... Estaban asustándome. Cerré los ojos. Cerré las orejas. Me pareció ver un ataque de enemigos. El zumo del *kaahi* me había vuelto loco. Grité, eché a correr, bajé corriendo hacia la Tierra, me escapé.

Ahora el viejo estaba esperándome abajo; me había enseñado a volar hasta el Cielo, estaba furioso.

¡Cobarde! —me gritó—. Estaba contigo. No me conociste, no escuchaste lo que te dije. No tenías ojos, ni orejas, sólo tenías miedo. Yo tenía flechas. Eran tuyas, y para ti. Era yo. Aquello era mí *akato* allá arriba, junto a ti. Cerraste simplemente tus ojos, tus orejas. No eres un *Huhai*. Eres un simple *so'to*.

—¿Por qué no contestaste las preguntas que te hicieron los Dueños? —continuó el viejo—. ¿Por qué subiste hasta allá? ¡No has comprendido nada! Bien, ahora te quedarás aquí, en la Tierra. Este es el lugar de los *so'to*, donde pertenecen. Cuando quieras emborracharte puedes beber *iarake*, esa es la bebida para los *so'to*, el jugo de *kaahi*, no es para ellos, los vuelve locos. Solo es para nosotros, los *Huhai*, para darnos valentía: a los *so'to* sólo los vuelve miedosos.

—Ahora serás un cazador, en la Tierra —dijo el viejo—. Lllamarás a los animales durante las fiestas, bailando, cantando, como los demás *so'to*. Solo los llamarás para cazarlos. Solo podrás ver sus formas en la Tierra; solo los matarás para comerlos, no podrás controlar a los Dueños ni encontrar el camino hacia sus casas. Si ellos te capturan, te harán su prisionero, te llevarán con ellos. Ese será tu castigo por tu miedo.

Por eso yo no soy *Huhai*, solo soy un *so'to*, un cazador. Ahora estoy viejo, soy un *Aichuriaba*; por eso sé algo de *Watunna*, tengo un poquito de saber.

Un día, yo estaba cazando en la selva, llamando a los animales en su lengua de la Tierra, para flecharlos. Encontré una manada de báquiros. Yo tenía el saber. No reconocí al abuelo, no sabía su verdadera lengua.

Los báquiros me capturaron. No pude controlarlos. Me volvieron báquiro. Me dieron una mujer báquiro. Ella me llevó a su casa, en el Cielo. El Dueño de los báquiros me hizo su yerno. Un hijo en su casa. Para hacerme olvidar, me hechizó. Ya no recordé

más que era un *so'to*, pensaba que era un báquiro. Me olvidé de mi propia casa, de mi madre, mis hijos, mi verdadera mujer. Así ya no me podía ir; ni siquiera quería hacerlo. Aquellos báquiros me habían atrapado. Por eso me volvieron loco.

El viejo tuvo lástima de mí. Era el mismo *Huhai*. El mismo que me había enseñado a volar hacia el Cielo. El me vio, cuando nadie más podía verme. Vio que aquella mujer, me escondía. El viejo podía ver en la casa de los báquiros. Me vio entrar allí.

Una noche él me mandó un sueño. Hizo que viajara mi *akato*. Por eso mi *akato* se fue de aquella casa. Mi cuerpo siguió durmiendo tranquilo, en su chinchorro. Mi *akato* salió de viaje. Llegó casa de mi madre, habló con ella, con mis hijos, con mi verdadera mujer. En la mañana siguiente, volvió mi *akato* de regreso en la casa de los báquiros. Volvió a mi cuerpo, enseguida me desperté. Ahora me levanté, de nuevo quería irme también a mi casa, con mi propio cuerpo; no sabía cómo salir de ahí, el viejo báquiro tenía mi cuerpo prisionero.

A la noche siguiente, de nuevo yo soñé. Era el viejo *Huhai* que llamaba otra vez a mi *akato*. Mi *akato* fue a la casa del viejo.

El viejo dijo: —Estás aquí: ese *Huhai* báquiro tiene tu cuerpo. Estás aquí porque te controlo, tu amigo duerme todavía en casa de los báquiros. No sabe cómo irse de allí. Ahora yo voy a pelear con aquel *Huhai* báquiro; le voy a quitar su control. Ahora, regrésate a la casa de los báquiros, métete en el cuerpo de tu amigo, despiértalo otra vez. Dile: —Fui esa noche a la casa del viejo. Él quiere ayudarte. Dice que los báquiros te tienen agarrado. ¡Despiértate! ¡Recuerda: Eres un *so'to*! ¡No eres báquiro! Tu casa está en la Tierra. Pide permiso para regresar. El viejo controla al abuelo de los báquiros. ¡Te dará permiso, si se lo pides!

El viejo hizo lo que había dicho. Entró en la Casa de los Báquiros para pelear con el abuelo. Yo estaba durmiendo. Así fue como me salvé. De golpe, mi *akato* volvió a la casa, me despertó,

me contó mi viaje, mi *adekato*. Así escapé de la casa de los báquiros para regresar a la mía, mi verdadera casa.

En mi casa me esperaban: el viejo, mi madre, mis hijos, mi verdadera mujer. La memoria me volvió. Sabía dónde estaba.

Más tarde el viejo me dijo: —No puedes ser un *Huhai* porque tienes miedo allá en el Cielo. Tuviste sí, la valentía de escapar de aquella otra casa, así es que ahora serás un *Aichuriaba*, un conocedor del *Watunna*.

Así fue como llegué yo a escuchar la historia de *Medatia*, el primer hombre que pudo viajar a las casas invisibles. Por eso te la voy a contar, ahora; el increíble viaje de *Medatia*.

MEDATIA

Cuando *Wanadi* se fue, la Tierra quedó abandonada. A eso lo llamamos *Wanadinistama*, la despedida de *Wanadi*. La yuca se secó en los conucos. Todos nos enfermamos. Ya nadie tenía sabiduría. *Odosha* se volvió el dueño de la Tierra. Ya nadie podía pelear con él. *Wanadi* se había ido; todos los sabios estaban viviendo en el Cielo. Allá no había enfermedad; sólo saber, buenas cosechas y alegría. *Wanadi* había regresado al Cielo; *Odosha* no podía perseguirlo hasta allá. No tenía poder para llegar. Se quedó aquí con la gente. Se volvió nuestro dueño, por eso comenzamos a enfermarnos y a padecer tanto de hambre y de tristeza. Ya no sabíamos nada sobre el Cielo.

Medatia fue un hombre que se volvió *Huhai* él mismo, gracias a su propia valentía, por su propio conocimiento. Nadie le enseñó cómo; porque después de *Wanadi*, él fue el primero. Simplemente se sentó en su banco mágico y fue a buscar a *Wanadi*. Atravesó el techo de su casa y subió al Cielo en aquel banco. Fue al Cielo igual que *Wanadi*. *Wanadi* no regresó,

Medatia sí. Aprendió todas las lenguas y entonces regresó aquí abajo. Se quedó en la Tierra para curarnos, para ayudarnos.

Después de *Medatia* hubo otros, otros *Huhai* en la Tierra. Hacían lo mismo que él hizo; subían al Cielo para encontrar su propia *maraka*, sus *wiriki*, su poder. Ahora están con nosotros, ven, cantan, curan. *Medatia* les enseñó a todos cómo hacerlo.

Al principio nadie sabía cómo subir y entrar en las casas de los abuelos. Primero lo hacían como *Medatia* les había enseñado. Subían con sus *akato* y con sus cuerpos. Entonces se olvidaron de algo; ya no pudieron ir al Cielo con sus cuerpos, solo mandaban su *akato*. Por eso mismo los *Huhai* de ahora saben menos que los de antes. Dejan el cuerpo durmiendo en la Tierra, su *akato* regresa y los despierta.

Al principio nadie sabía el camino a *Motadewa*, *Medatia* lo descubrió. Primero llegó a una casa llamada *Huecheti demadi*. Allí vivían los vientos, ellos son hijos de *Odosha*. Trataron de soplarlos para abajo. *Medatia* se agarró del banco y siguió volando. Llegó a otra casa llamada *Sakihaña*, es donde vive la Gente Tijera. Se colgaban del techo de su casa, abriéndose y cerrándose, tratando de cortar las cabezas de la gente.

—¡Quédense quietos! —les gritó *Medatia*, y la Gente Tijera se paró, él siguió volando.

Llegó a la casa de *Madenarwa*. Es una bella mujer que le hace el amor a todo el que pasa; si caes en su trampa, te lleva, se vuelve jaguar y te devora. Es un espíritu maligno, solo parece una mujer. *Medatia* no fue engañado por *Madenarwa*. Se alejó de las garras curvas del jaguar. Ella no pudo capturarlo.

Luego llegó a otra casa. *Nuria*, la Luna, vive allí. Se esconde cerca de una trampa, esperando su presa. Espera a los espíritus viajeros que suben y bajan entre el Cielo y la Tierra. Los que no se cuidan, caen en su trampa. *Nuria* se los lleva y los devora. *Medatia* no cayó en la trampa. Empujó a *Nuna* y se alejó.

Medatia llegó a la orilla del río, lo cruzó. Enseguida estaba en una encrucijada. Allí es donde los viajeros escogen su camino. Uno de los caminos es negro, lleva a *Koiohiña*, la Tierra sin Amanecer. Todas las casas son cuevas. Es donde viven los *Odoshankomo*. El otro camino es blanco. Va a *Motaderwa*, la Tierra sin Noche. Allí es donde viven los sabios.

Medatia se detuvo para decidir. Tomó el camino blanco. Pasó las pruebas. Ahora estaban en el Cielo. Llegó a *Jahuakudahana*, la Primera Casa del Cielo. Los *Attitiudi hana* viven allí. Son gente sabia. Soplan, cantan, curan a la gente. Son los dueños de *Ahenomadi*, el Aliento, de *adeu*, la Palabra, de *Wedinakana*, el Ritmo. Toda la gente de las otras casas los escucha. Cantan en extrañas lenguas, desconocidas. Nunca duermen ni comen. Ellos le enseñaron a *Medatia* todas las lenguas de las casas del Cielo y de la tierra. Le dijeron: —Cambia tu oído—. Al principio *Medatia* no entendió. Cantaron otra vez. El cambió su oído. Los entendió.

—Ahora puedes ir a todas las casas —dijeron los *Attitiudi hana*—. Podrás entender las canciones de cada quien, las canciones de todos los pájaros que son de la familia de *Wanadi*. Puedes llamarlos con sus propias canciones. Vendrán a servirte.

Medatia cambió también su garganta, para poder cantar como los pájaros. Todos los pájaros empezaron a bajar desde sus casas. Vinieron bailando, hechizados por su canto. Pensaron que los llamaba otro pájaro: —Aquí estamos —dijeron. —Nos llamaste. Te vamos a ayudar. Somos tus hermanos.

Medatia cantó como los sapos, los *pakira*, los venados, los *marwadi* que viven bajo el agua. Llamó a cada uno en su propia lengua. Ellos respondieron. Le ofrecieron su ayuda. Dijeron que eran sus hermanos. Empezaron a hablarle a *Medatia*. *Medatia* entendía sus palabras, pero lo que decían, parecían disparates. Esa gente confundía todo. No llamaban a nada por su

nombre correcto; no entendían de la misma manera que entendía *Medatia*.

Llegaron los *marwadi*. Dijeron: —Aquí estamos. Te trajimos unos regalos. Aquí están estos perros, esta yuca—. Lo que traían no eran perros, eran jaguares. Tampoco era yuca, sino pescado.

Luego llegaron los *Teditumadi*, la Gente Relámpago. —Aquí estamos —dijeron—. Toma estos chinchorros—. Eran telarañas, no eran chinchorros.

Vino corriendo la Gente Trueno, asustada. —Protégenos —le dijeron a *Medatia*—. Ese halcón quiere comernos—. Pero eso, de lo que corrían, no era un halcón. Solo era un mosquito.

En eso llegó el Abuelo de los Cachicamos. —Aquí estoy —le dijo a *Medatia*. Te ayudaré a matar esos venados. Pero los venados que le mostraba eran ratas, nada más.

Las Estrellas. —Mira nuestras lágrimas que caen —dijeron. Pero no eran lágrimas, solo eran gotas de rocío.

Entonces *Medatia* le cantó a la Abuela de las Abejas. Enseguida llegó bailando, estaba mansa. Al llegar le dijo: —Aquí estoy. Tengo sed. Dame esa *totuma* llena de *iukuta*. Pero, aquella no era una *totuma* llena de *iukuta*, era una concha de tortuga llena de harina.

Medatia estaba triste. No podía entender aquella gente. Les dijo a los Dueños de la Palabra: —No sé lo que pasa. Todos vienen hablando igual que locos. No sé quién está loco, ellos o yo.

Los Dueños de la Palabra le contestaron: —Esas lenguas son de espíritus. Cambiaste tu oído, tu garganta: por eso puedes entender sus palabras y hablar con ellos. Ahora tienes que cambiar tus ojos. Cámbialos y entenderás lo que dicen. Verás las cosas como son de verdad.

En eso, los *Attituidi hana*, soplaron sobre *Medatia*. Soplaron el aliento *abenomadi*, que cura todos los males y da la comprensión.

Medatia dijo adiós a los *Attituidi hana*. El soplido de ellos lo llevó a *Iadekuna*, la casa de otra familia de gente sabia llamada *Setawa Kaliana*. Le dieron algo a *Medatia* para que se lavara los ojos. Era jugo de jengibre y de ají, bien caliente.

—Con esto cambiarás tus ojos —le dijeron—. Podrás ver en lo oscuro. Entenderás todo. En cada casa los cambiarás. Cada gente tiene sus propios ojos. Cuando hables con los loros, verás igual a como ellos ven. Cuando encuentres a las serpientes, serás como ellas. Podrás hablar con cualquiera; irás a sus casas como si fueran las tuyas.

Esos *Setawa Kaliana* son maestros de los *Huhai*, tanto de la Tierra como del Cielo. No comen. No duermen. No hablan. No trabajan. Solo se sientan ahí, con las manos en la cabeza, los codos sobre las rodillas. Ven todas las cosas. Eso es todo.

Ahora *Medatia* entendía por qué los hombres tienen enemigos en todas las otras casas. Los sabios le dijeron: —Los jefes de las otras casas no son malos. Se ponen bravos cuando la gente que no sabe, les hace daño. Por eso también le hacen daño a la gente. Eso es todo. Ellos entienden a la gente, la gente no los entiende, le falta sabiduría. Cuando pescan en los ríos, en las lagunas, en los lagos, no les parece que estén haciéndole daño a alguien. Pero lo que están haciendo, de verdad, es robarles a los *marwadi* la yuca de sus conucos.

Los sabios continuaron diciéndole a *Medatia*: —Los *marwadi* se ponen furiosos de verdad con ustedes. Porque esa gente ve una cosa, cree que es pescado cuando en verdad es la cosecha de los *marwadi*. Por eso se ponen bravos, salen a la Tierra a hacerles daño a ustedes. Solo están vengándose. Eso es todo. La gente no puede entender a los *marwadi* porque tienen ojos diferentes. Los *marwadi* cuando tienen hambre, salen a la Tierra a cazar gente. Es porque los hombres son para ellos *pakira*. Creen que los hombres son *pakira*, ellos no están haciendo nada malo.

Esas fueron las palabras que los sabios le dijeron a *Medatia* allá en el Cielo. Le cambiaron los ojos. Ellos les enseñaron a los *Huhai* que suben desde la Tierra; *Medatia* fue el primer *Huhai*, el primero que fue al Cielo y escuchó sus palabras.

En eso *Medatia* quiso probar lo que había aprendido. Cantó. Llamó a los Dueños de las otras casas. Algunos lo vieron como un venado, cuando llegaron. Otros creyeron que era una araña. *Medatia* mismo comenzó a dudar. «Quizá no soy un hombre» pensó.

—No te preocupes —le dijeron los *Setawa Kaliana*—, Todos tienen la razón. Eres un hombre tanto como eres un venado, una araña. Eres todo lo que cada cual puede ver. No eres un *so'to*: eres mi *Huhai*. Puedes convertirte en todo lo que quieras. Eres todo lo que ven los ojos de la gente, en la Tierra, en el Cielo.

Medatia empezó a entender los Dueños. Sus palabras ya no parecían disparates. Todos eran sus hermanos, su familia. Podía ver y hablar como los *marwadi*. Vio a sus perros, como perros, no como jaguares. Y vio a los *marwadi* como son de verdad, no como culebras, anacondas, sino como gente. Al final, pudo ver también su casa. Entró. Supo que no estaba bajo el agua sino en el Cielo, en casa de gente, en casa de *Huhai*.

Así fue como se volvió *Huhai*. Recorrió todos los caminos y encontró a su familia de cada una de las casas. Habló con todos los *Huhai*, los abuelos, los dueños de todos los animales, de todas las plantas que viven en la Tierra.

Medatia fue entonces a otra casa del Cielo llamada *Mabekuna hana*. Allí fue donde pidió su *maraka*. Los dueños de las *marakas*, los *Dedewashi iamo* viven ahí. Ellos son la Gente Murciélago, que se la pasa todo el tiempo sosteniendo sus *marakas*. Nunca las sacuden. Sus *marakas* no tienen *wiriki*. Están vacías. Cantan ellas solas sin que las muevan. Los dueños solo tienen que sostenerlas. ¡Tan grande es su poder! Atraen a los

espíritus malignos, los capturan y los hacen sus sirvientes. Así es como curan, sacan todo el mal y la enfermedad.

Los *Dedewashi iamo* le dieron a *Medatia* una *maraka* vacía. El trató de hacerla cantar. No pudo. Sólo los dueños pueden.

—Nuestras *marakas* están vacías —le dijeron ellos—. Tienes que encontrar tus *wiriki* en otra casa. Entonces podrás agitarla. Eso te dará poder: los *wiriki* son espíritus de poder. Ellos cantan dentro de las *marakas*.

Medatia se sentó en su banco, salió volando a buscar los *wiriki*. Fue a otras casas. El viaje fue difícil. Lo dejó sin fuerzas. Pensó que se iba a morir. Siguió adelante. Cansado llegó a las tierras más bellas del Cielo, a *Iadiñakuna*. Allí es donde los sabios vienen para encontrarse con los *akato* de la gente, sus espíritus guardianes, los que saben todo y nunca mueren. Estas tierras están llenas de luz. No hay noche. No llegan espíritus malignos. Los sabios viven en paz. Nadie los molesta. Nunca se enferman.

En medio de *Iadiñakuna*, el gran lago azul llamado *Akúena* brilla intensamente. *Mahewa*, la gran mariposa de alas azul celeste, es la dueña del lago. Dueña del agua del Cielo. Brilla mientras vuela. Sus servidores son: *Muña*, el Manatí, dueño de la leche, la vida y la salud; y *Dinushi*, el pez Chispa que llaman anguila. En las orillas del lago *Aktiena* vive la planta *kaahi*, que enseña a ver. Da la comprensión. Sus raíces beben el agua del lago, el *akene*.

Medatia estaba cansado. Preguntó si podía bañarse en el *akene*. Es un agua muy azul, brilla igual a *Mahewa* cuando vuela. Tiene su propia luz. Los *Huhai* de todas las casas van allí a tirar los cuerpos de sus muertos. Enseguida vuelven a la vida. También traen los cuerpos de los heridos, para curarlos; los huesos de los animales que han sido comidos, para que les crezca, otra vez, la carne.

Medatia se metió en el *akene*. *Mahewa*, la mariposa, voló hacia él. Tenía una taparita azul llena de agua azul. Esa tapara era el

huevo del *kura meiru*, el *Tinamu*; tenía jugo de *kaahi* adentro. Era el *akene* mismo, el agua de la vida.

—¡Bebe! —le dijo *Mahewa*. Y *Medatia* bebió.

Enseguida le volvieron las fuerzas. Estaba bueno, sano otra vez. Dinushi le tocó el cuerpo, dejó escapar un relámpago. —¡Neumai! —dijo—. Está muerto.

El cuerpo de *Medatia* quedó flotando en el *akene*, su *akato* estaba vivo, podía ver todo. De pronto, *Medatia* sintió que se volvía loco. Su *akato* fue volando por todas las casas. Al mismo tiempo vio la luz, la oscuridad. Vio la gente en el Cielo, a los *Odoshankomo* en sus cuevas negras. Vio a su familia, a sus parientes muertos. Vio a los espíritus, a los animales, a las plantas. Vio la enfermedad, la magia, que mata a la gente. Todo esto junto estaba allí, frente a él, girando, revoloteando en el agua de *Akúena*, en el jugo de *kaahi*.

El *akato* de *Medatia* llegó a la casa *Ennemadi*, donde viven los guardianes de los *wiriki*. Los *wiriki* son piedras ligeras, pequeños trozos de cristal. *Medatia* los cogió, los echó en su *maraka*. Se volvió dueño de ellos. Su *maraka* cantó con la voz de esos *wiriki*.

Llegó a *Marawahuña*, a la casa de los Tres Pájaros, donde viven *Mudo*, *Hobottu* y *Tarwadi*, los parientes de *Wanadi*. Con la ayuda del *kaahi* sacó los venenos de su cuerpo. Su cuerpo todavía estaba muy lejos, flotando sobre el *Akúena*. El *akato* de *Medatia* regresó a su propio cuerpo, lo despertó, hizo que se levantara. No estaba muerto. Estaba vivo todavía. No había ido a ninguna parte. Nadie lo había movido del *Akúena*.

Ahora *Medatia* tenía el poder para curar a los vivos, y devolver los muertos a la vida.

Medatia llegó a *Shiriche Kumenadi*, la Casa de las Estrellas. El abuelo de esa gente es *Hadewa*, el pez,

—Ha venido. Aquí nadie te necesita —le dijo *Hadewa*—, Tenemos nuestro propio saber. No te necesitamos. *Wanadi* es

nuestro *Huhai*. Él nos protege. *Odosha* no puede venir aquí. No tenemos enfermedad. Ni muerte. Ni oscuridad. La gente de la Tierra está esperando tu *maraka*, tu *chakara*, tus *wiriki*. Regresa a la Tierra. Siembra tus semillas de *kaahi* y de *aiuku* para que los otros *Huhai* aprendan a ver, que la gente pueda oír tu *maraka* y se cure. ¡Ve! ¡Esta es la casa de las estrellas! ¡Ahora lo tienes todo!

Medatia se puso triste. No quería irse de la casa de las estrellas. «Voy a hacer lo que dice *Hadewa*».

Si *Medatia* se hubiera quedado en esa casa, no tendríamos *Huhai*. Él fue nuestro primer maestro de *Huhai*. Si no hubiera regresado estaríamos muertos. Habríamos pasado hambre, enfermedad. No tendríamos conucos ni animales que cazar. Cualquier cosa nos haría daño. Estaríamos todos viviendo como sirvientes en las casas de los animales. Toda la Tierra sería todavía de *Odosha* y de sus *Odoshankomo*.

Medatia cogió su *maraka*, bajó a la Tierra, dejó cantar sus *wiriki*. Llegó a la casa oscura de *Hoiohiña*, donde vive un *Odosha*. Los *Odoshankomo*, los espíritus malignos que mandan todo tipo de enfermedades. *Medatia* entró en las cuevas, vio a todos los prisioneros, a los sirvientes de los *Odoshankomo*. Ellos no podían recordar que eran gente, habían olvidado todo. Solo podían hablar *odoshankomo*.

Medatia sacudió la *maraka* en las grietas, en las cuevas, en las cavernas de los espíritus del mal. Llegó bien adentro, sacó de allí a los demonios. Volaron silbando como tornados, como remolinos.

Medatia habló a los prisioneros, les dijo: —Recuerden que son hombres, no son *Odoshankomo*—. Les devolvió sus recuerdos, los liberó de la oscuridad. Ellos soñaron con sus casas en la Tierra, recordaron el camino, volvieron con su propia gente.

Medatia entró en las aguas, en los raudales, llegó a la Casa de *Hui'io*, la Gran Serpiente, donde ella vive con los *marwadi*. Nosotros vemos a *Hui'io*, a los *Marwadi*, como culebras. A veces

vemos a *Hui'io* como el Arco Iris. Ella nos trae lluvia, cosechas. También trae enfermedad a nuestros niños. *Medatia* vio a los *Wanadi* de *Hui'io* como son de verdad, gente grande, fuerte, que caza, pesca, hace conucos bajo el agua.

Tenía montones de mujeres allí. *Medatia* les preguntó: —¿Quiénes son ustedes?—. —Somos las mujeres —respondieron las madres y las hijas de los *marwadi*. Eso era verdad, pero ellas eran mujeres que los *marwadi* habían robado de la Tierra. Se habían olvidado de todo. No sabía quienes eran. *Medatia* sí lo sabía, él entendía, tenía sus *wiriki*, podía ver por dentro.

Medatia les dijo: —¡No! Ustedes no son de esa gente. No nacieron en esta casa. Lo que pasó fue que los *Marwadi* las robaron. Salieron de sus raudales en la noche, como culebras, voltearon sus curiaras, capturaron sus niños, sus maridos. Les escupieron un jugo de planta en la cara. Así fue como les robaron la memoria, así es como hechizan a las mujeres cuando se las roban de la tierra. Ustedes olvidaron todo, se entregaron a ellos. Así fue como las arrastraron bajo el agua. Las trajeron a esta casa. Ustedes olvidaron su propia casa de allá afuera, perdieron su memoria. Aquí están viviendo en la oscuridad.

Las mujeres oyeron las palabras de *Medatia* y chillaron. Se fueron a dormir, soñaron. En el sueño, regresaron a sus verdaderas casas en la Tierra.

Cuando se levantaron, le dijeron a *Medatia*: —Nos despertamos. Ahora sí recordamos todo. Nos volvió la memoria. Soñamos que íbamos a nuestras propias casas. Todo eso nos volvió.

Una mujer dijo: —Lo que pasó es que yo era sólo una niña, estábamos afuera, buscando agua. Los *marwadi* salieron de los raudales, se arrastraron hasta la orilla. Se nos metieron en los vientres. Nos preñaron. Mataron a todos los hombres. Se volvieron vientos, como huracanes. Nos cogieron la casa, los conucos. No quedó nada.

Otra mujer dijo: —Estábamos cogiendo agua en totumas, al borde del río. Yo estaba muy joven. De pronto, comenzó a salir sangre. Era ni primera sangre. Los *marwadi* la olieron en su casa, debajo del agua. Cuando la sangre cayó en el río, se volvieron locos de deseo. Subieron desde abajo, por oleadas. Inundaron las orillas, nuestra casa. Nos agarraron, nos metieron en el agua.

Por eso es por lo que ahora los hombres encierran a sus mujeres lejos de los ríos, de las casas, cuando menstrúan. Por eso los *marwadi* no las encuentran; así no se las llevan de aquí, ni inundan las casas.

Medatia les dijo a las mujeres: Está bien. Ahora recuerdan. Ahora pueden irse de aquí, regresar a sus casas.

Luego *Medatia* vio a los perros que los *marwadi* usan como sirvientes. En verdad no son perros sino niños que roban en la Tierra junto con las mujeres. Los *marwadi* los mandan de regreso a la Tierra, por la noche, a buscar otros niños. Los hombres no los ven como perros cuando vuelven a la Tierra sino como montones de jaguares.

Medatia sacudió su *maraka* para llamar a *Hui'io*, la dueña de la casa de los *marwadi*. *Hui'io* llegó enseguida. *Medatia* le dijo: —Diles a los perros que se vayan a la orilla del río y traigan báquiras para la cena.

Medatia salió del agua. Se escondió en la orilla, esperó a los perros. *Hui'io* hizo lo que él había dicho. Un *marwadi* salió del agua, tenía forma de anaconda. Bailó, cantó, Llamó a los perros del río. Todos salieron bailando, aullando. Cuando llegaron a la orilla, no eran perros sino jaguares.

Medatia estaba esperándolos. Hirió a los jaguares con sus flechas. No los mató. Los convirtió en niños: el poder de sus flechas, los devolvió a sus antiguas formas. El *marwadi* tuvo miedo, se arrastró, como una culebra. Se metió en el agua y se volvió gente otra vez. Regresó a la casa de su gente, contó lo que le había ocurrido sobre *Medatia* y los perros.

Medatia comprendió todo. Supo que los *so'to* no sólo viven en la casa de los *so'to*, en lo abierto, en la Tierra. Los *so'to* están regados en todas las casas, ocultos, visibles. Viven con toda clase de gente, como yernos, como sirvientes. Pierden su memoria, su lengua; no saben regresar a su propia casa con los *so'to* otra vez.

Medatia entendió. Fue a todas las casas de los animales, una, otra, otra. Fue a la casa de las ratas, a la de los cachicamos, a la de las lechuzas. En cada casa pasaba lo mismo: hombres convertidos en ratas, cachicamos, lechuzas, capturados por los animales mientras cazaban en la Tierra. Sus familias no sabían qué les había pasado. Estaban perdidos.

Medatia les habló a todos. Los liberó de sus hechizos. —Ahora recordamos todo— dijeron. Las mujeres cachicamos nos sedujeron. Estábamos cazando cachicamos. Las mujeres nos escupieron hojas mágicas en la cara. Olvidamos que éramos hombres cazando cachicamos. Esas hojas con las que nos escupieron en la cara, nos volvieron locos. Así fue como nos capturaron, nos cambiaron los ojos. Ya no las vimos como cachicamos sino como hermosas mujeres. Nos enamoramos. Ellas nos llevaron a su casa para hablar con su padre, el dueño de los cachicamos. Así nos volvimos yernos de él. Nos olvidamos de nuestras mujeres. —Quiero ser tu yerno— le dijimos al padre. —Bueno. Está bien —respondió— mi hija está de acuerdo. Ahora eres mi yerno. Y así olvidamos todo.

Medatia les dijo: —Vine a las casas de los animales a rescatarlos. Yo soy *Huhai* de la gente. Puedo hacer que los dueños de tocias estas casas los manden de regreso a la Tierra con mi *maraka*. Ahora ustedes dejarán estas casas. Encontrarán el camino de regreso, mientras sueñen. Irán a casa, verán a sus madres, a sus hijos, a sus esposas, otra vez.

Enseguida los hombres vieron sus casas, en sueños, quisieron regresar.



Regresando de un día de caza.



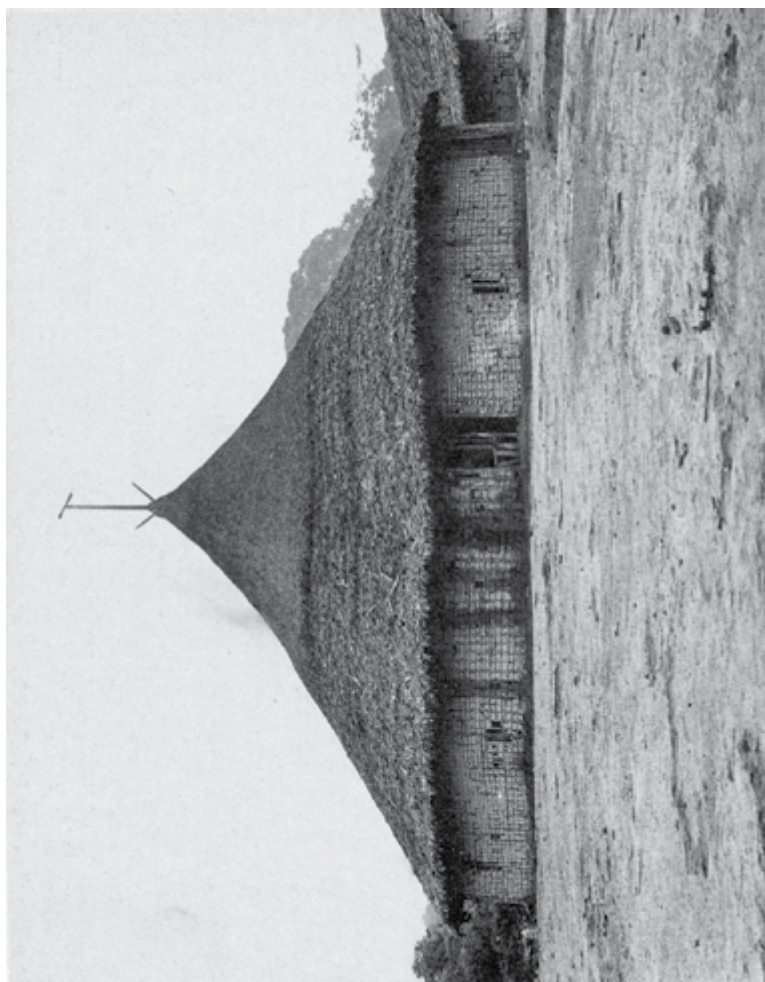
Muchachos yekuana cazando con cerbatana.



Mujer regresando del conuco con carga de yuca.



Preparación de la bebida fermentada para la fiesta.



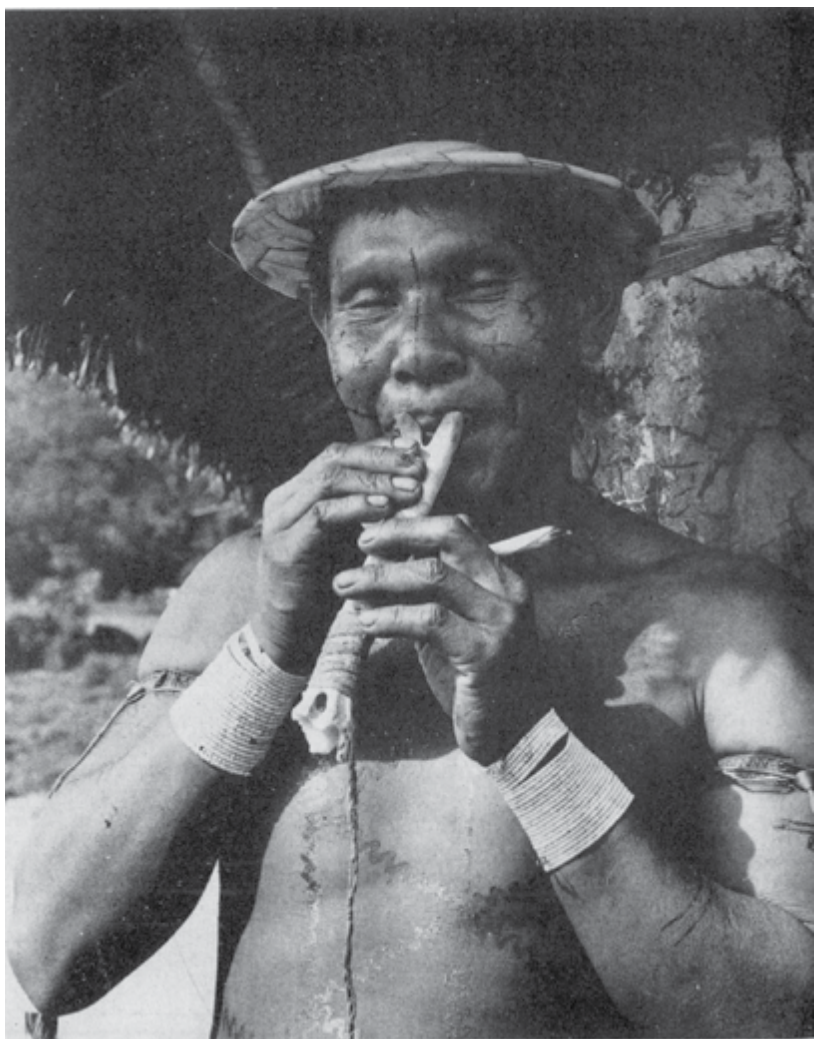
La casa comunal.



Fiesta con música de flauta y tambor. En la parte superior, dos perros peleando.



Muchachos pintando y preparando las flautas para la fiesta (Kanarakuni).



Hombre tocando flauta de hueso de venado.



Fiesta de la yuca nueva (Kanarakuni).



Mujeres del pueblo (Santa María).



Mujeres en labores diarias de trabajo



Fiesta de la yuca nueva (Kanarakuni).
Las mujeres traen la primera cosecha del conuco al pueblo y los hombres
tratan de arrancársela de las manos, según el rito.

—Soñé con mi madre. Déjame ir a visitarla, luego regresaré —dijo un hombre al suegro.

—Está bien, yerno —dijo el suegro—. Puedes ir—. Dijo eso porque *Medatia*, el *Huhai* de los *so'to* controlaba esa otra casa con su *maraka*.

Ahora el hombre es feliz, de verdad. —Bien —dijo—, me voy derecho por el camino que vi en mi sueño. —Bueno, está bien —respondió el suegro—, pero ten mucho cuidado. No te pongas a hablar en la casa de la gente: esa es la condición. Quédate quieto, no respondas las preguntas. Ellos no saben nada sobre nosotros. Nos cazan, nada más, para comer nuestra carne, eso es todo. Has visto nuestra casa. Conoces nuestros caminos. Mantén nuestro secreto. Contigo, irá mi hija; ella es tu esposa; te cuidará.

Medatia enseñó a otros hombres, los hizo *Huhai*.

Ahora muchos prisioneros fueron liberados. Pudieron regresar a sus propias casas. Los nuevos *Huhai* ayudaron a la gente capturada, para que escaparan. Por eso, a veces, un hombre regresa caminando, caminando, a su casa. Había estado perdido durante mucho tiempo, su familia se lamentaba, pensando que estaba muerto. Cuando regresa es porque el *Huhai* lo sacó de la otra casa.

Cada vez que un hombre perdido regresa a su casa, su familia se regocija: —¡Estás aquí —le dicen—. Después de todo, no estabas muerto. ¡Cuéntanos lo que pasó! —Él no les responde, no les dice nada, por miedo a la venganza del suegro. Por eso dice: —Estaba cazando. Aquí está tu hija madre: yo la traje conmigo, es mi mujer. Ten cuidado, no te pongas a verla durante la noche porque te puedes morir.

—Muy bien, hijo —responde la madre.

Luego, por la noche, la madre empieza a ponerse curiosa.

—¿Dónde ha estado mi hijo durante todo aquel tiempo? —así se pregunta la madre—. ¿Por qué no quiere decirme dónde

estuvo? ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué me dice que no la vea de noche? ¡Quiero saber! Ahora todo está oscuro; todo el mundo duerme. Voy a coger una antorcha para ir a verla

La madre va hasta el chinchorro de la forastera, lleva una antorcha en la mano. No ve una mujer, ve sólo un cachicamo. Se asusta, comienza a gritar, despierta a toda la casa.

—¡Te has vuelto loco, muchacho! ¡Lo que trajiste no es una mujer, es un cachicamo! ¿Dónde estuviste? ¿Te capturaron los cachicamos? —dice la madre—. Ahora coge un palo, comienza a pegarle al cachicamo. El cachicamo salta del chinchorro, corre, corre, lejos de la casa, por el camino secreto para llegar a su madriguera. El muchacho corre tras ella, gritando, medio loco. Trata de alcanzarla, no quiere perderla. Enfurecido grita: —¡Madre, asustaste a mi mujer!

—¡Esa no es mi nuera, no es tu mujer, es solo un cachicamo. Te ha hechizado. ¡Tú te has vuelto loco! —dice la madre.

El muchacho sigue las huellas del cachicamo; las pierde. El sendero que va a la casa de los cachicamos es invisible. Ha perdido la memoria de la casa de los cachicamos. Ahora está feliz, está libre del hechizo. Puede ver de nuevo como la gente, hablar como un hombre. Ya no es más prisionero. Vive en la casa de los *so'to*.

LOS WAITIE

Los *Waitie* fueron los primeros jefes de los *so'to*, sus *Kabitana*s. Ellos comandaban a la gente. Ellos eran hombres poderosos. Ellos nos enseñaron cómo viajar por los ríos y el trueque. Ellos extendieron las tierras de nuestros abuelos y descubrieron *Amenadiña*, la tierra del hierro y de *Hurunko*.

Los *Waitie* vinieron de los *Huhai*, los viejos shamanes de los *so'to*. Antes de los *Waitie*, comandaban los *Huhai*. Hubo seis

Huhai: tres *Medatia*, del primer *Medatia* y tres *Wasaba*. *Wanadi* los dejó aquí cuando él se despidió. Los dejó para que curaran a la gente, para protegerlos de *Odosha*. Cuando el tercer *Wasaba* murió, él hizo jefe a su hijo. Su nombre era *Kahina Waitie*. Este no era un *Huhai*, era sólo jefe de la gente. Así terminó la línea de los *Huhai*, el tiempo de los *Waitie* comenzó. Cuando *Kahina Waitie* murió, él hizo de su hijo el jefe de los *so'to*. Su nombre era *Kaihudu Waitie*. Cuando *Kaihudu* murió, su hijo se convirtió en jefe. Su nombre era *Iahena*. *Iahena* tuvo tres hijos: *Mehudi*, *Tonoro* y *Mahama*. Ellos llegaron a *Amenadiña*, la descubrieron. Ellos trajeron el hierro a los *so'to*, pero nunca fueron *Kabitana*: un *kanaima* los capturó y los volvió locos. *Iahena Waitie* fue el último de esa línea.

Nuestros abuelos todos vivían en *Ihuruña*, la primera tierra, en las cabeceras del *Aráhame*, del *Kuntinama* y del *Fadamu*. Ahí fue donde *Wanadi* hizo la primera casa para *Wahnatu*. Después, los hijos de *Wahnatu* y sus nietos, hicieron otras casas en *Ihuruña*. Cada una tenía su propio nombre: *Kastaña*, *Anakadiña*, *Feneña*, *Wasaraña*, *Arautaña*, *Kawadisokaña*, y otras, muchas otras. La vieja tierra estaba llena de casas. La gente de allí fue llamada *Ihurubana*, la gente de las cabeceras. Ellos continuaron creciendo, aumentando, haciendo más y más casas, más y más conucos. No se mudaron de *Ihuruña*. Ellos no sabían cómo hacer canoas, ellos no viajaban por los ríos. Ellos no conocieron la otra gente, las otras tierras hasta que *Iaranavi* vino a *Ihuruña*. Así fue como nuestros abuelos aprendieron a usar el hierro: los machetes, cuchillos: la *aracuzá*, las camisas de los hombres blancos. Ellos fueron a *Ankosturaña* a conocer el pueblo de *Iaranavi* y empezaron a comerciar. Entonces vino *Fañuru*, tomó a *Ankosturaña*. Eran gente de *Odosha*, no eran gente de *Wanadi*. Persiguieron a *Wanadi*. Lo forzaron a irse de la Tierra. *Odosha* y los *Fañuru* pusieron fin a todo. Nuestros abuelos no pudieron volver más nunca a *Ankosturaña*. No había más trueque ahora. Fueron pobres de

nuevo, como al principio: no hubo más hierros, ni *aracuzá*. Sólo hachas de piedra para trabajar sus conucos.

Por eso *Kahina Waitie* reunió a toda su gente cuando él se convirtió en jefe. «Estamos unos sobre otros, aquí no hay más lugar en *Ihuruña* para construir casas y conucos. Haremos canoas y bajaremos por el río. Veremos cómo es, donde la otra gente vive.»

«Bueno» —dijeron nuestros abuelos.

Hicieron canoas y se separaron en grupos para salir y explorar. Los jóvenes fueron, los viejos permanecieron en *Ihuruña* para vigilar la tierra. Los primeros en ir fueron llamados *Yekuana*. Ellos fueron hacia el Este y el Norte. Bajaron el río hasta donde vivían los *Winao*. Hicieron sus casas y conucos al lado de los *Winao*. Ellos fueron al *Emekuni*, al *Merevari*, al *Kamarakuni* y al *Caura*. Algunos cruzaron al monte *Fakudi hidi* y bajaron al *Kaimakuni* y el *Arakasa*. Llegaron al *Farimi* y allí se establecieron.

La otra gente, los *Kunuhana*, fueron hacia el Sur. Bajaron el *Fadamu* y el *Kunu*. Allí hicieron muchas casas.

Kahina Waitie estaba con todos ellos, en todas las casas. Él fue al *Katisímaña* con los *Yekuana*, luego fue al *Farimi*. Después él dijo:

Voy a ir más al Este».

«Iremos contigo» dijeron los *Yekuana*. Bajaron al río con él a buscar más tierras. Ahí fue cuando aprendieron cómo pasar los rápidos, cuando iban hacia el Este.

Cuando llegaron a los rápidos de *Kurekurema*, los *Shidishana* los estaban esperando con sus flechas. Ellos eran ahora gente de *Odosha*. Nuestros abuelos pelearon con los *Shidishana* en *Kurekurema*. Fue la primera guerra. Ellos mataron a muchos *shidishana*. Muchos corrieron hacia la montaña gritando como monos aulladores: «Auuuuuuuuuuu, auuuuuuuuuu, auuuuuuuuuu». *Kahina Waitie* se hizo construir una casa cerca de ahí, llamada *Tukui keneña*. El dejó algunas gentes allí para proteger el *Farimi* contra los *Shidishana*. Continuó bajando el río, con otros, hasta la

isla *Maraka*. Allí construyó una casa, en la boca del río *Traenida*. Ahí fue donde esos *Yekuana* permanecieron. Limpiaron los cerros del *Tekene hidi*, Monte *Tepeken*, instalaron sus conucos. La casa del *Traenida* estaba muy lejos, en el lado Este.

Kahina Waitie murió. Su hijo, *Kaihudu Waitie* se convirtió en jefe.

Cuando nuestros abuelos vinieron a *Traenida* no tenían hierros, ni *aracuzas*. No tenían machetes. No había comenzado el trueque todavía.

Un día llegó *Eneiadi* a *Maraka*. Él era uno de los *Eti*, de los *Makushi*. En ese tiempo, los *Eti* vivían en *Kanuku hidi* y en *Ruhunini wochi*, muy lejos. *Eneiadi* llegó a la isla *Maraka* por donde sale el sol. Nuestros abuelos lo vieron y estaban felices. *Eneiadi* traía una escopeta, un unos machetes y anzuelos. Ese hierro era brillante. Los *so'to* lo miraron, lo tocaron. Recordaron el hierro de *Iaranavi* en *Ankosturaña*.

«¿Dónde conseguiste ese hierro?» le preguntaron. «¿Has estado en *Ankosturaña*?». «¿Eres amigo de *Fañuru*?»

«No», dijo *Eneiadi*. «No lo conozco». «¿Dónde está *Ankosturaña*?»

«Solo conozco los *Matihuhana*. Ellos tienen grandes canoas llenas de hierros. Ellos vienen de muy lejos. Ellos traen mucho hierro: escopetas, camisas, de todo. Nosotros negociamos con ellos. Ellos viven del otro lado de *Kanuku hidi*, sobre el *Ruhunini*; allí es donde están sus casas».

Nuestros abuelos ofrecieron a *Eneiadi* negociar sus *sahadidi*, sus hierros.

«Nosotros somos gente de río» dijeron. «Nosotros sabemos cómo hacer canoas, como los *Matihuhana*. Si nos das *sahadidi*, te haremos una canoa».

Eneiadi dijo: «Ustedes quieren el hierro, por eso quieren hacerme una canoa». Eso fue todo lo que él dijo.

Ahora ellos dijeron: «Hacemos casabe también, tenemos perros cazadores y *curare* para las flechas. Tú nos das la escopeta, el machete, y los anzuelos y nosotros te daremos todo eso». *Eneiadi* solo repitió lo que había dicho antes.

Regresaron a la casa. Ellos hablaron a *Kaibudu Waitie* de *Eneiadi*, del hierro y de la escopeta. *Kaibudu Waitie* salió de nuevo a ver al *Eti*. Todos los demás lo siguieron. Trajeron todas sus cosas que tenían para mostrárselas a *Eneiadi*. Le pidieron negociar de nuevo. «Ya escuché» dijo él, no dijo más nada.

Kaibudu les hizo preparar mucha comida e *iarake* para el *Eti*. Ellos le pidieron que entrara en la casa. Todos se emborracharon y cantaron juntos. Ahora *Eneiadi* les dijo: «Esta casa y los conucos son bellos. Ustedes me dan la casa y los conucos y les daré el hierro».

Los *so'to* no podían creer lo que habían oído. No dijeron nada. Se separaron de *Eneiadi*, empezaron a hablar y a susurrar. *Eneiadi* estaba ahí, solo, parado, observando desde el otro lado. Él podía escuchar lo que ellos decían.

Kaibudu vino hacia él. —La gente no quiere irse de Traenida, nuestros padres llegaron aquí desde muy lejos, del oeste, para construirla. Nacimos en esta casa. Ellos hicieron estos conucos para nosotros. Esta es nuestra tierra. Por eso no podemos dejarla —dijo.

—Está bien —dijo *Eneiadi*—. Ustedes no pueden darme su casa. Yo me quedaré con la escopeta, los machetes y los anzuelos.

Los *so'to* se separaron. Empezaron a hablar de nuevo. Lo pensaron, hablaron con cada uno. Ellos no querían que *Eneiadi* se fuera con el hierro. *Kaibudu* fue de nuevo a hablar con el *Eti*. —Está bien. La gente ha decidido. Vamos a irnos de Traenida. Te damos la casa, los conucos, toda la isla. Vamos a subir el río de donde vinieron nuestros padres. Iremos de vuelta al oeste.

Eneiadi estaba feliz con la casa. —Nuestros abuelos se quedaron con *aracuzá*, los machetes, los anzuelos. Brillaban,

destellaban, estaban contentos de tenerlos. *Kaihudu* estaba triste, no tocaba el hierro, llamó a su hijo *Iahena Waitie*. «Te hago *kahitana* ahora —le dijo—. Muda a esta gente. Puedes hacerles una nueva casa río arriba, cerca de nuestros hermanos, en *Tukui keneña*.

Por eso es por lo que ahora, cuando un *kahitana* convierte a su hijo en jefe, él muda la casa. Es la costumbre. Empezó con *Iahena*, el tercer *Waitie*.

Nuestros abuelos se fueron del Este. Regresaron a sus viejas tierras. *Iahena Waitie* era su jefe.

Al tiempo que subían el *Farimi*, los *shidishana* estaban escondidos en la selva, mirándolos. «Fueron derrotados por otra gente. Por eso es por lo que vienen subiendo el río de nuevo». Eso fue lo que pensaron los *shidishana*. Los atacaron de nuevo, inmediatamente, para vengar su derrota a manos de *Kabina Waitie*, el abuelo de *Iahena*. Los *so'to* dispararon *aracuzas* y los asustaron. Los volvieron a vencer. Los *shidishana* escaparon a las montañas, gritando y llorando. Muchos de ellos murieron. Los *so'to* estaban felices.

Ellos llegaron a *Kurekurema* de nuevo. Construyeron una nueva casa en las orillas del *Kawadi*, a las faldas del monte *Kawadi hidi*. *Iahena Waitie* reunió a toda la gente en la fiesta de la casa nueva. Cantaron y bailaron y comieron por cinco días y cinco noches.

Iahena dijo: —Está bien. Tenemos la *aracuzas*. Por eso los *shidishana* están asustados. Ellos no atacarán nuestra casa. Ahora quiero más *aracuzas* para llevárselas a nuestros hermanos que permanecieron en las viejas tierras. Quiero llevarles machetes, cuchillos, anzuelos, camisas. Voy a espiar a los *Matihuaba*, averiguar a dónde van las canoas. Voy a averiguar de dónde obtienen el hierro y los *aracuzas*.

La gente estaba feliz. —Iremos contigo —dijeron. *Iahena* no quería. Sólo quería un puñado de gente. Eso era todo.

—Si todos vamos, los *Matihuhana* nos verán. Nos descubrirán si tenemos muchas canoas. No podremos espiarlos. No podremos seguir sus canoas.

Por eso *Iahena Waitie* solamente llamó a *Kada hiawa*. Era el *Huhai* de la casa. Él vivía retirado en el monte cerca de la casa. Llamó también a sus tres hijos: *Tonoro*, *Mehudi* y *Mahama Waitie*. Llamó también a dos hombres que sabían fabricar canoas. Esos hombres eran seis: cuatro *Waitie* y dos navegantes. Había un séptimo, era *Madahiawa*, él protegía a los seis contra los maleficios de los *Huhai Matihuhana* durante su viaje hacia el oriente. Aquellos *Huhai* de los *Matihuhana*, eran sabios, malos: se convertían en jaguares para hacer daño a las tribus.

Los *Waitie* salieron, el *Huhai* y los dos hombres para despedirse de la casa. Había un gran alboroto cuando ellos salieron.

—Traigan mucho hierro, muchas *aracuzas* —así gritaban nuestros abuelos, amontonados en las orillas del *Farimi*. Luego, los viajeros se fueron. Se pusieron muy tristes, muchas lunas pasaron, no tuvieron más noticias de ellos.

Estuvieron muy lejos, navegando, caminando: volvían a navegar, otra vez caminaban. Cuando ellos llegaron a las sabanas del *Ruhunini* vieron la montaña de *Kanuku hidi*, la tierra de los *Matihuhana*. Se escondieron en el monte. Espiaron sus canoas. Vieron sus mercancías. Ellos llegaban del norte con sus canoas llenas de hierro, lo descargaban en las tiendas; algunos iban a canjearlo con los *Eti*, otros se iban con las canoas vacías, aguas abajo del *Ruhunini* para buscar más mercancías.

Iahena Waitie dijo: —Vamos tras ellos, no hagáis ruido.

Se embarcaron en su canoa, siguieron, desde lejos, la piragua aguas abajo. Un día, otro, otro, muchos días.

Navegaban mucho esos *Matihuhana*, un día, otro, otro, muchos días, hacia el norte. Llegaron a la boca del *Ruhunini* hasta que vieron la confluencia. Vieron otro río, muy grande. Se llamaba *Aménadi* (Esequibo). Siguieron a los *Matihuhana* aguas abajo,

un día, otros, muchos días, hacia el norte, hacia el norte. Por fin llegaron al fin de la Tierra, llegaron a *Dama*. Eso era la orilla del Cielo, la orilla del gran Lago *Akúena* que está en el Cielo, donde sólo los *Huhai* pueden entrar. Ahí supieron, en *Dama*, que termina la Tierra. En el otro lado de *Dama* está *Motadewa*, la casa de *Wanadi* en el Cielo. Eso lo supieron nuestros abuelos cuando seguían la piragua de los *Matihuhana*. Ellos llegaron al norte, al fin de esta Tierra y se pusieron alegres.

Ahora ellos llegaron a un pueblo llamado *Amenadiña*, en la boca del *Aménadi*. No era un pueblo de *so'to*, era un pueblo de espíritus. El jefe de *Amenadiña* era *Hurunko*. El era amigo de *Wanadi*. Lo visitaba con toda su gente, en el Cielo. Por eso, barcos muy grandes llegaban a *Amenadiña*. Navegaban por *Dama* y llegaban a *Motadewa*, el pueblo celeste de *Wanadi*. Los barcos de *Hurunko* iban vacíos por el mar, después regresaban llenos, descargaban toda clase de mercancías del Cielo en *Amenadiña*, en las orillas de la Tierra. Iban, regresaban. Iban, regresaban.

Wanadi tiene grandes tiendas en *Motadewa*. Tiene montones de mercancías para los hombres buenos. *Hurunko* y su gente están encargados del comercio. Sólo ellos pueden navegar en *Dama*. Los *Matihuhana* también conocen el secreto, también navegan en *Dama* con sus piraguas, pero no pueden atravesar el mar, no llegan a la tierra de *Wanadi*, la del Cielo. Ellos saben que el hierro, que todas las riquezas vienen del Cielo, por eso sólo comercian con *Hurunko*. Los *Matihuhana* tienen el cargo del transporte tierra adentro desde *Amenadiña*.

Así lo contó *Hurunko* a los *Waitie* cuando los agasajó en su casa, cuando llegaron a *Amenadiña*. Los *Waitie* le dijeron: —Nosotros somos pobres. Venimos del poniente, de muy lejos, tierra adentro. Sólo hacemos conucos, navegamos por los ríos. Más nada Sabemos. Traemos con nosotros dos hombres para hacerte unas canoas para cambiártelas, pero tú tienes grandes barcos, nada necesitas de nosotros.

Hurunko se embriagó con los *Waitie*, luego dijo: «Nosotros solo somos encargados de regalar las mercancías del Cielo. No son de nosotros, son de *Wanadi* y las damos a la gente buena, gente de *Wanadi*, no la damos a la gente mala. No la damos a los *Fañuru*, a la de *Ankosturaña*. Ahora la vamos a dar a vosotros, gente de *Wanadi*. Pueden llevar *aracuzas* a sus gentes para defenderse de los *Fañuru*, de los *Shidishana*, gente de *Odosha*. Después los sacarán de sus tierras, tomarán a *Ankosturaña* y la devolverán a *Iaranavi*, nuestro hermano».

Ahora *Iahena Waitie* volvió a la Tierra de nuestros abuelos, con sus canoas cargadas de mercancías. El fue a todas las casas, la de los *Yekuana*, de los *Dekuana*, la de los *Ihurubana*, la de los *Kunuhubana*. En todas celebraron fiestas con sus curiaras llenas. Ellos miraban Las *aracuzas*, Las mercancías de *Amenadiña*. Eso fue el principio de Las fiestas que nosotros celebramos cuando nuestros mercaderes vuelven de lejos.

Después murió *Iahena Waitie*, fue el último *Waitie*. Sus hijos no se encargaron. Así se acabó el linaje de los grandes jefes. Ahora nuestros abuelos ya conocían los caminos hacia el *Kanukuhidi*. Enviaron mercaderes hacia el oriente para negociar. Ellos fueron hacia *Uaiante* (Auyantepuy) y el Monte *Dodoima*, hicieron casas y conucos cerca de los *Eti*, allí se quedaron. Desde allí, algunos se fueron hacia el norte, en busca de *Amenadiña*. En las cabeceras del río *Mazarumi* hicieron canoas; navegaron aguas a abajo, llegaron a la orilla del mar, a *Amenadiña*. Allí llegó un mercader *yekuana*, se llamaba *Shiriche*. El no regresó más. El se casó con una mujer de la casa de *Hurunko*. Hizo allí su casa, sus conucos. Tuvieron hijos. Ellos hacían canoas y rалlos para *Hurunko*, y los pagaban con hierro, escopetas y mostacillas. Cuando los mercaderes llegaban del Roraima, los recibían en la casa de *Shiriche*. Descargaban, compraban a *Shiriche* las mercancías de *Amenadiña*.

Está bien. Ahora contaré la historia de *Kadahiawa*, el *Huhai*. El trajo todos los males a nuestros abuelos. El acompañó a *Iahena Waitie* y a sus hijos cuando buscaban el hierro a la orilla de *Dama*. El vigilaba a los *Huhai* de los *Matiuhana* para rechazar sus maleficios. El no rechazó. No cumplió su cargo. Era ignorante. No tenía poder; se dejó dañar por los *Matihuhana*. Después dañó a su propia gente. El destruyó a los hijos de *Iahena Waitie*. Por su culpa se acabó el linaje de los *Waitie*. El perdió la sabiduría, el poder, de los antiguos *Huhai*. Nuestros abuelos no tuvieron protección contra los daños de las gentes extrañas, los maleficios llegaron a los *Yekuana* y a los *Dekuhana*. La gente se volvía loca. Pelearon entre sí. Las tierras quedaron despobladas en el Bajo *Ventuari*. Por culpa de *Kadahiawa* los *so'to* disminuyeron. Antes de él, eran muchísimos. Ahora sólo queda muy poca gente a causa de él.

Cuando *Iahena Waitie* y sus hijos consiguieron el hierro con *Hurunko* en *Amenadiña*, *Kadahiawa* se quedó en el monte. Él vigilaba, vigilaba a los *Matiuhana*. Ellos enviaban a los *Kanaima* contra las otras tribus. Los *Kanaima* no eran espíritus, eran hombres. Los *Huhai Matihuhana* los controlaban, ponían en ellos espíritus malos; después los soltaban por los montes, por las selvas. Los *Kanaima* tomaban formas. Parecían jaguares, anacondas, cualquier animal dañino. Ellos comen por todas partes, como locos. Estrangulaban las gentes, las comían. Cuando miraban a uno, lo volvían loco. El que los miraba, no se escapaba, enseguida se volvía *Kanaima* como ellos, por el poder de su mirada. Corría, corría, en busca de otra gente para dañarla. Cada día había más *Kanaima* entre las tribus vecinas de los *Matihuhana*.

Así empezaron los *Kanaima* entre los *so'to*, nuestros abuelos. *Kadahiawa* miró a un *Kanaima*, no supo defenderse, perdió su poder, su sabiduría. Se volvió loco. El empezó a correr por las montañas. Los hijos de *Iahena Waitie* lo vieron, enseguida se volvieron *Kanaima*, empezaron a correr. La gente tenía miedo.

Kadahiwa llegó a las casas de los *Yekuana*, en los ríos *Merevari* y *Arakasa*. Los *Yekuana* lo miraron, enseguida fueron dañados. Empezaron a correr por todas partes, esos *Kanaima*, como animales malignos. Comían gente. En los caminos habían montones de huesos de la gente comida. Ahora los *Kanaima* corrían por todas partes; en el *Emekuni*, *Kamarakuni*, *Erewato*, *Antawari*. Los *so'to* ya no tenían *Huhai*, ya no tenían jefes para defenderlos.

Después los *Kanaima* quisieron entrar en tierra de los *Kaliana* (Sape). Ellos vivían cerca de los *Yekuana*, en la montaña *Kueki hidi*. Esa gente no había perdido la sabiduría. Tenían poder. Rechazaron los *Kanaima*. El jefe de ellos subió al Cielo, llegó a la Casa de los Sabios *Setawa*, los espíritus de la *Maraka*. Les pidió su *maraka*, volvió a la Tierra Era la *maraka* de *Medatia*. Por eso los *Huhai* de los *Koliana* heredaron el poder, la sabiduría de *Medatia*. Con su *maraka* rechazaron los *Kanaima*. Ahora la *maraka* se llama *Setawa Kaliana*, en recuerdo de esa gente. Los *Kaliana* guardaron la sabiduría. *Kadahiwa* la perdió.

Después, los *Kanaima Yekuana* siguieron corriendo, corriendo por las casas de nuestros abuelos. Llegaron al Bajo *Ventuari*, allí vivían los *Dekuana*. Había allí muchísima gente. No podían defenderse, ya no tenían *Huhai* a causa de *Kadahiwa*. Los *Yekuana* llegaron, eran *Kanaima*, se comieron muchos *Dekuhana*, sus hermanos. Llegaron a la otra orilla del Bajo *Ventuari*. Allí vivían los *Maku*. Esa gente tenía *Huhai* poderoso. El *Huhai* pensó: «¿Cómo protegeré a mi gente? Ahora mandó a recoger los huesos en las tierras de los *Dekuhana*. Le llevaron esos huesos; con el poder de los huesos, el *Huhai* de los *Maku* controló a los *Kanaima*. Así los *Maku* no recibieron daños, pero los *Dekuhana* murieron casi todos. Hoy no queda ninguno de ellos en el Bajo *Ventuari*.

Los *so'to* se comían entre sí casi se acabaron todos a causa de los *Kanaima*. Luego ellos pensaron: «No tenemos *Huhai*. Todos nos vamos a morir. ¿Qué vamos a hacer ahora?».

Entonces ellos enviaron una gente a la casa de los sabio *Kaliana*. Ellos les pidieron protección. Ello los ayudaron. Así se acabó el tiempo de los *Kanaima*. Después los *Kaliana* mandaron a los *so'to* nuevos *Huhai* para protegerse. Así se salvaron los *so'to* Esa es la historia de los *so'to*.

GLOSARIO MÁGICO-MÍTICO

A

Adahame (=Arahame). Uno de los tres caños cuya confluencia forma el río *Kuntinama*, nace en las cumbres del Cerro *Dekuhana hidi*. Sabana del mismo nombre, cercana al caño, donde *Wanadi* bajó a la Tierra y más tarde creó a *Wahnattu*.

Adahana. Véase *Aichuriaha*.

Adahe. Conuco, huerta.

Adahe Ademi Hidi. La Fiesta del Conuco Nuevo, la más importante fiesta anual de los *so'to* que se realiza entre el desbroce y la plantación. Dura hasta cinco días con sus respectivas noches. En dicha ocasión los *Aichuriaha* (o *Aichudiaha*) recitan parte del *Watunna*.

Adashi. Dueño de las Cumbres, vive dentro de la montaña. Celoso de su dominio, castiga a los viajeros que hacen ruidos, tiran piedras, cortan plantas o matan animales sin su permiso. Cada cumbre es un lugar sagrado así como lo es también cada laguna, río, raudal o quebrada de los *mawadi*; por eso los viajeros deben tomar precauciones. El Dueño de las altas moradas gusta de la quietud y del sereno reposo: si el inoportuno imprudentemente lo disturba, el *adashi* se desencadena como tempestad.

Adekato. Sueño; pesadilla; ilusión; fantasma; engaño; hechizo; sortilegio. Metamorfosis del *akato* por sortilegio de *Odosha* y de los *Odoshankomo* durante el sueño nocturno o después de la muerte del hombre. Fantasma nocturno con forma de animal o

de demonio. El *adekato* es considerado como un aspecto ilusorio de un *akato* prisionero. El *akato* convertido mágicamente pierde la memoria de su identidad y cree ser de verdad un animal o demonio quejándose prisionero en la casa de los demonios debajo del agua o de la tierra

Ademi (= *Aremi*). Canción sagrada; fiesta donde se canta el *Watunna*.

Adeu. La palabra; canto; lenguaje. Cada «pueblo» o «Casa» de cada especie de seres: animales, plantas, hombres y objetos, tiene su propio *adeu* secreto, desconocido de los demás «pueblos» y que lo caracteriza. El *adeu* es el don de *Suamo*, el espíritu dueño de la especie. Con su *adeu* las criaturas llaman a *Suamo*, su protector y le piden amparo. El *Huhai* iniciado por los *Wediña kana*, sabios espíritus dueños de todas las especies, entiende y habla todos los *adeu*, lo que le permite dominar todos los seres y sus respectivos *suamo* por invocación o reclamo. El *adeu* tiene poder mágico eficiente y creador.

Adichawo. Hija del Espíritu-Jaguar *Sahatuma*, mujer *Momiñaru* en *Kaichama*.

Aduhuo. Mujer de *Kawakadi*, el dueño de la Cerbatana.

Ahemadi (= *Ahenomadi*). Soplo: aliento; humo ele tabaco, vehículo de *dota'di*: poder curativo de los *Huhai*. Posee una virtud ambigua: de vida y efe muerte; creación y destrucción; curación y maleficio. Los sabios *Attitudihana*, espíritus instructores de los *Huhai*, son los dueños de *ahemadi* o *ahenomadi*.

Ahisha. Garza Blanca (*Casmerodius albus agrettus*). Dueño del hierro. Aspecto de un ser mitad hombre, mitad animal, de *Iaranavi*: apareció en *Manafiari* y viajó con *Tukui* a *Amenadiña*. Más tarde, los Gemelos descubrieron su hierro y se lo robaron.

Ahishama. Turpial (*Icterus icterus*). Pájaro mítico: subió al Cielo por una escalera de flechas siguiendo a *W'laha* cuando escapaba de *Kwamachi*. Se transformó en la primera estrella del Cielo antiguo.

Ahotte. Pendientes de los brazaletes que cuelgan de los bíceps, usados en las danzas ceremoniales. Están hechos de perlas, plumas de tucán y de loros o algodón silvestre, semillas y cuentas.

Aichudi. Canción sagrada que se entona en ocasión de exorcizar, de purificar o de curar una dolencia.

Aichudiaba (= *Aichuriaba*). Los que cantan las tradiciones de los *so'to*; los sueños del *Watunna*. Enseñan cantando a los jóvenes las señales que dejaron los antiguos.

Aikú (= *Akubua*). *Ñopo* o *yopo* (*Piptadenia* peregrina). Leguminosa alucinógena de la cual se extrae un polvo que se aspira por la nariz usando una caña. Usada bajo el control del *Huhai* provoca el «viaje» del *akato* a los mundos invisibles y los pone en contacto con la gente del cielo y de las tinieblas.

Akato. Espíritu personal y eterno del hombre: poderoso y sabio. Es invisible, pero material; posee su cuerpo propio inmortal. Preexistente al nacimiento del hombre, sobrevive a la muerte del mismo. Después de la muerte el *akato* puede caer en poder de espíritus tenebrosos y cambiado bajo la forma ilusoria de *adekato* o bien, lograr un reposo y refugio en un lugar subterráneo donde descansan los espíritus difuntos de los hombres en espera de una nueva encarnación terrestre. El *akato* comunica la vida al cuerpo del hombre, es su guardián, su dueño, su protector contra los espíritus malignos. El *akato* tiene dota di, soplo, sabiduría y poder para defender al hombre contra el espíritu de la noche.

Akene. Agua virgen o primitiva, fuente de toda vida, depósito de *dota'di*. Es de color azul profundo y forma el lago celeste *Akúena*. Se confunde con la infusión azul del *kaabi*.

Akuaniye. La hierba de la paz. *Kwamachi* la llevó consigo al Cielo y la ofreció a *W'laha* para hacer la paz, la reconciliación.

Akudi. Picure (*Dasyprocta aguti lunaris*). Se rió de *Manuwa* y le tiró un viento cuando lo encontró sin ojos; *Manuwa* se lo comió cua do recuperó sus ojos.

Akúena. El lago celeste de la vida, la salud y la resurrección situado en *Iadiñakuwa*, país mítico en el centro de *kabuña*.

Amaduwakadi. Estrella de la Mañana, Venus.

Amenadiña. El principal fuerte holandés localizado en Guayana, en la desembocadura del río Esequibo o *Aménadi*. Los *so'to* comerciaron con los holandeses en *Amenadiña* en el siglo XIX. Puerto de *Hurunko Amoahocho*. Juego erótico que jugaron *Wanadi* y *Kaweshawa* en el Caño *Tukudi* del *Kununuma*. Sebucán miniatura usado para extraer el aceite de las semillas de ciertas palmeras. Se utiliza tradicionalmente en juegos comunitarios rituales entre hombres y mujeres para decidir sobre el sitio de la residencia matrimonial.

Ankosturaña. Angostura. Originalmente residencia de *Iaranavi*; más tarde fue invadida y conquistada por los *Fañuru*. Asentamiento fundado en las riberas del río Orinoco, hoy conocido como Ciudad Bolívar, capital del Estado Bolívar.

Ankosturanankomo. Angostureño; de Angostura.

Anadudu. Viga maestra vertical de la casa a lo largo de la cual los *Huhai* vuelan para viajar a los cielos y al inframundo. Representación microcósmica del eje del mundo, siendo el mundo identificado con la casa o *atta*.

Antawari. Ramal principal de las cabeceras del río *Ventuari* o parte superior del curso de este río. En los mapas modernos figura como *Antabare*.

Aracasa. Río que le cae al *Farimi*, *Parima* (Uraricoera).

Aracusa (= *Aracusa*). Derivado de la voz hispana «arcabuz». Escopeta, rifle. La primera escopeta provenía de *Kanukuña*, el pueblo de los *Matiuhana*.

Atta. Casa comunal. Considerada una réplica del macrocosmo. Aldea.

Atta Ademi Hidi. La Fiesta de la Casa Nueva.

Attawanadi. El tercer *damodede* de *Wanadi* en la tierra. Trajo a *Shi*, a *Nuna* y a *Shirishe* para que alumbraran la tierra que

Odosha había oscurecido. Como señal de su poder construyó la primera casa en un cerro del río *Kuntinama*, otra en Wana-hidi y muchas otras más.

Attitiudi Hana. Uno de los grupos de espíritus-*Huhai*: dueños de *Iakuda huana*, pueblo celeste, de *ahemadi* (o ahenomadi) y de Wedina *kana*. Instructores de los *Huhai* terrestres en la vocalización y entendimiento de los *adeu* de los diversos seres en el universo como partes de un lenguaje mágico cuyo poder abarca todos los mundos.

Atta Washino (= *Tabashino*). Uno de los tres pedazos del gran árbol *Mará'huaka* que se transformó en montaña. Cumbre de la meseta donde enterraron los huesos de *Dinoshi* y crece la *kurata*.

Auabosho. Afluente derecho del río *Kunukunuma*; cascada del *Kushamakari*; lugar donde vivía el suegro de *Wanadi*.

Ayadi. Barbasco (*Lonchocarpus sericens*; *Piscidia guaricensis*; *Clibadium spp.*). El zumo de esas plantas se usa para adormecer a los peces y atraparlos fácilmente cuando flotan en la superficie del agua. *Attawanadi* les enseñó a los *so'to* la pesca con barbasco.

A'Tey. Banco mágico del *Huhai*. (Véase *Huhai*).

B

Baniwa. Banivas. Tribu de la familia lingüística *arawakana*. Un grupo de ellos se localiza en Maroa, en el caño *Casiquiare*.

Bijao. (*Heliconia bihai*) Planta cuya hoja muy parecida a la del cambur tiene múltiples usos entre los *so'to*.

C

Caruto. Árbol (*Genipa americana*). Con el aceite vegetal de color oscuro que se extrae del fruto se prepara una tintura para

pintarse la cara y el cuerpo durante las fiestas que celebran los *so'to*.

Casabe. Pan de yuca amarga muy importante en la alimentación de los *so'to*.

Cataniapo. Caño del río Orinoco donde creció la mata de *aiku* (*akahua*).

Catumare. Especie de morral hecho de fibras vegetales sujeto en la espalda para cargar pescados, cacería, etc.

Chákara. Bolso; cartera hecha de piel de jaguar o de mono en la cual el *Hubai* lleva sus tabacos, hierbas y poderes. *Wanadi* guardaba la Noche en su *chákara*, pero *Iarakaru* la abrió, desobediendo a *Wanadi*, y por su culpa la Noche oscureció toda la Tierra y vinieron otros males.

Conuco Adahe. Huerta familiar donde se cultiva yuca, maíz, cambures, piñas, ajíes, batatas, ocumos y tabaco.

Cucurito. Véase: *Wasai*.

Curare. Veneno. Mixtura de esticnina y sapos venenosos usada en flechas y cerbatanas. El primer *curare* lo hizo *Kudene* para matar a *Dinoshi*. Los *so'to* obtenían el *curare* a través del comercio con los *Fiaroas* y los *Makus*.

Curiara (= *Cudiada*). Embarcación tallada en un tronco de árbol.

D

Dabadehúdi. Río *Labarejuri* en las cabeceras del río Uraricoera (o *Farimi*). Antigua aldea *so'to* situada a lo largo del mismo río.

Dako Dako. Pequeñas flautas obtenidas de una variedad de bambú llamado *shamedí*; se tocan durante el *wanwanna*.

Dama. Mar universal que rodea el universo por todas partes: Cielo, Tierra e Inframundo. Durante el diluvio provocado por

Iureke cuando derramó el *shimi* de *Hui'io*, *Dama* inundó la tierra entera.

Damodede. Espíritu mensajero o doble concebido como un *akato*. *Wanadi* envió su *damodede* a la Tierra. Sólo *Wanadi* y los *Huhai* pueden controlar los *damodede*.

Dariche (= *Dadiche*). El Gran Vencejo (*Streptoprocne zonoris*). Pájaro mítico, mensajero de *Semenia*. Trajo a la tierra la primera agua celeste y la depositó en el *Kashishare* o *Casiquiare*.

Dede. Murciélago pescador (*Noctibio Leporinus*). Amigo de *Wanadi*: encargado por éste de no dejar caer *huehanna*, pero se atravesó *Fi'cha*.

Dedewashi Iamo. La Gente-Murciélago: dueños de la *maraka* cuya morada es *Mahekuna hana*. Una de las seis órdenes de sabios instructores celestes de los *Huhai*: maestros en el arte de curar y de ahuyentar a los demonios. Sus *marakas* no se agitan ni cantan porque les faltan *wiriki*, pero tienen su propio poder mágico.

Dekuhanna (= *Dekuana*). Cerro donde nace el río *Adahame* o *Arahame*; sabana donde nació *Wahnattu*. Una de las cuatro divisiones de los *so'to* que ocupó el Alto *Ventuari*: fueron diezmados por sus hermanos *Yeku'hanna* cuando *Kadaihawwa* los convirtió en *kanaimas*.

Dewaka. Fruta silvestre y árbol que la produce, no identificado. Como un ardido para atrapar a los *Shirishe*, *Kwamachi* invitó a *W'laha* a comerla.

Dihuku. Sardinita que se tragó a *Kwamachi*, cuando al nacer se cayó al río.

Dinoshi. Ave rapaz (*Harpía harpyja*). De aspecto gigantesco, mítica, bicéfala, sanguinaria; azotó a la Tierra; se comió a *Enneku*. Fue envenenada con el primer *curare* que preparó *Kudene*.

Dinushi. Temblador (*Electrophorus eléctrico*). Uno de los tres guardianes del lago *Akúena* y del *dota'di* universal.

Dodoima Hidi. Meseta y montaña Roraima donde retoñó la primera yuca, por eso se llamó así el primer árbol de yuca que plantó *Kuchi*, después se convirtió en montaña. Está situada en los límites entre Venezuela y Brasil. Son las montañas más altas de Guayana y las más sagradas para muchas tribus. Antiguamente vivía allí un grupo de *so'to*, hoy ya extinguidos.

Dota'Di. Fuerza mágica por excelencia; poder genérico y germinativo universal, principio de la fuerza, juventud y salud, presente en todos los seres. Fuerza curativa contra demonios y hechiceros. Puede compararse con el mana de los polinesios. Protección mágica; poder universal e impersonal de vida y muerte. Fuerza sexual.

Duida. Meseta grande situada en el lado sur de la montaña *Kushamakari*; domina el río *Kunukunuma* hacia el oeste, el Orinoco y La Esmeralda hacia el sur.

Duka Deddi. Gran collar de colmillos de báquiro (*Tayassu pécarí*) ensartados en una sola hilera. La mitad del collar con los colmillos de mayor tamaño cuelga en el pecho del bailarín, y la otra mitad, con colmillos gradualmente más pequeños, cuelga en la espalda.

E

Edenawadi. Mujer mítica que participó en los esfuerzos para sembrar la primera yuca y fecundar la tierra: fue enviada al *Dodoima* (Roraima) por *Kamaso* para que *Kuchi* le entregara la estaca de yuca.

Edewato. Río Erebató, afluente del Cauca: en sus orillas vive un grupo *so'to*.

Ekuaí (= *Kukai*). Moriche (*Mauritia minor*). Palmera cuyas cenizas contienen mucho *dota'di*, se ingieren para obtener fuerza y vencer la fatiga. Durante el diluvio, esta palmera sirvió de

amparo a *Iureke*. *Kuinadi*, el pájaro dueño del moriche, reveló a *Wachamadi* el poder mágico del *ekuaí* tomando sus cenizas con *iarake*.

Ekamatahedi. Cuentos cuyo conjunto, conforma la tradición tribal (= *Watunei*).

Eneiadi (= *Enniadi*). El mercader *makushi* que hizo trato con *Iahena Waitie* intercambiando «el hierro» por la casa y los conucos de éste. Les reveló a los *so'to* de la isla *Maraka*, la existencia de *Kanukuña* y de los *Matiuhana* que comerciaban «el hierro» con *Hurunko*.

Enneku (= *Ekedu*). Culebra mapanare (*Lachesis mutus*). Mujer mítica; mujer de *Kasénadu*. Una de las cuatro serpientes venenosas que envió *Ñomo* a cuidar el conuco de *Kasénadu*. Fue devorada por *Dinoshi*.

Ennemadi (= *Ennemenadi*). Uno de los seis grupos de los maestros celestes: dueños de los *wiriki*, los espíritus-cristales. Su pueblo invisible se llama *Weueina*.

Esheu. Zorro guache (*Nasua solitaria*). Personaje mítico; desfloró a *Kaweshawa* con una punta de hierro que le dio *Abisha*, destrozándole los dientes al pez caribe guardián de su virginidad.

E'ti. Véase *Makushi*, *Enneiadi*.

Ekuaí hidí. Montaña Moriche. Árbol hoy petrificado que amparó a *Iureke* durante el diluvio; montaña situada en las cabeceras del *Antawari*, *Merevari* y *Erebato*.

Ewiti. Madrigueras invisibles, moradas de los espíritus; (*adashi*) en el interior de las montañas; la casa de *Kaddio*.

F

Frade. Corrupción del vocablo «padre». Así llamaron los *so'to* a los misioneros de Caracas cuando *Kahiuru* pretendió sacrificar a *Wanadi* colgándolo de *Kruza ake*.

Fakudi hidi. Montaña entre las cabeceras del río *Kawai* y el *Davarihudi*.

Fañuru. Una raza de hombres blancos, malos, amigos de *Kabú* (*Odosha*). Persiguieron a *Wanadi*. *Fañuru* es una palabra derivada del *kariña*, *pañoro*; corrupción del vocablo «español».

Farawa. Río Paragua; nace en territorio de los *Kaliana* o *Sape*, tribu de poderosos *Huhai*; después de un largo trayecto se une al río Caroní.

Farimi. Río Parima o Uraricoera; nace cerca de *Ihuruña* y desagua en el río Branco (Brasil). En su largo trayecto se encuentra la Isla *Maraka* donde fundó *Iahena Waitie* una casa.

Farimiña. Casa de *Wanadi* en el río *Farimi*.

Faru Hidi. Árbol gigante que llegaba al Cielo y se convirtió en el cerro Parú al noroeste del río Ventuari. *Wanadi* ató de sus ramas a *Kaweshawa* con un bejuco *mamure*, luego la soltó en medio del lago *Akúena*.

Fauhi Ewiti. Casa del hombre-paují donde *Kurunhumo* llevó a *Kaweshawa*, mujer de *Wanadi*, después que la raptó. Pico rocoso situado cerca de la meseta del *Mará 'huaka*.

Fendare. *Pendare* (*Minusops bidentata*). Árbol de chicle. *Wanadi* descubrió los poderes curativos de la leche que brota de este árbol para curar las heridas.

Fhadamu. Río Padamo. Le cae al río Orinoco cerca de La Esmeralda o *Meraraña*.

Fhatta. Véase *Atta*.

Fiaroa. Hombre hecho por *Wanadi* con la tierra colorada del cerro *Sipapo*; después lo lavó con agua sucia y por eso quedó manchado. Los *Fiaroa* proveen a los *so'to* de *curare* y *aikú*. Están ubicados al oeste del río Ventuari.

Fiaroankomo. Tribu Piaroa, vecina de los *so'to*.

Fi'cha. Vaco (*Piaya capaya*). Pájaro mítico, prototipo del hombre pretencioso y desobediente. Se le escapó *Huehanna* y éste se destrozó contra una piedra.

Fijiguao (=Pijiguao). Palmera (*Guilielma gasipaes*). Sus frutas son muy apetecidas por los *so'to*. Un racimo de *pijiguao* aplastó el hocico de *Odoma*.

Fri'mene. Hermana joven y bonita de *Nuna*; escondió *Huehanna* en su vagina para salvar a los hombres de su temible hermano. Huyendo de *Nuna* se convirtió en *Hui'io*.

Fuenna (= *fwenna*). Véase *Huenno*.

H

Hadewa. El Gran Pez o padre de los peces. Vive en la casa celeste de las estrellas llamada *Shidishe Kumenadi*. Las estrellas sólo se alimentan con los peces, hijos de *Hadewa*.

Hanadakidi. Fonética *so'to* del vocablo *kariña* y *makushi*: *Paranakiri* (hombre de mar). También designa a *Hurunko*.

Hanna (= *Hana*, *Huana*). Sufijo que significa «gente de». Casa o pueblo celeste, residencia de los espíritus poderosos. Existe una serie de *Huanas* donde viajan los *Huhai* para iniciarse y recibir el poder mágico.

Hauhi Ewiti. Véase *Fauhi Ewiti*.

Haubishodi. Uno de los raudales del río *Kunukunuma*.

Hekudu. Demonio que ayudó a *Kabiuru* para que apresara a *Wanadi* en *Karakaña*. Hombre oscuro.

Hidi. Montaña. Hay otra palabra que sirve como verbo auxiliar cuando se agrega a un nombre como *Aremi* (canción), *Hidi* (cantar).

Hiñamo Hudu. Mujer de *Wanadi*, la hizo mientras soñaba con la ranita tejida y pintada en su petaca. Como vivía pintándose la cara, *Wanadi* la dejó.

Hiuena Shodi. Raudal del *Kunukunuma*.

Höhottu. Pavita nocturna (*Claucidium brasilianum*). Pájaro mítico, espíritu consejero de los *Huhai* y uno de los tres dueños

de la Casa Celeste de los Pájaros. Amigo de *Wanadi*, sobrevivió al diluvio y protegió a la Tierra contra la destrucción de *Odosha*.

Homakadi. Vivienda familiar de forma oblonga

Huahi. Malla redonda de fibra vegetal para recoger el pescado durante la pesca con barbasco (*Clibadium spp.*).

Huasha. Cuñado, compañero, amigo.

Huasudi (= *Wasudi*). El Arco Iris, arco celeste que resulta del juego entre el Agua y el Cielo; refleja el connubio del Agua (Femenino) y el Sol (Masculino): representa la cópula mística de la Madre y del Padre en la vida universal. La Corona de Plumas de *Hui'io*, el símbolo de la Gran Serpiente Emplumada. Posee mucho *dota di* y es temido por fecundar mágicamente a las mujeres.

Huecheti Demadi. Casa de los Vientos, tenebroso poblado de demonios, país intermedio entre la Tierra, el Inframundo y el Cielo donde los *akato* son sometidos a pruebas y suplicios antes de llegar a la morada definitiva y corren el riesgo de sufrir metamorfosis en animal o quedar prisioneros. Comprende varias casas de suplicios. Los Vientos-demonios soplaron para hacer caer a *Medatia*, pero no lograron su propósito.

Huehanna. Huevo con cáscara de piedra que contenía los *akato* de los hombres terrestres por nacer. Uno fue destruido y sus *akato* cambiados en peces, otro está escondido en *Waruma hidi* con los hombres de *Wanadi* por nacer cuando *Odosha* haya desaparecido de la Tierra.

Huennno (= *Fuenna*, *Fwenna*). Gallineta de Agua (*Porphyrula martinica*). Rescató a *Makushi*, pero por las imprudencias de éste, lo abandonó de nuevo a su suerte.

Hubai. Espíritu no humano con forma humana; ser que posee un *akato* muy poderoso relacionado con los mundos invisibles: tiene mucho *dota'di* para proteger y defender a la gente de los espíritus malignos. Cuando un *Hubai* muere su *akato* va directamente al Cielo. Personaje, brujo o shamán, adivino,

consejero y curandero de una comunidad local: defiende a los suyos de los *odoshankomo*, rescata los *akatos* robados, cura a los enfermos o víctimas de maleficios y venga a sus parientes muertos. *Medatia* fue el primer *Huhai* y antecesor de los de ahora. Entre los instrumentos más significativos del *Huhai*, además de la *maraka* con sus *wiriki* y el tabaco, está el *A'tey*, banco de madera esculpido en forma de jaguar o de mono donde se sienta para viajar al cielo y recibir las instrucciones de los Setawa Kaliana.

Huicha. Poderoso *Huhai* con apariencia de pájaro.

Huidoni. Río que se junta con el *Kuntinama* al pie del Mara'huaka, lugar donde los *Fañuru* escondieron una carga de oro y se convirtieron en piedras grabadas y envenenadas.

Hui'io. Espíritu con apariencia de serpiente emplumada; dueña de las aguas, de los *mawadi* y del Arco Iris; diosa de las lluvias, de la fertilidad de la Tierra y las mujeres. Todos los seres vivientes participaron en su sacrificio en la primera cacería. Una representación pictográfica de la Gran Serpiente Emplumada, Dueña de las Aguas y de la vida terrestre se encuentra a 12 Km de altura, Alto Orinoco, fue descubierta por Chaffanjon hace un siglo.

Huitio (= *Wiwiio*). Pato *güirirí* (*Dendrocygna autumnalis*). Ave acuática pescadora de corona y cuello pardo rojizo y pico rosado encendido: forma animal en la cual se transformó la *totuma* de *Frí'mene* cuando cayó al suelo mientras huía de *Nuna*. Figura mítica que juega un papel importante en la transformación de *Frí'mene* en la Gran Serpiente.

Hurunko. Hombre de piel blanca creado por *Wanadi*, en la desembocadura del río Esequibo o *Amenadi*; comerciantes holandeses que ocuparon esa parte de la Guayana. *Hurunko* comerció «el hierro» (machetes, cuchillos, hachas, etc.) con los *Waitie*.

I

Iaco. Hormiga veinticuatro (*Paraponera spp.*). Hormiga gigante cuya picadura causa fiebre muy fuerte, uno de los insectos más temidos en toda la Guayana. Según la leyenda bajaba del cielo cargando agua que volcaba en el caño *Casiquiare*.

Iadekuña Hana (=Huana). Nombre de una de las seis casas celestes donde viven los *Setawa Kaliana*, grandes maestros de sabiduría. Eran dueños de esa casa.

Iadiña Kurwa. Casa de los dueños del *dota'di*, centro del cielo; lugar de descanso de los *akato* bienaventurados. País de la luz, de abundante comida, salud y vida eterna donde se halla el lago *Aküena*.

Iahena- Waitie. El tercero y último del linaje de los *Waitie*, Kahitana que llegó hasta *Amenadiña* en busca del hierro.

Ia'hi. El Gallito trompetero (*Sophia crepitans*). Disparó la flecha envenenada con *curare* que preparó *Kudene* contra *Dinoshi*.

Iakuda Huana (= *Iakuda Hana*). Nombre de la casa de los *Attitiudi hanna*, los grandes maestros que viven en el cielo.

Iamankave. Dueña celeste de la comida; guardiana del mañoco. *Attawanadi* le pidió comida para la gente hambrienta de la Tierra y envió un *damodede* cargado de mañoco. Castigó a *Kuchi* desollándolo y colgándolo de una cerca por robarle una estaca de yuca.

Iamo. Río que nace en las alturas de la meseta *Marahuaka*; forma una cascada gigantesca en el farallón de la meseta y sigue su curso hasta caer al río *Kunukunuma*.

Iarakaru. Mono blanco (*Cebus apella phatuellus*). Sobrino de *Wanadi*, cuidó el cuerpo de *Kumariawa*; abrió la *chákara* mágica de *Wanadi* por curiosidad y la Noche se escapó oscureciendo toda la Tierra.

Iarake. La más importante de las bebidas rituales en las fiestas de los *so'to*; está hecha a base de mañoco. La borrachera ritual con *iarake* bajo el control del *Huhai* permite a los miembros varones de la tribu entrar en contacto con los mundos invisibles.

Iaranavi. Hombre vestido; criollo; dueño de hierro. Puede cambiarse en Garza Blanca. Creado originalmente por *Wanadi* fue una criatura buena y sabia, rica y poderosa, pero cayó en manos de los demonios y mezcló su sangre con ellos. Fue llamado «El Embustero» y «El Hipócrita» porque le mintió a *Wanadi*.

Iaruruko. Mato de Agua (*Tupinambus nigropunctatus*). Participó en la muerte de la madre de *Kuamachi*.

Iavaranas. *Yabaranas*, tribu del río *Manafari* o *Manapiare*.

Ia'wa. Pez pavón (*Cichla ocellaris*) Se tragó a *Knamachi* después que salió del vientre de *Dihuku*.

Ihette (= *Hehtu*, *Ibiti*). Se refiere a la pierna de uno de los compañeros de *W'laha* que fue mutilado por los caimanes; llegó al Cielo por la escalera de flechas y allí se pegó al cuerpo de su dueño y se convirtió en la Constelación de Orión y su Pierna Cortada.

Ihuruhana. Grupo geográfico de los *so'to* residenciado en la vasta región de las cabeceras del *Antawari* (Alto Ventuari), Merevari Emekuni (Alto Caura), y Padamo y Adahame (Alto Kuntinama). Significa Gente de las cabeceras.

Ihuruña. Territorio donde nacen varios grandes ríos: Padamo, Erebató, Kuntinama, Ventuari, Arahama y Caura. Es la tierra de los *Ihuruhana*, la patria ancestral de los *so'to*. Allí surgió el primer *so'to*, en *Arahame*, por eso es respetado como sitio sagrado y originario. Allí se encuentran también el monte *Dekuhana*, *Wana hidi* y *Kamaso wochi*.

Ihuruñankomo. Cabecereño; habitante de *Ihuruhana*.

Ioroko. Demonio; intentó subir al cielo por la escalera de flechas y fue devuelto a «lo oscuro» por orden de *Kuamachi* cuando *Ka'she* cortó la escalera.

Itidi Toho. Calabacitas rituales y protectoras que contienen amuletos y plantas mágicas para protegerse de los Demonios. Se suelen llevar durante los viajes por senderos desconocidos, apartados y peligrosos.

Iukati. Río que nace en la meseta del *Kushamakari*, forma una catarata y cae al río *Kunukunuma*.

Iukuta. Bebida refrescante a base de maíz, es de uso diario entre los *so'to*.

Iumakawa. Hermana de *Kuchi* que vive en el Cielo; salvó la vida de su hermano después de haber sido desollado y colgado por *Iamankave*, la dueña celeste de la comida. La identifican con una lapa y dicen que le hizo la nueva piel a *Kuchi* con hojas de tabaco.

Iureke. Hijo de *Wanadi*; el mayor de los hermanos gemelos. Héroe burlador, embustero y jocoso, pero también vengativo y destructor. Trajo a la tierra el diluvio para vengar la muerte de *Hui'io*. Nació del huevo de un pez y se apoderó del fuego de *Kawao*. Engañó de muchas maneras a sus enemigos, en particular a *Manurwa*. Es un bromista de nacimiento en razón de lo cual es uno de los personajes más populares de los mitos.

K

Kaahi. Bejuco alucinógeno (*Banipteros caapi Spruce*). Planta sagrada que usan los *Huhai* para viajar a los mundos invisibles y entrevistarse con los *akato*. La decocción del *kaahi* tiene un color azul profundo y se identifica con *Akene*, el agua virgen del lago *Akiúena*. *Kaahi* es una variante fonética de *Kahuña*, el Cielo.

Kadahiawa. *Huhai* que acompañó a *Iahena Waitie* en su viaje a *Amenadiña* y luego se volvió *Kanaima*. Así los *so'to* se quedaron sin *Huhai*.

Kadau. Gavilán Chupacacao (*Daptrius americanus*). *Kasénadu* llamó a Kadau para que le vigilara su conuco.

Kadiio. Ardilla (*Guerlinguetuss aestuans*). Porque se reía mucho no logró cortar el bejuco que sostenía a *Kaweshawa* como se lo ordenó *Wanadi*. Mató a *Manuwa*. Se le cayeron los dientes, pero luego le salieron dos.

Kadiio Ewiti. Cumbre del cerro Duida donde vive escondido Kadiio.

Kabina Waitie. Antiguo cacique cuya gente se expandió al oriente de *Ihuruña*, hasta la isla *T'Dainida* del río *Farimi* o *Uraricoera*; fundador del linaje de los *Waitie*.

Kabitana. Cacique; jefe: organiza las labores comunitarias según las leyes tradicionales. Es probable que derive de la palabra «capitán» título que usaban los hispanos para referirse a los caciques. El primer *kabitana* fue *Semenia*.

Kahiuru. Demonio oscuro; mensajero de *Kahú*; proyección mágica o nagual del mismo. Bajo esa forma luchó contra *Wanadi* para apoderarse de la gente y lo colgó en *Karakaña*.

Kahiurwai. Cotúa (*Anhinga anhinga*). Forma animal que tomó la segunda *totuma* que se le cayó al suelo a *Fri'mene* cuando escapaba de *Nuna* llevando *Huehanna* en su vientre.

Kah'she. Pez piraña (*Serrasalmus spp*; *Pygocentrus spp.*). Dueño de la vagina de *Kaweshawa* y guardián de su virginidad; *Esheu* y después *Odoma* le destrozaron, los dientes cuando desfloraron a *Kaweshawa* con una aguja de hierro que les dio *Abisha*. Prestó su forma a *Iureke*. Intervino contra *Ioroko*, por orden de *Kuamachi* y le cortó la escalera de flechas privándolo de llegar al cielo.

Kahú. Principio del mal; de las tinieblas. Dueño supremo del mundo tenebroso de los demonios. Antiguo señor de esta tierra, luchó constantemente contra *Wanadi* para que no se apoderara de sus antiguos dominios ni creara hombres en la Tierra. Se enfrentó bajo diversas formas a *Wanadi*. En su forma de

Odosha es el dueño de los sueños y roba los *akato* humanos para llevarlos a «lo oscuro» transformándolos en *adekato*. *Kahuakadi*. Dueño de la cumbre *Attawashiho* (o *Tahashiho*) en la meseta del *Maráhuaka*; sitio donde crece abundante la *kurata* para las cerbatanas.

Kabuhana. Hombres buenos y sabios que viven en *Kahuña* desde el principio.

Kahuia. Véase *Kawai*.

Kahuña (= *Kahu*, *Kahi*). El Cielo; mundo invisible; lugar bienaventurado. Su parte central, la más sagrada es *Iadinakurwa*, el país del reposo y de la vida eterna, con su lago *Akúena* de aguas azules rodeado de las seis casas que pertenecen a los grandes espíritus de los *Huhai*. Rodeando a *Kahuña* se extiende *Dama*.

Kaichama. Segundo cuerpo y nombre que adquirió el *akato* de *Momiñaru* cuando resucitó en el lago *Akúena*. Vengó la muerte de su madre y castigó a *Sahatuma*, el jaguar.

Kaihudi Waitie. Hijo de *Kahina Waitie*, fue el segundo cacique del linaje *Waitie*, *kahitana* en la isla *T'Dainida* o *Maraka*.

Kaliana. Tribu de las cabeceras del río Paragua también llamada *Sape* cuyos *Huhai* muy poderosos son respetados por los *so'to*.

Kamarata. Región selvática ubicada entre los ríos *Kamarán* y *Mazuruni*.

Kamaso. *Ukira* (*Penelope jacqueacu*). Pájaro mítico; sembró la primera estaca de yuca en el monte *Dodoima* que *Kuchi*, por intermedio de *Edenawadi*, le había enviado.

Kamaso Wochi. Extensa sabana situada en las cabeceras del río *Arahame* donde el *damodede* de *Wanadi* bajó a la Tierra; lugar donde *Kamaso* sembró la primera yuca.

Kamuña. Nombre secreto de *Shi*, el Sol; el más antiguo y poderoso ser del universo, padre de *Wanadi* y de todas las criaturas; fuente suprema de *dota'di*. Es un «*deus ociosus*» sin actuación

directa sobre los asuntos terrenales. No ha intervenido en la transformación y creación de la vida en nuestro mundo.

Kamuña Hana. Casa invisible de *Kamuña*.

Kanaima. Hombre-jaguar; endemoniado, embrujado; originario de *Kanukuña*. El primer *Kanaima* entre los *so'to* (*yekuana*) fue *Kadahiawa*.

Kanawa. Recipiente de madera para preparar el *iarake*. El estreno de una nueva *kanawa* es ocasión para la fiesta *Kanawa awidi*.

Kanuku Hidi. Cerro *Kanuku*, dominio de los *Matiuhana* (*Kariña*) al sur de la Guayana Esequiba; centro original de tráfico comercial colonial de herramientas y armas en las Guayanas.

Kanukuna. Gente de *Kanuku*.

Karaka Hidi. Montaña al pie de la cual *Wanadi* hizo a *Karakaña*.

Karakaña. Se refiere a Caracas, pueblo hispano fundado en 1567. Se dice que fue ocupada por los *Fañuru*, pero hecha originalmente por *Wanadi*.

Karakañankomo. Gente de Caracas; *Fañuru*.

Kasénadu. Antiguo dueño del Rayo y del Trueno; malvado y antropófago; aterrorizaba a la gente. Fue vencido y desposeído del Rayo por *Wachamadi*.

Kashishare. Caño *Casiquiare* y tierras adyacentes. Antigüamente, cuando aún no existían otros ríos sobre la tierra, era un charco maloliente de agua turbia, empozada. *Iaco* traía agua del cielo que volcaba en ese lugar.

Kasuruña. Pueblo subacuático de las cabeceras y raudal del *Kunukunuma* cuyo dueño era el padre de *Kaweshawa*, el dueño de los peces, suegro de *Wanadi*. Allí vivían los *marwadi*.

Kasuwaraha. Lagartijo *tukeke* (*Tupinambus tequixin*). Hombre-lagartijo; cortó el bejuco que sujetaba a *Kaweshawa*: cuñado de *Wanadi*.

Katismaña. Aldea cercana a *Fakudi hidi*.

Kawadi. Casa de los *Waitie* en la montaña *Kawai*.

Kawai. Tabaco (*Nicotiana tabacum*). la planta mágica y celeste por excelencia. Su humo azul es portador de *dota'di* y puede matar, curar, resucitar, ahuyentar a los demonios, enfermedades y atraer poderes benéficos. Los *Huhai* para viajar a las casas invisibles fuman sus hojas secas y beben infusiones concentradas de *kaahi*, en fuertes dosis. Tiene efecto s estimulantes y narcóticos. Río: en sus cabeceras así Como en las del río *Iamo*, frente al *Marahuaka* se encuentra la casa secreta de *Wanadi* en el *Kushamakari*.

Kawao. Rana cornuda (*Ceratophrys cornuta*). Antigua dueña del fuego: mujer del Jaguar. Le dio calor a una hueva que había caído cuando el *Huehanna* se estrelló contra una piedra y de ella salieron *Iureke* y *Shikiémona*; éstos la sacrificaron y le arrebataron el fuego que llevaba escondido en sus entrañas.

Kaweshawa. Hija del Dueño de los Peces en *Kasuruña*; conoció a *Wanadi* en el caño *Tukudi* y fue su mujer. Para probar su poder, *Wanadi* la mató, amarró su cuerpo en el árbol *Faru hidi*, *Kasuwaraha*. Cortó el bejuco que lo sostenía y cayó en el lago *Akúena* donde resucitó en dos cuerpos de hermosas doncellas. *Wanadi* se reservó la mayor y le dio la más pequeña a *Kasuwaraha*.

Koiobiña. Casa de las Tinieblas de la Noche; País sin Amanecer; residencia subterránea de los demonios u *odoshankomo*. Comprende también el país de las aguas, de las cavernas y de los *akato* difuntos que descansan en espera de reencarnarse en la Tierra y hacerse visibles.

Komadi. Danta (*Tapirus terrestris*). Danta mitológica gigantesca, bicéfala y de ocho patas; mensajera de *marwadi*; anunciadora de inundaciones.

Komo. Sufijo que significa: gente de; por ej. *Odoshankomo*, gente de *Odosha*.

Koneda'to. *Huhai maligno*.

Konnoto. Culebra macagua (*Bithrops atrox*). Hijo de *Ñomo*; una de las cuatro serpientes venenosas que envió a la Tierra a cuidar el conuco de *Kasenadu*.

Koshi. Pelota de goma provista de plumas para jugar.

Kruza ake. Viga de madera que recuerda una cruz en la cual *Wanadi* fue atado y sacrificado su cuerpo por *Kabiuru* en *Karakaña*.

Kuchi (= *Kushi*). Cuchicuchi (*Potosflavus chapadensis*). Hombre mítico, fue al Cielo a buscar una estaca de yuca en el conuco de *Iamankave*, pero ésta lo castigó. Fue salvado por su hermana *Iamakarwa* y volvió a la tierra trayendo la estaca para sembrar en la tierra.

Kudada. Constelación, hijo de *W'laha*.

Kudene. Antiguo *hubai* con aspecto de Culebra de Agua (*Eunectus marinus*), maestro en la preparación y uso del *curare* para matar a *Dinoshi*.

Kudewa. Loro (*Amazona amazona*). Participó en el primer entierro; guardián del cuerpo de *Kumariarwa*, con sus gritos avisó a *Wanadi* al germinar dicho cuerpo.

Kudi. Árbol muy alto en el que *Kasénadu* sacrificó a los humanos de *Wachamadi* y exhibió sus corazones en un *puitarí* o plancha. En ese mismo árbol apareció y anidó mágicamente *Dinoshi*.

Kudi Kudi. Loro (*Amazona Ochrocephala*). Servidor de *Kahú*, demonio enemigo de *Wanadi*.

Kudi Huba. Montaña a orillas del río *Wiwe*, afluente del *Ventuari*. Testigo petrificado del árbol *Kudi*.

Kuhuaka. Cascada que se vierte de la meseta del *Mara'huaka* y se convierte en tributario del río *Kunukunuma*.

Kuinadi. Pájaro mítico, anciano y hermoso; reveló a *Wachamadi* la fuerza *dota'di* de la cenizas de *ekuai* tomadas con *iukuta*.

Kumariawa. Primera mujer creada de la nada por *Nadei'umadi* quien hizo de ella su propia madre, luego la destruyó intencionalmente para probar que la muerte es una apariencia, la mató en juego, en apariencia. Quiso resucitarla en este mundo, pero *Odosha* que había impuesto la muerte, hizo fallar el intento. *Wanadi* la resucitó en el cielo primordial e invisible, fuera del alcance del poder de *Odosha*. Mujer que intervino en la primera siembra, símbolo de la fecundidad terrestre.

Kummuatte. Árbol cuya madera se frota con la de *Wishu* para hacer fuego. *Shikiémona* escondió la astilla de *Kummuatte*.

Kuntinama. Río, afluente del Padamo y montaña del mismo nombre y situada cerca del mismo río y poblada por *so'to*

Kunu. Río *Kunukunuma*, o desembocadura grande del *Kunu*; tan sólo la zona más inferior del río. Bajo influencia de los criollos se ha extendido su nombre de *Kunukunuma* a todo el río.

Kumuhana. Gente del río *Kunukunuma*, una de las cuatro parcialidades de los *so'to*.

Kurahua. Bromeliácea. Se obtiene fibra para elaborar *guarales* resistentes. *Wanadi* usó para pescar el guaral de *kurahua* en el raudal *Tukudi* del *Kunukunuma* y pescó a *Kawesha*.

Kura-Meiru Gallineta (*Tunamus major*). En la cáscara de un huevo suyo, *Mahewa* le dio a beber *akene* a *Medatia*.

Kurata. Bambú (*Astrostyloidium schomburgki*). Se utiliza para fabricar las cerbatanas, muy apreciadas por las tribus vecinas de los *so'to*. Designa también la cerbatana elaborada.

Kurekurema. Rápidos del río *Farimi* en las cercanías de *Tukui'keñena*.

Kurumankomo. Gente de piel oscura: gente buena y pobre amiga de los *so'to*. Obligados a trabajar para los *Fañuru*, eran los sirvientes de éstos. Su padre se llamaba *Mekuru*.

Kurumo. Zamuro. (*Coragyps atratus*). Ave, amigo de *Manuwa*.

Kurzmkumo. Paují (*Crax nigra*). Hombre mítico con aspecto de pájaro paují; raptó a *Kaweshaŋwa* y la llevó a *Fauhi ewiti*.

Kushamakari. Montaña y meseta en los altos del *Kunukunuma*. Literalmente Casa de *Kuchi*. Allí construyó *Wanadi* una gran casa para su suegro y otra secreta para él frente al *Mara'huaka*, detrás del Duida, entre los ríos *Kawai* e *Iamo*, vigilada por los *Marwadi*. Montaña considerada el centro del universo que sostiene el cielo. Casa terrenal de *Wanadi*, prototipo de la *Alta* o casa comunal redonda, cuyas bases penetran en el inframundo y cuyo techo toca el cielo. Casa de los *Huhai*, de comunicación con los otros mundos, pero para los hombres ordinarios es una gran meseta nada más.

Kutto. Rana (*Hyla spp.*). Rana saltona de patas largas; pegó con resina maní las flechas que lanzaba *W'laha* y, con la ayuda de *Abishama*, hizo la escalera de flechas.

M

Madan Tabu (Tuhu). Piedra donde cayó el último de los *wi-riki* que lanzaron los hermanos gemelos. Los *maku* y los *Fiaroa* fueron a recogerlos, pero se les escaparon dos de ellos que cayeron en las bocas abiertas de los dos hermanos.

Madashihan. Soberbia lanza-escudo tallada en madera. Entre la lanza y el escudo hay una zona donde se abraza la mano del *Huhai*.

Madenawa (= *Medenawa*). Dueña de la Casa de la Tentación, uno de los lugares de pruebas y suplicios en el país de los vientos. Hermosa pero perversa mujer que hace el amor con todo el que pasa y se cambia en fiera para devorar los *akato*. No pudo capturar a *Medatia* cuando viajaba a *Kahuña*, a pesar de sus encantos.

Madi. Arcilla blanca o caolín, material mágico con el cual *Wanadi* trató de moldear su propia mujer. Esculpió a *Iaranavi* y a *Hurunko*, los hombres de piel blanca.

Madunawa. La primera mujer de los *so'to* que sembró la yuca con éxito.

Maduñawe. La mujer que plantó la yuca durante la noche en la casa de *Wa'de* y al día siguiente ya habían brotado todos los árboles y sus frutos.

Mahaiwadi. *Huhai* legendario y poderoso de las riberas del río *Arahame*, convertido en jaguar mientras soñaba se comió a muchos *Fañuru* que habían penetrado en esa región. Cuando despertó de su sueño mágico se convirtió en pájaro y alzó vuelo a *Kahuña*. Según la leyenda, su calavera y sus huesos, enterrados en las orillas del río, poseen poderes curativos. Es el ejemplo del papel que desempeña el *Huhai* en caso de agresión a la tribu.

Mahakoñashodi. Raudal del río *Kunukunuma*.

Mahamo Waitie. Uno de los tres hijos de *Iahena Waitie* que *Kadahiaɽwa* enloqueció.

Mahanama. Suegro de *Wanadi*, abuelo de *Kuamachi*. Ayudó a su nieto a vengar la muerte de su madre.

Mahekuna hana (= *Mahekuña*). La Casa de los dueños de la *maraka*, los *Dedewashi Iamo*, fieros capitanes de la luz en eterna pugna con las fuerzas de las tinieblas.

Mahewa. Gran mariposa (*Morpho*). De alas azules deslumbrantes es la Dueña del lago *Akúena*, el lago de la inmortalidad y de la juventud perpetua, depósito cósmico de *dota'di*.

Maibiudi. Caño Maipures, afluente del río Orinoco.

Makako. Demonio con apariencia de pequeño lagarto, criado de *Odosha*; regó orines hirvientes de *Odosha* sobre el cuerpo de *Kumariaɽwa* para que no resucitara ni salieran hombres del *Huehanna*

Maku. *Makushi.* Una división de la tribu sáliba ubicada al oeste del Bajo Ventuari. Junto con los *Fíaroa* recogieron los *wiriki*

que lanzaron los gemelos en *Madan Tabu*, por eso son los dueños de los *wiriki*.

Makuduma. Raudal del río *Kunukunuma*.

Makushani. Joven mítico que viajó al Cielo hasta las casas de *Shi* y de *Nuna* y se casó con hijas de ambos dioses. Es el prototipo de hombre indiscreto, imprudente, indisciplinado y desobediente.

Makushi. *E'ti*. Tribu que vive entre el río Cotinga y el Rupununi, alrededor de las montañas Kanuku. Los *Huhai makushi* gozan de mucho prestigio entre los *so'to*.

Mamaku. *Huhai* peligroso que vivía en *Wanaio hidi*, en el Alto Orinoco. El abuelo de los *Shirishana* se lo comió y se volvió loco por el poder maléfico que posee este *Huhai*.

Mamure. Bejuco (*Anthurium flexosum*) Utilizado como mecate, con ese bejuco *Wanadi* sostuvo el cuerpo de *Kaweshawa* atado de las ramas del árbol *Faru*.

Manafari. Río Manapiare. Allí los gemelos encontraron a *Abisha*, pescando con anzuelos.

Manare. Tamizo colador de libra vegetal utilizado para cernir la harina de la yuca en la elaboración del casabe. Después del diluvio, los Gemelos de la leyenda con un manare colaban un pantano en busca de la calavera de *Wanadi*, así como las de *Mudo* y *Hobottu*.

Maní. Árbol de peraman (*Symphonia globulifera*). Produce una resina negra, usada en alumbrado y para calafatear las curiaras. *Wanadí* trató, en vano, de moldear su propia mujer con esa resina. *Kutto* utilizó dicha resina para pegar las flechas que lanzaba *W'laha* e hizo la escalera de flechas para subir al cielo, huyendo de *Kuamachi*. Los *Huhai* Se pintan el cuerpo y se hacen dibujos negros con la resina, sobre los cuales se adhieren plumones de pichones de aves, símbolos del vuelo y de las alas.

Manuwa. Hechicero mítico con forma de jaguar, marido de *Kawao*. Descuartizó y devoró a *Hui'io*, fue castigado por los

hermanos gemelos. A pesar de su carácter cruel, es prototipo del hombre ingenuo y crédulo.

Manuwa tuhu. Piedra de *Manuwa*; testigo petrificado del cuerpo de *Manuwa* cuando cayó desde las alturas al fondo en el valle del *Kunukunuma*.

Mapire. Cesta pequeña de fibra vegetal para recoger frutos. Los *mapires* mágicos que tejía *Mahanama* y lanzaba al río se convertían en alimañas y devoraban a muchos *Shirishe*.

Mara'huaka. Árbol mítico y alto que cubría toda la Tierra, se transformó en una alta montaña en forma de meseta situada entre los valles del Padamo y del *Kunukunuma*, al noroeste de la meseta del *Duida*. Testigo petrificado del primer árbol de la Tierra, origen de todas las plantas cultivadas.

Maráhuaka huba. Otro de los tres pedazos del gran árbol *Maráhuaka* cuando fue derribado y convertido en montaña.

Maráhuaka huih. Uno de los tres pedazos del gran árbol *Maráhuaka* cuando fue derribado y convertido en montaña. Forma la más alta de las tres cumbres de la meseta *Maráhuaka*.

Marahukaña. Nombre precolombino de San Fernando de Atabapo. Allí hizo *Wanadi* a los *Winavi* (Puinave), pero los *Iaranavi* y los *Fañuru*, instigados por *Odosha*, los destruyeron. San Fernando de Atabapo fue uno de los primeros asentamientos hispanos en el río Orinoco.

Maraka. Instrumento musical del *Huhai* que posee propiedades mágicas y *dota'di* para vencer los poderosos enemigos de los hombres. Sus propiedades son mayores por los *wiriki* que le hacen cantar y agitarse. *Wanadi* creó a la gente y a todos los seres agitando su *maraka*; los *Huhai* agitan su *maraka* para realizar sus actos mágico-religiosos.

Isla situada en el río Farimi donde *Kahina Waitie* fundó el linaje de los *Waitie*.

Marima. *Fendare*, *pendare* (*Mimusops bidentata*). En ese árbol descansó *Wanadi* cuando convertido en pájaro carpintero huía de *Kurunkumo*, llevando a *Kawesharwa* en forma de rana.

Maro. Jaguar (*Panthera onca*). Espíritu desdoblado o nagual de los hechiceros nacidos de la sangre de *Sahatuma*: padre de los *adekato*. Personaje sanguinario, pero estúpido que en las leyendas suele ser fácilmente burlado; arquetipo del hombre antisocial.

Matawahuña. Casa celeste de los pájaros, residencia de *Mudo*, *Höbottu* y *Tawadi*, mensajeros auxiliares de los *Huhai*.

Matiuhana. Kariñas del *Kanuku hidi*.

Matuhushi. Cascada que vierte por el farallón de la meseta *Kushamakari* y forma un caño afluente del *Kunukunuma*. Brotó durante el diluvio que acompañó la caída del árbol *Maráhuaka*.

Matuto. Mariposa. Hombre mítico con aspecto de mariposa que ayudó a *Wachamadi* a robar el Rayo a *Kasénadu*; pintó un mensaje en sus propias alas. Designa toda clase de mariposas e insectos.

Mawadi. Espíritus con aspecto de enormes y monstruosas culebras de agua (*Eunectus marinus*). Seres sobrenaturales cuya dueña es *Hui'io* y tienen sus dominios en raudales, cataratas, saltos de agua y cabeceras de los ríos. Forman un pueblo de poderosos *Huhai* de la tierra, pero resultan peligrosos para los profanos; hacen zozobrar las curiaras, provocan inundaciones; copulan con las mujeres y se las llevan prisioneras a sus casas sub-acuáticas.

Mawadi Ane Hidi. Pueblo *so'to* situado en una pequeña sabana al pie del Duida y en las riberas del *Kunukunuma*, raudal del río frente a esa población. En ese sitio *Wanadi* luchó contra un *mawadi* y lo mató provocando una inundación. También allí se despidió *Wanadi* de la gente cuando regresó a *Kabuña*.

Medatia. Fue el primer *Huhai* humano después de *Wanadi*: inauguró el linaje de los *Huhai* que gobernaron originalmente a los *so'to*. Escogido por *Wanadi* para que amparara a los *so'to* cuando él abandonó la tierra. *Medatia* viajó al cielo y en cada una

de las casas celestes recibió los poderes mágicos. Prototipo del shamán.

Medikiu. Sal vegetal extraída de las cenizas de diversas palmeras; *Manuwa* la buscó para sazonar el caldo de *Kawao*.

Mehudi Waitie. Uno de los tres hijos de *Iahena Waitie* que se volvió *Kanaima*.

Mekuru. Abuelo de los *Kurumankomo*, sirviente de *Kahiuru*.

Meraraña. La Esmeralda o Esmeraldas. Asentamiento hispano fundado en 1760 por Apolinar Díaz, de la Fuente, situado entre las montañas del *Kunukunuma* y el río Padamo en el Alto Orinoco.

Merewari (= *Medewadi*). Río Merevari. Alto Caura.

Metakuni. Río. Brotó cuando derribaron el primer árbol *Marahuaka*.

Modoño. Ponzofia de las serpientes: brebaje mágico y mortal de *Ñomo*, dueño de las culebras venenosas.

Momi Hedi. Árbol no identificado del cual se extrae una corteza para fabricar el *Siwo*, trompeta que se toca en el *Wamwanno*.

Momi Hihe. Trompetas o bocinas de la corteza del árbol *momí*: instrumentos musicales que se tocan en las fiestas *Adahe Ademi hidi*.

Momi. Árbol no identificado de cuya corteza se hacen trompetas.

Momiñaru. Hermano de *Kasénadu* y marido de *Adichawo*; murió y reencarnó como *Kaichama* y bajo esa forma mató a *Sahatuma*, el hechicero-jaguar.

Monetta. La constelación Escorpión en la cual se transformó uno de los hombres de *W'laha*; después se convirtió en la constelación de la Osa Mayor.

Moriche. Ver *Ekuat*.

Motadewa. El nombre secreto que le dan los *Hubai* al cielo (*Kabuña*) así como el nombre específico dado a la casa de *Wanadi* en el cielo y el cual se describe como un lugar impenetrable.

Residencia paradisíaca de *Wanadi* a la orilla de *Dama*, tierra de abundancia.

Motasha. Catarata que se vierte desde las alturas del *Maráhuaka* y forma un caño tributario del *Kunukunuma*.

Mottodona. Cigarrón (*Bombus spp.*) *Huhai* mítico; ayudó a *Wanadi* a esculpir una mujer, pero fracasó.

Mudo. *Chaure* (*Nyctibus grandis*). Hermano y mensajero de *Wanadi*, residenciado en *Matawahuña*. Espíritu familiar de los *Huhai terrestres*; castigó a *Hui'io*; sobrevivió al diluvio y a la destrucción de la tierra. Los *Huhai* lo invocan imitando su grito: —Ooooooooo, Ooooooooo, O ooooooooo— y por su intermedio reciben ayuda de *Wanadi*.

Muna. El Gran Manatí (*Trichechus manatus*). Dueño del *dota'di*, la fuerza genésica de la procreación y del mundo de la germinación. Uno de los guardianes del lago *Akúena*, dio el poder sexual a los primeros *so'to*.

Murunnatto. Mestizos; mezcla de los *kurumankomo* y de los descendientes de *Iaranavi*.

N

Nadei'Umadi. Segundo *damodede* de *Wanadi* en la Tierra. Para demostrar su poder hizo a su madre y la mató, luego la resucitó en *Akúena*. Trajo *Huehanna*, pero perseguido por *Odosha*, tuvo que esconderlo en *Waruma hidi*.

Nama Nama. Salto de agua en la vertiente de la meseta del *Marahuaka* que se convierte en tributario del *Kunukunuma*. Pueblo de *Maiwadi*.

Namaru. Raya (*Potamotrygon potozo*). Se tragó e incubó a *Kuamachi*.

Nañudi. Perro de Agua (*Lutra enudris*). En su curiara embarcó a *Makusani* cuando estaba perdido y le ordenó taparse los

ojos para que no viera los caminos de agua. *Makusani* se destapó los ojos, *Nañudi* desapareció y aquel volvió a quedar solo en la curiara a causa de su imprudencia.

¡Neu Mai! Literalmente: «¡Está muerto!», expresión utilizada cuando el *hubai* entra en trance o deja su cuerpo y se va al cielo.

Niguas. Pulga (*Pulex penetrans*). Insecto muy pequeño que penetra en la piel, en particular en los pies, donde pone sus huevos, la mujer de *Iureke* fue a sacárselos a *Shikiémona*, pero era un engaño.

Nododo. Círculo desmontado que rodea la casa comunal para celebrar el *wanwanna*.

Nono. La Tierra

Nonohuomontohoña. Casa de los muertos en el interior de *Nono*; sitio de reposo de los *akato* dentro de *Koiohiña* cuando hayan logrado atravesar *Huecheti demadi* y escapar a la esclavitud de los *Odoshankomo*. Es un lugar agradable, tiene casas, conucos, ríos donde los *akato* aguardan el momento de reencarnarse en nuevos cuerpos humanos.

Nuna. Luna; personaje masculino; hijo oscuro del Sol; hermano de *Wanadi*. Reside en una casa tenebrosa y se alimenta de los *akato* de los muertos. Guardián antropófago de la puerta del Cielo. Intervino para tratar de devorar la nueva humanidad todavía embrionaria; no lo logró, pero por su culpa, aquel intento soberano de creación falló y los pequeños seres, prometidos por *Wanadí* al noble destino de la nueva humanidad, degeneraron.

Nunaña. Casa de *Nuna*.

Ñ

Ña. Sufijo que se refiere a sitio poblado como *Karakaña* (Caracas).

Ñomo. Espíritu dueño de las serpientes. Mujer perversa y bonita que le dio cuatro de sus hijos a *Kasénadu* para cuidarle el conuco. Para contrarrestar el veneno de *Ñomo*, los *so'to* beben *iukuta* en abundancia

O

Odoma (= *Oroma*). Lapa (*Paca paca*). Roedor mítico, desfloró a *Kawesharwa* con una aguja de hierro que le dio *Abisha* y se burló de los peces caribes o pirañas que cuidaban la virginidad de la doncella: su hocico fue aplastado por un racimo de *pijiguao*.

Odosha. Uno de los aspectos de *Kahú*; dueño de los demonios, encarnación de las fuerzas negativas del universo, la peor de las criaturas. Salió cuando la placenta de *Serube Ianadi* se pudrió por haberla enterrado sin cubrirla con nido de comején (*nu'kua*). Declaró la guerra entre los hombres y persiguió a *Wanadi* para hacerse dueño de la Tierra. Dueño del bosque oscuro, de las borrascas y de los ensueños; ladrón nocturno de *akato* humanos; tornado, torbellino, jefe de los *Odoshankomo*.

Odoshankomo. Gente de *Odosha*: demonios y malos espíritus; tribu de los Vientos-Demonios.

Onoto. Arbusto (*Bixa orellana*). De su fruto se extrae una tintura que los *so'to* mezclan con aceite de seje (*Jessenia bataua*) para pintarse el cuerpo y la cara de color rojo.

Otti. Tribu indígena ubicada entre los ríos Branco, Cotinga y Kayma. Desde tiempos pasados tuvieron intercambio con los *so'to* del *Dodoima* y del *Dabadehudi*, especialmente de armas de fuego, machetes y telas que obtenían de los *Kariña* o *Matiuhana*.

Otto. Véase *Atta*.

P

Pakira. Báquiro (*Tayassu pecari*).

R

Rako Rako. Véase *Dako-dako*.

Roraima. Véase *Dodoima*.

Ruhunini. Río *Rupununi*, tributario del río Esequibo o *Aménadi*, al noreste de *Kanudu hidi*.

Ruhunini Wochi. Sabana donde vivían los *E'ti* (*Makushi*) cuando *Enneiadi* intercambió «el hierro» con los *Waitie* en la isla *Maraka* (*T'Dainida*).

S

Sadashe. Espíritu guardián de cada especie de ser viviente bien sea vegetal, animal, humano u objeto. Es considerado un fantasma; dueño; antepasado antiguo del linaje al cual pertenece cada individuo; ancestro primitivo genealógico. Se asimila a *suamo*.

Sabadidi. «El hierro». Comprende: armas de fuego y herramientas (cuchillos, hachas, machetes, anzuelos, etc.). *Iureke* descubrió el «hierro» de *Abisha*; *Esheu* y *Odoma* desfloraron a *Karwesharwa* con una punta de hierro; *Kaihudi Waitie* cambió la casa en Traenida por «el hierro» de *e'ti Eneiadi*. Los *matiuhana* fueron grandes comerciantes del «hierro». *Iaranavi* y *Hurunko*, los hombres de piel blanca, eran los dueños del «hierro».

Sabatuma. Abuelo mítico de los jaguares; padre de *Adichawo*. Arquetipo del hechicero malvado y antropófago.

Sacrificado por su yerno *Kaichama*, la sangre de *Sahatuma* se convirtió en jaguar, doble anímico o nagual de los nigromantes. El jaguar es el símbolo de las fuerzas impetuosas de la naturaleza, el dueño de los seres nocturnos y telúricos, instintivos y violentos. Dueño de los *Kanaima*, demonios de origen humano, asesinos y enemigos de la humanidad. Cuando el *Hubai* se sienta sobre la mágica representación del jaguar, domina mágicamente su propio jaguar; es decir, su propia naturaleza telúrica y vence la turbulencia del inconsciente.

Sabudiwa. Bejuco de cadena (Schnella hicomata). Sirvió para atar entre sí las flechas que lanzaba *W'laha* para construir una escalera y subir al cielo.

Sakasakare. Martín pescador (*Megaceryle torquata*). Pájaro mítico: figura que tomó *Iureke* cuando escapó de *Abisha* después que le robó el «hierro».

Sakihana (=Sakihaña). Una de las casas celestes residencia de la Gente-Tijera; lugar infernal de pruebas o suplicios para los *akato* humanos en su camino de ultratumba.

Sanoko. Planta mágica (no identificada] usada para lavarse los ojos después de una pesadilla, para alejar a *Odosha*.

Saroro (*Sadodo*). Perrito de agua (*Chironectes min*). Se comió a *Momiñaru* cuando éste se convirtió en cangrejo huyendo de *Sahatuma*.

Saviia. Collares sonajeros con muchas hileras de sonajas ensartadas, intercaladas con semillas y cuentas de vidrio. Son usados por los hombres y las mujeres: para los primeros: una semilla y cinco cuentas, para las segundas, una semilla y veinte cuentas.

Sebucán. Largo tubo hecho de fibra vegetal para prensar la yuca rallada y extraerle el veneno que posee dicha planta; luego se hace el casabe. El *amoahocho* es una especie de sebucán pequeño.

Sededetiu. Serpiente cascabel (*Crotalus terríficus*). Uno de los hijos de *Ñomo*.

Semenia. Pájaro carpintero mono (*Campylorhamphus trochilirostris*). Personaje mítico muy importante en la leyenda; de gran sabiduría, enseñó el trabajo comunitario a los antiguos y primeros hombres. Dirigió la primera recolecta y más tarde la primera tala para hacer el conuco. Representa el símbolo del fin de la primitiva sociedad anárquica de recolectores y el paso al estadio cultural hortícola entre los *so'to*. Es el arquetipo de *kahitana* o jefe.

Seruhe Ianadi. El primer *damodede* de *Wanadi* cuando bajó a la Tierra. Al nacer, su espíritu cortó el ombligo y enterró la placenta sin envolverla en nido de comején, se pudrió, salieron gusanos y nació *Odosha*, enemigo de *Wanadi*. *Seruhe Ianadi* trajo a la tierra sabiduría, el tabaco, la *maraka* con los *wiriki* e hizo la gente antigua. Retornó al cielo porque *Odosha* lo persiguió en la tierra.

Setawa Kaliana. Dueños de *Iadekuña hana*. Uno de los grupos de *Huhai* celestes instructores de los terrestres, maestros en adivinación y meditación, poseen grandes poderes. Practican el silencio, la inmovilidad y la abstinencia más rigurosa, sus figuras están esculpidas en el mango de la *maraka* del *Huhai*.

Shana. Procreadora mítica de todos los animales terrestres.

Shi. Nombre profano del sol, designa al astro tal como lo vemos y no como es en realidad: el dios de *Kahuña*, padre de *Wanadi*.

Shidishidi. Grillo (*Gryllus domesticus*). Forma que tomó *Iureke* para burlar a *Ahisha*.

Shikiemona. Hermano gemelo de *Iureke*, hijo de *Wanadi*. Sacrificó a la rana *Kawao* junto con su hermano para robarle el fuego. Prototipo de la imprudencia y del atrevimiento impulsivo; frecuentemente se encuentra en apuros y situaciones peligrosas; debe ser salvado muchas veces por su hermano *Iureke*.

Shimade. Bambú (no identificado). Caña para fabricar las flautas *rakorako*, instrumento musical usado en el *wanwanna*.

Shimi. Mezcla de aceite extraído de la palma seje (*Jessenia bataua*) con pigmentos de *caruto* (*Genipa americana*) o de onoto (*Bixa orellana*) en una *totuma* para pintarse la cara y todo el cuerpo durante las fiestas. Los hermanos Gemelos derramaron el *shimi* de *Hui'io* y provocaron el diluvio.

Shiña. Casa celeste donde reside el Sol.

Shinashodi. Raudal del río *Kunukunuma*.

Shiriche. Participó en la muerte de la madre de *Kuamachi*.

Shiricheña. El pueblo de los hombres llamados estrellas, *W'laha* era el jefe de ese pueblo.

Shirishana (= *Shidrishana*). Guaharibo, Yanomami: miembros de una tribu vecina tradicionalmente enemiga de los *so'to*, recolectores, cazadores y nómadas. El primer *shirishana* enloqueció cuando se comió a *Mamaku* y poseído por el espíritu de ese demonio, quedó con apariencia de ser humano, pero es irracional y salvaje, roba las mujeres y hostiga a los hombres de sus vecinos.

Shirische Kuemadi. Casa grande, residencia de las estrellas, iluminada por los espíritus de los *Huhai*. Morada de los *Huhai* difuntos cuyos *akato* retornan a la patria celeste y ese viaje es la estela de una estrella fugaz. El jefe de la casa es *Haderwa*.

Shirishi. Un cabecereño (*so'to*) que se quedó a vivir en *Amenadiña*.

Shirishie (= *Shidishe*, *Shirishe*). Ciclo cronológico equivalente a un año. Estrellas, las dueñas del cielo oscuro, seres poderosos y sabios que esperan la oportunidad de reencarnarse en cuerpos de *Huhai*. Miembros de una raza sobrenatural protectora de los hombres, pero diferente a ellos, que tenían su pueblo al pie del *Kushamakari*. Espíritus auxiliares de los *Huhai*.

Shodi. Raudales o rápidos, peligrosos para la navegación.

Siwo. Trompeta de cáscara enrollada de *moni hedi*, árbol no identificado. En el *wanwanno* más antiguo, el instrumento musical por excelencia era el *siwo*.

Sokoa Tabu. Laja o roca que forma una isla en el río Orinoco cerca de su confluencia con el río Atabapo. Según la leyenda, en ese sitio los hermanos Gemelos botaron los ojos de *Manuwa*.

Sosowi. Moriche blanco (*Cissopis leveriana*). Pájaro hechicero, junto con *Maro*, *Iaruruko*, *Waremo* y algunos *Shiriche*, mató y se comió a la madre de *Kuamachi*. Ayudó a *Wachamadi* a cumplir los grandes trabajos que le impuso *Kasénadu*.

So'to. Autogentilicio que significa gente, persona humana, hombres. Los *so'to* se consideran los auténticos hombres, diferentes por naturaleza a todas las otras tribus. Según ellos, las otras gentes son sólo miembros de otras familias o especies, a pesar de su aspecto humano. Significa también veinte, el número de los dedos de las manos y de los pies, símbolo de la integridad humana, como entre los Pemón de la Gran Sabana y los *Kariña*. La tribu de los *so'to* se ha subdividido en cuatro grupos locales autodenominados *Ihuruhana*, *Dekuhana*, *Yekúhana* y *Kunuhana*. Los *so'to* fueron llamados makiritares por los españoles.

Sumunuadi. Pájaro Carpintero (*Melanerpes cruentatus*). Uno de los cuatro pájaros míticos que tumbó el gran árbol *Maráhuaka*.

Susamo. Espíritu personal, amparador, guardián y señor de cada ser viviente, hombre, objeto, animal o vegetal. Castiga severamente todo tipo de delito que perjudique la especie que protege. Los miembros de la tribu le temen y respetan. Existe una infinidad de *Suamo*. Se asimila a *Sadashe*.

T

Tà'duiche. Literalmente: «¡Tengo hambre!»: grito de los cazadores. Así gritaron los cazadores cuando iban a flechar a *Hui'io*, la gran serpiente.

Tafuanohonato. Piedra de sabiduría del *Huhai*.

Tautunana Shodi. Raudal del río *Kunukunuma*.

Tawadi. Lechuza, aguaitacamino (*Podager nacunda*). Pájaro mítico nocturno de grandes poderes y sabiduría; reside junto con *Mudo* y *Höhottu* en *Matawahuña*, la casa celestial de los pájaros. Amigo de *Wanadi* y poderoso auxiliar de los *Huhai*.

T'dadema. Serpiente coral (*Micurus corallinus*). Hijo de *Ñomo* enviado a la tierra a cuidar el conuco de *Kasénadu*.

T'damadu. Cumbre cercana a la meseta del *Maráhuaka*.

T'denke. Ceremonia colectiva asociada a la pesca con barbasco; la primera fue cuando *Wanadi* colocó el zumo de dicha planta en la vagina de *Kawesharwa*.

T'do Akaono. Doble nocturno del ser humano: compañero animal; nagual: fantasma con apariencia animal: puede ser un *adekato* o un demonio. Se identifica con la pesadilla, cuando el *akato* humano, presa de los demonios de la noche es hechizado y transformado en animal del monte; más o menos sinónimo de *adekato*.

T'dukuna soto. Compañero oscuro del hombre: manifestación visible del *akato*.

Teditumadi. Espíritus de los Rayos y de los Truenos al servicio de *Kasénadu*. Gente relámpago.

Tekene Hidi. Monte Tepequen situado al norte de la Isla *Maraka*, cercana a *Traenida* y al este de *Fakudi hidi*.

Tekoye. Clarinete conocido también como *wanna*: se toca en las fiestas o *wanwanna*.

Tinamu. Véase *Kuru Meiru*.

Tiwa, Tiwa. Literalmente: «Flechando, flechando», así dijo el conoto a los Gemelos de cómo habían matado a su madre *Hui'io*.

Tonoro. El verdadero pájaro: el Carpintero Rojo (*Phlococeasteas melanoleucus*). Emblema solar: nagual o doble anímico de *Wanadi*. Se le llama también *Wanadi Tonoro* y es considerado un ave sagrada. Dueño y padre de todas las demás aves

genéricamente llamadas *tonaro*. Tiene por símbolo ideográfico la cruz. Su copete rojo es una gota de la sangre de *Wanatania*.

Tonaro Hidi. Literalmente Cerro del Pájaro Carpintero, cumbre cercana a la meseta del *Maráhuaka*.

Tonoro Waitie. Uno de los hijos de *Iahena Waitie*.

Toroha (= *Soroha*). Nasa; trampa para pescar.

Tosedé. Gallineta de Agua (*Porphyula martinica*). Pájaro mítico con aspecto de gente; sobrevivió al diluvio. Cazaba con *aracusa*, pero los hermanos Gemelos le quitaron el arma.

Totuma. Tapara, taparita (*Crecentia kujete*). Recipiente para tomar *iarake*, *iukuta* así como preparar el *shimi*. Cuando *Fri'mene* huía de *Nuna* se le cayeron dos totumas que se convirtieron en animales.

Traenida (= *T'dainida*). Casa de los *Waitie* en la isla *Maraka* del río *Farimi* (Uraricoera). Fue cambiada por el hierro de *Enneiadi*. Río que corre al sur de *Tekene hidi* y desemboca en el *Farimi* a la altura de la isla *Maraka*: límite de expansión oriental de los *so'to* cuyos *kahitana* fueron los *Waitie*.

Trama'achaka. Colina vecina del *Maráhuaka*. Antiguamente la casa de *Wade*, guardián de la tierra negra, vegetal y fértil. Sitio del primer conuco al pie del *Maráhuaka*. *Wanadi* le reconstruyó allí la casa de *Wade* en agradecimiento por haber recuperado a *Kaweshawa*. Residencia de los *Wanadi sottoi* después que abandonaron a *Wana hidi*.

Tukudi. Raudal del río *Kunukunuma* donde *Wanadi* abandonó unas calabazas llenas de comida para distraer a *Kahú* que lo perseguía; en una roca del raudal *Wanadi* dejó impresas las huellas de sus pies.

Tukui. Tucusito, colibrí (*Colibrí corrucans*). Picaflor: chupaflores; bebeflor. Pájaro mítico; forma que tomó *Iureke* para viajar con *Abisha* hasta *Amenadiña*. Ayudó a *Wachamadi* cuando le robó el Rayo a *Kasénadu*.

Tukui Hidi. Cerro en el Alto Orinoco donde *Attawanadi* construyó *Tukuiñamadi*.

Tukui Keñena. Casa de los *Waitie* frente a los rápidos de *Kurekurema* en el río *Farimi* (Uraricoera), cercana a la isla *Maraka*.

Tukuiñamadi. Casa de *Wanadi* en el Alto Orinoco.

Tunutuno. Véase *Caruto*.

U

Uaianti. Cerro Auyantepui. Gran montaña del oriente donde *Kamaso* descansó en el curso del viaje hacia el *Dodoima*. Actualmente se halla en territorio de los *arekuna*, fuera de los dominios *so'to*.

Uamoatadi. Raudal del río *Kunukunuma*.

Uauiañatoho. Columpios hechos de bejuco donde jugaban los hermanos Gemelos, columpiaron a *Manuwa* y lo lanzaron bien lejos en venganza por la muerte de su madre.

Udabe. Véase *W'laha*.

Ududi. Demonio enano, velludo y contorsionado: mensajero de *Odosha*, enemigo de *Wanadi*. Le avisó a *Odosha* cuando brotaba el cuerpo de *Kumariawa* para que no germinara.

Uochi. Variedad de *iukuta*.

Uokidi. Nombre dado a los *waikerí* u *Uoikare* del río *Faru* (*Paru*); último reducto de los antiguos *waikerí* del Medio y Bajo Orinoco.

Uraricoera. Río *Farími* (o *Parima*).

Uriñaku. Río Orinoco: el más largo y grande de Venezuela y el tercero en América del Sur. Nace en la Sierra de Parima hasta desembocar, después de un largo trayecto, en el Océano Atlántico a través de un gran delta. El Orinoco se comunica con el río Amazonas a través del Río Negro y el Caño *Casiquiare*.

W

Wachamadi. Sobrino y enemigo de *Kasénadu*, robó el Rayo a su tío y lo mató en castigo a sus maldades. Se hizo Dueño del Rayo.

Wachedi. Danta (*Tapirus terrestris*). Según el mito, rehusó la labor comunitaria y la disciplina bajo la jerarquía de *Semenia*, traicionó a su comunidad aliándose con *Ma'ro*. Fue castigado por *Semenia* y condenado a comer sólo hierbas y raíces cuando se estableció la horticultura entre los *so'to*. Arquetipo del hombre antisocial.

Wachedi Chato. Quijada de Danta. Convertida en constelación junto con su dueño después que acompañó a *W'laha*.

Wadamidi. Uno de los hombres de *W'laha* que subió al cielo y se transformó en estrella.

Wade. Pereza (*Bradypus tridactylus*). *Huhai* mítico con aspecto de pereza. Dueño de la tierra fértil y negra donde se sembró el primer conuco. Ayudó a *Wanadi* a encontrar a *Kaweshawa*. *Wanadi* le hizo una casa en *Truma Achaka* y le trajo comida. Siendo amigo de *Wanadi*, fue el *Huhai* más poderoso de la gente antigua.

Wadedata (= *Warerata*). Otro de los hombres de *W'laha* que se transformó en estrella.

Wahi. Atarraya de pesca de forma cónica utilizada antiguamente por las mujeres en la pesca con barbasco.

Wahiataka (= *Wahiatoka*). Anciana cazadora, cuñada de *Kurunkumo*. Pidió ayuda a *Wanadi* creyéndolo *Wade* para conseguir presas; *Wanadi* la ayudó ya que por su intermedio dio con el paradero de *Kaweshawa*.

Wahnatu. Cazador mítico, cuñado de *Wanadi*. Se le considera el primer *so'to* creado por *Wanadi* con arcilla del cerro

Dekúhana, frente a las cabeceras del río *Arahame*. *Wahnatu* celebró el primer *wanwanno*.

Waiamo. Morrocoy (*Testudo sculpe*). Engañó a *Manuwa*.

Waitie. El primer linaje de caciques que gobernaron a los *Yekuana* después del linaje de los *Huhai*. Dirigieron la expansión de la tribu fuera de *Ihuruña*. Enseñaron el uso de la «*aracusa*» y del «hierro». Se extinguió dicho linaje a causa de *Kadahiwa*, el *Huhai* que se volvió *Kanaima*.

Wamedi. El gallo. Cantó tres veces: «*Wanadi* se fue» cuando los *fañuru* sacrificaron a *Wanadi* en *Karakaña*.

Wana Hidi (= *Waruma Hidi*. *Warumana*). Montaña donde *Nadei'Umadi*, el segundo *damodede* de *Wanadi* escondió *Huehanna* con toda la gente por nacer.

Wanaio Hidi. Cerro Guayano: colina en el Alto Orinoco donde *shirishana* se comió a *Mamaku* el hechicero.

Wanadi. Hijo del Sol: máximo héroe cultural; transformador de la Tierra. *Huhai* arquetípico, creador de los hombres, de las aves y de los peces (de todos los seres). Luchó contra las fuerzas de las tinieblas con resultados indecisos. Se retiró de la tierra huyendo de los demonios después de haber cumplido su obra creadora. Vive del otro lado de *Dama*, en una tierra del horizonte norte. No interviene en los asuntos terrenales ni mantiene contacto directo con los hombres, pero se cree que un día volverá desde el cielo a esta tierra. Para ayudar a los *so'to Wanadi* instruyó a *Medatia*, el primer *Huhai*: *Mudo*, hermano y mensajero de *Wanadi* en la tierra mantiene el contacto con los *Huhai* terrestres.

Wanadi Iñedi. *Damodede* de *Wanadi*.

Wanadi Nikuta Hidi. Raudal del Muerto en el río Kunukunurna donde *Wanadi* dejó sus tripas (entrañas) cuando, acosado por *Odosha*, regresó a *Kahuña*.

Wanadi Nistama. La despedida de *Wanadi*, el adiós de *Wanadi*.

Wanadi Sottoi. Grupo de doce hombres sabios y fuertes; gente de *Wanadi*. Vivieron en Wana hidi, luego se mudaron a Truma achaka; después se retiraron a las cabeceras de los ríos *Kawai* e *Iamo*, al pie del Duida cuando *Wanadi* se despidió en *Marwadi Ane Hidi*. Por último se escondieron en el *Kushamakari*, esperando el fin del mundo.

Wanadi Tonoro. Ver *Tonoro*.

Wanakane. Cangrejo. Fue marcado en la frente por la garra de *Manuwa* al cual engañó después. Trató de cortar la escalera de flechas para impedir que *Ioroko* subiera al cielo, pero no lo logró porque se le reventaron las pinzas. Finalmente llegó al Cielo y se transformó en una constelación.

Wanna. Clarinete: instrumento musical que tocan en el *Wanwanna*.

Wannatania. Hijo de *Wanadi Tonoro* y *Kaweshawa*. Sacrificado por su madre y rescatado del país de las tinieblas por su padre, quien lo bañó en el lago *Akúena* y lo resucitó.

Wanwanna (= *Wanwanno*). Baile ritual colectivo, sinónimo de *Adahe Ademi Hidi*, fiesta en la cual se toca el *wanna*.

Waraihai. Pájaro Carpintero (*Campyloramphus procurvoides*). Uno de los cuatro pájaros míticos que participó en la primera tala del conuco con *Semenia*, cuando cayó el árbol *Mará'huaka*.

Warekena. Tribu de la familia lingüística *arawaka*. Actualmente los pocos que quedan de dicha tribu se encuentran en la cuenca del río San Miguel (Colombia) y en puntos dispersos en el Orinoco, particularmente en *Quratare*.

Waremo (= *Wademo*). Oso Hormiguero (*Myrmecophaga trydactila*). Mató a la madre de *Kuamachi* junto con otros: *Kuamachi* lo encontró y le marcó la espalda y el cuello con el dedo cubierto de hollín, como todavía los osos hormigueros tienen sus marcas. *Waremo* en venganza, soltó un «viento» tan hediondo que la gente moría asfixiada. *Kuamachi* logró salvarse,

lo persiguió y lo mató golpeándolo por las marcas que le había hecho. Animal no comido por los *so'to*, más bien respetado.

Wasaba. Baile ceremonial y además el bastón sonajero para marcar el ritmo y comenzar los recitales del *Watunna*. Cuando *Wahnatu* recibió la enseñanza *Watunna* estaba contento y corrió por el sendero golpeando su *wasaba* con cascós de venado: «shi... shi... shi...». Nombre de un antiguo *Huhai* que sucedió a *Medatia* en el gobierno de los primeros *so'to*.

Wasal Yadi. Delantal o falda larga de fibras de *wasai* para danzar en el *wanwanna*.

Wasi Cucurito (*Maximiliana regia*). Palmera cuyos frutos en racimos son muy apetecidos por los *so'to*. Un racimo de *wasai* que le lanzaron los hermanos gemelos a *Manuwa*, le aplastó la cara. Las faldas hechas con cogollos de *wasai* son usadas en el *Wuanwanna*, sacudidas por los movimientos introducen en la danza un elemento sonoro importante que acompaña al *Wasaba*.

Watte. Pájaro no identificado. *W'laha* lo llamó así cuando se negó a volar detrás de la escalera de flechas. Su nombre significa literalmente: «yo no puedo, voy a caer».

Watto. Fuego. Descubierta por *Iureke* y robado a *Kawao*, quien lo escondía en sus entrañas.

Watunna. La tradición mítica, histórica-religiosa oral; los principios ancestrales de los *so'to* que cantan los *Aichuriaba* en el *Wanwanna*.

Watunnei. Conjunto de tradiciones míticas de las cuales derivan las normas religiosas, rituales y éticas de la comunidad y de los individuos. Es sinónimo de *Ekamahatedi*.

Wedama. Golondrina azul de collar negro (*Atticora melano-leuca*). Hijo de *Iamáñkawé*, dueña celeste de la comida; amigo de *Kuchi*.

Wedame Hermano mayor de *Kuachamadi*, se negó a ir a la casa de *Kasénadu* con su hermano; murió a consecuencia de las picaduras de los hijos de *Ñomo*.

Wedina Kana. El ritmo cuyos dueños son los *Attitiudi hana*.

Wemue. Tocado de plumas y *wasai* para lucir en el *Wanwanna*.

Wetashi. La primera mujer *so'to*, fue creada por *Wanadi* como mujer de *Wahnatu*.

Wichada. Río Vichada, afluente del Orinoco. En las bandadas de mosquitos que infectan sus aguas se transformaron las cenizas del Jaguar.

Wiha. Chiripa (*Blatella germánica*). Insecto, cucaracha pequeña; forma que tomó *Shikiémona* en la casa de *Abisha*.

Winao. Güinao; tribu arawakana hoy extinguida que vivía antiguamente en territorio *Dekú'hana* actual. Es posible que haya sido asimilada por ellos. Su autogentilicio era *Temomoyano*.

Winavi (= *Winave*). Tribu conocida bajo el nombre criollo de Puinave; grupo caribeño de la región Orinoco-Ventuari.

Wiriki. Pequeños cristales transparentes de cuarzo conocidos como las piedras mágicas de los *Huhai* que se colocan en el interior de la *maraka* junto con raíces de *aikú* y *kaahi*. Con su sonido fue creado el propio *Wanadi* por *Shi*, su padre. Durante su iniciación, el *Huhai* viaja al cielo a recibir sus propios *wiriki* que coloca en el interior de su *maraka*, por eso cuando muere el *Huhai*, su *maraka* permanece en la tierra, pero los *wiriki* vuelven al cielo acompañando a su alma.

Aspecto material o cuerpo de un gran espíritu auxiliar del *Huhai*. Toda la gente fue creada por el poderoso *dota di* de los *wiriki*.

Wi'shu. Onoto (*Bixa orellana*). La semilla unida al aceite de seje se usa para pintar la cara y el cuerpo de rojo en ocasión de las fiestas rituales. Los hermanos gemelos escondieron el fuego entre los árboles *wi'shu* y *Kummuate*. Los antiguos *so'to* frotaban ambos palos para obtener fuego.

Wiwe. Caño de la montaña del *Antawari* en el Alto Ventuari.

Wiwio. Ver *Huitio*.

W'laba (= *U'dahe*). Jefe de los *Shirishe* o pueblo de las estrellas; guió junto con seis *damodede* a las estrellas hasta el cielo por la escalera de flechas y se convirtieron en la constelación de Las Pléyades. Dicha constelación simboliza la paz y la armonía, es la más importante en el calendario agrícola de los *so'to*. Es también conocido como *U'dahe*.

W'laba Nakomo. Hijo y compañero de *W'laba*.

Woike. Grupos de *Waikas* que viven en los ríos *Urutani* y *Ocamo* y cabeceras del Orinoco.

Womo Ansai. Pendientes de vistosas plumas que llevan en el *Wanwanna*; se colocan alrededor del cuello y cuelgan a lo largo de la espalda.

Wurwa. Canasto tejido y utilizado por las mujeres para recoger yuca, leña para cocinar, pijiguaos, etc. Se lleva colgado con una tira de la cabeza.

Y

Yaharana. Tribu caribeña poco numerosa cuya gente vive a lo largo del río *Manapiare*.

Yavi. Meseta de arenisca en las cabeceras del río *Manapiare* y del *Parucito*, tributarios del bajo *Ventuari*. Lugar mítico donde los gemelos *Iureke* y *Shikiémoma* habitaron en la tierra.

Yavi Hidi. Montaña de *Yaviña*.

Yaviña. Casa de *Tukui*; actualmente territorio *Yabarana*.

Yeku'hanna (= *Yekwana*). Una de las cuatro divisiones de los *so'to*, probablemente la principal de dicha etnia, cuyo nombre se extiende a las otras tres (*Ihuruhana*, *Dekuhana* y *Kunuhana*). Literalmente significa: «hombres de canoa».

Yuca. (*Manihot utilissima*, *M. dulcis*). Planta cuya raíz es utilizada para preparar una amplia gama de alimentos y bebidas

(*casabe*, *mañoco*, *iarake*, *iukuta*). Base de la alimentación de los *so'to*. Tiene tubérculos enormes que deben ser rallados y prensados, después de pelarlos para extraer el ácido prúsico, muy tóxico, la variedad dulce se come hervida o fermentada en una bebida llamada *cachiri*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Antropología Makiritare

Barandarian, Daniel de

1962 — *Actividades Vitales de subsistencia de los Indios Yekuana o Makiritare*. Antropológica No. 11, p. 1-29- Caracas.

Shamanismo Yekuana o Makiritare, *ibíd.*, p. 61-90.

1966 — *El habitado entre los Indios Yekuana*, *ibíd.*, No. 16, p. 93.

Civrieux, Marc de

1957 — Un Mapa Indígena de la Cuenca del Alto Orinoco. Mem. Cienc. Nat. La Salle, No. 47, p. 73-84. Caracas.

1959 — *Datos Antropológicos de los Indios Kunuana*. Antropológica No. 98, p. 895-1046, Caracas.

1959 — *Leyendas Makiritare*. Mem. Soc. Cienc. Nat. La Salle, No. 56, p. 105-125; No. 57, p. 175-188, Caracas.

1968 — *Mitología Makiritare*. Rev. Oriente, Año 1, No. 3, p. 30-33. Cumaná.

El Viaje Extraordinario de Medatia. Rev. Elan, Vol. 1, No. 1, p. 14- 25. U.D.O. Cumaná.

Cruxent, José M.

1953 — *Guanari, dios bueno Makiritare*. Bol. Indigenista. Venez., Tomo I No. 2. Caracas

Escoriaza, Damián de

1959 — *Datos Lingüísticos de la Lengua Makiritare*. Antropológica No. 6, p. 7-46, Caracas.

1959 — Algunos datos lingüísticos más sobre la lengua *Makiritare*. *Antropológica* No. 10, p. 61-70, Caracas.

Fuchs, Helmut

1962 —Consideraciones sobre la estructura residencial de los *Makiritare*. El Corobal y Las Ceibas, Territorio Federal Amazonas, Venezuela. *Folia Antropológica*, No. 3, Caracas.

Koch Grümberg, Theodor

1923 —*Vom Roraima zum Orinoco*. III Band, Stuttgart.

Ocando Oria, L R

1965 —Informe sobre el Rito de Purificación del recién nacido y de su madre entre los Makiritares. *Antropológica* No. 14, p. 61-63, Caracas.

Wilbert, Johannes

1962 —*Los Makiritare. Indios de la Región Orinoco-Ventuari*. Fund. La Salle, Cienc. Nat. Monogr. No. 8, p. 159-174, Caracas.

Eliade, Mircea

1949 —*Le Mythe de l'Eternel Retour* (Archétypes répétitions). Gallimard, París.

1952 —*Images et symboles* (Essais sur le symbolisme magico-religieux). Gallimard, París.

1957 —*Mythes, rêves et mystères*. Gallimard, París.

Levy-Strauss, Claude

1964 —*Mythologiques*— I: Le Cru et le Cuit, Plon.

1966 —*Mythologiques*— II: Du Miel aux Cendres, Plon.

Jung, Carl Gustav

1936 —*El yo y el Inconsciente*. Ed. Miracle, Barcelona (España).

1953 —*Símbolos de Transformación*. Ed. Paidós, Buenos Aires.

1962 —*Simbología del Espíritu*. F.C.E., México.

Jung, C. G. y Kerényi, Charles.

1941 —*Einführung in das Wesen der Mythologie*. Rhein Verlag, Zurich.

Otto, Rudolph

1923 —*Das Heilige*. Gotha (Klotz).

Chaffanjon, Jean

1889 —*L'Orénoque et le Caura: relation de voyages exécutés en 1886 et 1887*. Libraire Hachette et Cie., París.

ÍNDICE

Presentación	9
INTRODUCCIÓN	II
LA GENTE	11
EL WATUNNA	17
MITOLOGÍA Y RELIGIÓN EN EL WATUNNA	27
SAGA Y ETNOHISTORIA	33
WANADI	47
SERUHE LANADI	47
NADEPUMADI	49
ATTAWANADI	54
KAWESHAYA	61
IUREKE	77
NUNA	77
HUTIO	82
KAWAO	87
MANUWA	96
AHISHA	104
LA MUJER DE IUREKE	115
DAMA	117
KASÉ'NADU	123
DINOSHI	123
WACHAMADI	126
MOMÍÑARU	135
KUAMACHI	139
MA'RO	139
WLAHA	148
MAKUSANI	161

MARAHUAKA	167
KUCHI	167
SEMENIA	175
MA'RO, WACHEDI	183
WAHNATU	185
KAHIURU	189
ANKOSTURANÑA	196
MAHAIWADI	199
AMENADIÑA	201
WANADI NISTAMA	203
AICHURIAHA	208
MEDATIA	213
LOS WAITIE	238
GLOSARIO MÁGICO-MÍTICO	251
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	297

Watunna. Un ciclo de creación en el Orinoco
se imprimió en el mes de junio de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, estado Miranda, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares.

Watunna es una lectura esencial para aquellos que buscan comprender la cosmovisión de los pueblos originarios, la antropología cultural y la riqueza inmaterial de la humanidad. Es un puente entre dos mundos, una invitación a reflexionar sobre nuestra propia existencia a través de la sabiduría milenaria. A través de las profundas y cautivadoras narraciones recopiladas por el etnólogo Marc de Civrieux, el lector será transportado a los orígenes del mundo, la creación de la humanidad y los complejos lazos que unen a los Yekuana con su entorno natural y espiritual. Podrá conocer a Wanadi, el héroe cultural, y a los seres primordiales cuyas acciones forjaron el cosmos tal como lo conciben. Esta obra monumental no es solo un libro; es una ventana a un universo ancestral, un testimonio vibrante de la rica tradición oral del pueblo Yekuana.

Jean Marc de Civrieux (Niza, Francia, 1919 – Mérida, Venezuela, 2003). Llegó a Venezuela en 1939, naturalizado en 1948. Como geólogo, investigador y autor formó parte de la generación fundadora de la llamada antropología contemporánea venezolana. Su obra es significativa en el trato a las culturas originarias del oriente venezolano. En 1947 encabezó una expedición al Marahukana recogida en nueve entregas en el diario *El Nacional*, tituladas “El Orinoco y el Amazonas se dan la mano”, publicadas luego bajo el nombre de *Exploración por la región Amazónica* (1949). Participó en la transcripción de una serie de mitos, entre ellos “El viaje extraordinario de Medatia”, que serán reunidos en 1970 como “*Watunna. Mitología makiritare*” y en su segunda edición revisada “*Watunna*”. Fundó La Gran Fraternidad Universal y en Mérida inauguró la Biblioteca “Los Grandes Espacios de Marc de Civrieux”. Algunas de sus obras son *Etnología Antigua de Venezuela* (1965), *El hombre Silvestre ante la Naturaleza* (1974), *Religión y Magia Kariña* (1974), *Los Caribes y la conquista de la Guayana española* (1976), *Los Cumanagotos y sus vecinos. Los aborígenes de Venezuela*. (1980), *Los Chaimas de Guácharo* (1998) y *La tentación de las perlas* (2023).



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

